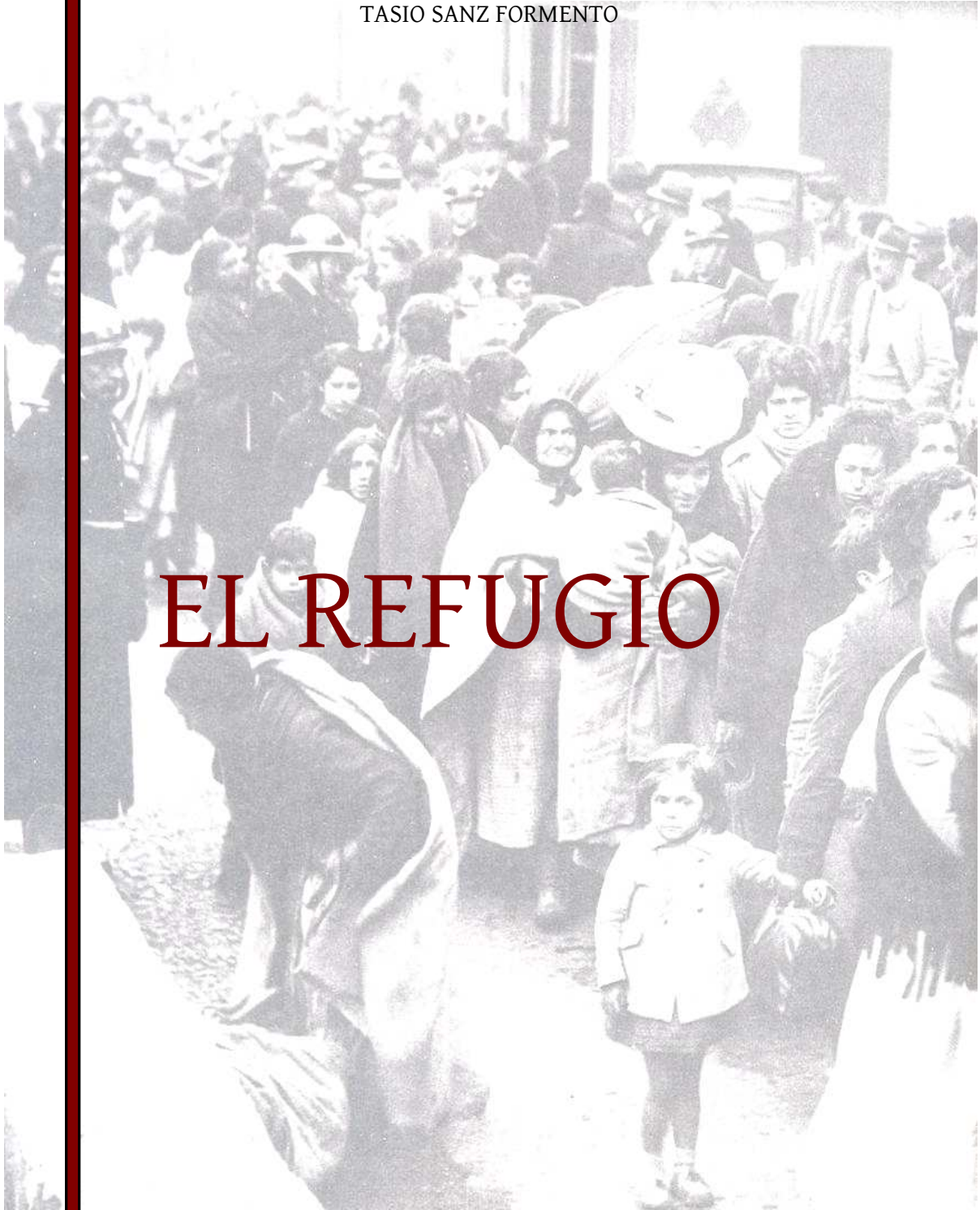


TASIO SANZ FORMENTO



EL REFUGIO

EL REFUGIO

*El mal... El mal debe decirse,
pero que triunfe el bien.*

Eschyle (Agamemnon)

*... si no es martirizado, el niño es feliz donde sea y cual sea
la miseria de su entorno, ya que, del mismo modo que las
crías de los animales, las de los hombres aspiran a jugar.
Es una de las leyes de la naturaleza.*

El autor

INTRODUCCIÓN

Como en las páginas que siguen tan sólo cuento lo que recuerdo haber vivido, no consulté archivos ni intenté ponerme en contacto con testigos. Mi hermana Juana es la única persona a la que interrogué para que me confirmara algunos detalles de mucha importancia.

Aunque yo creo acordarme bien de los acontecimientos que se refieren a mi llegada a Francia, puede ser que mi memoria me proyecte imágenes más o menos deformadas por el transcurso de los años. Sin embargo, relato los recuerdos tal como mi memoria me los restituye, incluso los de que tan sólo tengo algunas reminiscencias.

Es también probable que inconscientemente unos pensamientos o unas reflexiones, (diferentes de las que están entre paréntesis), se hayan colado en la narración de esos recuerdos de mi infancia : el hombre casado y el padre que soy no puede relatar con exactitud las alegrías, las penas y los impulsos del niño de diez años que yo era entonces. Para eso, hubiese tenido que haber sido yo un superdotado para escribir un diario. Aunque, mirándolo bien, entonces hubiese escrito tal vez más fabulaciones que las que, a mis espaldas, pueden adornar mi relato.

Individualmente, tan sólo podemos hablar de nuestro pasado evocando los recuerdos conservados en nuestra memoria. Si muchos de ellos tienen la perennidad

EL REFUGIO

de nuestra vida, más numerosos son los que se confunden con otros, que mezclan realidad y ficción (a veces tan parecidas la una de la otra), y que se esfuman con el tiempo. Los recuerdos que se borran por completo pueden sernos relatados por alguien que los compartió con nosotros y que aún se acuerda de ellos. Desde luego, pero si su relato no consigue hacer resurgir en nosotros los hechos de los que no nos acordamos, ponemos en tela de juicio su testimonio.

Si hay amigos de entonces que, como yo, tuvieron la idea de escribir sus recuerdos de aquella época, tal vez contaron eventos que compartimos, al igual que se olvidaron mencionar algunos que me marcaron en particular.

Los capítulos que siguen cuentan, en una cronología aproximada, el drama que vivió un grupo de españoles que había llegado en febrero de 1939 a Francia para escapar del fascismo. De la triste trayectoria del grupo del que se trata, narro muy particularmente las aventuras de los niños de diez a doce años de edad arrastrados con su familia por la horrible marea que es el éxodo de un pueblo.

Espero que los que me lean se harán una idea objetiva sobre lo que fue nuestra llegada y nuestra primera etapa en Francia. Sé que mis compañeros de infortunio tan sólo podrán contradecirme sobre pormenores de algunos casos que, lo reconozco, adorno por falta de no tenerlos bien claros en mi memoria.

Dicho esto, afirmo para concluir que el marco, el fondo y el ambiente de esta historia auténtica no son ni exagerados ni alterados por algún resentimiento. Estuve más que dolido cuando unas amigas y unos amigos franceses me rechazaron con maldad al haber leído en mi manuscrito ‘campo de concentración’, haciendo, con toda evidencia, la confusión con ‘campo de exterminación’. Fue imposible para mí que admitiesen, hasta mostrándoles fotografías y artículos editados por la prensa francesa de aquella época, que su gobierno llamaba así los lugares cercados de alambre de espino donde agrupaban a los refugiados españoles (siendo los más importantes el campo de Argelès-sur-Mer y el de Saint-Cyprien, en la Cataluña francesa). Nada más lógico ya que el diccionario de la lengua francesa nos explica claramente : ‘CAMPO DE CONCENTRACIÓN : lugar en el que se agrupa, en tiempos de

EL REFUGIO

guerra, o de disturbios, a los sospechosos, a los extranjeros, etc.'. Pues ese tiempo era revuelto por la guerra que urdía en toda Europa, y éramos extranjeros. Es sólo desde 1945, al descubrir los stalags de la Alemania nazi que la denominación 'campo de concentración' (equivalente a 'campo de exterminación') tiene una connotación abominable; pero vayan a hacerles entender eso a unos patrioteros obtusos, sea cual sea su nacionalidad.

El tiempo pasa y huye arrastrando nuestra vida. Lo que nos recuerda lo ya vivido es, para muchos de nosotros, la panacea que atenúa las desdichas presentes y nos hace más fuertes para afrontar las de los días venideros.

No, no tengo apego al pasado. Si lo cuento no es para reavivar sufrimientos ni para denunciar la injusticia y la crueldad de los hombres, ya que, generación tras generación, seres de renombre internacional no cesan de denunciarlas escribiendo, gritando y hasta sacrificando su vida sin lograr a que les hagan caso.

Al escribirla, quise que ese intervalo de mi existencia fuera una de las tantas historias donde abundan las penas, las alegrías, el sudor, los lloros, las risas.... la muerte. De hecho, todo lo que llamamos simplemente : la VIDA.

Eso ocurrió cuando en Francia estaba muy en boga la canción interpretada por Rina Ketty : 'Sombreros et mantilles'.



EL REFUGIO

PRÓLOGO

(de FRANCIA NO NOS LLAMÓ¹)

A principios de marzo de 1938, mi padre, guiando un macho que tiraba un carro cargado con la ropa y las cosas necesarias para seguir viviendo, se juntó con nosotros en San Mateo (Castellón de la Plana). De allí toda la familia se dirigió hacia Valencia, donde se instaló el gobierno republicano. Llegando a Castellón, las autoridades aconsejaron a mi padre que se fuera a Cataluña.

Durante el mes de abril, y después de una caminata de 200 kilómetros con el carro, nuestra familia llegó a Villafranca del Penedés (provincia de Barcelona), y se instaló en una importante cooperativa agrícola cenetista.

Al conseguir los nacionalistas cruzar el río Ebro - última defensa contra el avance del fascismo - , una tarde del mes de enero de 1939, mi padre cargó el carro por segunda vez, y se unió a la caravana formada por las familias de la cooperativa catalana que huían a Francia.

Durmiendo bajo el carro o en casas abandonadas, al cabo de unos 200 kilómetros de caminata, llegamos a la Junquera, donde se apiñaba la muchedumbre de fugitivos republicanos.

Después de una terrible espera, la frontera se abrió el 9 de febrero. Los refugiados fueron concentrados en el pueblo de Boulou, situado bajo la vertiente

¹ Libro editado por Editorial Antoine, Dr. Fleming, 6, 12500 Vinarós (Castellón).

EL REFUGIO

francesa del puerto del Perthus, donde los militares franceses, ayudados por soldados senegaleses, separaron a la fuerza a todos los hombres de las mujeres y de los niños.

Al igual que la mayoría de los hombres, mi padre terminó su desventura en la playa de Argèles-sur-mer (Cataluña francesa), transformada en campo de concentración, mientras algunas mujeres con sus hijos - entre ellas mi madre con sus siete hijos - , después de un viaje agotador en tren y en autocar, fueron alojadas en un hotel requisado del pueblo de Mézin (Gascuña), situado a unos 300 kilómetros de Argèles-sur-mer.



EL REFUGIO

Primera parte :
EL HOTEL

EL REFUGIO

CAPÍTULO 1 EL FINAL DEL VIAJE AGOTADOR

Cuando durante la noche del 9 de febrero de 1939 el conductor paró el autocar y nos gritó : - ‘ ¡ Ya hemos llegado ! ’ - los viajeros exclamaron un gran uf de alivio. Poco nos importaba lo que nos esperaba en aquel asilo lejano, lo principal era que habíamos salido del laberinto en el cual habíamos sido traqueteados durante horas y horas de día como de noche.

Despertamos a los dormilones. Fueron unos verdaderos pingajos los que bajaron del autocar. Al tocar el suelo, a mis piernas anquilosadas les costó soportar el peso de mi cuerpo enclenque.

Estábamos todos malos por haber vomitado más que habíamos comido a lo largo del viaje agotador. Sacados del sueño, los más pequeños se echaron a llorar. Las madres los cogieron en brazos envolviéndolos con un faldón de su capa. Penetramos en el interior del edificio, deslumbrados por la iluminación resplandeciente de las palabras HÔTEL DE LA POSTE pintadas de blanco encima de la puerta de entrada. Una vez que pasamos el umbral, amontonamos en desorden al pie de la escalera nuestras maletas miserables y nuestros fardos atados con cuerdas.

En una sala grande nos esperaba una larga mesa copiosamente guarnecida con manjares servidos en verdaderos platos. Estábamos demasiado cansados y hastiados para apreciar el banquete que nos ofrecían, el primero desde hacía muchos días. Tumbarse y dormir, eso era lo que reclamaban los cuerpos magullados.

Después de la comida, nuestros anfitriones nos invitaron a subir a nuestras

EL REFUGIO

habitaciones repartidas entre las dos plantas del edificio. Tras coger nuestro equipaje, subimos con dificultad tambaleándonos detrás de nuestro guía y, a nuestra gran sorpresa, nos acostamos en auténticas camas con colchones de lana, sábanas blancas y edredones de plumas.

Después de haber trabajado todo el día en los campos pedregosos y sedientos, a mi padre le quedaban fuerzas para darnos lecciones y, a veces, para hablarnos de Francia. Francia.... En la tormenta de nuestra guerra, para él, ese país era la tabla de salvación que pondría a su familia a salvo en caso de desastre; para el oprimido, ese país era la libertad; para el peón, era trabajo y pan asegurados para los suyos; para el revolucionario exaltado era la toma de la Bastilla y la abolición de los privilegios; para el labrador, - como lo era mi padre -, era la tierra negra y fértil judiciosamente regada por las lluvias; y para nosotros, los niños, Francia era el país de Juana de Arco, de Napoleón : ¡ la epopeya !

Desgraciadamente, nuestra llegada al país tan admirado quedará para siempre una de las más grandes desilusiones de nuestra vida. Fueron unos gigantes negros (que tomamos por unos moros) los que, tan pronto como pasamos la frontera, en el Boulou separaron a los hombres de las mujeres y de los niños. Ahora bien, oíamos decir que los moros de Franco eran unos salvajes sanguinarios. Y como para humillarnos aún más, nos enteramos de que nos alojaban en casa de unos italianos que, al igual que los moros y los alemanes, eran enemigos de los republicanos españoles.

A los pocos días de nuestra llegada, en una tarde soleada, otro autocar de compatriotas se paró delante del hotel que estaba casi completo. Dos o tres familias de esa nueva ola de desarraigados fueron alojadas en las habitaciones que los hosteleros tenían en la casa situada algunos portales más abajo, siendo la sala comedor del hotel el lugar donde nos reuníamos para tomar juntos las comidas y donde pasábamos la mayor parte del tiempo. En realidad, el hotel se había transformado en un asilo para los refugiados españoles (mujeres y niños). Incluso se susurraba que los hosteleros estaban bien pagados por las autoridades francesas.

EL REFUGIO

Sólo guardaban dos o tres habitaciones libres para hospedar a los viajeros ocasionales que, en general, eran como ellos, unos inmigrados italianos. En espera de algún cambio, dicho hotel alojaba y alimentaba diariamente a unas cuarenta personas, cuyas dos tercias partes eran niños. Nosotros, la decena de niños que teníamos entre nueve y doce años, formábamos un clan muy unido.

Para empezar, el ayuntamiento dio a las madres unos bonos de comprar que les permitían elegir ropa, recogida por alguna asociación caritativa, en una gran y oscura trapería. No teniendo en cuenta la elección muy restringida, para todos nosotros, que sólo teníamos lo que llevábamos puesto, esa ropa de segunda mano fue muy apreciada. Gracias a ella, representábamos convenientemente a un pueblo que lo había dejado todo al otro lado de la frontera.

Esto hecho, no pasaba ni un día sin que los gendarmes, con quepis redondos como unos cazos, no vinieran a visitarnos para asegurarse de que estábamos bien en el hotel. Debo precisar que, desde el primer día, advirtieron a las mujeres y a los chicos mayores que les estaba prohibido trabajar y que, grandes y pequeños, debíamos obedecer sin rechistar al señor hostelero, el cual estaba encargado de vigilarnos. Nos dieron a entender que éste tenía también el poder de avisarlos cada vez que faltaríamos a las reglas de la hospitalidad que nos era ofrecida por Francia. Para nosotros, la orden dada por la policía al hostelero era la espada de Damoclés con la que nos amenazaba a la mínima contestación.



EL REFUGIO

CAPÍTULO 2

DUEÑOS DEL HOTEL Y EL BARRIO

El matrimonio cuarentón, dueños del HÔTEL DE LA POSTE, en el cual nos alojaron, formaba una pareja disparatada. Él, era de estatura.... digamos baja, y algo rollizo. Vestía siempre un traje echo a su medida; tenía el cabello liso, peinado y aplastado con gomina hacia atrás; tenía un aspecto.... algo snob. Ella era todo lo contrario a su marido : alta, corpulenta, mal peinada y casi siempre vestida con batas y vestidos anchos de color negro. Andaba por el hotel como un sembrador por el campo. Su forma de hablar, fuerte y algo ronca, correspondía perfectamente a su potente estatura. Cuando se reía, gritaba o regañaba a alguien, - casi siempre en italiano -, su voz estentórea retumbaba en todo el edificio. Eran padres de tres hijos.

La mayor, Eva, aparentaba más de catorce años. Era guapa y muy amable con todos nosotros. Como fue la única de su familia que quería aprender en serio español, le tuvimos mucha simpatía. (Siempre se realza el aprecio de los que hacen esfuerzos para comunicar con extranjeros).

Su hermano mayor se llamaba Pierre (Pedro), pero como sus padres lo llamaban siempre por su nombre italiano, Piero, Piero era para nosotros. Tenía trece años pero aparentaba más. A diferencia de su hermana, él nos odiaba. Al igual que la mayoría de los colegiales franceses, Piero vestía un guardapolvo negro con cinta roja, abrochado a la moda rusa, y se cubría la cabeza con una boina negra que jamás

EL REFUGIO

se quitaba.

El hijo predilecto de la familia Rini tan sólo tenía seis años, pero en perrería sobrepasaba a su hermano. Como tosiqueaba y escupía constantemente, le pusimos el mote de 'El Tísico'. Creyendo que, de veras, era tuberculoso, las madres nos recomendaron no acercarnos a él. Es lo que hacíamos, no para preservarnos de los bacilos de Koch, sino para evitar sus arañazos y sus mordiscos, ya que, como un gato salvaje, experimentaba un placer malévolo mordiendo y arañando al que pillaba a su alcance. Este malintencionado 'bambino' pretendía que todo le pertenecía. No podía compartir con los suyos sin refunfuñar; así es que, con nosotros... ni hablar. Para él, éramos invasores, y como tales, nos combatió sin discernimiento mientras duró nuestra estancia en el hotel de sus padres porque, para no comprometer su salud, supuestamente delicada, éstos le regañaban como si fuese un bebé, y jamás lo castigaban.

En el hotel iba y venía, siempre atareado, Bruno, el doméstico, con treinta años de edad, alto y delgado, con cabello moreno y rizado como el de Charlot. Aún lo veo con traje de criado : zapatos de charol, pantalón, chaqueta recta, chaleco, pajarita negros, y camisa blanca.

Bruno era un personaje muy original. En su rostro, con frente arrugada, parecía que se había gravado para siempre su sonrisa de nene, señal de idiotez en cara de adulto. Como era tartamudo, hablaba poco y únicamente en italiano. Cuando nos dirigía la palabra, debíamos recurrir a Eva para comprender lo que nos decía. Bruno pillaba a menudo rabietas que nos asustaban y hacían desternillarnos de risa al volverse él a la vez espantoso y cómico. También a veces estaba de morros durante todo un día sin que supiéramos el porqué. Le dimos el apodo de 'Simplón'.

El hotel donde nos alojábamos se situaba en la alineación de viviendas que bordeaban el lado derecho - bajando - de la ancha encrucijada que era la entrada norte al pueblo. Como la calle (y carretera a la vez) tenía bastante pendiente, su única acera era una sucesión de escalones que permitían entrar al mismo nivel a las viviendas.

EL REFUGIO

La última casa, adosada al hotel, hacía esquina con la calle principal. Una escalera de piedra de unos diez peldaños, sobre los cuales nos sentábamos para charlar, daba acceso a la puerta de entrada. Una verja en hierro forjado bordeaba dicha escalera, cuyo rellano adornado con macetas de flores y plantas trepadoras dominaba la terraza del hotel.

En la terraza del hotel, delimitada por una tapia, permanecían algunas mesas y sillas de hierro pintadas en blanco. Cuatro arbustos plantados en verdaderos barriles llenos de tierra indicaban, viniendo de la carretera, su entrada y sus esquinas. En el lado opuesto, frente al hotel, se alzaba un cerrillo en la falda del cual crecían acacias, retama y zarzas, y, más abajo, bordeando la carretera, se alzaban construcciones inconexas y un taller de mecánica para maquinaria agrícola.

En la llanura alta del cerrillo cubierta por parcelas para la horticultura, los amos del hotel poseían un gallinero, un pajar, un lavadero, un espacio para tender la ropa y dos pistas para jugar con bolas a la ‘petanca’ regional. Se accedía por un estrecho sendero en zigzag.

Después del cerrillo empezaba, en línea continua, la larga cuesta de la carretera secundaria. En la llanura del punto de confluencia de las vías perpendiculares que formaban la ancha encrucijada, estaba la báscula y la caseta, oficina de los arbitrios municipales.

Ya que no podíamos entrar en el pueblo sin ser acompañados por nuestras madres, era en dicho barrio donde jugábamos libremente todo el santo día.

Cada vez que una camioneta o un carro tirado por un caballo, o un par de bueyes, o de vacas, (yuntas que nos extrañaban mucho), se paraban en los arbitrios municipales, rodeábamos la gran báscula para asistir, quietos y curiosos, al método de peso practicado por el consumero. Este señor cincuentón, buenazo y amable, tocado a semejanza de los gendarmes, no admitía vernos vagabundear en dicho lugar porque, al perseguirnos jugando, golpeábamos a veces el suelo de la báscula con nuestros zapatos; cosa que hacíamos también adrede cuando estaba en la caseta para hacerle rabiar.

EL REFUGIO

A Piero le gustaba jugar con nosotros para imponernos su voluntad. Al ser alumno, no podía molestarnos hasta después de salir de clase, y los jueves y domingos, lo que representaba un tiempo considerable habida cuenta de su autoridad despótica.

A pesar de las peticiones de las madres, las autoridades no nos permitían ir a la escuela. Preocupadas por nuestras carencias en cuanto a los estudios escolares, algunas de ellas, (como mi madre), decidieron instruirnos sumariamente un poco cada día. Al no poseer ni un libro en lengua española, fueron las cartas de la correspondencia con los padres y otros familiares que les permitieron darnos lecciones de lectura y escritura. En lo que se refiere al cálculo, nos hacían aprender y recitar de memoria las tablas de multiplicación, y resolver sumas, restas, multiplicaciones, y, para los más adelantados, divisiones.

Aunque eran mínimos, estos estudios nos desagradaban. Si ocasionalmente, unos pocos nos sentíamos orgullosos de saber leer y escribir, a veces lo lamentábamos, porque era a nosotros a los que las madres obligaban a escribir, y leer y releer las cartas que nos dictaban las personas analfabetas, mientras los demás seguían jugando.



CAPÍTULO 3
EXÁMENES DE RECONOCIMIENTO MÉDICO. LA SARNA

Con su barba muy abundante y cana, el viejo médico encargado de examinarnos tenía un semblante parecido al más ilustre hijo de Mézin, (pueblo que nos acogió), del que, aún hoy en día, se alza el busto de bronce en la plazuela del ayuntamiento, y su retrato resalta (seguramente) en las oficinas de la alcaldía y de los lugares administrativos, con esta leyenda :

Armand FALLIERES (1841-1931),
PRESIDENT DE LA RÉPUBLIQUE FRANÇAISE de 1906 à 1913

Los dos o tres exámenes médicos asombraron a toda la colonia de refugiados. Nosotros, los chavales, salimos de la sala de consulta la cara colorada por la vergüenza que pasamos al estar obligados a desnudarnos completamente, y, después del examen de la cabeza y del tórax, por dejarnos palpar de modo concienzudo el pene y los testículos, y esto en presencia de dos enfermeras que nos inmovilizaban brazos y piernas.

Las mujeres salieron de dichas consultas echando chispas. Escandalizadas, se confesaron, gritando :

- A mí también, este viejo y marrano médico me ha ordenado ponerme en paños menores, y, muy satisfecho por haberme acariciado los pechos, con la ayuda de sus

EL REFUGIO

dos enfermeras cochinas, me ha obligado a abrirme de piernas para ver de cerca mi sexo y poder introducir en la vagina un dedo enguantado. Dedo que, según contaban, prolongaba exageradamente su inspección avergonzante.

Aunque desconcertadas y rabiosas, madres e hijas se limitaron a acusar en coro el viejo licencioso de aprovechar de su título y de las tristes circunstancias para regocijarse mirando y tocando impunemente el cuerpo, casi desnudo, de mujeres separadas de los hombres; y el médico cochino reincidía con más insistencia la ‘inspección’ del sexo de las jóvenes.

(Hoy, con la perspectiva que nos dio el tiempo, podemos comprender lo que sintieron y tuvieron que aguantar las mujeres durante dichos exámenes, ya que, la gran mayoría de las madres y la totalidad de las mozas, debían por primera vez abandonar sin chistar su cuerpo en paños menores a la vista y al tocar de un hombre. El echo de que fuera médico y anciano no disminuía en absoluto el odio que le tenían.)

Ya que a pesar de la actitud reprobadora y de las quejas orales de las madres, el médico depravado oficiaba mensualmente como ginecólogo, las mujeres decidieron, de común acuerdo, recurrir a procedimientos eficaces para proteger su sexo de la curiosidad perversa de dicho médico. Antes de ir al reconocimiento médico, madres y hermanas doblaban sus bragas con calzones exageradamente apretados, ceñidos al talle y a los muslos, y atados con sólidos cordones y cintas, (la coquetería femenina jamás fue excluida).

Vencido por la coraza de castidad de las atrevidas españolas, el viejo barbudo y sinvergüenza médico francés se limitó a auscultarlas, a hacerlas sacar la lengua (lo que hacían exageradamente) y a tocar adonde les dolía el cuerpo. Además, estimuladas por su victoria, las madres exigieron estar presentes durante el examen de sus hijas púberas.

Los exámenes médicos no tardaron en estar suprimidos. Sólo iban a la consulta las personas que enfermaban o que se dañaban accidentalmente.

En el transcurso de los exámenes mensuales en su consulta del hospicio

EL REFUGIO

municipal, dicho médico nos propinó varias vacunas. Por supuesto, ignoraba pues, visto que no nos dieron libreta de salud, que ya nos pincharon al pasar la frontera.

Aún hoy en día, nuestro organismo debe estar inmunizado contra los microbios, los virus y las infecciones que hormiguean alrededor nuestro.

Además de enfermarnos, el omóplato pinchado nos dolía tanto que, durante muchos días, andábamos de soslayo, y algunos con un brazo en cabestrillo.

El hotel que las autoridades requisaron para alojarnos no tenía cuarto de baño, al igual que tampoco lo tenían las casas del pueblo, ni siquiera - eso lo supimos más tarde - las viviendas francesas. Para lavarnos a fondo, la municipalidad nos reservaba sus duchas municipales un día a la semana....

El momento es adecuado para narrar lo que sufrimos con la epidemia que tanto avergonzó a las mujeres, a las mozas y a los mozos.

A principios de la primavera, la sarna contaminó de forma insidiosa a la colonia de refugiados españoles. En primer lugar, aisladamente, debíamos dejar de jugar para rascarnos rabiosamente entre los dedos de las manos. Poco a poco, al cabo de unos días, nadie se salvó de los picotazos que ocasiona la sarna, pero sus parásitos atacaron con más ahínco a las niñas y a los niños, siendo los más jovencitos los más afectados. Dicha epidemia fue tal, que no tardó en extenderse a muchas partes de nuestro cuerpo, hasta en el cuero cabelludo. Las madres raparon la cabeza de los chicos.

Rascarse la piel hasta hacerla sangrar era el único remedio que lograba calmar el picor que no nos dejaba descansar. Las madres nos cortaron las uñas al ras de las yemas de los dedos, y, para los más empedernidos, confeccionaron manoplas de tela para que no pudiesen arrancarse las costras; pero como el picor que nos torturaba era insoportable, utilizábamos a escondidas un palillo para rascarnos las plagas. Sin duda, fue un sarnoso el que dijo : 'El rascar es empezar y no parar'.

Las autoridades pusieron a la colonia de refugiados españoles en cuarentena. Nos prohibieron alejarnos del hotel donde estábamos alojados, y, a los más contaminados, no salir de su habitación, salvo cuando todos debíamos ir a que nos

EL REFUGIO

curaran.

Enfermeras con blusas blancas pasaban lista en la entrada del edificio de las duchas municipales. Después, las madres y las hermanas mayores nos desnudaban, y, en cuero vivo nos metían bajo un chorro de agua demasiado caliente a nuestro gusto. Vigiladas por las enfermeras, las mujeres nos restregaban con un cepillo de grama de la cabeza hasta la punta de los pies. Después del atroz cepillado, nos enjabonaban abundantemente con un jabón negro como el carbón; a continuación, una vez aclarados y secados, nos untaban por todo el cuerpo una pomada que tenía el color y el olor del azufre, y que quemaba horriblemente durante veinte minutos. Una vez terminado eso, nos ponían un camisón que pegaba al cuerpo y, para terminar, nos vestían con nuestra ropa.

Tras semejante tormento, ¡ qué agradable alivio resentía nuestro cuerpo doliente ! Desgraciadamente, nuestro bienestar tan sólo duraba el tiempo que tardábamos para llegar hasta el hotel. Durante nuestro regreso, los transeúntes que cruzábamos por la calle se paraban para mirarnos atentamente. Ahora, sé que estábamos graciosos con nuestro andar semejante al de los pingüinos, con el cráneo pelado como el de un presidiario y extrañamente amarillento. Sin embargo, había mujeres de cierta edad que se atrevían a acercarse a nosotros para darnos caramelos.

Una día, una de estas buenas mujeres francesas preguntó claramente a uno de nosotros como se llamaba: ‘¿Comán tu tapele?’, fonética en español del francés ‘Comment tu t’appelles?’ (¿Cómo te llamas?). Entendiendo que la señora le preguntaba como le habían ‘pelado’, imitando con los dedos índice y mayor de su mano derecha una tijera cortando sobre su cabeza, nuestro camarada le contestó a su vez de la manera más clara que pudo :

- ¡ Zas ! , ¡ zas ! , mi madre con tijeras.

Fueron muchos años más tarde, cuando empezamos a comprender el francés, que el recuerdo de esta escena, y otras debidas a la confusión de los idiomas, nos hicieron reír a carcajadas.

Escribiendo esto me río a solas viéndome claramente, como si fuese ayer,

EL REFUGIO

entrando con mi madre en una tienda de comestibles. Como no veía en el mostrador lo que deseaba, mi madre me gritó : ‘ ¡ Venga ! , dile que quiero seis huevos’, - porque las madres en general, y la mía en particular, se imaginaban que nosotros, sus chavalas y chavales, podíamos hacernos comprender por la gente del pueblo, y eso porque, a veces, jugábamos con las niñas y los niños franceses. Como me quedé inmóvil y mudo como una estatua, mi madre se puso a cacarear moviendo los codos como si fuesen alas, y, para finalizar, poniéndose en cuclillas. Riendo a carcajadas, la tendera destapó un cajón con huevos....

Los catalanes fueron culpables de muchas anécdotas cómicas, y eso porque nos decían que el catalán es muy parecido al francés. Por ejemplo, ventana, cama, queso, se dicen en catalán, finestre, llit, fromatge, y en francés : fénêtre, lit, fromage.

Al que pidió un ‘ganivet’ (cuchillo en catalán), la vendedora se imaginaba que le pedía el ‘cabinet’. (En francés retrete se dice también ‘cabinet’).

Para las sarnosas y los sarnosos, los días eran muy largos y las noches interminables, ya que el picazón nos despertaba obligatoriamente para rascarnos. Los más jovencitos eran los más dignos de compasión. Para impedir que se rascaran con los dedos, o con las manoplas manchadas de pomada, hubo madres que les ataron las manos. Pronto se dieron cuenta de que esta precaución era la peor, porque chillaban y se agitaban como locos al darse cuenta de que no podían rascarse cuando el picor les despertaba.

Recuerdo que en nuestra habitación había una madre que se pasaba la noche envela a la cabecera de su hijito para rascarle con suavidad el lugar del cuerpo que sus manitas querían rascar a tientas.

Casi al final de la cura medical intensiva, si hacía buen tiempo, las madres tenían permiso para dejarnos vagar por el barrio, con la condición de que no corriésemos y no nos peleemos.

Al vernos vestidos con ropa mísera, las manos y las piernas con vendas, la cabeza al rape y teniendo a la vista - unos más que otros - granos y postillas, los franceses nos hacían comprender que los españoles éramos gitanos. (Hoy puedo

EL REFUGIO

asegurar que durante muchas décadas ‘español’ y ‘gitano’ eran sinónimos).

Cuando se acercaba la hora de ir a las duchas, lugar donde nos torturaban, nos escondíamos, pero la escasez de escondites era tal que las madres y los mayores juntaban, sin cansarse demasiado, a la pandilla de sarnosos. Los más jovencitos gritaban y lloraban adivinando adonde íbamos todos. Una vez por semana, en el barrio de las duchas municipales resonaban nuestros lloros y nuestros gritos, dominados por los chillidos de los más jovencitos, atroces como los del cerdo que degollan.

Desde el principio del contagio, las madres, (entre las cuales perdurará la cizaña), se intercambiaban en voz alta acusaciones. Unas afirmaban que, a la manera de los piojos, la sarna provenía de la suciedad; y como entre nosotros había niñas y niños muy descuidados por sus madres.... Otras, más para calmar las antagonistas que por sabiduría, decían que la marranada provenía de la mala nutrición, siendo pues los hosteleros los responsables. Como en otros casos que cuento en otros capítulos, las madres tuvieron violentas agarradas. El hostelero tuvo que intervenir con severidad para poner fin a las disputas envilecedoras entre las mujeres españolas. Oportunamente, las enfermeras consiguieron hacerles entrar en razón, explicándoles que la sarna provenía del cambio radical de nuestra alimentación, del agua, de nuestro ambiente y, sobre todo, por haber faltado de higiene hasta nuestra llegada.

Costra tras costra, la sarna terminó por desaparecer completamente. Al ser, relativamente de nuevo libres, reanudamos con nuestras actividades, a veces con calma y frecuentemente con rudeza.... Mientras duró la mencionada epidemia, y muchos días después, el aire que respirábamos y los alimentos que comíamos tenían olor y sabor a azufre.

CAPÍTULO 4
SUMISIÓN Y PRIMER COMBATE

Alojados, vestidos, alimentados, cuidados y condenados a no hacer nada, nuestra existencia, decían las madres, era comparable a la de las aves de corral. Sólo había los holgazanes, - siempre los hay en un grupo -, y nosotros, los críos, que estábamos contentos de nuestra suerte. Era como un recreo permanente que los colegiales del vecindario nos envidiaban.

Mientras que jugábamos con vivacidad, las madres y las hermanas mayores que no estaban en el lavadero se quedaban sentadas en la terraza del hotel, ocupadas en remendar y zurcir con minucia los desgarrones de nuestra ropa y los agujeros de nuestros calcetines. Ociosas por fuerza, tenían todo el tiempo para rumiar llorando malos pensamientos. Es que tenían motivos para afligirse : el hogar abandonado – destruido tal vez -, el encarcelamiento o la muerte de un ser querido, la dislocación de la familia, la falta de noticias del marido, prisionero en un campo lejano en el cual, seguramente, pasaba hambre y frío, etc. Éramos su salvación. Nuestras voces, nuestras risas y, también, nuestros lloros provocados por una caída, que nos hacía sangrar la nariz, una rodilla o un codo, las sacaban de su profundo y doloroso abatimiento.

En la estrecha jaula que era para nosotros el hotel, y en la cual oíamos tantos gemidos y tantos llantos, la señora Rini iba y venía, siempre muy atareada y a

EL REFUGIO

menudo estruendosa; pero a pesar de la omnipresencia de su cuerpo imponente y el sonido de su voz atronadora, ella no alteró nuestra estancia en el hotel. Nos daba órdenes y nos reprendía de manera escasa. Se llevaba bien con sus huéspedes españolas que la ayudaban a mondar y desgranar las verduras de las comidas. El recuerdo que guardo de ella se resume a su estatura, a la particularidad de su voz y a su garbo de matrona. No es lo mismo con los demás miembros de la familia Rini.

El amo del hotel no se cansaba de repetirnos que debíamos, pequeños y grandes, obedecerle sin rechistar. Para prohibirnos subir y bajar corriendo la escalera que llevaba a las habitaciones, para que cesara la batahola que animaba la sala, para.... Total, para poner fin a todas las molestias que provocábamos, nuestro inflexible ‘tutor’ no paraba de vociferar.

Por necesidad, aprendió algunas palabras en español, palabras que sólo empleaba en imperativo. La palabra la más utilizada de su vocabulario limitado era ‘pequeños’ que, al habernos oído decir, simplificó en ‘pequis’. Todas las órdenes que nos daba empezaban por ese sustantivo, seguido por el verbo o el adverbio que convenía a la situación creada : ‘ ¡ Fuera ! ’, ‘ ¡ Silencio ! ’, ‘ ¡ Deprisa ! ’, ‘ ¡ Venir ! ’, etc.

Cada noche, una o dos horas después de la cena, se plantaba al pie de la escalera, y, tras haber dado palmas, nos gritaba : ‘ ¡ Pequis ! ¡ A la cama ! ’. Éramos una quincena cuya edad nos obligaba a obedecerle acto seguido. Como no le gustaba repetir dos veces una orden, se quedaba en su puesto hasta contar al último de nosotros. Las madres se sometían sin decir palabra a las exigencias del hostelero pero, como se sentían frustradas de su deber maternal (y paternal, puesto que los padres estaban ausentes), no cesaban de mascullar su descontento; (excepto los maestros de escuela, los padres no admiten que unos extranjeros manden, o reprendan a sus hijos). Cuando el hostelero nos trataba con rudeza, al adivinar su indignación las mirábamos interrogativos. Con tristeza, se contentaban con hacernos una señal que significaba : ‘ ¡ Venga ! , obedecerle.’

Era sin darnos prisa que salíamos de la sala comedor y que nos poníamos en fila

EL REFUGIO

en el estrecho hall de entrada, en el fondo del cual estaba dicha escalera. Debajo del hueco de ésta se encontraba la puerta de acceso al trastero, y a la que daba a un patinillo donde se amontonaban las pilas de casilleros para las botellas y de amasijos. Sobre la pared de la derecha se abrían la puerta de la cocina y la del café-bar, cuya ventana daba a la terraza de la calle.

Los domingos y demás días festivos, las madres y los mayores no tardaban en seguirnos a la cama ya que, después de la cena, nuestro comedor se transformaba de nuevo en sala de café para recibir a los clientes que, en su gran mayoría, eran transalpinos.

Si cuando el dueño nos daba ordenes obedecíamos conteniendo nuestra rabia, no era lo mismo con su hijo mayor. A ejemplo de su padre, éste no dejaba de reñirnos a menudo, y hasta pegarnos cuando le plantábamos cara. Tan pronto como volvía de la escuela, se apresuraba en hacer sus deberes para distraerse en humillarnos. Imitando el tono de su padre, a la menor protesta nos recordaba que 'le' debíamos la casa y la comida. En suma, estimaba que él era el señor y nosotros sus vasallos. Al igual que las madres, no nos atrevíamos a sublevarnos de lo mucho que temíamos que el hijo fuera a denunciarnos a su padre todopoderoso. Ignorábamos totalmente su idioma pero, en muchos casos, hay palabras y hasta frases que un extranjero no necesita entender para captar el sentido.

Éramos sus sufrelotodos. Bajo su amenaza, cometíamos malas acciones como, por ejemplo, robar en la reserva del hotel algunas golosinas de las que tan sólo nos daba migajas. Una vez, jugando a la pelota con sus amigos de escuela, rompió un cristal de una de las ventanas de las casas del barrio. Nos culpó del destrozo y lo creyeron puesto que, considerados como gitanos, para numerosos vecinos teníamos la fama de ser unos gamberros.

Como nos sobrepasaba en estatura y en anchura de espaldas, Piero nos amenazaba con su fuerza física, lo que, generalmente, siempre es el arma disuasiva que permite al más fuerte ser el dominante en una banda. Siendo el hijo de nuestro dueño, no le hacía falta usar de sus músculos para imponerse a todos nosotros pero,

EL REFUGIO

como quería demostrarnos que era indiscutiblemente el más fuerte, no paraba de jactarse de que ninguno de nosotros podría vencerlo a la lucha. Se empeñaba tanto, añadiendo que los franceses eran más valientes y más fuertes que los españoles, que nos chinchó hasta obligarnos a aceptar el desafío. Una tarde, aprovechando del tiempo en que el hotel estaba vacío, organizamos el enfrentamiento en la sala comedor.

El primero de nosotros que se echó sobre él no tardó en tener los hombros pegados al suelo. Y le ocurrió lo mismo al siguiente. Tan sólo hubo dos que le resistieron algo antes de perder. ¡ Piero exultaba ! Cada victoria consolidaba su fama de invencibilidad y, pues, su autoridad sobre nosotros, ya que, después del cuarto combate, nadie más se atrevió a afrontarlo.

Al igual que los más pequeños y los más débiles de la pandilla que se conformaban en ser unos espectadores, yo me negué a medirme con nuestro rival. Esquivando sus manos que querían agarrarme, corrí hacia la salida, pero él me cerró el paso. Al ser bloqueado y incitado por mis propios camaradas, acepté el combate, no sin dar a entender que se debían respetar las reglas.

El círculo de la banda se volvió a formar alrededor de los dos luchadores. Tras un breve recogimiento, uno de entre nosotros, nombrado árbitro, contó hasta tres y, si hubiese sido un reportero deportivo, hubiera comentado el combate tal como sigue :

- ‘El francés se echa con presteza sobre el español con la intención de apretarle el cuello, pero este último esquivo la llave agachándose.... El francés inicia una distancia pero los brazos del español le rodean poderosamente las piernas.... Desequilibrados, los dos luchadores caen brutalmente sobre el parquet, el francés de espaldas y su adversario sobre él.... El árbitro se echa a ambos lados de los luchadores y, levantando una mano, empieza a contar los segundos: ¡ Uno ! ... ¡ Dos ! ... ¡ Tres ! ... El francés hace esfuerzos desesperados para liberarse.... ¡ Cuatro ! ... Con los músculos tensos, el español hace una mueca muy dolorosa pero resiste.... ¡ Cinco ! ... ¡ Seis ! ... ¡ Increíble ! ... Ahora le toca al francés sufrir : su rostro tan sólo

EL REFUGIO

es un horrible rictus de lo mucho que se esfuerza en volcar a su adversario... ¡ Siete ! ... El francés logra despegar ligeramente del parquet uno de sus hombros, pero el español se recupera. ¡ Ocho ! ... ¡ Nueve ! ... ¡ Y diez ! ... El español suelta su presa con presteza. Contra todo pronóstico, el ibérico es proclamado ganador en una explosión de alegría....’

El combate tan sólo duró unos treinta segundos. Babeando de rabia, Piero se puso de pie protestando vivamente la decisión del árbitro, pretextando que tan sólo uno de sus hombros tocaba el suelo. Todos nosotros le gritamos que era un maldito tramposo.

Y estalló la indescriptible confusión que sucede a los encuentros cuyos dos campos discuten el resultado final del partido. Piero en francés y nosotros en español, y todos al mismo tiempo, nos defendimos vociferando como locos. Por primera vez, el arrogante Piero retrocedió ante nuestro clan a la vez que exigía una revancha. Como yo la rechazaba categóricamente, me propuso seguir el combate en el punto donde se paró. Con el fin de que yo le entendiera bien, se tumbó de espaldas y me hizo señas de tumbarme sobre él. Entusiasmados, mis amigos aplaudieron su iniciativa, afirmando que yo era el más fuerte; pero a pesar de su ruidosa insistencia, y de los empujones que me daba el brutal rival, no acepté el nuevo desafío. Aunque me sentía extremadamente orgulloso, yo sabía que debía mi triunfo al cansancio de mi adversario, el cual acababa de hacer cuatro combates de un tirón, y a la suerte de haber logrado una buena llave. Y además, algo me decía que Piero desencadenaría sobre mí todo su odio para hacer olvidar su humillación.

A continuación, me provocó muchas veces con la idea de que, irritándome, yo acabaría por tirarme sobre él. No lo consiguió. Hice lo necesario para evitar la confrontación ya que quería quedarme sobre una victoria - ¡ y qué victoria ! -, y dejar a Piero darle vueltas a la rabia que le infligía su derrota. Era juzgarlo mal ya que no cambió para nada su conducta presuntuosa. Hasta se volvió más despótico. Pero todos los tiranos acaban por caer algún día de su pedestal.

Y fue la maldad del benjamín de la familia Rini - el llamado Tísico -, que causó la

EL REFUGIO

espectacular - y pública - caída de su hermano mayor....

CAPÍTULO 5
PERSONAS Y PERSONALIDADES

Como lo sabemos, Eva era todo lo contrario a sus hermanos y a su padre. Era con amabilidad que buscaba nuestra compañía, la que le permitía mejorar el ‘español’ que estudiaba en el colegio.

De todas las lenguas latinas, el italiano y el español son las que se parecen más y, sin embargo, nos costaba entendernos con los transalpinos. Eso se debía, decía la hija de los hosteleros, al hecho de que ellos no hablaban el italiano verdadero sino un habla regional, (el calabrés, creo).

Eva no iba a tardar en servirnos de intérprete tanto sus progresos eran estupefacientes. Para nuestro entendimiento, su inteligencia era fenomenal ya que, a pesar de su corta edad, hablaba tres idiomas : el francés, el italiano y bastante bien el español.

Era a ella que las autoridades recurrían para traducirnos informaciones y documentos relativos a nosotros, y es ella la que nos ayudaba a rellenar cuestionarios.

Apreciábamos sinceramente a Eva. Como era nuestra confidente, sabía lo que pensábamos de los avisos prefectorales, de los cuales el más absurdo era el que prohibía a los refugiados españoles trabajar mientras que los franceses les proponían ciertas faenas.

EL REFUGIO

Cuando, durante su tiempo libre, no estaba con las madres, Eva se rezagaba con nosotros y con nuestras hermanas. Los temas que podían satisfacer su curiosidad no faltaban, ya que, muchas provincias de la península ibérica estaban representadas en nuestro grupo de exiliados.

A primera vista, el acento del habla y el carácter propios a las diversas regiones y, para algunos, los rasgos físicos que diferencian a la gente del sur con la del norte, distinguieron a cada familia. A continuación, tras conocernos mejor, fueron nuestros defectos, nuestras cualidades, nuestras manías.... En resumen, la personalidad de cada uno era la que diferenció más a los unos y a los otros. Eva terminó por conocer muy bien las diversas individualidades de nuestra colonia.

Entre los niños, había el llorón, el tímido, el diablillo, el bueno y el malo, el astuto y 'el del montón'. Había la madre asmática, la alta y flacucha y la bajita rellenita, la enfermiza a la tez lívida, muy dulce con sus hijos y buena y servicial con su entorno; había también la que rebosaba de salud y de optimismo, la cachonda, la llorona, la que era más bien fea así como la que era verdaderamente guapa; había la madre que criticaba a la que ella juzgaba ser mala madre, la muy descuidada que daba vergüenza a las que, a pesar de su pobreza, hacían todo lo posible para estar siempre presentables y, como en cada grupo de seres, había la que la ingenuidad divertía a todos los demás. Y sucedía lo mismo con nuestras hermanas y hermanos mayores.

La abuela Pascualina tenía los ojitos vivos y la piel muy arrugada. Su mayor preocupación era cuidar muy bien de sus papeles. El miedo infundado que tenía de perder uno de sus 'documentos', una de sus cartas o una de las pocas fotos que había logrado salvar en la huida, nos divertía muchísimo. Era en su pecho que ella los escondía como si fueran unas joyas preciosas.

Cada vez que tenía que enseñar un escrito justificativo, hundía su mano huesuda dentro de su blusa y, al igual que del sombrero de un prestidigitador, no dejaba de sacar unos paquetitos planos cuidadosamente envueltos con papel de periódico y atados con cinta. El documento necesario nunca se encontraba en el paquete donde

EL REFUGIO

creía que lo había puesto. Al mismo tiempo que los desembalaba y que clasificaba su contenido, se ponía nerviosa hasta el punto de pretender que se lo habían robado. Como terminaba por encontrar lo que buscaba, se golpeaba con un puño la frente acusando su memoria desfalleciente. Aliviada, se reía puerilmente esgrimiendo triunfalmente el papel que le pedían de una mano, mientras que con los dedos ganchudos de la otra sujetaba preciosamente su desembalaje. Y siendo ella analfabeta, la misma escena se repetía cuando quería que leyéramos de nuevo una de sus cartas. Aún peor : cada vez que tenía que desplazarse, se hacía acompañar por una compatriota tanto temía que la atacasen para robarle sus dichosos papeles.

Cuanto más la criticábamos y aconsejábamos, mofándonos de ella, más se enfadaba y trataba a sus compañeras de ser unas ignorantes inconscientes de lo que es la vida. Les gritaba :

¡ El pecho es el escondite más seguro que tiene una mujer ! Nunca se atreven a registrarlo. (Salva de risas). ¡ Reíos siempre ! , cabezas locas. ¡ Aunque me pierda, yo nunca perderé mis papeles !

Nueva salva de carcajadas.

- En vez de burlaros de mí, mejor sería que aprendierais la importancia que tienen los papeles. No tenerlos es ir a la cárcel ya que, sin ellos no existimos. ¡ Idiotas ! Acordaros del refrán que dice : ‘Para saber quien tiene razón que se callen los divinos y hablen los pergaminos’.

Cuanto más refunfuñaba, más nos reíamos y más la pinchábamos para partirnos más de risa. Eva se reía con nosotros.



CAPÍTULO 6
DE SORPRESA EN SORPRESA

La calle era nuestro dominio. Sólo la lluvia podía recluirnos en la gran sala del hotel que, provisionalmente, se transformaba en sala de recreo.

Jugábamos a las damas, a los caballitos, al juego de la oca y también a las cartas cuando Piero tenía la autorización de su padre para coger un juego en el cajón cerrado con llave del mostrador. Lo mismo que el idioma, no comprendíamos las cartas francesas. Piero se empeñó en enseñarnos unos juegos pero, como a él no le gustaba perder, aprovechaba nuestra ignorancia para hacer trampas. En el cajón del mostrador había también unas cartas ‘españolas’, que Piero proclamaba ser ‘italianas’, pero su padre le prohibía tocarlas ya que era con ellas con las que jugaban sus clientes y compatriotas. La guerrilla y el barbudo eran los únicos juegos que nos hacían apreciar los corazones, los diamantes, los tréboles y los picos. También, a veces, nos poníamos a dibujar, ahorrando el papel de escribir cartas. (Me acuerdo que mi hermano Sebastián dibujó, copiando la ilustración de un calendario, las murallas de la ciudad de Carcasonne, dibujo que clavó en la pared de nuestra habitación). Algunas mujeres nos enseñaban a hacer hábiles plegados de papel, y a hacer esfuerzos cerebrales para acertar sus adivinanzas. Muy a menudo nos agrupaban para distraernos al mismo tiempo que ellas también se distraían con unos juegos de sociedad simples pero apasionantes, mientras sus compañeras charlaban cosiendo, remendando o haciendo punto.

EL REFUGIO

Aprovechando el hecho de que estábamos todos reunidos por la lluvia que nos impedía salir, las madres nos forzaban a escribir al padre encerrado en un campo de los Pirineos Orientales franceses. A los niños analfabetos, (la mayoría de entre nosotros), igual que a los más jovencitos, la madre guiaba la mano para que escribieran algunas palabras - siempre las mismas - que deletreaba en voz alta. Con los dedos crispados en el portaplumas, cada uno trazaba un post-data y dibujaba un muñeco, un animal o una margarita, sacando y moviendo la lengua y dando cabezadas, como si dicha labor necesitaba muchos esfuerzos. Era también el día en que las dos o tres abuelas analfabetas se hacían escribir el correo, y leer de nuevo las cartas recibidas. Tan pronto como la lluvia se escampaba, viniendo del bar, el señor Rini golpeaba las manos gritando : ' ¡ Pequis ! , ¡ fuera ! '.

Para nosotros, la vida era bella. Los alumnos franceses nos la envidiaban ya que nuestras semanas se componían de seis jueves y de un domingo. Por supuesto, nuestro territorio era demasiado pequeño para nuestras persecuciones desenfrenadas, pero al igual que para nuestros hermanos mayores, arriesgarnos fuera de sus límites, impuestos por las autoridades, era vivir una aventura.

Eva era para nosotros la Mariana (o Malinche) que ayudó a Hernán Cortés a comunicar con los indios de México. Descubrimos que el mundo en el cual nos encontrábamos era muy diferente de nuestra España. En su mayoría, los hombres franceses eran más altos, más rechonchos y más “coloradotes” que los españoles; y las mujeres siempre llevaban puestos unos sombreros que nos parecían ridículos. Las madres se preguntaban si se los quitaban para ir a dormir. Pero, evidentemente, lo que más nos diferenciaba era el habla. Consideramos de entrada que el italiano era un idioma ‘normal’ ya que tenía muchas semejanzas con el español, mientras que el francés.... ¡ no entendíamos ni papa ! ¡ Y nos afirmaban que era una lengua latina ! Jamás, asegurábamos, llegaríamos a hablar semejante galimatías. He aquí porque nos extasiábamos escuchando a los franceses más jovencitos : para nosotros, sólo podían ser extremadamente inteligentes para saber hablar un idioma tan complicado. (Cuando las circunstancias nos obligan a dirigir la palabra a los extranjeros,

EL REFUGIO

automáticamente hablamos mal nuestra lengua creyendo que nos van a entender mejor). En la boca de los franceses que nos hablaban, predominaba el sonido 'oa'. Son unas frases del estilo : 'Moa dire a toa qué Fransa plus froada que España'.

'¿Coa? Moa voa que toa no comprendo a moa', etc., que hacían decir a las madres que los franceses no hablaban, sino que ladraban como los perros. Al haber retenido esta comparación, cuando los francesitos repetían con burla lo que decíamos en español, les contestábamos ladrando. Durante mucho tiempo, los llamamos los 'gua-gua'.

Nos quedábamos también pasmados al verlos circular sobre bicicletas de dos ruedas. ¡ Cuánto los envidiábamos, nosotros que aún no habíamos montado en bici y que hablábamos con orgullo de Trueba y de Barrendero, los dos campeones españoles trepadores de la Vuelta ciclista a Francia ! Nuestras madres daban unos gritos de espanto al ver a esos ciclistas bajar velozmente la pendiente de la calle sin sujetar ni siquiera el manillar de su máquina y, al igual que nosotros, se quedaban boquiabiertas de admiración al ver que las mujeres, las chiquillas y hasta la gente mayor sabían también pedalear.

En el país donde sus habitantes hablaban una lengua incomprensible, y donde todos, pequeños, grandes y viejos sabían desplazarse montados sobre una bicicleta, íbamos de sorpresa en sorpresa.

La fraternización con los 'gua-gua' del vecindario se hizo progresivamente. Fue al cabo de muchas semanas cuando aceptaron - o que tuvieron la autorización de sus padres - jugar con nosotros al escondite, a la pelota y a los ladrones, a las barras (juego que nos gustaba mucho), etc.

Una de las primeras palabras francesas que aprendimos fue: ' ¡ Allez ! ', que se pronuncia 'alé'. Palabra que no dejaban de vociferarnos los soldados franceses al agruparnos como ganado una vez que pasamos la frontera. Con la lógica fonética del español, escribíamos esta palabra 'Ale'.

Mientras jugábamos al escondite, imitando a nuestros amigos franceses de juego gritábamos ' ¡ Sayé ! ' al que, frente a la pared, tenía que encontrarnos. Para nosotros, ese grito sólo era una onomatopeya que anunciaba que estábamos

EL REFUGIO

escondidos. Fue después de muchas partidas cuando descubrimos lo que significaba, y eso gracias a Eva que, al preguntárselo, nos lo escribió con tiza en la acera. Unos sentados y otros de cuclillas alrededor de ella, nos entusiasmó nuestra primera lección de francés. Y había de estarlo, al aprender que la ‘c’ con una colita se transformaba en ‘s’. Si la ‘y’ no planteó ningún comentario, sin embargo, la palabra de tres letras ‘est’ que se pronunciaba ‘e’ hizo que le preguntáramos a nuestra profesora :

- ¿Por qué no suprimir las letras ‘s’ y ‘t’ ya que no se pronuncian?

- Porque el francés no se escribe como se habla y viceversa, nos contestó Eva. Partiendo de esa frasecita, los ‘letrados’ de la pandilla nos sentíamos capaces de simplificar esa lengua a la escritura absurda. He aquí como aprendimos que nuestro ‘ya está’ se decía en francés ‘ça y est’ pronunciándose ‘sayé’.

Una cosa bien explicada os ayuda a entenderla y, en parte, a admitirla, pero la ‘c’ con colilla que se pronuncia ‘s’ y la palabra ‘est’ que se reducía a ‘e’ nos perturbaron realmente.

- ¡Jamás sabríamos escribir una lengua tan complicada ! , nos repetíamos.

Muy rápidamente, otras frases siguieron, pero ésta fue la primerita en chocarnos y, por supuesto, en despertar nuestra curiosidad por el francés.

‘ ¡ Sayé ! ...’ Al anoecer, a cada partida de escondite, ese grito resonaba en el cruce norte que daba entrada a la ciudad.

Los juegos siendo para los niños lo que es la moda para los mayores, nos cansábamos de ellos, cambiábamos, inventábamos otros y... volvíamos a empezar.

Al jugar a las barras, nuestras astucias y nuestra velocidad de ejecución asombraban a nuestros adversarios ‘gua-gua’ y divertían a los numerosos espectadores.

CAPÍTULO 7
TRABAJO CLANDESTINO

Aunque les era categóricamente prohibido trabajar a los refugiados españoles, menos de un mes y medio después de nuestra llegada, un campesino le propuso a mi hermano Sebastián ayudarle a trabajar sus tierras, bastantes alejadas de la ciudad para que no lo vieran. Sin considerar los temores de mi madre, mi hermano mayor aceptó saltando de alegría, ya que, dicho campesino, le prestó una bicicleta para efectuar el trayecto de ida y de vuelta.

Sebastián tuvo que aprender a pedalear sin caerse y sin poner el pie en el suelo, cosa que consiguió en algunos días. Fue muy orgulloso de esa proeza. Como todos nosotros, grandes y pequeños, deseábamos vivamente montar en bicicleta para avanzar como los franceses, mi hermano hizo muchos celosos.

Fuera de los recorridos para ir de nuestro hotel al hospicio y a las duchas, y a pesar de nuestras escapadas, conocíamos poco la ciudad de donde los mirones venían dando un paseo hasta nuestro paradero para ver de cerca a los ‘gitanos rojos’.

Cuando hacía buen tiempo, nuestros hermanos mayores se reunían fuera para charlar y mirar pasar a las jovencitas de allí. Nuestras madres y nuestras hermanas mayores se sentaban en la terraza con su modesto neceser de costura. Alrededor de ellas, algunas chicas aprendían a coser escuchando sus consejos, mientras que otras jugaban con su muñeca de tela.

A menudo, jugábamos con las chicas a la rayuela, a la taba, a saltar a la comba, al

EL REFUGIO

corro o a la gallina ciega, pero preferíamos matar el tiempo corriendo por el barrio. A veces, íbamos a ver a las lavanderas en las dependencias que el hotel tenía arriba en el cerrillo de enfrente. Nos era rotundamente prohibido ir ahí después de una tormenta, porque el suelo era tan fangoso que necesitábamos ir calzados con zuecos o botas de goma, artículos que no teníamos.

Durante nuestros paseos, nos parábamos, contemplativos, delante del taller de mecánica donde - espectáculo insólito -, les ponían también herraduras a las vacas y a los bueyes. No nos cansábamos en mirar el fuego que zumbaba, activado por un fuelle enorme, y la pieza enrojecida que el herrero modelaba martilleándola sobre el yunque que retumbaba por el barrio mañana y tarde. Y además, a fuera, había unas máquinas agrícolas para labrar, allanar, arrancar, cortar y rastrillar la tierra. Cuando, a espaldas de los obreros que nos prohibían acercarnos mucho, conseguíamos sentarnos en el asiento de una de las máquinas, aunque fuera por unos segundos, sentíamos una gran alegría.

Un día, estando atareado por el trabajo, el dueño del taller prometió algún dinerillo al que querría accionar el fuelle titanesco de la fragua. Todos fuimos voluntarios. Dejando, no sin tenerle envidia, al feliz elegido por el herrero, corrimos a anunciarles la buena noticia a nuestras madres.

Al día siguiente, mi hermano Sebastián (que había dejado de trabajar la tierra), se atrevió a entrar en el taller para proponer al amo sus servicios, y, contra todo pronóstico, fue contratado algunas horas por las tardes. ¡ Fue como el punto de partida de una caza al tesoro ! En algunos días, la mayoría de nuestros hermanos mayores pasaba varias horas a la semana trabajando en los jardines y haciendo pequeños trabajos en las casas de la gente del vecindario, siendo la labor principal el serrar y el cortar leña para la cocina o para la estufa. Muy pronto, hasta las madres y las hermanas mayores fueron solicitadas por las mujeres francesas de los alrededores para lavar, planchar, coser y para hacer otros trabajillos domésticos. Al ver que la gendarmería se quedaba ciega y muda, animadas, éstas aceptaron ir a trabajar fuera del barrio del hotel. (Fue así como mi madre tuvo la suerte de conocer

EL REFUGIO

en la ciudad a las señoras Engracia, Teresa y Juaquina, de las que hablaré más en adelante).

Los días pasaban y las autoridades, que no podían ignorar estas actividades clandestinas, guardaban el silencio. Era verdad que los que los empleaban, gente honorable y algunos bastante ricos, sólo les pedían pequeños servicios, recomendándoles tener la precaución de no decir nada y de no dejarse ver. Preocupadas, las madres nos decían con sordina de no hablar nunca de esto con nadie.

- Al que os pregunte donde se encuentra una de nosotras, decid : 'En la cama con fiebre', nos recomendaban.

Una vez que estábamos encerrados en nuestro cuarto, éramos muy felices viendo la alegría de nuestra madre contando y volviendo a contar los primeros ahorros del presupuesto de la familia. (¡ Es increíble lo que sólo unas moneditas pueden hacerle soñar al pobre necesitado !).

Mientras cuento eso, he aquí que vuelve a surgir en mi memoria un acontecimiento que nos hizo mucho reír.

El mejor amigo de mi hermano Sebastián, Esteban, llamado 'el Calandino', por ser él y su familia de Calanda - Provincia de Teruel -, fue contratado por una mujer mayor del vecindario para trabajar su huerto. Layó un buen trozo de tierra donde, en orden, plantó ajos y cebollas. Una vez terminado su trabajo, la vieja le dio, no francos como él pedía, sino un tarro de mermelada y un bollo. Para vengarse, algunas noches después, nuestro compatriota fue a arrancar y a dispersar lo que había plantado.

La vieja tacaña vino a armar un escándalo al hotel, pero Esteban afirmó rotundamente que él no tenía nada que ver con tal vandalismo, y se negó a trabajar de nuevo en su huerto.

CAPÍTULO 8
LAS DOS SIRVIENTAS

Al señor hostelero no les faltaba mujeres para poder escoger a dos sirvientas a buen precio entre sus huéspedes españolas. Las que eligió, y aceptaron el trabajo con alegría, debían de tener unos treinta años. Ambas eran guapas, particularmente la más morena.

Además de servir a la mesa, ayudaban a la dueña a cocinar, al dueño a ocuparse de los clientes y al sirviente Bruno a hacer la limpieza del hotel.

Los domingos y los días festivos, ellas servían a la clientela del café con garbo, jovialidad y celeridad. Los bebedores las llamaban Carmen y Lola porque, nos dijo Eva, en Francia, esos nombres evocaban a mujeres con atracción engatusadora. Conocieron tal éxito que muchos clientes sólo venían al bar para que ellas los sirvieran.

Es verdad que eran encantadoras con su falda negra, y su blusa y su delantalito blancos adornados de encaje rosa. Seguro que el hostelero nunca fue tan mimado por su personal. Cuando se encontraba rodeado por 'sus' mujeres, se pavoneaba como un gallo en su corral. Por su lado, nuestras compatriotas cacareaban de satisfacción.

Como, además de servirnos, ellas seguían comiendo en nuestra mesa, las madres

EL REFUGIO

no paraban de reprenderlas severamente, incluso las trataron de ser unas madres y unas esposas indignas, unas sinvergüenzas.

Como no aguantaban más, durante una comida particularmente agitada, las dos sirvientas fueron a quejarse al dueño. Sin preludio, éste ordenó directamente a sus sirvientas abandonar nuestra mesa para ir a sentarse en la suya, en la cocina, cosa que sin duda deseaba y que, hasta entonces no se había atrevido a hacer.

Desde ese momento, ellas se volvieron las ovejas negras de nuestra colonia. Se las odiaba aún más cuando servían con melindres a unos dueños italianos, gente que los republicanos españoles execraban, ya que Italia ayudó a Franco para echarnos fuera de nuestra querida España.

Las madres les lanzaban imprecaciones cada vez que las oían reír a carcajadas con el dueño, y dar risotadas cuando los clientes del café les pellizcaban el talle o les desanudaban el delantal.

Muy pronto, ambas empezaron a jugar francamente con el hostelero, el cual era reputado por ser travieso y por tener fama de ser algo mujeriego. (No recuerdo si ellas eran de las que se les había muerto el marido en el frente o fusilado por los franquistas).

La más morena y más rolliza de las dos, llamada Carmen, tenía una hijita de cinco años, siempre muy bien vestida, y cuya cabellera peinada con unos tirabuzones nos hacía pensar en Shirley Temple. Esa niña encantadora era la muñeca del hotel. Al ver la indignancia en la cual nos encontrábamos nosotros, las madres no vacilaban en dar a entender bastante fuerte a sus compañeras traidoras que la ropa que ellas y la chiquilla llevaban, no caía del cielo. Las acusadas retorcaban que el señor Rini no tenía nada que ver en eso; que ellas hacían todas sus compras con el dinero de las propinas que les dejaban los clientes del café.

El ambiente creado por el comportamiento de ambas compatriotas que habían pasado en el 'clan enemigo' era de los más detestables. A partir del día en el que, durante una terrible riña entre ellas y unas madres, nosotros, los chicos, tomamos partido por nuestro bando, fuimos a menudo, y a pesar nuestro, metidos en las

EL REFUGIO

peleas que dividían a las mujeres.

Aconsejadas sin ninguna duda por el hostelero, las dos sirvientas decidieron volverse sordomudas. Mientras estábamos sentados a la mesa en la sala, desde la cocina nos llegaban, más que antes, sus risotadas.

- Se esfuerzan exageradamente para hacernos aún más rabiar, refunfuñaban las madres que no dejaban de censurarlas.

Algunos meses después, el antagonismo entre esas dos sirvientas y nuestra colonia empeoró cuando....

Contaré eso en otro capítulo.



CAPÍTULO 9
LA PASIÓN POR TODA CLASE DE IMÁGENES

Mientras que las hermanas y hermanos mayores tenían el orgullo y la alegría de ofrecerle a su madre las primeras perras ganadas en su vida, nosotros, demasiado jóvenes para hacer como ellos, seguíamos jugando en el barrio del hotel, donde algunos habitantes empezaron a fraternizar con nuestra pandilla. Uno nos pedía empujar su carretilla, otro subir su capacho lleno de provisiones y otros varios servicios que nos hacían ganar una rebanada de pan con mantequilla y chocolate a la hora de la merienda, y, a veces, algún dinerillo.

Un día, con el consentimiento de sus padres, un amigo de juego francés invitó a uno de nosotros a pasar la tarde entera de un jueves en su casa. A su regreso entre nosotros, fue con los ojos como platos y boquiabiertos que lo escuchamos contarnos que habían jugado con un ejército entero de soldaditos de plomo; que habían disparado con una pistola de dardos ventosa 'Eureka'; que habían construido un camión y una grúa con las piezas de un juego de 'mecano' y, para descansar, que habían hojeado grandes libros de cuentos ilustrados con magníficas imágenes en color. Nos puso los dientes largos cuando, para terminar con su fabuloso relato, nos detalló la apetitosa merienda que les preparó la buena madre. Nuestros celos fueron inaguantables cuando, al jueves siguiente, nuestro afortunado amigo volvió a esta casa de ensueño para jugar con el hijo único.

EL REFUGIO

Desde entonces, era al que hacía mejor melindres para despertar y atraer la atención de los muchachos franceses. Nos disputábamos con empeño el título del mejor hipócrita. A decir verdad, pensábamos que los ‘gua-gua’ eran realmente tontos para venir a jugar con nosotros en la calle con canicas y con cápsulas cuando tenían en su casa toda clase de juguetes y libros con estampas.

A varios de nosotros les salió bien la trampa, pero raros eran los que encontraron lo que esperaban, excepto la merienda (habitualmente, una rebanada de pan con confitura, miel o chocolate) que les traía el amigote francés de parte de su mamá.

Eva ignoraba lo fascinados que estábamos por toda clase de imágenes. Cuando a solas, y a veces con otros coleccionistas, (sobre todo chicos), se instalaba con sus álbumes delante de la mesa para clasificar e intercambiar sellos, la rodeábamos estrechamente, transfigurados por el disfrute que experimentábamos al mirar estampillas tan bonitas. Fue ella la que, al repartirnos sellos corrientes que tenía demás, nos inició a la filatelia.

Por supuesto, cuando nos llegó correo, Eva se interesó por los sellos de las cartas que recibían las madres. Estas últimas se los recortaban del sobre con mucho gusto, tan sólo para agradecerle los favores que ella les hacía. No tuvo muchos sellos porque, en seguida, les pedimos a las madres que nos los dieran; lo que hicieron con mucho gusto, de lo contentas que estaban al ver que eso nos hacía felices.

Eva nos propuso intercambiar a uno contra diez, y más, los sellos pegados en los sobres que nos llegaban de las Américas. Cuanto más insistía ella, más la hacíamos rabiar al agitar nuestros preciosos sellos ante su nariz.

Teníamos que estar realmente afectados por el virus de la filatelia, transmitido por Eva, para que tal pasión hiciera de nosotros unos chicos muy malos. Lógicamente, contaré lo que fue nuestra maldad en otro capítulo, ya que los sellos tuvieron mucha importancia durante los meses que siguieron.

Sólo había uno entre nosotros que poseía una colección completa de estampas. La caja de pastillas para la garganta que contenía ese ‘tesoro’ no salía de su bolsillo.

EL REFUGIO

Cuando terminaba por ceder a nuestras súplicas, nos hacía sentar a su alrededor para, cada vez, actuar de la misma manera. Era con una lentitud exasperante que sacaba del bolsillo la caja cuya tapa estaba atrancada; le proponíamos ayudarlo sabiendo muy bien que rechazaría nuestra ayuda; apretaba los dientes y crispaba los dedos como si el esfuerzo que debía hacer para sernos agradable era muy penoso, cuando sabíamos que la caja se abría apretando ligeramente el tape. Cuanto más manifestábamos nuestra impaciencia, más hacía durar su placer, ¡ el pícaro ! Por fin, liberaba las estampas una por una, en su orden numérico. Cosa rara, la serie estaba completa. Mostraba el descubrimiento del Nuevo Mundo por Cristóbal Colón. Lentamente, nos las pasábamos de mano en mano, leyendo y volviendo a leer en voz alta la leyenda impresa al dorso de cada una de ellas, dorso que llevaba la estampilla de una marca de chocolate :

‘ ...Las tres carabelas, la Pinta, la Niña y la Santa María bogan a toda vela en el inmenso océano.... Cristóbal Colón discute con los amotinados.... Desde lo alto del gran mástil, un marinero grita : ‘ ¡ Tierra ! ’... El gran navegador se arrodilla al tocar la tierra firme.... Los conquistadores intentan hacerse comprender por los indios, a los que distribuyen regalos.... Los Reyes Católicos, Isabel y Fernando, reciben a Colón a su regreso a España.... Colón vigila con mucha atención los preparativos de su segundo viaje.... Colón está cargado de cadenas, etc.’

Tarzán, el Zorro, el Cid Campeador, Robinsón Crusoe y Cristóbal Colón contaban entre nuestros héroes favoritos, siendo este último el que conocíamos mejor gracias a la colección de nuestro amigo. Sabíamos contar de memoria esa maravillosa aventura, pero no nos cansábamos de volver a ver más y más esas bellas estampas. Todos soñábamos con poseer una colección parecida.

Una tarde, la buena mujer que vivía en la casa de la escalinata nos preguntó si alguien quería subirle algunos troncos del sótano. El que estaba sentado más arriba de los escalones se apresuró a seguirla. No tardó en juntarse de nuevo con nosotros. Desde lo alto de la escalinata, la señora le dirigió una señal que significaba : ‘ ¡ Vuelve ! ’ y una frase que no nos sonaba. Sin embargo, la oímos repetir la palabra ‘colección’,

EL REFUGIO

palabra que iluminó de alegría nuestros rostros. Nuestro camarada volvió a subir rápidamente los escalones y desapareció dentro de la casa, dejándonos a la vez impacientes, curiosos y envidiosos. Grande fue nuestra sorpresa, cuando volvió a aparecer avergonzado del todo en la escalinata con una rebanada de pan que chorreaba miel. Sí, estábamos más que contentos que no tuviera él una colección para que no pudiera, al igual que el otro, hacernos suspirar de envidia.

Ofendido, nuestro camarada se sentó en un rincón para tomarse la merienda que, caso excepcional, nadie le pidió que la compartiera.

Fue Eva, - nuestra Malinche -, la que nos explicó que hay palabras francesas en las que la *te* se pronuncia como una *ese* : ‘collection’ (colección) y ‘collation’ (merienda). He aquí otra palabra francesa que iba a quedarse bien grabada en nuestra memoria.



CAPÍTULO 10
CANICAS Y CÁPSULAS

Entre la terraza del café y la calle mal alquitranada se extendía una larga franja sembrada de gravillas. Es ahí donde, cuando empezó a hacer buen tiempo, nos pasábamos horas jugando con las pocas canicas que encontrábamos (siempre hay que se pierden), canicas que escondíamos cuando Piero llegaba de la escuela ya que nos las birlaba pretextando que eran suyas. En vez de darnos unas cuantas a cada uno para que jugáramos con él y con sus amigos de clase, sólo nos prestaba las que eran menester, y no olvidaba pedirnoslas una vez que se había terminado la partida. ¡ El canalla las tenía bien contadas ! Les prohibió a sus amigos, de los que era el jefe, darnos canicas, incluso las defectuosas que rompía de un zapatazo, pero con las que nosotros nos hubiésemos conformado. Entonces, abandonando a Piero y a sus amigos, nos pusimos a jugar a los mismos juegos, pero con cápsulas de botella, en abundancia y que nos no costaban nada, ellas. Celoso de nuestra satisfacción, Piero decretó también que, como provenían de 'su' café, las cápsulas eran suyas. No sé lo que les contó a sus padres y a Simplón para que éstos tirasen todas las cápsulas en uno de los cajones de la barra que cerraba con llave.

En cuanto un cliente se instalaba a la terraza para tomar una cerveza o un refresco, nos abríamos paso a codazos, cada uno queriendo ir volando a recoger la

EL REFUGIO

cápsula eyectada de la botella. Eso nos costaba a menudo una patada o un arañazo del Tísico, al que su hermano mayor le había ordenado prohibirnos recoger las de la terraza en su ausencia.

Como las madres y las hermanas mayores renunciaron hacerlo por nosotros, no haciendo caso de la prohibición, nos atrevimos más de una vez ir hasta el café de debajo de los arcos de la plaza mayor para recoger cápsulas.

Como las cápsulas no ruedan, para sacar algunas puestas dentro de un círculo golpeándolas, y, en otras variantes del juego, darles la vuelta o hacer caer amontonamientos de éstas, cada uno de los jugadores se servía de un 'tejo'.

Conseguíamos dicho objeto engastando en una cápsula una gruesa arandela de hierro, arandela que encontrábamos escarbando los desperdicios del taller de mecánica. Nuestros bolsillos estaban llenos de cápsulas que tintineaban cuando corríamos.

Cansadas de remendarnos los bolsillos agujereados, nuestras hermanas nos cosieron bolsitas de tela. Pronto, no hubo ninguno de nosotros que, desde que salíamos de la cama hasta la hora de acostarnos, no llevase, atada a la cintura, su bolsita más o menos pesada.

Al haber cápsulas de diferentes bebidas y de distintas marcas, cuanto más raras eran más valor les dábamos.

Insatisfecho al no tener todas las canicas que él quería, en barro o en vidrio (muy codiciadas), Piero hacía todo lo posible para acapararse nuestros juegos. Al ser hijo de un hostelero y cafetero, y libre de ir a los bares de la ciudad, no tardó en amontonar bastantes cápsulas raras. En cambio de una de ellas, nos pedía tal cantidad de las más comunes que no tardó en monopolizar el 'mercado' de cápsulas, desluciendo nuestro placer. Abandonando al déspota que tenía un cajón lleno de cápsulas, nos buscamos otras distracciones.

Piero no tardó en darse cuenta de que el que sólo juega para ganar siempre, con el objetivo de ser el único en poseer la riqueza y el poder, acaba por encontrarse aislado y, por supuesto, por aburrirse.

EL REFUGIO

Humillado por nuestro desdén, nos propuso compartir con nosotros cierta cantidad de su importante almacenamiento. Fingiéndole a fondo la comedia de la indiferencia, terminó, como lo queríamos nosotros, por darnos una caja grande colmada de cápsulas.

Tardó demasiado en darse cuenta de que, por su culpa, se perdió el encanto que ejercía sobre nosotros el juego y el intercambio de las cápsulas. En cambio, dicho juego alegró a los más pequeños quienes, al tener siempre un poco de demora sobre nosotros, cogieron todas las cápsulas que pudieron.



CAPÍTULO 11
LOS LOCOS DE NAIPES Y DE MORRA

Durante los fines de semana, el HOTEL DE LA POSTE era el punto de concentración de los inmigrados italianos que vivían y trabajaban como artesanos o campesinos en el municipio y sus alrededores.

Eran tan numerosos cuando venían que teníamos que dejarles la sala en cuanto el hostelero gritaba : ‘ ¡ Pequis ! , ¡ fuera ! ’ Durante esos días, la recuperación de cápsulas era abundante y, por consecuencia, las peleas eran numerosas.

Estando nosotros fuera, rodeábamos a los borrachos que habían echado del café, - casi siempre los mismos -, ya que eran unos payasos que nos hacían reír, y también achuchábamos al que, embrutecido por su borrachera, acababa por pagarnos sodas a fuerza de pasar exageradamente por unos niños sedientos.

Apreciábamos más particularmente al que, acosado por nuestras pedidas de limosna, acababa por lanzarnos monedas. Las prisas que ocasionaban sus tintineos al caer al suelo le divertían hasta tal punto que no dejaba de esparcirnos dinero. Sus carcajadas y nuestros gritos armaban tal jaleo que, surgiendo como un loco del hotel, el señor Rini nos dispersaba distribuyendo malévolamente patadas y tortazos a los que pillaba; y, cogiendo a nuestro generoso borracho del brazo, lo llevaba al interior del café empujándolo y sermoneándolo severamente en dialecto italiano.

Agrupados de nuevo, esperábamos con paciencia la ocasión de poder acosar a una

EL REFUGIO

nueva víctima.

Si la colonia de italianos era tan ruidosa, nos dijo Eva, era porque los piemonteses, los calabreses, los sicilianos y otros que la componían se hablaban simultáneamente en su dialecto. Se pasaban tardes y noches enteras jugando a las cartas (españolas, decíamos nosotros), bebiendo, fumando, vociferando y golpeando con el puño la mesa que rodeaban.

A veces, las partidas eran interrumpidas por terribles agarradas entre los jugadores más o menos piripis. Más de una vez, vimos a pendencieros salir fuera, con su navaja en la mano. Gritando y gesticulando como unas histéricas, las madres nos hacían correr lo más rápidamente y lo más lejos posible del lugar. Ayudado por algunos compatriotas, el hostelero terminaba por restablecer la paz, toda relativa, ya que, a pesar de sus arrebatos de cólera, le costaba muchísimo calmar y hacer callar a su esposa atronadora que regañaba a los protagonistas.

Las partidas de 'morra', que se efectuaban fuera, en la terraza, nos importunaban y nos cansaban al igual que las partidas de naipes. Haciéndose frente, con los puños cerrados, los dos jugadores se enseñaban simultáneamente un número cualquiera de dedos desplegados gritando una cifra que podía ser el total de ese número; siendo el ganador el que daba la cifra justa.

Las partidas empezaban calmamente para, yendo rápidamente creciendo, transformarse en una cacofonía. Cuando se cansaban de estar de pie, se ponían de cuclillas por unos instantes mientras seguían jugando. Los jugadores locos de morra estaban al lado de los que se enfrentaban - roncos y sudando la gota negra - preparados para coger el sitio dejado libre por el jugador desfalleciente o arruinado ya que, al igual que a las cartas, apostaban dinero, el cual, como se sabe provoca pasiones y odios desenfrenados. Al ver la velocidad de ejecución cuando jugaban a tres y más al mismo tiempo, no entendíamos como no se equivocaban en la suma del número de dedos desplegados.

Al final de muchas partidas, los ganadores se regocijaban mientras que los perdedores juraban dándose bofetadas y algunos pisoteaban rabiosamente su

EL REFUGIO

sombrero tirado con furor al suelo.

Aquellas noches tumultuosas, el señor Rini gritaba antes que de costumbre : ‘ ¡ Pequis ! , ¡ a la cama ! ’.

Sumergidos en la oscuridad de la habitación, nos costaba dormirnos de lo fuerte que gritaban y juraban los incansables jugadores de ‘morra’ : ‘ ¡ Otto ! ... ¡ Tutti ! ! ..., ¡ Sete ! ..., ¡ Niente ! ! ..., ¡ Cuatro ! ! ... ¡ Dio cano ! ! ... ¡ Porca Madona ! ! ... Para no fallar a la lógica que quiere que los pequeños imiten a los mayores, a veces, jugábamos entre nosotros a la ‘morra’, gesticulando, gritando y jurando en italiano : ¡ Sete ! ..., ¡ Uno ! ..., ¡ Tre ! ..., ¡ Niente ! ! ..., ..., ¡ Porca Madona ! ! ... ¡ Dio cano ! ... ¡ Tutti ! ! ...

Nuestras partidas no duraban mucho cuando, a pesar de nuestras protestas, Piero se metía en nuestras confrontaciones, ya que no dejaba de discutir los puntos que él perdía....



CAPÍTULO 12
COMEDIANTES AMBULANTES

Hacíamos poco caso de las preocupaciones de las madres. Ellas nos reprendían y nos corregían cada vez que lo merecíamos pero no las temíamos. En ausencia de los padres, nuestro 'tutor' italo-francés se hacía mejor obedecer que ellas. Cuando nos pillaba adonde no teníamos que estar, y cuando juzgaba que éramos demasiado lentos en ejecutar sus órdenes, no vacilaba en levantar la mano sobre nosotros. Lo detestábamos cada día más. Las madres lo odiaban pero, por temor a un castigo que, según los rumores, sería de mandarlas a España, se sometían refunfuñando en voz baja.

Nuestro padre nos escribía que, como no aguantaban más el destierro, algunos camaradas habían decidido volver al país, cosa que hicieron dos familias de nuestro grupo. (Cosa asombrosa, los franceses nos animaban a marcharnos de Francia). Alarmado, nuestro padre le prohibió a nuestra madre dejarse tentar ni firmar ningún papel, ni siquiera las propuestas que le hacían para marcharnos a México.

Mi hermano Sebastián tan sólo trabajó de cuando en cuando en el taller de mecánica agrícola, y eso hasta el final del mes de julio, fecha en la que le despidieron, a falta de tener el título de trabajo. Esa noticia afligió a nuestro padre ya que, como no quería que sus hijos fueran como él y sus ascendientes campesinos, estaba muy contento de que el mayor aprendiera tan interesante oficio.

EL REFUGIO

Es verdad que guardar rencor es un defecto feo ya que, muy a menudo, hace falta muy poca cosa para borrarlo. Por ejemplo, nosotros, los niños, le perdonábamos todo a nuestro 'tutor' de circunstancia las tardes en las que asistíamos a los espectáculos de los comediantes ambulantes que, de vez en cuando, instalaban su tablado al aire libre. Los títeres y la marioneta Guiñol nos encantaban. Era con celo que, al final de la tarde, ayudábamos a los artistas a alinear bancos y sillas en la terraza del hotel, a la vez que le rogábamos a Dios (¡ nosotros, unos ateos !) que no lloviera. Impacientes y nerviosos por tan gran alegría, nos colocábamos con anticipo en primera fila poniéndonos en cuclillas en el suelo cimentado.

Del público se elevaban carcajadas al oírnos reír mucho más fuerte que los críos franceses de los que repetíamos, sin saber lo que vociferábamos, y con nuestro acento, las advertencias que ellos gritaban a Guiñol para avisarle de que el malo gendarme se acercaba de él.

Aunque no comprendíamos, en absoluto, el francés, éramos nosotros los más atentos a lo que se decía, y los que más aplaudíamos.

Todos los espectáculos eran interrumpidos por unas tómbolas que nosotros odiábamos porque además de parar la función no podíamos participar en ellas.

Cuando, al final, el comediante pasaba su sombrero a uno de los críos para hacer la colecta en el público, a nuestra gran estupefacción, siempre, el señor Rini depositaba un billete de banco o un puñado de monedas en nombre de sus huéspedes españoles. Para nosotros, los chavales, su gesto era bondadoso, pero las madres se apresuraban en decirnos que no debíamos enternecernos por un hombre al que, no contento de enriquecerse a espaldas nuestras, debíamos obedecer sin chistar. Añadiendo que después de la función, recuperaría al centuplicado su limosna vendiendo bebidas.

Las madres nos estropeaban intencionalmente la buena imagen que teníamos en dichos casos del hostelero.

Exhibiciones de una cabra, de un monito y de perritos amaestrados vinieron también a distraernos más de una vez.

EL REFUGIO

Guardo un recuerdo muy particular del prestidigitador cuyos espectáculos de magia nos transportaban en la más fantástica de las maravillas. Cuando el mago solicitaba a un ayudante entre el público, éramos los primeros en precipitarnos al escenario. Al ver que su elegido no entendía nada de lo que le decía, el mago aprovechaba de las muecas que le hacía para llamar la atención del público que se partía de risa.

Más que los otros, los espectáculos de prestidigitación nos daban materia a unos largos y animados debates. Éramos varios en dar con el tranquilo de algún pasapasa del mago, pero nadie era capaz de explicarlo claramente.

Piero era el único en conocer los trucos, - decía él -, porque el señor prestidigitador, amigo de su padre, se los había revelado con la condición de que guardara el secreto.

¡ Ninguno de nosotros conocía a un chico tan pretencioso como él !



CAPÍTULO 13

EL BAILE

Los espectáculos al aire libre eran ocasionales. En cambio, numerosos eran los domingos y los días festivos durante los cuales el hotel organizaba un baile. Aquellos días, una vez terminado el almuerzo, empujábamos a un lado los caballetes y el tablero contra la pared delante de la cual alineábamos una fila de bancos, así como otra en la pared de enfrente. Después de haber dado un barrido, Simplón instalaba 'su' fonógrafo sobre una mesita colocada cerca de la ventana que daba a la terraza. ¡ Este fonógrafo era su juguete ! No dejaba la mirada de sus ojos apartarse de él, ya que no permitía a nadie tocarlo. Era él el que apilaba los discos en el orden en el que había decidido pasarlos. La potencia de la música le embriagaba tanto, que le debían vociferar bajar el sonido. Pasaba tan a menudo sus canciones predilectas que los bailadores tenían que hacer intervenir al dueño para que cambiara de ritmo. Simplón tenía el oído tan fino que a veces paraba súbitamente el disco en medio de la copla para, - decía -, cambiar la aguja cuyo desgaste empezaba a rasgar el sonido.

Aquellas tardes de baile, el señor Rini nos autorizaba a quedarnos en un rincón de la sala de baile, pero con la condición de que nos quedáramos tranquilos. Automáticamente, las chicas se sentaban en los bancos pegados a la mesa y los chicos sobre los de enfrente. Tan pronto como Simplón ponía en marcha el fonógrafo, los mozos se levantaban para ir zigzagueando hacia las mozas.

EL REFUGIO

Pese a las protestas de los bailadores, Simplón espolvoreaba tan a menudo el parquet con cera que terminaba por transformarlo en una verdadera pista de patinaje. Para nuestra mayor alegría, numerosos eran los resbalones de las parejas que, a veces, se terminaban en caída espectacular. Como después del baile la sala volvía a ser un refectorio, aquella misma noche, y el día siguiente, teníamos que andar dándonos la mano y haciendo deslizar nuestras suelas para no caernos.

Una de las veces que, tal una granjera que distribuye el grano a su corral, el ‘maestro’ esparcía lentejuelas de cera entre los pies de los bailadores, logramos birlarle algunas agujas usadas del fonógrafo. Con los agujones en la mano, he aquí a una cuadrilla de bromistas que se cuela debajo de la larga mesa que servía de vestuario, y que tiene a la altura de sus ojos la fila de los traseros y de las piernas de las chicas sentadas en la fila de bancos. Pinchando por aquí una nalga y por acá una pantorrilla, nos agazapábamos en el rincón más alejado sofocando nuestras risas, de lo jocoso que era el pánico de las chicas que gritaban que había avispa en la sala de baile.

Una vez recobrada la calma, empezábamos de nuevo con, hay que decirlo, el ánimo de los mozos que, al haber descubierto nuestra maniobra, nos designaban las chicas que ellos deseaban que pincháramos.

Seguimos pinchando durante las pausas siguientes de las danzas, pero tanto quiere picar la avispa que al final es ella la que se hace atrapar : en nuestra precipitación para ponernos a cubierto, volcamos los caballetes que soportaban el tablero de madera que servía de vestuario. Mientras que pataleábamos para librarnos de la ropa que nos cubría, el amo de la casa liberó, para azotarle, a uno de nosotros tirándolo por una pierna. Los demás logramos llegar hasta la puerta de la salida gracias a la protección de los bailadores cómplices.

El señor Rini era un personaje muy antojadizo. Aprovechaba el baile para expresar la faceta bribona de su carácter. Enchufando el dedo de una mano en una toma de contacto eléctrico de la entrada, se divertía en hacer gritar y sobresaltar a la mujer que, con su otra mano, le tocaba el cuello o el brazo desnudo. Era saboreando

EL REFUGIO

nuestro futuro regocijo que atraíamos a víctimas hacia él. Para alcanzar a las desconfiadas, lograba convencer a unos jóvenes de hacer una cadena dándose la mano. Al que era el último eslabón, le bastaba tocar a la víctima designada con su mano libre para hacerla estremecerse y gritar de espanto, lo que hacía soltar la carcajada a los bromistas y a sus cómplices.

Esa broma aterrorizaba a las mujeres ya que, para ellas, el que tocaba la electricidad se exponía a ser fulminado. Cuando iban a regañar al hostelero perverso, éste tan sólo tenía que apoyar una mano sobre el enchufe y levantar el índice para que ellas, espantadas, huyesen gritando.

Para nuestros hermanos que tenían quince años y más, el baile era un encanto extraordinario ya que, tras haber aprendido los primeros pasos en los brazos de la hermana mayor, eso les permitía enlazar a una muchacha. (Veo a mi hermano Sebastián bailando con una chica francesa : de risa era su torpeza y el rubor de su rostro).

Era con orgullo que las madres miraban a sus hijos mayores bailar por primera vez. Me parece que las estoy oyendo aún susurrar secándose una lágrima : ‘Ya sois unos hombres. ¡ Ah ! , si vuestro padre pudiera veros....’

Olvidando aquellos días sus penas, las madres más jóvenes y nuestras hermanas mayores bailaban a veces juntas.

(El baile es seguramente la manifestación que participa más a la unión entre los dos sexos, y la más eficaz para facilitar la integración de comunidades diversas. Era sólo en esa ocasión que algunos jóvenes franceses y francesas se atrevían a juntarse con los refugiados españoles. Hasta se crearon unos ingenuos amoríos entre las dos nacionalidades.)

El baile que, en un principio, enorgullecía a las madres al ver que sus adolescentes jugaban ya a ser hombres, no tardó en causarles muchas preocupaciones cuando, esos últimos, empezaron a disputarse las pocas bailadoras que se estrechaban fuertemente contra su caballero.

Entre las muchachas francesas que frecuentaban asiduamente dicho baile, había

EL REFUGIO

dos señoritas que escandalizaban y aterrorizaban muy particularmente a las madres porque, a pesar de su corta edad, se emperifollaban, se pintaban, se perfumaban y se movían como las chicas de malas costumbres.

La colonia no se asombró cuando Eva le informó que las hermanas Chevilla, (creo que las llamaban así), eran famosas en la ciudad y sus alrededores por sus atavíos estrambóticos y el éxito que tenían con los hombres.

Como fuera de las tardes de baile, las dos pícaras venían a vagabundear en el barrio del hotel, las madres las reprendían severamente. Para nada impresionadas, se conformaban con reírse y haciendo gestos lascivos para achispar nuestros hermanos mayores.

Durante las comidas, las madres no paraban de regañarlos a la vez que les daban consejos que no se molestaban en escuchar mientras que nosotros, los jovencitos, éramos todo oídos. Riéndose de los pavores de las madres, se permitían tranquilizarlas haciendo los fanfarrones, a lo que ellas contestaban, con las manos juntas y los ojos levantados hacia el cielo :

- ¡ Pobres inocentes ! Pero, ¿qué sabéis mocosos, del poder maléfico del que es capaz una mujer de esa especie? Sólo nosotras lo sabemos y, pues, podemos ponerlos en guardia.

Lo cierto es que, maléficas o no, las hermanas Chevilla tenían el poder de manejar a su antojo a nuestros hermanos mayores.

Mientras que merodeábamos por los jardines del cerro, a veces los sorprendíamos en compañía de las dos señoritas provocativas.

Del baile del hotel que nos servía de asilo, guardo para siempre profundamente grabado en mi mente y en mi corazón la canción ‘Sombreros et mantilles’, cantada por Rina Ketty, cantadora famosa de esa época. Sé que estábamos todos muy conmovidos al oírla ya que nos recordaba nuestra España perdida. Para nuestra mayor alegría, Simplón adoraba también escuchar esa canción muy en boga en Francia. Era el pasodoble rey del baile....

(Hay cantos o melodías que nos hacen recordar una época, un lugar o

EL REFUGIO

momentos de la vida que nos marcan particularmente. Sí, la canción ‘Sombreros et mantilles’, cantada por Rina Ketty, quedará para mí la ilustración musical de nuestra dolorosa llegada a Francia en 1939.)



CAPÍTULO 14
TRIUNFO DEL FOLCLORE ESPAÑOL

El baile de los domingos por la tarde, que tenía lugar en el hotel que nos albergaba, nos procuró muchas satisfacciones. Les reveló a los franceses que los españoles y las españolas bailaban requetebién, y que había entre nosotros verdaderos artistas.

Una de las familias (sin padre ¡ claro !) que formaba parte de nuestra colonia de desarraigados, se distinguía por su dinamismo y su atrevimiento. La madre, morena, grande y huesuda, siempre era la primera en protestar y en atacar a nuestro supuesto protector aunque sufría frecuentemente pérdidas de conocimiento. El mayor de sus dos hijos tenía como apodo ‘el Nano’ porque, aunque tenía nuestra edad, era el más pequeño y el más delgado de la pandilla, siendo también el más espabilado. Siempre tenía el pelo desgreñado y el moco pendiente. Conseguía que le siguiéramos en tremendas escapadas y que afrontáramos peligros increíbles, como por ejemplo, ir a robar en los jardines y, una vez, a penetrar en una casa por una ventana que habían dejado entreabierta. Afortunadamente, los más sensatos - la mayoría - (los cobardes, según él) renunciaban a seguirlo hasta el final de sus canalladas.

Es verdad que las madres no se cansaban de machacarnos que debíamos ser

EL REFUGIO

honestos para demostrarles a los franceses que los españoles no eran, como éstos lo pretendían, unos gitanos, o sea, unos ladrones.

La hermanita del Nano, con ocho años de edad era, al igual que su hermano, pequeña, flacucha y, como él, tenía unos ojitos con mirada que chispeaba malicia. Nosotros la considerábamos la cría más inteligente y avispada de nuestra colonia. Era ella la que aprendía con más rapidez frases en francés, y fue ella la que, involuntariamente, introdujo en el baile dominical del hotel unos números de ‘music-hall’.

Cautivados por ese pedacito de mujer que, sola, bailaba lascivamente una rumba en un rincón de la sala, las parejas dejaron de bailar para dejarle la pista de baile. Después, además de la rumba, Chiquita (era así como la llamábamos) bailó el pasodoble, el tango y otros ritmos que estaban de moda. Informado por el rumor, el público venía cada vez más numeroso al baile para ver a la joven exhibirse.

Como no era tonto, el señor Rini le propuso a Chiquita cerrar el baile bailando lo que ella deseara. Al final de su representación, además de los aplausos y de los bravos, le lanzaban algunas monedas.

Cada vez que la cría bailaba con gracia ‘Sombreros et mantilles’, Simplón pataleaba e, imitándonos, él y el público gritaban ¡ olé ! y aplaudían con frenesí. Es cierto que la hermanita del Nano era irresistible con la mantilla negra bordada de su madre y el clavel (un pañuelo rojo y atado) que ella apretaba entre los dientes. Con un arte bien femenino - y andaluz - dedicaba las ondulaciones sensuales de sus brazos y de sus caderas a los unos y a los otros, y repartía a su alrededor sonrisas y guiños pícaros. Al final de su número, lanzaba con un gesto voluptuoso su ‘clavel’ al más feo de los espectadores, lo que provocaba una salva de risas.

Tras coger un sombrero, pasaba entre el público repitiendo con una voz encantadora la frase que Eva le había enseñado, fonéticamente :

- Une petite piése de moné si bu plé purg lartist ! Mersi bocu ! (¡ Una monedita, por favor, para la artista ! ¡ Muchas gracias !) .

De ningún modo achispada por su triunfo, cantó en coro canciones con mímicas

EL REFUGIO

dirigidas por las hermanas mayores. Una de dichas canciones conoció tal éxito que la joven tropa tenía que repetirla para satisfacer al público entusiasmado. Empezaba con este cuarteto :

Estaba el señor don gato
sentadito en su tejado
mara-miau, miau, miau,
sentadito en su tejado.

Y terminaba por éste :

Por eso dice la gente :
siete vidas tiene un gato
mara-miau, miau, miau.
Siete vidas tiene un gato.

(Es la historia de un gato gris que recibe una carta de su novia, una gata gris, que le anuncia que se ha casado con un gato pardo. Al aprender la noticia, el gato gris se cae del tejado y se rompe siete costillas y la puntita del rabo. Cuando el cortejo de su entierro pasa por el mercado, el olor a pescado lo resucita. Por eso la gente dice que los gatos tienen siete vidas.)

A veces, el dueño les permitía a los grandes cantar, en solo o en coro, unos aires elocuentes o impregnados de nostalgia.

Las canciones asturianas eran particularmente apreciadas.

El público franco-italiano no se cansaba de escucharnos. Sin darnos cuenta, éramos los pobres embajadores del riquísimo folclore español.



CAPÍTULO 15

TERTULIAS Y PARTIDAS DE BOLOS EN LO ALTO DEL CERRO

En la cena, teníamos de postre una ración de queso del Cantal, manjar del cual éramos ávidos. En cuanto se hicieron más largos los días, al acabar la cena, no le hacía falta a nuestro tutor dar palmas gritándonos su : ‘ ¡ Pequis, fuera ! ’ ya que, cuando servían el famoso queso, salíamos pitando de la mesa.

Una vez que estábamos todos reunidos fuera, tras haber contado hasta tres, nos precipitábamos hacia el cerro de enfrente gritando como una banda de indios que se lanza al ataque de un fuerte yanqui. La meta de nuestra galopada desenfrenada era, cada atardecer, conceder el título de campeón al primero que tocara el poste que se alzaba en la esquina de una de las dos pistas de bolos. Todo ocurría en la subida del estrecho sendero arroyado por las aguas de lluvia donde gritábamos y nos empujábamos brutalmente. Numerosas eran las peleas y las caídas pero, una vez que alcanzábamos la meta y que designábamos al campeón, olvidando los golpes bajos y los rasguños, formábamos el círculo.

Sentados, unos sobre uno de los maderos que bordeaban las pistas y otros en el mismo suelo, saboreábamos con calma nuestra ración de queso. Imprudente era el que lo mordisqueaba con demasiada parsimonia para fastidiar a los que sólo tenían que lamerse los dedos, porque se arriesgaba a que le quitasen el trozo que le quedaba en la mano.

Es verdad que una costumbre puede transformarse a la larga en una manía o en

EL REFUGIO

un vicio. Así, para nosotros, ni hablar de comer el postre de la cena en otra parte que en el sitio indicado, y eso tan sólo después de una carrera desbocada.

Una vez terminada la degustación, nos contábamos historias, recuerdos, y las películas de Hollywood que algunos de nosotros habíamos tenido la suerte de ver en España. Incluso para los que sabían leer, pero que aún no habían leído una novela, los héroes cuyas aventuras nos apasionaban tanto, tan sólo eran las celebridades cinematográficas de aquella época. No dejarían de alegrarnos durante toda nuestra infancia y, en lo que se refiere a mí, más allá de mi adolescencia. Tienen como nombre, Charlot, Laurel y Hardy, Shirley Temple, Tom Mix, el perro Rin Tin Tin, etc., más los ya citados y otros más.

Algunos afirmaban que dichas celebridades descendían de los colonos o de los inmigrados españoles. Como estaba previsto que una vez que la familia estuviera reunida nuestros padres podrían elegir su país de acogida, les suplicábamos a nuestras madres hacer todo lo posible para marcharnos a las Américas. Allí, hablaban español y todos tendríamos la suerte de volvernos ricos.

Cuando, después de la puesta del sol, el día empezaba a oscurecerse y que, tumbándonos de espaldas, nos divertíamos mirando las estrellas aún paliduchas, el dueño nos mandaba a una mensajera para gritarnos su ‘ ¡ Pequis, a la cama ! ’.

Bajábamos del cerro dejándonos arrastrar por la pendiente, pero era de un paso lento que atravesábamos el umbral del hotel, ya que el señor Rini nos estaba esperando al pie de la escalera que subía a las habitaciones. Como un pastor contando sus ovejas que entran en el cercado, nos hacía pasar uno tras uno para inspeccionarnos las manos y las rodillas. A más de uno le tocaba ir al lavabo antes de subir al dormitorio y, siempre ahí, Piero tenía la risa tonta cuando su padre nos hacía doblegar bajo su autoridad. Al mismo tiempo que nos lavaban, las madres gruñían contra el extranjero que las desposeía de su papel maternal.

Está comprobado que los niños no hacen durar mucho, por no decir nunca, las desavenencias que, a menudo, dividen para siempre a los mayores. Entre dos

EL REFUGIO

discusiones y los días que conseguíamos apartarlo de la pandilla, Piero se juntaba en nuestra carrera hacia lo alto del cerro con 'su' ración de queso, pero sólo arrancaba en cola de pelotón. Éramos tan revoltosos y tan ruidosos en comparación con sus amigos de clase que prefería jugar con nosotros. Seguía siendo tan presuntuoso y tan malo pero, como ya no vacilábamos en plantarle cara, estaba sobre aviso para no enfadarnos, con objetivo - evidente - de recobrar totalmente nuestra simpatía para podernos dominar mejor.

Aunque sólo chapurreaba algunas palabras en español y en italiano (idioma que comprendía del todo pero que no hablaba), lográbamos entendernos en ausencia de su hermana Eva. A veces, los jueves y los domingos, invitaba a sus amigos de clase a jugar con nosotros, y tal vez también para pavonearse sirviéndonos de intérprete mientras utilizaba, por decirlo así, el lenguaje de los sordomudos. Para nosotros, lo más importante era que los franceses viniesen cada vez más numerosos.

¡ Qué excitantes son las galopadas desenfrenadas de una pandilla de chicos ! Y además, según el número de participantes, una pandilla puede dividirse en dos, tres o cuatro bandos, lo que permite crear exaltantes juegos al aire libre.

Un día, cedando a las súplicas de sus amigos, Piero le preguntó a su padre si podíamos jugar a los bolos lyoneses, (una especie de petanca originaria de la ciudad de Lyon). Habiendo obtenido el permiso de este último, estuvimos tan contentos que, para poder jugar más y más, no parábamos de darle coba a Piero. Como le gustaba que lo alabáramos, fue con orgullo que nos reunió algunas tardes en una de las pistas para darnos lecciones de práctica, explicándonos a la vez las reglas muy particulares de dicha petanca. Para nosotros, jugadores de bolas y de bolos infantiles, el descubrimiento de este juego de bolos para adultos fue un encanto.

Los domingos por la tarde y demás días festivos, pasábamos horas mirando a los hombres practicar este juego con bochas gordas de madera cubiertas de clavos, a la cabeza redonda y abombada.

Al igual que su padre (el campeón indiscutible de los bolos), Piero jugaba requetebién. A menudo formaba parte de los cuatro jugadores que componían cada

EL REFUGIO

equipo de hombres. Su maña era notable. Alineados a lo largo del terreno de juego, los espectadores, - y entre ellos nosotros-, aplaudían sus hazañas.

Era tan orgulloso que afirmaba que ninguno de nosotros podría ganarle jamás. Aceptando el desafío y poniéndolo adrede en las nubes, el jactancioso hizo lo que esperábamos de él : permitirnos jugar a este apasionante juego.

Con el fin de poder demostrarnos su superioridad, a fuerza de ruegos, logró convencer a su padre que le diese la llave del candado que cerraba el baúl de madera que contenía los bolos algo desgastados, los aún perfectos estando guardados en otro baúl para las competiciones entre mayores.

Piero nos impuso jugar a cuatro contra él solo. Aunque odiáramos esta regla pretenciosa, tuvimos que aceptar para satisfacer nuestra pasión por este juego.

A pesar de nuestra aplicación, todos los equipos de cuatro que formábamos eran lamentablemente derrotados por nuestro adversario, arrimador y tirador sin igual. Se burlaba tan ruidosamente de nuestras torpezas que exigíamos una revancha.... y otra.... y otra más, ya que nos ganaba a cada partida. Se enorgullecía creyendo humillarnos, ignorando que, en el fondo, estábamos contentos de poder entrenarnos lo más posible para, un día, lograr vencerlo.

Nuestro invencible adversario tuvo la genial idea de invitar a sus mejores amigos escolares para organizar torneos Francia-España, siendo este último país siempre vergonzosamente derrotado.

Mientras nuestros potentes adversarios estaban en la escuela, nos entrenábamos a ultranza con tres viejos bolos abandonados porque estaban estallados como granadas demasiado maduras, y unos guijarros que aproximaban el peso de los bolos; pero a pesar de nuestra hosquedad, jamás pudimos ganar a los franceses.

Desde luego, éramos lamentables neófitos pero teníamos también contra nosotros el despotismo de Piero : al tener su equipo el privilegio de servirse el primero, tan sólo nos quedaban en el baúl bolos miserables, sin redondez y

EL REFUGIO

desclavados en varias partes. ¡ O los tomábamos o los dejábamos ! Por supuesto, aceptábamos, y eso sabiendo que un juego deja de ser apasionante cuando es siempre el mismo el que gana.



CAPÍTULO 16
LA GUERRA DE LOS PANTALONES

Delimitada por unos jardines enrejados o amurallados, sin contar las dos pistas para jugar a las bochas, que nos eran prohibidas pisotear, la superficie que podíamos pisar en el cerro no era considerable. No obstante, era ahí donde nos gustaba ir para distraernos.

En el lugar donde se encontraba el hogar en ladrillos para hacer hervir la colada, y sobre el área donde las lavanderas colgaban la ropa para que se secase, jugábamos a los ‘territorios’, (consistiendo este juego en lanzar y clavar un cuchillo en un cuadrado, trazado en el suelo, para dividirlo trazando unas líneas en el sentido de la hoja); a ‘las cinco capitales’ (el más cautivador juego de canicas de los chicos franceses); a las cápsulas y a otros juegos que no necesitaban mucho espacio.

Los días en que lloviznaba, abandonando la gran sala del hotel, demasiado ruidosa, era corriendo que subíamos a refugiarnos en el cobertizo del cerro que servía de pajar, de leñera, y en donde guardaban el gran cubo para hervir la colada y las herramientas indispensables. Ahí, sentados o tumbados en el montón de paja apilada contra la pared del fondo, nos contábamos historias vividas o narradas por miembros de nuestra familia, por amigos o por relaciones dignas de fe, siendo las más apreciadas las aventuras de las cuales fuimos nosotros los héroes. Claro está, en general, esas historias terminaban por ser unas afabulaciones, de lo mucho que las

EL REFUGIO

adornaba nuestra imaginación. Infaliblemente, nos contábamos de nuevo las películas vistas, e incensábamos a sus célebres protagonistas.

Cuando Piero lograba sustraer una baraja en el cajón del bar cerrado con llave, jugábamos también a la 'guerrilla'. Él se empeñaba en enseñarnos juegos franceses, como la 'manille', (juego favorito de los hombres, muy complicado para nosotros), y eso con el fin de ganar sin vergüenza aprovechando nuestra ignorancia. Ese cobertizo que, en el fondo, era nuestro 'club' en donde nos reuníamos fue el teatro de un acontecimiento que perturbó profundamente el curso de nuestra vida cotidiana. He aquí lo que ocurrió.

Una tarde oscurecida por el tiempo desapacible, en la cual jugábamos fuera con las viejas bolas desportilladas, una chica francesa que conocíamos bien, se acercó a nuestro amigo Mariano para hacerle señas de seguirla al cobertizo. Cuando, un rato después, vimos a Mariano volver hacia nosotros, se nos cayeron las bolas de las manos : lloraba a lágrima viva y su ropa y cabello desordenados estaban picados por briznas de paja. Tras haberlo consolado, nos contó con unos sollozos en la voz lo que sigue.

Apenas atravesó la puerta que esa se cerró. Entonces, Eva, (¡ sí ! la hermana de Piero), y tres o cuatro chicas más se arrojaron de golpe sobre él y, amordazándolo, lo tumbaron sobre la paja donde, inmovilizándole brazos y piernas, le quitaron los pantalones. Hecho esto, abandonándolo con su vergüenza y con su ira, salieron del cobertizo sofocando sus risas.

Conocíamos a las diablas amigas de Eva, siendo esa última la que, sin duda, organizó y dirigió esa fea trampa. Jamás hubiéramos imaginado que Eva, que amábamos y admirábamos de verdad, y las chicas francesas que jugaban fácilmente con nosotros, pudieran hacer semejante cosa.

Otras dos tardes, con pocos días de intervalo, les tocó a Manuel y a Angel a que les quitasen los pantalones de la misma manera que a Mariano, a uno en el cobertizo y al otro en la cabañita de un jardín del cerro. Francamente, esas desvergonzadas nos dieron una mieditis de todos los diablos. Por más que hiciéramos los matamoros

EL REFUGIO

delante de ellas, en nuestro fuero interno, tan sólo pensando en lo que nos pasaría si cayéramos en sus garras nos ponía carne de gallina.

Como llevábamos tirantes, a semejanza de las mujeres durante las consultas médicas, algunos de nosotros rodearon la cintura de su pantalón con una cuerda fuerte. Esta precaución resultó ser inútil para Chema quien, cayendo en una emboscada preparada con destreza, fue a su vez puesto en pelotas por las diablas armadas de tijeras. (Es verdad que las chicas son mucho más espabiladas que los chicos. A la misma edad, comparados a ellas, somos unos idiotas).

Cuando las veíamos reunidas para chismorrear y mofarse de nosotros haciéndonos unas sonrisas burlonas, pensábamos que estaban eligiendo al que, de nosotros, querían verle la ‘polla’, la ‘picha’, el ‘pito’, etc..., nombres vulgares del sexo masculino que las francesas no tardaron en aprender.

Como, según dicen, el miedo y el dolor unen fuertemente a los celosos y a los ofendidos, los tres amigos a quienes les tocó que las chicas les vieran el pene hacían un poco rancho aparte. Los bravucones no dejaban de burlarse de su credulidad y de su debilidad. Se vanagloriaban, dándose las de valiente, que si algún día los cogían por traición, bien rápido pondrían ‘knock-out’ a las cinco o seis mujercuelas viciosas.

Esa confrontación inhabitual entre las chicas descaradas y los chicos tímidos que éramos nosotros, se transformó en una especie de juego cuyo objetivo era lanzarse retos escabrosos. Al que se jactaba de no temerlas, le decíamos cuando teníamos a las chicas no muy lejos de nosotros :

- Ya que eres tan valiente, apostamos contigo lo que quieras que no eres capaz de ir arriba con Eva y sus amigas.

Por su lado, ocurría que una de las chicas francesas viniera hacia nosotros haciendo melindres y, al que le ofrecía su brazo, decir con voz pícara la frase en español que Eva le había enseñado :

- Querido mío, ¿vamos los dos de paseo?

En ambos casos, el interpelado no decía esta boca es mía y se quedaba ‘in situ’. Pero he aquí que al divertirse de tal manera, las chicas lograron ponernos los unos

EL REFUGIO

en contra de los otros, y eso prometiendo respetar al que las ayudaría a pillar a Fulano o a Mengano.

Como los que se las habían pegado estaban hartos de ser tratados de bobos, que los caguetas estaban dispuestos a hacer lo que fuera para escapar de la humillación, y que algunos de nosotros querían cerrarles el pico a los más fanfarrones, la astuta Eva acabó por encontrar los aliados que deseaba para llevar a buen final sus planes diabólicos.

Al que la banda de las chicas viciosas querían a toda costa quitarle los pantalones y, muy sinceramente, algunos de nosotros dejarse engañar, se llamaba Rafa. Era el más grande y el más vanidoso de la pandilla. Era seguramente por su estatura que Rafa pretendía que jamás las chicas se atreverían a atacarse a él, y sin embargo.... Fue con los ojos cerrados que cayó en la trampa que le tendieron las desvergonzadas con, es verdad, la complicidad y la ayuda de dos.... chicas españolas. ¡ Sí ! dos compatriotas que, tal vez, le guardaban rencor a Rafa, o, simplemente fueron seducidas por ese divertimento perverso.

La cizaña sembrada en nuestra pandilla por la hermana de Piero hizo que, además del temor que les teníamos a las francesas, teníamos que desconfiar de nuestras compatriotas. Eva era realmente una gran estratega.

Habiéndole, ¡ y cómo ! , bajado los humos al pretencioso Rafa, las expertas en quitar los pantalones de los chicos marcaron una pausa, tan larga, que creímos (como nos dieron ellas a entender) en el final de ese divertimento indecente. Era mal conocer a la diabólica Eva y a sus acólitos....



CAPÍTULO 17
TRAS MI HUMILLACIÓN, DECIDIMOS VENGARNOS

Era una noche muy oscura. Esperando la hora de la cena, estábamos todos alrededor de la gran mesa, jugando a los caballitos, al juego de la oca y a otras distracciones. Fue entonces cuando un jovencuelo de nuestra colonia me dijo al oído que un ‘gua-gua’ quería enseñarme - como me lo prometió - su precioso álbum de estampas sobre la fauna africana. Creía que éste bromeaba, pero no, afuera me esperaba uno de los amigos de Piero con un libro en las manos. Como estaba lloviznando, me propuso ir con él a admirarlo bajo la bombilla que alumbraba el cobertizo del cerro. Al estar yo, como se sabe, fascinado por las estampas, le seguí, rebozando de alegría.

Apenas había pasado la puerta del cobertizo, que los demonios en falda saltaron sobre mí y me revolcaron en la paja. Por más que forcejeé y grité, (aquella tarde, y a esa hora, nadie podía oírme), las malditas lograron bajarme los pantalones y alzar mi camisa.

Cuando esas furias abandonaron el sitio riéndose de satisfacción, creí morirme de vergüenza. Me quedé un buen rato tumbado en la paja, temblando como un azogado y sin poder dejar de llorar. Estaba paralizado por el miedo que tenía al pensar que debía bajar antes de que vieran el vacío de mi sitio en la mesa. Me veía entrar en la sala, avergonzado del todo, cabizbajo para no ver a todos mirándome, y en particular las dos amigas españolas que participaron, riéndose, en quitarme los

EL REFUGIO

pantalones. La humillación que tenía me hacía sufrir un verdadero martirio, pero la poca voluntad que me quedaba me hizo ir, tal un sonámbulo, hacia el hotel. Me quedé un buen rato bajo la llovizna antes de pasar el umbral. Cuando mi madre me vio entrar cabizbajo, tan triste, empapado del todo, y con el rostro muy colorado, vino hasta mí, me tocó la frente y, juzgando que tenía fiebre, me mandó a la cama, cosa que fue un alivio para mi pena vergonzosa.

Al poco tiempo de pegármelas a mí, el clan de las desvergonzadas fallaron de poco su nuevo golpe sobre nuestro amigo Antonio. Sin más vacilar, al día siguiente, nos reunimos bajo el techo del maldito cobertizo para saber si, sí o no, debíamos pagar con la misma moneda a nuestras enemigas. Por unanimidad, decidimos bajar primero las bragas a Eva, alma de la banda que nos atormentaba. Sabiendo que teníamos que tratar con alguien muy astuto, nos costó mucho elaborar el plan que nos permitiría verle el ‘coño’, o la ‘figa’, dos nombres vulgares, entre otros, del sexo femenino.

Un jueves, cuando, en gran número, chicos y chicas jugaban en el cerro, uno de nosotros fue a decirle a Eva que su madre la necesitaba en el hotel. Nuestro plan consistía en hacerla pasar, sola, delante del cobertizo, detrás de la puerta del cual estábamos cinco al acecho. No dio diez pasos que nuestra perspicaz víctima tuvo la mosca detrás de la oreja. Nuestro revés habiéndola puesto en tela de juicio, sabíamos que sería muy difícil pillarla.

Cuando las chicas y los chicos nos encontrábamos reunidos delante del hotel, Eva nos ridiculizaba contándonos nuestro lamentable intento a sus cómplices que soltaban la carcajada, cosa que nos hizo reconocer que, comparados a ellas, éramos calamitosos.

Eva nos juró que nos denunciaría si intentábamos de nuevo cogerla en la trampa. Cosa sorprendente, en ningún momento habíamos considerado lo que incurriamos en atacarnos a la hija de nuestro ‘tutor’. Como nos quedamos bien calladitos para que nuestra colonia no se burlase de nosotros, estábamos convencidos de que las chicas tendrían el mismo comportamiento.

EL REFUGIO

La amenaza de Eva nos desconcertó tan profundamente que dejamos de hilvanar nuevos estratagemas con el fin de satisfacer nuestra venganza. Nos consolamos al darnos cuenta de que, hasta frustrado, nuestro intento tuvo la ventaja de perturbar a Eva y a sus aliadas ya que, desde aquel día se estuvieron quietas y quedaron sobre aviso.

Al pasar el tiempo, terminamos por no pensar en el castigo que merecía la hermana de Piero, y, como ella, sus cómplices francesas volvieron a ser las amigas de juego que eran antes de su crisis bribona. Sin embargo, esa 'guerra de los pantalones' mancilló la amistad y la admiración que le teníamos a Eva.

Muchos días después, de repente y simultáneamente, una idea genial brotó en la mente de tres o cuatro de nosotros : ¡ los sellos ! Éste era el cebo que convenía para.... (Es verdad que la venganza es un plato que se come frío.)

Fue dócil como un perrito que Eva me siguió para efectuar secretamente un interesante intercambio de sellos. Tan pronto como entró en el famoso cobertizo, cerré la puerta y los cuatro amigos voluntarios que se habían escondido dentro se echaron sobre ella y, estrechamente abrazados, todos nos revolcamos en el montón de paja. La diablesa Eva se defendió tan enérgicamente gritando como una loca que, a pesar de nuestra ventaja numérica, no conseguimos amordazarla para sofocar sus chillidos, ni tampoco atarla, - como previsto -, con una cuerda para inmovilizarla el tiempo de alzarle la falda y bajarle las bragas. Espantados por sus alaridos horrorosos y sus convulsiones histéricas, la soltamos retrocediendo prudentemente.

Levantándose con calma, Eva tomó todo su tiempo para deshacerse concienzudamente de las briznas de paja esparcidas por su ropa y su cabellera; y sólo fue tras haber ordenado su indumentaria y peinado su cabello que pasó la puerta sin echarnos una mirada ni dirigirnos una palabra. La miramos hasta que desapareció, petrificados de vergüenza.

Después de haber, como ella, ordenado nuestra ropa y nuestro cabello, nos quedamos ahí, calmando con saliva los arañazos y las mordeduras que enrojecían algunos brazos y algunas piernas, y preguntándonos, angustiados, si, como lo había

EL REFUGIO

jurado ella, iba a denunciarnos a su padre. Para nuestro gran alivio, al igual que nosotros, la zorra - pero soberbia - Eva se calló.

Así se acabó definitivamente la 'guerra de los pantalones'.



CAPÍTULO 18
CARBURO Y ARCILLA

Durante el buen tiempo, todos los domingos soleados, había animación en el área del sitio donde se jugaba a las bochas. Los jugadores y los espectadores eran tan numerosos que el dueño del hotel nos gritaba un : ‘ ¡ Pequis ! ¡ Fuera de aquí ! ’. Nos sometíamos chasqueados, porque nos encantaba asistir a muchas de las partidas disputadas encarnizadamente y, aunque no los comprendíamos, reírnos con los espectadores de las mofas y réplicas que se intercambiaban los jugadores de bochas, haciendo unos remilgos de payaso.

Nos íbamos pues del borde de las pistas, sin abandonar, por supuesto, el cerro que era, también, nuestra área de juegos.

Removiendo el montón de cenizas blanquecinas y hediondas en los desperdicios del taller de mecánica agrícola, encontrábamos trocitos de carburo aún no consumidos del todo. Como las latas vacías de conserva no faltaban, y siempre había uno de nosotros que tenía cerillas para encender nuestros cigarros hechos de hierbas secas liadas con papel cualquiera, que fumábamos a escondidas, no nos faltaba nada para jugar a los ‘cohetes’.

Era justo en la entrada del altiplano, entre el gallinero y el cobertizo que nos disimulaban de las pistas rodeadas por los curiosos, donde excavábamos un agujero en la tierra arcillosa. Nada más después de haber vertido agua y tirado un trocito de carburo en él, lo cubriábamos con una lata de conserva con el culo perforado por un

EL REFUGIO

agujerito que conservábamos tapado con un dedo; comprimíamos la tierra a su alrededor y, tras haber contado hasta diez, liberando el orificio, acercábamos el trozo de papel que quemaba en la punta de un palo y.... ¡ pum ! la lata se elevaba en los aires. Una vez que llegaba al final de su ascensión, iba a parar sobre los jardines vecinos. Y empezábamos de nuevo otro tiro, cargando algunas veces nuestro ‘cohete’ con un puñado de piedrecitas que, al caer, llovían alrededor nuestro como granizo.

(Está demostrado que demasiada confianza pierde a más gente que la torpeza). Un domingo por la tarde, al haber sido una de nuestras latas mal inclinada, mal comprimida o encendida sin cuidado, se elevó dando vueltas de forma extraña para ir a caer en la pista donde jugaban a las bochas. Al oír los gritos de espanto seguidos de tacos proferidos por los muchos espectadores endomingados, tomamos el portante como una banda de perdigones sorprendidos por el escopetazo de un cazador. No le hizo falta al hostelero correr para identificar a los autores del ‘atentado’, involuntario, claro está. Esperó a que estuviéramos todos reunidos a la hora de la cena para regañarnos severamente. Sermoneó también a las madres, ordenándonos vigilarnos mejor. Aquella noche, antes de atacar nuestro plato de sopa, las madres nos distribuyeron una copiosa ración de golpes de alpargatas sobre el posterior, sordas a los que gritaban llorando su inocencia, ya que no estaban con los lanzadores de ‘cohetes’.

Seguimos con la recuperación de los trocitos de carburo, pero sólo para jugar malas pasadas. Por ejemplo, mojándolos con un escupitajo, nos divertíamos en colocarlos en la mano, y hasta en la espalda, del o de la que queríamos ver sobresaltarse gritando el dolor provocado por el quemazón.

Los castigos nos eran saludables. Al prohibirnos los juegos que eran peligrosos, nos obligaban a buscar, e incluso a inventar, divertimientos que nos permitían quedarnos tranquilos por algún tiempo.

Después de los ‘cohetes’, en el mismo lugar, empezamos a jugar a los ‘pucheros’. Con pasta de arcilla, cada uno se fabricaba un puchero, siendo todos del mismo tamaño, adelgazando lo máximo el fondo. Una vez terminado, lo poníamos bien

EL REFUGIO

plano en la palma de la mano y, ¡ zas ! lo proyectábamos violentamente dándole la vuelta contra una tabla llana puesta sobre el suelo. Si el puchero tenía el espesor adecuado y si el lanzamiento había sido un éxito, el fondo del puchero (y sólo el fondo), se reventaba ruidoso como un pistoletazo. Era declarado vencedor el del puchero cuyo fondo tenía la más grande desgarradura. El que había fracasado en su impacto sobre la tabla, tenía que tomar cuanta arcilla era necesaria para tapar la apertura del fondo del que había estallado mejor. Una vez nuestros pucheros remodelados, los volvíamos a lanzar.

Los pucheros de los ganadores abultaban a expensas de los que, obligados de repetir la extracción de arcilla, se empequeñecían lamentablemente.

Al final de nuestras competiciones, estábamos todos manchados, de la cabeza hasta los pies, de salpicaduras de barro. Las madres nos mostraban el estado asqueroso de nuestra pobre ropa remendada tirándonos de las orejas pero, en el fondo, preferían saber que estábamos jugando con barro más bien que manipulando objetos peligrosos o corriendo como unos salvajes.



CAPÍTULO 19

LA RIÑA

Vino el día de la primera verdadera pelea....

Fue un domingo por la tarde. En el hotel había baile. Hacía tan buen tiempo que mucha gente, sentada en las mesas de la terraza, charlaba quitándose la sed. Numerosos paseantes se detenían un instante para escuchar la música y juzgar del ambiente. Nosotros, los críos, como otros días, jugábamos a las canicas y a las cápsulas sobre la faja pedregosa que bordeaba la carretera. Como de costumbre, el benjamín de los Rini, - el Tísico -, se complacía malignamente en escupirnos y en dar patadas a las canicas y a las cápsulas apostadas en los círculos trazados en el suelo.

Como estimábamos que era demasiado pequeño para corregirlo como lo merecía, y tan llorón que nos acarrearía la ira de su madre, nos conformábamos con rechazarlo lo más lejos posible de nuestra área de juego.

Esta vez, mordió cruelmente a la pequeña Luisita que había cometido la imprudencia de coger una pelota dejada en un rincón de la terraza. La chiquilla vino hacia nosotros gritando de dolor. Al mismo tiempo que nos enseñaba su profunda mordedura que sangraba señalaba con el índice al pequeño monstruo.

Preso a una furia súbita, el Nano arremetió contra el Tísico y de un empujón lo mandó rodar sobre el suelo. Este último se puso a dar tales alaridos que Simplón paró la música y unos bailadores surgieron del hotel para ver lo que ocurría en la calle. Testigo de la escena, Piero, que desde su derrota a la leal esperaba una ocasión

EL REFUGIO

para vengarse, se echó bárbaramente sobre el agresor de su hermanito. Sorprendido por lo súbito del ataque, nuestro amigo se halló primero en desventaja pero, animado por una rabia bestial, se liberó del asedio y fue vociferando su odio que se puso a golpear a ciegas a su adversario con los puños, los pies y la cabeza. Piero se acurrucó en el suelo para protegerse como podía de los golpes que repiqueteaban sobre su cuerpo.

- ¡ Más fuerte ! ¡ Mátalo ya ! , gritábamos nosotros boxeando en el vacío y pataleando de alegría.

Les costó mucho a los mayores, españoles y franceses, separar a los dos antagonistas ya que, al sentir que tiraban de él, el Nano se aferró a Piero como un pulpo se agarra a su presa.

Cuando consiguieron separarlos y mantenerlos a distancia, tuvimos el gran placer de ver a Piero llorar como un chiquillo. Estaba descamisado de manera ridícula, con el cabello alborotado, cubierto del todo de polvo y sangrando por la nariz, por la boca y por un codo. El estado de nuestro valiente vencedor era igual de lamentable. Éste no lloraba pero no lograba dominar los espasmos nerviosos que le agitaban.

La gente se apiñaba alrededor de ellos, los italianos gritando en su idioma, los españoles vociferando en la suya y los franceses, mudos y sonrientes, conformándose con mirar la confusión general.

Avisado por alguien, abandonando la partida de 'petanca', el hostelero bajó del cerro y, abriendo el círculo de los curiosos hizo irrupción en el escenario. Fuera de sí, a la vez que echaba pestes en francés y que juraba en italiano, empezó a distribuirnos tortazos sin discernimiento. Cogió al Nano de la oreja para arrastrarlo pero éste último, siempre en un estado de sobre-excitación extremo, empezó a darle puñetazos al torso y patadas violentas en las piernas. Después del hijo, resulta que el Nano se puso a corregir al padre sobre el cual, repentinamente, se lanzó tal una furia la madre de nuestro amigo para caer enseguida sin conocimiento a los pies del verdugo.

EL REFUGIO

El Tísico lloraba en los brazos de su madre; Luisita gemía en los de la suya; Piero contaba, lloriqueando su versión de la riña a su padre y el Nano se debatía y vociferaba entre los brazos de los que lo inmovilizaban agarrándolo por la cintura. Al mismo tiempo que atendían a la compatriota desmayada, las madres gritaban su rabia contra el amo del hotel, y, nosotros, temblábamos de espanto al ver el rostro cadavérico de la madre tumbada en el suelo.

La voz aguda del señor Rini dominó la indescriptible cacofonía. Señalándonos con un dedo inquisidor, nos gritó :

- ¡ Pequis ! , ¡ a dentro ! , ¡ presto !

Ordenándonos que no obedeciéramos, ya que la culpa la tenían sus hijos, las madres rodearon, amenazadoras al despótico amo. Todas ellas esperaban también desde hacía meses una ocasión para exteriorizar su descontento, y eso sin pensar cual sería su castigo.

No nos sorprendió ver aparecer a una pareja de gendarmes. Tras haber hecho callar a todo el mundo, escucharon largamente al hostelero y a su furioso hijo Piero al mismo tiempo que escribían en un cuadernillo de apuntes (tal vez nombres nuestros), y, sin ni siquiera interrogarnos, nos ordenaron abandonar la calle. Fue refunfuñando que las madres nos reunieron para acompañarnos hasta nuestras habitaciones.

Alguien de notable habló en nuestro favor, ya que nuestra colonia no recibió ni siquiera una advertencia. Sin embargo, como siempre, el señor Rini salió ganando pero, a partir de dicha memorable riña, bien se guardó de bajar la mano que levantaba sobre nosotros. Por fin, se vio forzado en denunciar nuestras necesidades a las madres que, desde siempre, no se privaban de corregirnos cuando lo juzgaban necesario.

Pusimos en cuarentena al hostelero, a su familia, al doméstico Simplón, y hasta el gato del hotel que se dejaba acariciar fácilmente. Cuando se presentaba la ocasión, hasta le dábamos una patada gritándole :

- ¡ Vete con tus dichosos dueños !

EL REFUGIO

En cuanto a las dos sirvientas españolas, ellas ya estaban en cuarentena desde hacia ya algún tiempo.



CAPÍTULO 20
DECLARACIÓN DE LA GUERRA. CAMBIO DE DOMICILIO

Salvo para ir a las visitas médicas y a las duchas, a nosotros, los chicos, nos era prohibido andar por el pueblo. Esta advertencia no nos impedía hacer a menudo breves escapadas hasta el centro urbano, pero solamente en grupos de dos o tres y yendo con cuidado para que los gendarmes no nos vieran, ni tampoco los lugareños ya que los que nos odiaban nos denunciaban.

Además de los alrededores del hotel y de la propiedad que había en lo alto del cerrillo que se alzaba frente a él, del otro de la carretera, nos permitían jugar en la ancha y larga explanada ferial arbolada de plátanos que se extendía, - más alta que la carretera -, a partir de la caseta y de la báscula de los arbitrios municipales.

Para descansar después de nuestras carreras y peleas, nos alineábamos frente al muro del gran edificio situado en la esquina de la entrada al pueblo y de la explanada ferial, y hacíamos concursos de : ‘ ¡ A ver quién mea más alto ! ’. Más de uno se rociaba la cabeza de orina al querer ganar la competición.

La vez siguiente, alineados de espaldas contra el muro decorado de arabescas húmedas, el desafío era : ‘ ¡ A ver quién mea más lejos ! ’

Antes de dar comienzo a estos concursos jurábamos, levantando la mano derecha, respetar el reglamento, pero casi siempre había uno de nosotros que, dando de repente media vuelta, hacía que nuestros desafíos degenerasen en una barahúnda en la cual nos rociábamos de orina los unos a los otros. ¿Cuáles son los chicos que jamás participaron a combates de chorros de orina?

EL REFUGIO

Como se sabe, cuando jugábamos en este sector, nos gustaba enrabiarse al señor responsable de los arbitrios municipales que, entre los pocos controles de peso de carros y de camionetas que entraban en la ciudad, trabajaba dentro de la caseta oficina.

Hasta teniendo en cuenta los clandestinos quehaceres domésticos en casa de las familias francesas vecinas del hotel, y de lavados de ropa, a las madres y a las hermanas mayores les sobraba el tiempo libre. Se pasaban horas del día sentadas en la terraza del hotel, cosiendo, remendando y charlando. Podían constantemente aguzar el oído y dirigir la mirada para saber donde estábamos y lo que hacíamos. Mañanas y tardes, en el barrio resonaban los nombres emitidos por voces estrepitosas que nos ordenaban ser menos brutos, o, a veces, volver con ellas.

Sordos a las graves noticias que desde hacía quince días preocupaban a los habitantes del barrio y a nuestra colonia, seguíamos jugando sin tregua dentro de los límites del territorio permitido.

Desgraciadamente, las noticias y los rumores inquietantes se confirmaron brutalmente : unos siete meses después de nuestra llegada al HÔTEL DE LA POSTE, Francia e Inglaterra declaraban la guerra a Alemania. No recuerdo si aquel triste día de principios de septiembre de 1939, las campanas sonaron para, además de la radio, anunciar la terrible noticia. La efervescencia insólita que se propagó por el barrio sorprendió a nuestra pandilla. Los hombres que salían de sus casas se juntaron para ir hacia el centro del pueblo mientras las mujeres se agruparon delante del hotel. Todas hablaban tristemente y algunas de ellas se secaban con un pañuelo las lágrimas.

Nuestras madres y nuestras hermanas mayores se agruparon en el comedor del hotel. La señora Rini, esposa del amo del hotel, lloraba con ellas. Las madres se preocupaban, no por nosotros, sino por los hombres detenidos dentro de lejanos campos de concentración. Se imaginaron que los enrolarían de fuerza en el ejército francés, el cual, seguramente, los enviaría en primera línea del frente. Esta

EL REFUGIO

eventualidad podía aplicarse a los que, como mi padre y mi cuñado, aceptaron trabajar bajo el mando del ejército francés para, como se les prometió, juntarse más pronto con nosotros.

Sinceramente, de ningún modo conmovidos por la zozobra de las mujeres, nosotros seguimos jugando más libres que nunca, ya que, preocupadas por la gravedad de la situación, las madres nos olvidaban.

- Ha llegado vuestro turno de estar separados de vuestros padres, de mal comer, y ¿quién sabe?, de abandonar, también, vuestro hogar, les hacíamos comprender nosotros a los pocos chicos franceses que se incorporaban a nuestra banda para jugar.

Mezclando palabras españolas (muy pocas), italianas y francesas, Piero nos traducía como mejor podía lo que sus amigos de escuela nos contestaban orgullosamente :

- A nosotros no nos ocurrirá lo vuestro porque, al igual que en la guerra de 14/18, nuestros valientes soldados vencerán 'les boches' (palabra despectiva y xenófoba que los franceses empleaban para nombrar a los alemanes).

Ignorábamos lo que había ocurrido en los años 14/18. Sólo conocíamos la guerra de los republicanos contra Franco. Todas las demás guerras eran para nosotros historias heroicas contadas por los mayores y los libros, (magníficamente ilustrados), que nos enseñaban los alumnos franceses.

La explanada ferial arbolada era nuestro campo de batalla.

- ¡ Asalto !

Con un gorro de cuartel hecho con papel de periódico, y armados con sables y fusiles hechos con listones de madera, surgíamos de detrás de los troncos de los plátanos y nos lanzábamos recíprocamente al ataque contra los adversarios.

Al final de cada enfrentamiento, las dos tropas antagonistas echaban la cuenta de sus prisioneros, de sus muertos y de sus heridos, y una vez terminadas las arduas protestas de los que clamaban ser heridos y no muertos, volviendo a nuestras posiciones, emprendíamos una nueva batalla.

EL REFUGIO

(Es en vano que los padres, los maestros de escuela, los pacifistas y otros moralistas luchan por un mundo de paz sabiendo que las armas que sirven para combatir y matar son y serán siempre el juguete favorito de los militares y los niños.)

Nuestra contienda infantil, animada por la lucha - perdida - de nuestros padres y por los acontecimientos del presente, duró tan sólo unos cinco días.

Una tarde, la llamada de las madres paró de golpe nuestra última batalla. Corrimos hacia ellos sudando y sofocados. Toda la colonia española estaba reunida en la terraza del hotel. Como ya oímos ciertos rumores pesimistas, no nos extrañó en absoluto oírles decirnos que debíamos marcharnos del hotel en seguida. (Pocos días después supimos que nos echaron en previsión de poder acoger las familias francesas que huían el noreste del país amenazado por los alemanes para refugiarse en la región donde estábamos. Los refugiados franceses expulsaban del hotel a los refugiados españoles.)

Nuestra colonia no necesitó mucho tiempo ni muchos esfuerzos para mudarse : su equipaje se resumía a algunas maletas en un estado lastimoso, cartones encordelados y bultos de tela; y nuestro nuevo paradero era el gran edificio contra la pared del cual nos alineábamos para mear. Su oscuridad, sus telarañas polvorientas vistas por el agujero de una cerradura, y su olor a humedad y a madera podrida nos daban escalofríos.

Gran fue nuestra sorpresa viendo al señor responsable de los arbitrios municipales encargarse de nuestro traslado.

Al igual que una tribu de gitanos vagabundos detenida por la autoridad pública, seguimos a nuestro guía acompañado por Eva, considerada por todos nosotros muy sabia, ya que, durante los siete meses de nuestra convivencia en el hotel de sus padres, aprendió suficientemente el español para servirnos de traductora.

Callada como si fuese un entierro, nuestra fila cargada de paquetes entró en su nuevo alojamiento : una fábrica de tapones de corcho abandonada desde hacía mucho tiempo. En el espacioso hall, alto de techo, en el cual, durante la actividad de

EL REFUGIO

la fábrica se cargaban - o descargaban - los camiones, nos esperaban dos mujeres con bata blanca delante de un montón de sábanas de tela basta y otro de mantas espesas que distribuyeron a las madres.

Una vez soltados los paquetes que trajeron, los mozos hicieron otro viaje para traer los caballetes, las tablas y los bancos que componía nuestra mesa en el hotel... Una vez más, nuestro grupo de refugiados españoles iba a conocer un cambio radical en su vida.

(En lo que se refiere a mi familia, desde la salida de su pueblo, Alcorisa, era la tercera vez que, cargando con su miserable petate, cambiaba de domicilio.)



Segunda parte :
EL REFUGIO (I)

EL REFUGIO

CAPÍTULO 21

EL REFUGIO

Con el propósito de orientar a las personas que leerán este capítulo - y los siguientes - de mi narración biográfica, tengo la obligación de describir sumariamente el caserón donde las autoridades nos alojaron tras echarnos del hotel.

Mi descripción será más breve que la de mi manuscrito francés. Pero, como me enseñaron en la escuela que se aprende más mirando un bosquejo que leyendo una descripción dibujé de memoria los planos del barrio del hotel y del 'refugio'.

Al igual que un guionista, esboqué el escenario donde las madres españolas vivieron una tragedia y nosotros, sus hijos, un largo, alegre y entrañable recreo. No sé quien bautizó de entrada nuestro nuevo alojamiento 'refugio'.

FACHADA : El único piso tenía cinco ventanas, y la planta baja dos puertas, una parecida a las de las casas de la calle, y una gran puerta cochera con un cierre metálico.

PLANTA BAJA : En la pared de la izquierda en el hall goteaba un imponente grifo en latón, que era el único puesto de suministro en agua. Apoyado contra la pared de la derecha, se alzaba - casi hasta el alto techo - una pila de sacos de tela llenos de polvo de corcho.

Para subir al piso, después del hall, debíamos atravesar una superficie grande y oscura donde se amontonaban anárquicamente, unas maquinarias y chatarras

EL REFUGIO

oxidadas, y también bidones vacíos, tablas, muebles destartados, maderos y pilas de cartones.

EL PISO : En el extremo norte había una gran sala, y, en el extremo sur, cuatro habitaciones. Un corredor exterior, sostenido por postes de madera, y pasillos en el interior separaban estos dos extremos.

EL PATIO, llamado CORRAL : Las tres partes de la longitud del lado lateral al edificio eran delimitadas por el dicho corredor, y, la parte restante, por una tapia que bordeaba la fosa visible que separaba, de la planta baja hasta el piso, y en toda la línea, el edificio del terraplén que formaba el corral. Dos ventanas, de las habitaciones, daban sobre esta fosa. Una puerta de madera con dos batientes, cerrada, dividía en dos el alto muro que separaba el corral de la explanada arbolada. Contra dicho muro se apoyaba la modesta cabina del único retrete (a la turca). En el lado izquierdo se alzaba, ligeramente inclinada, una alta chimenea de ladrillos en la base de la cual se amontonaban los escombros de una obra derrumbada. Terminando su perímetro cuadrado, en el lado opuesto a la fachada con corredor, se alzaba la pared alta y lisa de una casa.

La descripción - muy sumaria - de nuestro alojamiento terminada, sigo con mi narración, a lo largo de la cual detallaré ciertos sitios y rincones que tuvieron una gran importancia.

Dos mesas pequeñas y tres taburetes componían el mobiliario de la superficie habitable del refugio.

Se notaba que habían quitado las telarañas de las paredes y de los techos, y que habían barrido hacía poco ya que en el suelo de madera persistían los arabescos que dibujan los chorrillos de agua vertida por la alcachofa de una regadera.

Reunidos en el corral, escuchamos a Eva que, frase tras frase, nos traducía lo que nos explicaba nuestro guía. Nos anunció que las autoridades le dieron el cargo de ocuparse de nosotros; que, sin cambio de horario, el hotel continuaría a servirnos la comida en el gran hall; que nos era prohibido trabajar, y, por supuesto, salir del refugio sin su autorización escrita, firmada y sellada; que pasaría cada mañana para

EL REFUGIO

distribuirnos el correo y para escuchar nuestras quejas.

Una vez que terminó de hablarnos, nos agrupó por familias, y, teniendo en cuenta los afectos y las afinidades, apuntó en un cuadernillo que sacó de su bolsillo el reparto de las cuatro habitaciones, siendo una de ellas de mayor superficie.

Antes de marcharse, seguido por nuestra traductora, abrió una de las puertas que daban al corredor, y, mostrándonos un cuarto lleno de paja, Eva nos dijo :

- Me dice que podéis servirlos a discreción.

En el acto, el hormiguero emprendió su trabajo. Filas de voluntarios resignados, y sin embargo alegres, iban y venían entre el pajar y los cuartos, los que llevaban una brazada de paja cruzando a los que volvían para aprovisionarse de nuevo, todos con los cabellos y la ropa adornados de pajillas.

Tres horas después, en el mismo suelo, se alineaban los jergones lo largo de los muros, evitando puertas y ventanas. Para delimitar la profundidad y la anchura del lecho de cada familia, las madres y las hijas mayores alinearon en el suelo sus bultos, maletas, cartones y trastos.

La habitación más grande de las cuatro (que era, seguramente, el comedor del piso, ocupado por el amo, - o por el director -, de la fábrica), fue ocupado por tres familias, entre las cuales la mía (mi madre y sus siete hijos). Entonces contaré sobre todo la conducta de nuestro grupo, ya que su ambiente era, más o menos, idéntico al de los otros tres cuartos. A la hora de la cena estábamos, de nuevo, sentados alrededor de la larga mesa traída del hotel....

La primera noche, las madres separaron las chicas de los chicos en las camas de paja.

Muy pocos días después, cada una y cada uno tuvo su espacio. Las mozas lograron lo que deseaban : acostarse juntas, lo que les permitía charlar con sordina.

Como deseaban también dormir juntos para contarse cosas de hombres, los mozos se acondicionaron un dormitorio en el local contiguo al 'pajar', en el fondo del cual subía la escalera de madera que conducía al desván (bajo el tejado). Era una lástima que el cuarto a la izquierda del pajar fuera, hasta la mitad de su altura, lleno

EL REFUGIO

de sacos de polvo de corcho.

Pocos días después de nuestra instalación en el refugio, vino nuestro responsable acompañado por una pareja de gendarmes y Eva. Sumariamente, se nos confirmó lo que ya nos anunció nuestro responsable. De ahora en adelante, el ‘comisario’ (así nombraron al encargado de arbitrios municipales), se encargaría de nosotros; era a él al que debíamos dar a conocer nuestras peticiones y nuestras dolencias; pedirle permiso para salir del refugio; toda persona interpelada en el pueblo sin el documento de salida sería castigada severamente; viendo la vetustez del edificio, y la cantidad de paja y de sacos de polvo de corcho que había, nos era rigurosamente prohibido hacer fuego. También les era prohibido a las mujeres coser, hacer punto, zurcir, remendar, etc., para la gente del pueblo.

Para darse cuenta de que respetábamos estas advertencias, una pareja de gendarmes venía frecuentemente de improviso para contarnos a la hora de las comidas en el hall, y, linterna en la mano, en los dormitorios a altas horas de la noche.

Las madres se asustaron al oír la prohibición de hacer fuego, ya que el invierno se acercaba, y, con la humedad que reinaba en el refugio, el frío sería insoportable sin estufas.

Sin embargo, en cierto sentido, esa terrible sentencia les hizo creer que muy pronto nos alojarían en otro sitio para, justamente, preservarnos del rigor del invierno.



CAPÍTULO 22
ACONDICIONAMIENTO E INSPECCIÓN DEL LUGAR

Poco tiempo después de nuestro traslado, con dos o tres días de intervalo, dos grupos de familias españolas llegaron al refugio. Las mujeres y los mozos fueron encantados de recibir a nuestros compatriotas y nosotros, los chicos, a nuevos amigos. Pasamos más de una hora haciéndonos preguntas y respuestas. Sin embargo, una vez terminada la alegría general, a los mozos y a nosotros, sus hermanos menores, aquella llegada nos fastidió porque debimos dejarles la gran sala que ya habíamos transformado en sala de recreo.

Sobraron los voluntarios para ayudar a los bienvenidos a instalarse. La alineación de los jergones ocupó casi los tres cuartos del perímetro de la gran sala que tenía dos ventanas que daban a la calle. Su única puerta daba a la extremidad norte del corredor.

No puedo precisar el número exacto pero, desde entonces, unos ciento cincuenta personas vivían en el refugio.

Una vez la instalación de nuestros compatriotas y camaradas de infortunio terminada, ambas madres siguieron conversando expresiva y ruidosamente como es habitual entre españoles. Las recién llegadas se informaron sobre nuestra vida en el refugio. Nuestras madres bosquejaron detalladamente un cuadro negro de nuestra situación. En vez de alarmarse, sus compañeras de desgracia se regocijaron, constatando que los que, como nosotros, pasaron la frontera por el Perthus, tuvieron

EL REFUGIO

más suerte que los que, como ellas, pasaron a Francia por Port Bou. A su vez, contaron la vida inhumana del campo de concentración de Argèles-sur-mer, (Cataluña francesa). Creían que las sacaron de él para proteger a los niños de la promiscuidad y de la miseria. Escuchándolas, nuestras madres y esposas prorrumpieron en llanto, salmeando los nombres de los hombres queridos, allí prisioneros.

Extenuados por el viaje y agotados por la disentería, los cinco o seis ancianos que llegaron a Mézin con los últimos refugiados españoles fueron ingresados en el hospicio municipal.

A las pocas semanas de su hospitalización, uno de ellos murió. Muchas fueron las madres, las mozas y los mozos que asistieron a su entierro. ¡ Pobre abuelito !
Unos

cuantos meses antes, jamás hubiera creído que su cuerpo sería enterrado en tierra extranjera, y tan lejana del cementerio donde descansaban sus antepasados y seres queridos.

Creo que fueron tres las familias que obtuvieron la autorización para acoger en el refugio a sus parientes ancianos después de su curación en el hospicio. Los demás se quedaron en aquel establecimiento.

Una tarde, el comisario hizo entrar en el refugio a dos hombres, uno de veinte años, moreno y cabelludo como un gitano, y, el otro, un cuarentón de buentalle. Las madres fueron escandalizadas viendo que este último fue acogido con fuertes abrazos y gritos de alegría por una señora catalana guapetona y su hija, de unos veinticinco años, pelirroja como su madre y tan linda y graciosa que, más adelante, volvería loco a más de un joven francés.

- ¡ Es nuestro cuñado ! , gritaban las dos catalanas a sus compañeras de infortunio, incrédulas. Os podemos enseñar las cartas que nos han permitido conocer el paradero de Lluís, aquí presente, y el nuestro; y también obtener la autorización para juntarnos.

- ¿ Como es posible que en la frontera habéis logrado evitar la separación entre

EL REFUGIO

los hombres y las mujeres y los niños, o salir, libres, del campo de concentración?, les preguntaron las mujeres furibundas, privadas de sus maridos, y, algunas, también de un hijo mayor.

El comisario les aseguró que muy pronto serían trasladados a un campo para hombres. (La realidad fue que se quedaron con nosotros hasta que nos echaron del refugio.)

Las madres dirigieron contra los dos intrusos el resentimiento que tenían contra los responsables franceses. Una de ellas dijo graciosamente, que era aposta que estos lobos se introdujeron en el recinto de las ovejas para sembrar zizaña.

Nosotros, los chicos, no comprendíamos por qué las madres odiaban a esos dos hombres, aparentemente tranquilos y amables; ni tampoco por qué les daban lecciones de moral a las mozas.

Rechazados y regañados por la mayoría de las mujeres a lo largo del día, se distraían jugando a nuestros juegos y aprendiéndonos nuevas distracciones. No nos cansábamos de hacerles preguntas y de escuchar (sobre todo Lluís) la narración de los acontecimientos más destacados de sus vidas. En resumidas cuentas, siendo los únicos hombres venidos de fuera a nuestra colonia compuesta de abuelos, madres, hermanas y hermanos, en ausencia de nuestros padres, inconscientemente los considerábamos como maestros.

Por la noche, dormían bajo la escalera que conducía al desván del refugio.

Una vez resuelto el problema de los jergones, poco a poco nos encargamos de ‘amueblar’ las habitaciones.

A los que no tienen nada, todo les puede ser útil. Entre las máquinas y en los rincones de la planta baja y del patio llamado ‘corral’, había un montón de tablas viejas, maderos, vigas, chapas, alambres, chatarras, cajas y bidones. Nos abalanzamos sobre esos materiales en busca de algo que nos sirviera. En un principio, lo más importante era enderezar los clavos arrancados de las tablas, vigas y paredes. Era al que más clavos tenía. Tendimos de pared a pared unas cuerdas sujetas con clavos para colgar la ropa y para secarla después de la colada para

EL REFUGIO

cuando lloviera. Unas estanterías, confeccionadas con trozos de tablas y varillas de hierro, fueron colgadas en los tabiques.

Como la madera, los clavos, la chatarra y el alambre no faltaban, con las únicas herramientas que poseíamos (un pico, un serrucho y dos hachas pequeñas que encontramos o que nos dieron, no me acuerdo), cada dormitorio (colectivo) terminó por tener una mesa y unos bancos. La gran sala era la única habitación que, una vez amueblada, disponía de un gran espacio en medio.

Al igual que los animales, cuando se ve desplazado, el hombre empieza inspeccionando minuciosamente su nuevo territorio. Es lo que hicimos cuando entramos en el refugio. Tan sólo nos hizo falta un día para hacer el inventario de las máquinas abandonadas, de la chatarra y de los muebles metálicos o de madera dislocados de la planta baja, así como conocer todos los rincones de la fábrica abandonada.

Fue en el fondo oscuro de la planta baja donde, reptando debajo de las máquinas y del farrago metálico, llegamos al portillo de entrada de la larga, estrecha y alta fosa que separaba el edificio del corral. Fuimos felices al descubrir que a partir de esta entrada su suelo terroso subía en pendiente suave hasta la puerta, estrecha y baja, que desembocaba en el ferial. Al no tener la llave forzamos su cerradura. Al tener solamente un cerrojo, se convirtió en nuestro pasadizo secreto.

Al considerar que esa fosa, cubierta sobre las tres cuartas partes de su longitud por los suelos de la galería y de la sala, era un lugar estupendo para reunirnos los días de lluvia, los mayores decidieron despejarla de las tablas, de los trozos de hierro, de los bidones abollados y demás detritos. Desplazar las máquinas y la chatarra oxidada que bloqueaban su acceso fue un trabajo arduo, sucio y hasta peligroso. Tras ser completamente despejada y las paredes y el suelo cuidadosamente barridos, los mayores encontraron la fosa tan cómoda que tuvieron de pronto la idea de transformarla en un lugar de ocio.

Con nuestra ayuda, no tardaron en levantar un escenario de teatro para dar espectáculos de los que hablaré en otro capítulo.

CAPÍTULO 23
PROTESTAS ACERCA DE LA MANDUCA

Pues, el hostelero Rini conservó el monopolio de cocinarnos y servirnos las comidas a domicilio, lo que hicieron nuestras dos compatriotas domésticas.

En el gran hall-refectorio, la luz de fuera penetraba a través de una estrecha y larga vidriera situada encima de su gran puerta de entrada.

Mientras hizo buen tiempo, comimos con la cortina de chapa ondulada levantada para tener lo más luz posible. Los transeúntes que pasaban por la acera, ralentizaban el paso para echar una mirada curiosa en nuestro gran conjunto de comensales. En cuanto a los niños, se paraban del todo para mirarnos fijamente y para mofarse de nosotros. Los que estábamos en el extremo de la mesa, nos levantábamos precipitadamente para que salieran corriendo; pero, al hacer de eso una distracción, ellos volvían por el placer de burlarse de nosotros. A ese juego, éramos nosotros los perdedores.

Tan pronto como estuvimos instalados en el refugio, la calidad de la comida se deterioró del día a la mañana. Nuestro menú diario solía ser el siguiente :

DESAYUNO :

Un tazón de leche con achicoria, una rebanada de pan y un trocito de margarina. (Algunas madres, entre las cuales la mía, recuperaban esa margarina para untar la rebanada de pan de la merienda).

ALMUERZO Y CENA :

EL REFUGIO

Primer plato : sopa de pan mojado en el caldo del cocido.

Segundo plato : cocido casero. Huesos de tuétano y poca carne, con patatas, judías o lentejas, con col o nabos, cebollas y calabaza (que era lo más habitual), con demasiada o poca sal y con escasa manteca de cerdo. Pan duro, y como bebida, el agua del gran grifo que estaba justo al lado.

Postre : una manzana o una pera. (¡ Terminada desde hacía ya bastante tiempo la porción del delicioso queso graso del Cantal !) .

El horario de las comidas era invariable : a las ocho y media de la mañana, el desayuno, a las doce del mediodía, el almuerzo y a las siete y media de la noche, la cena.

Aunque la comida era mala, nuestro estómago hambriento esperaba con impaciencia la hora de esas tres comidas. ¡ Ay ! de nuestras camareras si por razón alguna llegaban tarde. Eran recibidas con unas salvas que mezclaban gritos, silbidos y pullas, acompañados por un concierto de cucharas golpeando los platos y los vasos, y por golpetazos en la mesa. De ninguna manera intimidadas, ellas gritaban su ira con valentía. En esos casos extremos, dejaban las ollas sobre la mesa y regresaban al hotel después de decirnos con rabia :

- ¡ Serviros !

A continuación, era a cada comida que las recibíamos de tal manera, no por el retraso, sino para protestar contra el guisote cada vez más discutible.

Según dicen, con el estómago vacío uno tiene más fecunda la mente. Por ello, los hermanos y hermanas mayores se pusieron a escribir una canción que narraba nuestra triste odisea. Al componer al menos cada uno un cuarteto, dicha canción se alargaba cada día más. Por supuesto, las últimas estrofas de la sarta iban dirigidas a nuestras camareras.

Una noche, a espaldas de las madres, justo antes de la hora de la cena, los mayores hicieron trepar a cinco de nosotros en lo alto del apilamiento de sacos de polvo de corcho del hall, con un papel escrito en el bolsillo. Según lo acordado, en cuanto las camareras pasaron el portal, el coro (subido en lo alto) entonó una

EL REFUGIO

canción que empezaba así :

He aquí que llegan las cocineras,
Alimentadas y vestidas ricamente,
trayendo a este lugar de miseria
el guisote a los indigentes.

¿Es para nosotros, guapetonas,
y no para los cerdos,
el agua humeante de fregar
que llevan vuestros calderos sucios?

Os invitamos, renegadas,
A compartir nuestro guisote
Compuesto de agua, hueso y patatas
Mal peladas, sin sal ni tocino.

....

El conjunto de comensales levantó los ojos hacia el techo. Las camareras les intimaron a los cantantes que se dejaran ver pero, sin escucharlas, éstos siguieron desgranando sus estrofas. Furiosas, abandonaron el hall jurando que eso no se quedaría así.

Las madres no apreciaron en absoluto la broma de sus hijos mayores a los que regañaron muy severamente por, sobretodo, habernos hecho subir al apilamiento de sacos con el riesgo de habernos desnucados.

Tras haberse reunido, las mujeres decidieron mandar a dos de ellas al hotel para que hablara con nuestras camareras. Éstas no vacilaron en regresar con ellas al refugio para intentar vaciar de una vez el absceso de la discordia que gangrenaba a toda la comunidad. Empezada con calma, la plática no tardó en agriarse. En su ira, las madres les preguntaron lo que tenían ellas de particular para seguir siendo las sirvientas del señor Rini, mientras que les era categóricamente prohibido a los

EL REFUGIO

refugiados españoles trabajar. Como no aceptaron las alusiones, no muy disimuladas, que las madres no se molestaron en gritarles a la cara delante de todos los refugiados reunidos en la sala, abandonaron el sitio, no sin gritar tan alto como sus acusadoras. ¡ Una vez más, asistimos a un gran espectáculo !

Es evidente que las camareras le contaban a su jefe todo lo que soportaban en el refugio, pero como éste ya no era nuestro responsable acreditado, no podía hacer nada. De hecho, desde que nos fuimos del hotel, se comportaba como si no existiéramos.

La calidad de la comida se deterioró hasta tal punto que las madres fueron a quejarse al comisario, el cual contestó que nuestra alimentación no era asunto suyo. Al no poder hablar directamente con nuestro restaurador, la ira generalizada se abatió sobre las dos camareras. Cansadas de las pullas y de los insultos que saludaban su llegada, dejaron de traernos la pítanza. Nuestras hermanas mayores se encargaron de ir al hotel a por ella.

Era para vengarse, pensaban las madres, y no porque le habían disminuido la subvención, que el señor Rini sustituyó las patatas por colinabos. La realidad era que a los estómagos, acostumbrados desde luego a no ser difíciles, les costaban mucho engullir el guisote que nos servían.

Entre nosotros había una mujer mayor, sola, muy discreta, que acababa de llegar y que sabía hablar un poquito francés por haber vivido en este país en los años veinte. Fue ella la que, un mediodía en que la comida era prácticamente incomible, al ver a los gendarmes acercarse a la mesa para contarnos, se levantó y, tendiéndoles su plato como se tiende una ofrenda a una divinidad, les dijo con su francés :

- ¡ Probad, señores ! En mi país, los cerdos comen mejor.

De pie, bien recta, con la cabeza alta, la señora mayor esperó la reacción de los gendarmes desconcertados.

- ¡ Vaya usted a por su equipaje ! le ordenó fríamente el suboficial.

Obedeció con orgullo. Un silencio de muerte petrificó al conjunto de los comensales.

Al volver con su humilde equipaje al refectorio, donde sólo se oían nuestras

EL REFUGIO

respiraciones, se paró al final de la mesa para decirnos, con calma :

- Tenéis que saber que nuestro gobierno republicano le dijo a Francia que empleara todo el oro que le confió para ocuparse de nosotros.

Diciéndonos adiós con la mano, siguió con dignidad a los gendarmes. No volvimos a verla....

Por más que se informaron las madres, nunca, incluso durante mucho tiempo después de haber dejado el refugio, llegaron a saber lo que fue de esa extraordinaria mujer.

(La llegada, la partida y la desaparición de esa noble mujer seguirá siendo el gran misterio del refugio).

Como era de esperar, al día siguiente, por la mañana, tuvimos la visita de los hombres con el quepis y con la pistola en el cinturón acompañados por el comisario y por su traductora oficial. Nos reunieron en el amplio refectorio para, resumiendo, decirnos que era indigno quejarse de la comida cuando el país que nos había dado asilo estaba en guerra; que en ese mismo momento había familias francesas que daban más lástima que nosotros; que más valiera que nos quedáramos quietos ya que, a ejemplo de nuestra compañera, toda acción de rebelión sería sancionada por la 'déportation'. (Tal fue la palabra dicha y entendida antes de que fuera traducida, porque en español se dice 'deportación'. Ahora bien, en nuestra situación, deportación significaba expulsión hacia España, amenaza que no cesaban de repetirnos). Nos recordaron que nos seguía siendo prohibido salir de día sin la autorización del comisario (por la noche, teníamos el toque de queda), y encender fuego ya que, en caso de siniestro, no tenían otro techo que ofrecernos.... Esta prohibición horrorizó a las madres que de verdad pensaban que no nos dejarían pasar el invierno en el amplio, frío y húmedo refugio cuya mayoría de los ocupantes eran niños. Para concluir, precisaron que si eso resultaba necesario, podíamos ponernos en contacto con el servicio médico del hospicio, pero que en ningún caso teníamos que dirigirnos a un médico de la ciudad...

Era verdad que Francia estaba en estado de guerra. Pero sin noticias, sin

EL REFUGIO

periódicos, completamente aislados y siempre en guerra nosotros - y eso desde hacía años - en España contra los fascistas y en Francia contra la miseria a diario, ignorábamos lo que pasaba fuera del refugio.



CAPÍTULO 24
EL BARRANCO Y EL BASURERO

Es al ir y venir con las madres y las hermanas mayores al lavadero municipal para ayudarlas al llevar las cestas y los calderos llenos de ropa, que descubrimos el vertedero público que se hallaba en el barrio de las escuelas.

TRAZADO DE LA LONGITUD DE LA EXPLANADA PLANTADA DE ROBUSTOS
PLÁTANOS, LUGAR DONDE VIVIMOS EXALTANTES AVENTURAS.

A la izquierda, a partir del muro del refugio, se seguían una serie de fachadas de casas, de talleres y de cocheras hasta el alto muro de los patios (el de las chicas y el de los chicos) del recreo escolar.

A la derecha, un camino terroso se extendía entre el borde de dicha explanada y a hilera de setos vivos que limitaban los numerosos huertos, separados verticalmente por senderos herbosos.

Antes de llegar a las escuelas, un camino pedregoso, ligeramente en cuesta, conducía al lavadero municipal y terminaba en el fondo del vertedero municipal. Cuatro líneas de alambres con púas, sostenidos por postes, delimitaban por tres lados los huertos contiguos.

Creo que llamamos dicho vertedero ‘barranco’ porque el pasaje que lo

EL REFUGIO

atravesaba en su centro, terminaba siendo una trinchera entre montículos de agregado y de humus esparcidos por hierbas salvajes, amantes de tierras 'ácidas'.

Siempre que teníamos la oportunidad de escaparnos del refugio, felices como unas gallinas atareadas sobre un montón de estiércol, pasábamos horas escarbando y cavando en la hediondez y agitando bandadas de moscas que defendían su territorio.

Cuando oíamos un grito de alegría provocado por el hallazgo de una cosa interesante, nos precipitábamos todos hacia el feliz descubridor, con la absurda esperanza de encontrar, también, algo de valor en el mismo sitio.

Hubiéramos necesitado a un juez para solucionar el litigio provocado por el hallazgo de un zapato por uno de la banda, y el zapato del segundo pie por otro. Generalmente, el más fuerte de los dos afortunados imponía su voluntad puesto que, como se admite, la ley del más fuerte es la mejor; o, mejor dicho : 'Allá van leyes donde quieren reyes'.

En la pandilla que formábamos había chicos cuya sensatez lograba - a veces - ablandar al más huraño de nosotros. Gracias a ellos, para acabar de una vez nuestras cizañas en el barranco, aceptamos la regla siguiente : el primero que encontraría la parte principal de un objeto, podría reclamar la o las otras piezas. La idea era razonable, pero inaplicable. Por ejemplo : una tarde, mi amigo Chema encontró escarbando un bonito coche de juguete, pero, desgraciadamente, sólo desterró su carrocería de hojalata pintada. Callando, salvo a mí, su hallazgo, lo escondió discretamente detrás de un matorral que tocaba la alambrada. Pensamos : 'El que encuentre el chasis terminará por abandonarlo después de haber inútilmente buscado la carrocería. Entonces, al cabo de cierto tiempo, podremos tener el juguete completo.'

El miedo que teníamos a los grillos reales - o cebolleros - que desterrábamos, porque creíamos que eran alacranes franceses, retardaba nuestras búsquedas.

La cantidad diaria de desperdicios, cacharros y basuras - de toda clase - de la ciudad era tal que el barranco nos suministró cosas del montón, pero que resultaron

EL REFUGIO

ser muy útiles a nosotros, desprovistos de todo.

Esperando la llegada del volquete lleno de basuras ‘nuevas’, (unas tres veces a día), tirado por un caballo rojizo al paso plácido, que el señor basurero sujetaba por la rienda, pasábamos el tiempo haciendo concursos de puntería con nuestros tiragomas, y saltando desde el más alto de los montículos con un ‘paracaídas’ recuperado en el barranco : un gran y viejo parasol, de esos que se ven en las terrazas de los bares y en los mercados, muchas veces reforzado por nosotros con pedazos de lona, con cuerdas y alambres.

Tan pronto como oíamos el tintineo de la campanilla colgada en la parte delantera del volquete, corríamos a su encuentro para escoltar la carga de basura hasta el barranco.

El basurero, un hombre cincuentón, delgado, con el rostro tostado y muy arrugado, tocado con una gorra usada y ensuciada por los años que soportaba los cambios atmosféricos y el polvo, sonreía cada vez que nos veía correr hacia él, como si nos llamase para darnos caramelos.

Desgraciadamente, este encuentro en buena armonía duró poco tiempo. Una tarde, el Nano (el más atrevido de la pandilla), subió decidido por detrás del volquete, lleno a ras de basuras que olían a podredumbre, levantando un torbellino y un zumbido de moscas. Su osadía sacó de quicio al basurero que, parando el caballo, hizo bajar al Nano amenazándole con la horca que descolgó del volquete.

Desde entonces, por culpa de nuestro amigo cara dura, tan pronto como nos veía, el basurero empuñaba el mango de su látigo, y, ¡ cuidado al que se atrevía a acercarse al volquete ! Nos conformábamos con seguirlo a una distancia prudente, aparentando indiferencia, como los buitres que siguen una presa herida.

Harto de ver a la pandilla de chavales esperándole pacientemente, y que se precipitaba con afán sobre la descarga, el basurero terminó por no admitir nuestra presencia en el vertedero. Se quejó a las mujeres españolas presentes en el lavadero, pero, como no comprendían el francés, o, mejor dicho, no querían comprender lo que les decía haciendo gestos explícitos, ni siquiera le prestaron atención. La verdad

EL REFUGIO

era que las madres se sentían tranquilas sabiéndonos todos juntos en el barranco, un cuadrado cercado, como se sabe, menos su entrada, por una alambrada con púas.

Entonces empezó de veras la lucha entre el basurero y nosotros. Paraba su caballo fuera del barranco y regresaba al vertedero para perseguirnos y dispersarnos haciendo chasquear su látigo y gritando palabras que, sin comprenderlas, sabíamos que eran injurias. Jamás hubiésemos pensado que aquel señor, tan simpático al principio, podría ser tan iracundo y tan rápido corriendo. Como, por nuestra edad, y por supuesto por nuestro acelerón, conseguíamos siempre escaparnos, temíamos que nos denunciara a los gendarmes; o, en el peor de los casos, conociéndonos físicamente, que se presentara en el refugio, acompañado por una pareja de hombres con quepis y pistola, para acusarnos ante nuestra colonia reunida en el corral; cosa que, para nuestras madres, hubiese sido un gran disgusto, y, para nosotros, una zurra memorable.

¡ Pero no ! Al cabo de numerosos enfrentamientos, más o menos brutales, nos quedamos convencidos de que el basurero, terco como un aragonés, decidió que sólo era a él al que le incumbía el deber de echarnos fuera de 'su' vertedero. Nunca supimos si ignoraba, o no, que teníamos mucho miedo de los gendarmes, que los refugiados españoles comparaban a los guardias civiles. Francamente, su comportamiento era un alivio para nosotros.

A continuación, algunos de los trucos que inventó para vencernos :

Una tarde, saliendo del barranco, dejó la rienda del caballo a un conocido. Viendo a través de los setos vivos el volquete que se alejaba y oyendo el tintineo de su campanilla, salimos de nuestros escondites cercanos del lavadero y corrimos, al cual más, hacia el montón de escombros recién descargado. ¡ Vaya sorpresa que nos dio el tío ! Irrumpiendo en el vertedero, nos persiguió látigo en mano. Sagaz como una fiera en caza, escogió al más débil, al más aculado o al que cayó para azotarle sin la menor piedad.

Otro día, bloqueó la parte más estrecha del camino con su volquete puesto en

EL REFUGIO

medio, y vino furioso hacia nosotros amenazándonos con su horca. Nuestra desbandada hizo reír las mujeres, españolas y francesas, del lavadero.

Escarmentados, apenas oíamos el sonido conocido de la campanilla, que salíamos zumbando hacia la explanada arbolada. Pero el diabólico empleado municipal tenía salida para todo.

Por ejemplo, una vez, para sorprendernos mientras escarbábamos tranquilamente, y hacernos salir pitando del vertedero, envolvió la campanilla con un trapo para que no tocara e hizo pasar el carro por el césped de la explanada para amortiguar su traqueteo.

Otra tarde, armado con un bastón, pasó por los huertos y saltó sobre nosotros desde la pendiente de un montículo, cortándonos la retirada hacia el lavadero. Para evitar su furia, separamos los alambres con púas y nos colamos en los huertos. Más de uno desgarró el fondo de su pantalón ya muy remendado. Sin embargo, no nos salvamos del todo ya que los jardineros presentes nos emprendieron lanzándonos terrones e invectivas. (Debo precisar que los jardineros nos odiaban porque al ser, según ellos, gitanos, les robábamos frutas y verduras. Por estas razones, nos absteníamos en divulgar en el refugio la gresca armada con el basurero.)

Era menester querer con locura el vertedero público, y odiarnos desmesuradamente para, como lo hizo un domingo por la mañana el basurero, sacrificar su descanso dominical para sorprendernos, vestido de fiesta, con su látigo escondido detrás de él.

Pero ninguno de sus estratagemas logró impedirnos volver al barranco. Un campesino no hubiera guardado con tanto celo su vergel, y, una pandilla de pillos no hubiese sido tan decidida a desafiar a este.

Estoy convencido de que no recuerdo todas las artimañas que el empleado municipal inventó contra nosotros, pero jamás olvidaré la vez que, saliendo de repente de una esquina del lavadero, donde se escondió esperándonos, logró alcanzar con su látigo al Nano. Por instinto, nuestro amigo agarró y tiró tan fuerte hacia él la tira de cuero enrollada en su brazo, que el basurero cayó patas arriba, lo

EL REFUGIO

que nos hizo prorrumpir en risas. Aún más : mientras su verdugo se levantaba echando pestes, impasible, el Nano cortó con su navaja de bolsillo la tira del látigo en varios trozos.

No recuerdo en mi vida haber conocido a un hombre a la vez tan astuto y testarudo que dicho basurero. En vez de descorazonarse, seguía inventando trampa tras trampa para echarnos una vez por todas fuera de su dominio nauseabundo. Pero, como se sabe, por más que se espanten las moscas de una rebanada de pan con miel, estas vuelven siempre a él.

El volquete vaciado, el tío volvía hacia la ciudad gruñendo y, seguramente, rumiando su venganza. No obstante, pensábamos que debería sernos agradecido, ya que cada montón de desperdicios descargado, que antes de nuestra llegada le costaba un cuarto de hora de trabajo para extenderlo con una horca y un rastrillo, nosotros, con un palo en la mano, se lo allanábamos y aplastábamos a la perfección en muy pocos minutos.

Al cabo de muchos meses, cansado por la lucha y ya resignado, cuando llegaba con su carro a la entrada del camino que conducía al vertedero, el basurero tronaba contra los tunos que, sin verlos, sabía que le esperaban escondidos en los alrededores.

Al final, al estimarse rendido ante nuestra obstinación, el basurero hizo cerrar por el ayuntamiento el camino - pasado el lavadero - con una alta alambrada que cerraba así el perímetro del vertedero. Una ancha puerta de hierro coronada con alambres con púas y teniendo como cierre un imponente candado, permitía la entrada y la salida del buquete tirado por el caballo que el cochero guiaba por las riendas.

Una pancarta sujeta contra la alambrada avisaba, con letras mayúsculas :

ENTRÉE INTERDITE (entrada prohibida).

En otros capítulos, contaré la importancia que tuvo para nuestra colonia de refugiados este famoso barranco.

CAPÍTULO 25
LOS PARÁSITOS

Siguiéndonos de cerca, los parásitos invadieron el refugio. Como se complacían en la miseria, los piojos y las pulgas estaban de fiesta. La voracidad de éstas cubría nuestro cuerpo de un sin fin de rojeces y ampollas. Nos divertíamos mucho en espulgarnos para reventar algunas entre las uñas de nuestros pulgares, pero no servía de nada puesto que los jergones favorecían su multiplicación.

Les fue más fácil a las madres luchar contra los piojos. Tan pronto como descubrieron los primeros, pelaron bastantes cabezas de menos de once años salvadas de la epidemia de sarna, incluidas las de muchas chiquillas. Las pobres protestaban y lloraban aún más al ver que asistíamos a su rapadura ridiculizándolas.

(Recuerdo a mi hermanita Alicia con el cráneo rapado y adornado de una ancha cinta roja cuyas puntas del nudo hacían pensar en las alas grandes de una mariposa.)

Nosotros, los chicos, nos dejábamos hacer sin rechistar ya que en nuestro pueblo, en verano era costumbre, al igual que las ovejas, rapar a los chavales y a muchas niñas.

Las cabelleras salvadas eran examinadas y peinadas minuciosamente a diario, y por lo menos una vez por semana, abundantemente fricciones con petróleo. El olor a este líquido apestaba el refugio. Retomábamos una vez más una costumbre de nuestro país, donde el petróleo de la aceitera de la máquina de coser Singer servía

EL REFUGIO

también a friccionar el cabello.

Sabemos que los piojos se propagan a una velocidad pasmosa y que a las madres les repugnan particularmente. A las dos o tres madres del refugio a las que nada ofendía, las demás las acusaban de que eran sus hijos los que transmitían los parásitos a todos los demás. Como todas tenían respuesta para todo, a veces nos dolían las costillas de lo divertidas que eran sus agarradas.

Otros bichos, mucho más gordos e igual de repugnantes y temidos, aunque menos execrados que los piojos, convivían con nosotros : arañas, cucarachas y sobretodo ratones.

El número de estos últimos era considerable. Aprovechábamos del miedo visceral que les tienen - en general - las mujeres para distraernos a costa suya. Sólo nos hacía falta decirles que habíamos visto un ratón entrar en la habitación para, antes de que se acostaran, verlas sacudir a golpetazos de zapatos el jergón para que huyeran. Risa aparte, a veces sorprendíamos a un ratón que estaba revolviendo en la habitación y que, al vernos se escondía en la paja del lecho.

Cuando el dormitorio estaba sumergido en la oscuridad y el silencio, oíamos a los ratones correr en los rincones y pelearse chillando en el desván. De repente, en plena noche, una hermana daba un sobresalto gritando :

- ¡ Ah ! ¡ He sentido un ratón sobre mis pies !

En seguida, como unos mayales, las piernas de todas las muchachas y de numerosas madres empezaban a golpear la paja.

- ¡ Silencio ! ¡ Par de idiotas ! , gritaba una madre.

Y la misma escena se repetía varias veces a lo largo de la noche provocando salvas de risas.

A continuación, para preservar de los ratones el mendrugo de pan, la margarina, la bolsa de fideos y demás alimentos, las madres los ponían sobre pequeños columpios (fabricados expresamente por los hermanos mayores) que colgaban del techo.

Cuando atrapábamos un ratón en vida, cosa que hacíamos a menudo gracias a

EL REFUGIO

unas trampas rudimentarias pero de una ingeniosidad notable, sembrábamos el terror entre las chicas. A la vista del ratón que pataleaba cogido de la punta de su rabo por dos dedos, gritaban como locas y se echaban a correr para refugiarse entre las madres.

Nosotros también debíamos correr entonces para evitar la alpargata que nos lanzaban con fuerza.

- ¡ Parad ! Nos vociferaban. ¿No sabéis pues que el miedo puede matar?

El que más debía de quejarse era el ratoncito que tenía la desgracia de ser capturado, ya que su condena a muerte era un juego para nosotros. Meterlo dentro de un círculo e impedirle que saliera de él empujándolo a patadas; soltarlo en medio del corral y perseguirlo a golpetazos y a pedreas; incendiarle un trozo de papel atado a su cola; atar una larga cuerda a una de sus patas y hacerlo arremolinarse en los aires; ahogarlo, asfixiarlo, catapultarlo y hacerle sufrir otras atrocidades más crueles las unas que las otras, eso es lo que le reservábamos al pobre bicho. Como el toro de la corrida, tenía que morir.

Muerto, lo colocábamos en un zapato, en el bolsillo de un delantal o en la caja de costura de nuestras hermanas. La impresión que esperábamos se producía sin falta, ya que el cadáver de un ratón las asustaba tanto como si estuviera vivo.

Otra broma consistía en atraer hacia nosotros a las hermanas mayores. Para eso, uno de nosotros se retorció de dolor apretándose el estómago. Creyendo que a este último le habían dado un golpe malo - lo que nos ocurría a menudo - su hermana acudía y, preocupada, se daba prisa en levantar la camisa del farsante para descubrir la causa de su dolor.... ¡ el cadáver de un ratón ! Horrorizada se iba corriendo y maldiciéndonos.

Los ratones pululaban tanto, que un día eso le hizo decir a una madre :

- Al entrar anoche, había tantos ratones en el pasillo de la planta baja que me daba miedo pisar uno al andar y que me comiesen el pan que traía en la bolsa.

Esa exageración les hizo reír a todos los oyentes y, como voy a contarlo, le hizo meditar a su hijo, un chiquillo amable y bueno como un ángel.

EL REFUGIO

Un cabrero, que tiraba con su bicicleta de un remolque, pasaba algunas mañanas por la calle principal soplando por intervalos en un cuerno. Aquel buen hombre vendía así leche, queso y requesón. Como no eran exageradamente caros, los productos lácteos eran un lujo que las madres les pagaban a sus hijos de vez en cuando. Comer una rebanada de pan untada con una capa de requesón espolvoreado con Phoscao era para nosotros una delicia.

Como, en vista del número de mujeres y de niños que vivían en el refugio, estaba seguro de tener siempre clientes, aquel campesino avisaba de su paso soplando en su instrumento.

Una mañana, al oír el cuerno, la madre le dijo a su chiquillo que fuera a por requesón a la vez que le daba un tazón y dinero. Gran fue su asombro al ver regresar a su comisionista sin el dinero y con el tazón vacío.

- ¡ Oh mamá ! Hay tantos ratones abajo que se han comido todo el requesón del tazón. ¡ Mira ! , hasta lo han lamido.

Podría detenerme para hablar largamente de las arañas, de las cucarachas y demás parásitos que tenían su domicilio en el refugio, pero tengo que contar una broma que me viene a la mente con más nitidez que otras.



CAPÍTULO 26
EL FANTASMA DE LA SALA

El refugio era un lugar ideal para jugar al escondite, juego al que jugábamos a menudo. Fue durante una de esas partidas cuando uno de nosotros, que se había escondido en la campana que cubría una de las máquinas de abajo, descubrió que la claridad de la sala filtraba a través de los intersticios del cierre de la trampa situada, lo sabíamos, no muy lejos de su centro.

Al esperar la hora obligatoria de ir a acostarnos, nos gustaba mucho - cuando nos aceptaban - ir a juntarnos con los hermanos mayores en su apartamento de soltero. Al escuchar sus conversaciones, estábamos impacientes por tener su edad.

Durante unas de esas veladas, entre otras cosas, les contamos el descubrimiento de la trampilla que daba sobre el suelo de la sala. Al día siguiente, bajaron con nosotros para hacerse una idea y, asombrados, los vimos pelearse para entrar en la campana. El primero que dejó su sitio contó, animado del todo, que acercando el ojo a la ranura más ancha del suelo, se podía ver la ropa interior de las mujeres que pasaban justo encima.

Con el fin de no perder el tiempo esperando, esos pícaros de hermanos decidieron que, mientras unos mirarían, los demás irían a la sala y se las arreglarían para atraer a una muchacha justo encima de la trampilla. Primero, los hermanos mayores no quisieron que nosotros disfrutáramos también de ello, pero cediendo a nuestro chantaje (los amenazábamos con denunciarlos), aceptaron que miráramos

EL REFUGIO

de vez en cuando.

Para no decepcionar a los hermanos mayores, imitándolos, nos jactábamos de haber visto muslos, enaguas y bragas, cuando en realidad yo no había distinguido nada.

Mientras hacíamos los mirones, en el corral hacíamos los fanfarrones ante las chicas. Sin ninguna vergüenza, les jurábamos que conocíamos el color de su ropa interior. Al principio, se encogieron de hombros haciendo un mohín que expresaba el desprecio. A las que nos preguntaban si teníamos la desvergüenza de mirarlas desnudarse a sus espaldas, les contestábamos, haciendo los matamoros, que habíamos inventando un espejo mágico.

Como no dejábamos de irritarlas con ese tema, terminaron por sospechar algo, pero a nosotros ¡ nos divertía tanto fastidiarlas !

Al sentir que por culpa nuestra los iban a pillar, nuestros hermanos mayores decidieron no jugar a los mirones, a la vez que buscaban algo para sacar provecho de la famosa trampa con el fin de gastarles una buena broma a los de la sala.

Una noche, mientras todo el refugio dormía, los bromistas bajaron a hurtadillas hasta el vertedero de máquinas y de chatarra. Entrando en la campana, introdujeron a través de la ranura más ancha de la trampilla un pañuelo blanco atado al extremo de una larga y fina varilla de hierro y, mientras uno animaba el pañuelo agitando y retorciendo la varilla, el otro alumbraba aquella ranura con una linterna.

Como no querían perderse el espectáculo, los demás cómplices se apiñaron contra el resquicio de la puerta de la sala. Les costó mucho contener su risa cuando vieron el pañuelo blanco bailar tal un fuego fatuo sobre el suelo. El efecto buscado no tardó en hacerse esperar : unos gritos de terror brotaron y unas sombras surgieron de los jergones. Como no pedían más, los bromistas apagaron inmediatamente la linterna y recogieron la varilla y el pañuelo. Todos, los de abajo como los de arriba, tenían las manos apretadas sobre la boca para sofocar su risa.

Al día siguiente, en todo el refugio, tan sólo hablaban del fantasma aparecido en la sala. Naturalmente, la mayoría que no tuvo tiempo verle, y los de las habitaciones

EL REFUGIO

del pasillo, se burlaron de los crédulos alucinados. ¡ Un fantasma en el refugio !
¿Quién podía creer semejante sandez?

Los hermanos mayores y los que estábamos en connivencia con ellos, estábamos impacientes a que fuera de noche para volver a repetir el inenarrable espectáculo. Les gustaría de nuevo la broma con un pañuelo amarillo junto a otro azul claro. Se pasaron la tarde en estudiar bien la cosa....

Los bromistas no habían introducido los pañuelos cuando, de golpe, la trampilla se abrió, para verter sobre ellos una tromba de agua, acompañada por una explosión de carcajadas que despertó a todos los que estaban durmiendo en la sala.

Mientras que los cinco o seis bromistas volvían en la oscuridad a su apartamento de soltero, al llegar arriba de la escalera, fueron súbitamente alumbrados por los haces de las lámparas que dirigía un grupo hacia ellos, grupo que se partió de risa al verlos. Daba pena ver a los bromistas empapados como las sopas, manchados de grasa y, más grave aún, ¡ también de sangre ! En su precipitación en saltar de la máquina sobre la que estaban encaramados, algunos se hirieron más o menos al recaer sobre la chatarra.

Al día siguiente, les tocó a las chicas reírse y mofarse de nosotros. Como eran unos ángeles, no tenían a menudo la oportunidad de reírse a costa de los demonios que éramos nosotros. Para su tranquilidad, los de la sala taparon la trampilla clavando una chapa sobre el parqué.

Nunca más el fantasma vino a turbar el sueño de la sala.



CAPÍTULO 27
LOS COQUETEOS

En nuestra colonia había bellas mujeres y guapas muchachas. Varios muchachos franceses, entre los cuales algunos de los que frecuentaban el baile del hotel, pasaban y volvían a pasar delante de la entrada del refugio, intentando abordarlas galantemente.

Había algunos que las acompañaban cuando regresaban de la ciudad. Los más audaces se atrevían a entrar en el hall para estar de palique. Jamás las jovencitas fueron tan bellas, tan coquetas y tan sonrientes. Sentados en la mesa, unos grupecillos se formaban y se dispersaban para dejar dialogar a unas parejas, cada uno en su lengua respectiva. Los galantes les preguntaban a las guapetonas como se decía en español :

- 'Eres muy guapa, tienes unos ojos muy bonitos, una bella sonrisa, etc....' y ellas les contestaban riendo de buena gana.

Esos coqueteos les desagradaban a más de una, acusando a sus atrevidas compatriotas de esto e insultándolas de aquello. Como las distracciones del refugio sólo eran las que creábamos nosotros mismos, las acusadas replicaban que se divertían mucho en coquetear con los jóvenes franceses. Y además, esos encuentros eran interesantes lecciones de francés. Como buenas alumnas, apuntaban en un cuaderno las palabras y las frases que les interesaban. ¡ Sí que conocían palabras las muchachas ! ¡ Y qué bien sabían poner morritos para decirlas correctamente ! A

EL REFUGIO

esas parejas, les era imposible aislarse, ya que, escondidos no muy lejos, espiábamos y escuchábamos su dúo. Los jóvenes y ‘buenos’ profesores les ofrecían galantemente a sus lindas alumnas perendengues y golosinas que teníamos el gusto de probar puesto que nos ofrecían parte de los dulces con tal de que nos fuéramos a dar una vuelta y los dejáramos tranquilos.

De esos encuentros galantes franco-españoles, solamente una pareja acabó por amarse de verdad. El enamorado era un solterón, alto, delgado, moreno y tan velludo que sus espesas cejas se juntaban y que, hasta recién afeitado, su rostro quedaba como pintado de negro. Todos los domingos por la tarde su amada, una alta y bella joven llamada Trinidad, y la madre de ésta salían del refugio para ir a merendar a casa de los padres de este joven cuya casa se encontraba en el ferial, no lejos de las escuelas.

El día en el que se hicieron novios, radiante de felicidad, Trinidad le enseñó a todo el refugio su espléndido anillo de compromiso en oro engastado de un diamante. Todas sus compatriotas la felicitaron con efusión, pero, por detrás, no omitieron criticar su elección y, más aún, la actitud de su madre, acusada de haber sido alcahueta. Contaban que ella había incitado a su hija a casarse con ese hombre, no muy guapo pero que tenía la ventaja de ser artesano albañil, lo que equivalía entonces a ser rico.

Como en los cuentos, se casaron y tuvieron.... un hijo. El tiempo hizo callar a las malas lenguas ya que vivieron felices, y les demostró a las escépticas que Trinidad - ahora Madame - nunca cortó los vínculos afectivos con sus compatriotas del refugio. En realidad fue una historia muy bonita : la madre española era feliz de haber conseguido sacar a su hija y a ella de la miseria; y los padres franceses de ver (¡ por fin !) a su hijo único casado con una joven, guapa, dulce, que sabía cocinar, coser, bordar, hacer la limpieza, y, felicidad suprema, de ser ellos abuelos.

Entre los amoríos que alegraron a la colonia, tan sólo hubo el de los tórtolos del refugio que suscitó la ira de las madres. Es que el Romeo (el joven con cabellera de gitano, último al llegar al refugio), y la bella Julieta (una muchacha muy joven y no

EL REFUGIO

muy guapa), no paraban de abrazarse y de intercambiarse besos y caricias, tanto en la mesa como en el corral.

A fin de sosegar las críticas y los rumores referentes a ellos, un día, en medio de la comida, los enamorados se levantaron de la mesa para anunciar oficialmente su noviazgo. Como debe ser, el novio puso públicamente un anillo (muy sencillo) en el dedo de su media naranja.

Menos exuberante y mucho más condenable era el insólito comportamiento del cuadragenario que había venido justamente con el 'gitano'. Decía que era un pariente de las dos bellas pelirrojas catalanas, entre las que, la hija, trastornaba a más de un francés. Era debido a su mala salud, decía él a los que querían escucharle, que le permitieron reunirse en el refugio con la única familia que tenía. Fue el sufrelotodo de las madres que no admitían verlo ahí, repantigándose, por así decirlo, en los brazos de sus supuestas sobrina y cuñada, cuyo marido estaba en un campo.

Era verdad que pasaba la mayor parte del tiempo acostado, toseteando pero fumando cigarro tras cigarro. Como se lo reprochaban, contestaba que al tener una enfermedad incurable no quería privarse del único placer que le quedaba. Nos preguntábamos de dónde sacaba el dinero para pagarse el tabaco, aunque no estábamos realmente sorprendidos porque en España los catalanes tienen la fama de saber encontrar pesetas debajo de las piedras.

Sus dos pulposas parientas - que decía él - le manifestaban tantas atenciones que las madres cuchicheaban que su ternura hacia él ocultaba algo sospechoso. Por otra parte, ese trío sólo hablaba en catalán, al igual que los demás catalanes de la colonia. Como la mayoría de los refugiados no entendían ese idioma se les decía :

- ¿Qué tenéis pues que ocultarnos para no hablar español cuando estáis con nosotros?

En el refugio conocimos a Ricardo, un joven refugiado español empleado como panadero en la ciudad que sustituía al panadero oficial que habían llamado a quintas. Como trabajaba de noche venía prácticamente todas las tardes al refugio para coquetear, decían muchas madres, cuando en realidad pasaba más tiempo con

EL REFUGIO

nosotros que con las mujeres.

Solía traernos una gran bolsa de papel llena de migas de pasteles y mendrugos de pan. En el capítulo que sigue, cuento lo bueno y simpático que fue con todos nosotros.



CAPÍTULO 28
LIBERTAD, RICARDO Y LOS CUENTOS

A excepción del joven novio con greña de gitano que no dejaba de hacerle sombra a su noviecita, al cuarentón catalán y al joven panadero les gustaba mucho nuestra compañía. Al convertirse en nuestro favorito, durante cierto tiempo, Ricardo logró hasta hacer de nosotros una pandilla de internos disciplinados. Improvisaba unas distracciones que nos colmaban de alegría, a nosotros, chicos y chicas. Cuando la lluvia no nos permitía salir, nos reunía en el refectorio para contarnos bonitas historias. Como le hubiera gustado ser maestro, nos entrenaba a aprender. Fue él, el que primero tuvo la iniciativa de darnos clases para sacar de la ignorancia a los numerosos analfabetos e instruir a todos nosotros. A primera vista, esa idea genial no tuvo el éxito que él esperaba, no obstante, la semilla estaba sembrada. Cuando, un poco más tarde, se retomó la idea, la cosecha fue milagrosa. (Contaré eso en otro capítulo).

Muchas son las personas que han marcado profundamente mi vida durante mi estancia en el refugio. Había entre nosotros una madre sordomuda, siempre sonriente, que tenía una chiquilla de siete o ocho años, dulce y linda como un ángel. Las madres la llamaban constantemente mientras jugaba con nosotros, ya que era la única que sabía leer en los labios maternos y traducir con los suyos lo que decían. Cuando ambas se encontraban en un grupo de personas charlando como cotorras,

EL REFUGIO

nos asombraba como la chiquilla hacía participar a su mamá al parloteo, por más animado que fuera, y eso tan sólo moviendo los labios y haciendo unos gestos con los dedos. Notábamos que estaba orgullosa de ser los oídos y la voz de su mamá.

También recuerdo a Libertad, una muy joven y realmente guapa mamá que tenía a un pequeñito y adorable bebé. Era a menudo ella la que curaba nuestras llagas y secaba nuestras lágrimas provocadas por nuestros juegos bestiales. Era tan instruida como Ricardo y, como él, le encantaba enseñarnos juegos tranquilos pero entretenidos, donde los jugadores están en fila o sentados en coro, y contarnos, casi siempre en el pajar, los cuentos de escritores famosos. La escuchábamos con los ojos abiertos del todo y boquiabiertos, con el moco y con la baba colgando. Sin interrumpir su narración, le limpiaba la nariz a uno, abrazaba maternalmente a los dos niños más pequeños acurrucados en sus brazos, y se inclinaba con frecuencia hacia su bebé que, como el niño Jesús dormía en un nido de paja.

(Libertad, bella hada, y tú, maestro Ricardo, inolvidables personas queridas, ¡ os saludo ! Es gracias a vosotros que con diez años escuchamos en el refugio cuentos de Perrault, de los hermanos Grimm, de las Mil y una noches, de Andersen y de muchos otros).

Al igual que Ricardo, Libertad era una narradora admirable. Tenía la inteligencia de hacernos interpretar las aventuras de los héroes legendarios a la vez que nos hacía preguntas pertinentes. Además, cantaba de maravilla. Nos enseñó algunas canciones infantiles y, a los más grandes, otras entre las cuales dos tienen el poder de evocarme el refugio, del mismo modo que ‘Sombreros et Mantilles’ me evoca el hotel Rini.

Una de las canciones empezaba así :

‘Devuélveme mis besos
que yo los tuyos devolveré’.

.....

Y la otra :

EL REFUGIO

‘Hace un año que yo tuve una ilusión.
Hace un año que se cumple este día.
Yo recuerdo que en mis brazos te dormías, y yo inocente,
Confiado te entregué mi corazón’.

.....

A petición nuestra, Libertad escribía la letra que copiábamos para aprenderla bien, y nos la hacía cantar dándonos el la.

Sí, su bebé era el niño Jesús en nuestro gran y miserable establo. En su presencia, lo confiaba de buena gana a la chicas que adoraban cuidarlo. Cuando llegaba la hora de amamantar al niño, la adorable mamá se apartaba a un lado para darle el pecho. Las veces que le costaba dormirle, venía hacia nosotros con el índice delante de los labios para decirnos que hiciéramos menos ruido. Nuestro vocerío cesaba como por encanto.

Libertad nunca se metió en las riñas ni criticó a nadie. Sólo hablaba para sosegar los espíritus. Las madres envidiaban su carácter bondadoso y nosotros su gran saber.

Sin duda, fueron Ricardo y Libertad los que nos hicieron retomar el placer de contarnos historias nacidas de nuestra imaginación, como lo hacíamos en el cobertizo y las pistas para jugar a las bochas del hotel. Pero fue en el refugio donde ese placer iba a transformarse en delirio.

Según nuestro humor, nuestras preferencias, nuestras amistades afectivas o instintivas, o la incompatibilidad de nuestros caracteres, estábamos divididos en grupos de tres o seis amigos. Cada uno de esos grupos se aislaba para contarse aventuras extraordinarias, aventuras de las cuales repartíamos los papeles de ‘nuestros’ héroes, buenos o malos, dándonos nombres pomposos.

Nuestra imaginación era desbordante. Según el narrador, en nuestras ficciones, la policía a caballo tenía que luchar contra unos bandoleros; unos exploradores buscando en la jungla el cementerio de los elefantes tenían que afrontar las fieras, las serpientes, los cocodrilos y las trampas de los caníbales; el Cid Campeador y sus fieles guerreaban contra el ejército de un cruel califa; unos navegadores y

EL REFUGIO

conquistadores debían pelear con los piratas que infectaban los mares y los indígenas de las tierras descubiertas; el chérif y los buenos vaqueros luchaban contra los ladrones de ganado, los saqueadores de bancos y contra los indios; el inventor de una poción mágica que volvía a uno invisible tenía que vérselas con gente mal intencionada que intentaba acapararse de ésta; unos aventureros buscaban un fabuloso tesoro enterrado en una isla misteriosa, etc.... Aunque teníamos mucha imaginación, estábamos influenciados por las historias que nos habían contado y por las películas que algunos de nosotros habían visto en España.

Al ser ilimitado el número de episodios, nuestras aventuras no tenían final. Cada uno de sus resurgimientos hacían surgir otros, y así sucesivamente hasta la confusión o hasta el punto en que al narrador le costaba mucho conseguir salir de un apuro. Cuando llegaba la hora de ir a comer, el narrador buscaba una frase adecuada para clausurar su enésimo episodio. Comíamos a toda velocidad para ir a sumergirnos de nuevo en la continuación del relato.

Cuando el narrador sentía que sus oyentes empezaban a cansarse, aprovechaba la hora de las comidas para interrumpir su historia en medio de un acontecimiento de gran importancia. Ese suspense le obligaba a hacer trabajar su cabeza para buscar una continuación acertada a su aventura.

A veces, alguien protestaba o rechazaba el acto que tenía que cumplir su personaje, al mismo tiempo que exigía las modificaciones que él proponía. A fin de sosegar al gruñón, el narrador debía, o modificar el pasaje litigioso eludiéndolo hábilmente, o suprimirlo. Lo principal era continuar inventando situaciones extraordinarias con el fin de poder mantener el suspense.

Como el relato duraba el tiempo que el narrador mantenía en vilo la atención de sus oyentes, ocurría que a éste se le olvidaba un acontecimiento, una escena, un detalle que, según el desarrollo de la historia, tenían que ocurrir inevitablemente. Cada fallo de memoria era señalado en el acto por el oyente que, por lo común, tenía el papel del personaje perjudicado. En ese caso, al narrador le hacía falta mucha más destreza que autoridad para que no se dejara influenciar por los diferentes

EL REFUGIO

desenlaces que le proponían sus fieles oyentes-héroes.

Si, al quedarse sin inspiración, el narrador empezaba a farfullar, si se demoraba en hacer avanzar su historia a fin de dejarse tiempo para reflexionar, sus oyentes le rogaba que acabara con su narración. Entonces, el epílogo se eternizaba, ya que éste tenía que buscarle un final a cada uno de sus personajes, casando a los que se querían, recompensando a los que se lo merecían y castigando a los malos.

También ocurría que, a veces, el cansancio de los oyentes precipitara brutalmente el final del relato. En ese caso otro narrador podía tomar - o volver a tomar - la palabra. ¡ Ay de él si balbuceaba demasiado o si tan sólo se inspiraba de las aventuras ya narradas ! Sin tardar, otro narrador ocupaba el banquillo.

Entre nosotros había unos oyentes inestables. Éstos dejaban un grupo para ir a otro donde, pensaban, la historia sería más interesante. A fin de recuperarlos, el narrador les creaba un buen papel en la aventura en curso.

Cuando en un grupo, estallaba una salva de carcajadas, algunos oyentes abandonaban el suyo para ir a saber lo que había provocado semejante alegría.

Durante las comidas, había que ver y oír al narrador cuyo auditorio disminuía proclamar en voz alta una nueva aventura más fantástica que todas las imaginadas hasta entonces. Había unos narradores tan inventivos que lograban recuperar a los oyentes perdidos y, por supuesto, recuperados por algún competidor.

Colmados y aburridos a la vez por tantas hazañas y aventuras fabulosas, los héroes y los personajes imaginarios que éramos nos retirábamos del guión los unos tras de los otros. Esos abandonos terminaron por disolver los grupos uno por uno. Como éramos niños, la actividad no tardaba en triunfar sobre la inactividad.

Sólo un grupo persistía en quedarse fiel a su maestro narrador. Era verdad que éste, que se llamaba José María (Chema), era el mejor de nosotros, y que su modesto auditorio contaba a los menos turbulentos del refugio, entre los cuales yo mismo, sin falsa modestia.

El grupo de los más duros no paraba de importunarnos, no por celos, sino simplemente por el placer de hacernos rabiar. Valientemente, nuestro narrador

EL REFUGIO

cambiaba de sitio seguido por sus fieles. Como los ‘demás’ habían decidido chincharnos hasta el final, buscábamos desesperadamente un escondite.

Desgraciadamente, aparte del desván donde nos era prohibido subir por su vetustez, conocíamos todos los escondrijos del refugio como la palma de la mano. Y sin embargo.... Es gracias a nuestra cabezonería en la búsqueda de un escondite para escapar de nuestros detractores que puedo contar lo que sigue.



CAPÍTULO 29
EL ESCONDITE DEBAJO DE LA CHIMENEA

Sabemos que contra la pared en ruina del lado izquierdo del corral se elevaba una alta chimenea de ladrillos que estaba ligeramente inclinada hacia el interior. Para las madres, ésta era una preocupación más que venía a sumarse a todas las que no cesaban de atormentarlas. Los días de fuerte viento o de tormentas nos hacían entrar por temor a que una borrasca o un rayo la hicieran derrumbarse sobre el corral.

Los días de buen tiempo, era en el montón constituido de arena, de piedras y de ladrillos que rodeaba su pie donde cogíamos los materiales que nos convenían para nuestros juegos.

Un día, se nos ocurrió despejar el desprendimiento que ocultaba su base y, con el montón de ladrillos desplazados, levantar el muro bajo que lo enmarcaba para construirnos una modesta choza. Cuando llegamos al suelo cimentado, tres amigos y yo tuvimos la sorpresa de descubrir debajo de nuestros pies una losa con una anilla de hierro en el centro. Los cuatro bien nos guardamos de revelar a los demás el sensacional descubrimiento. Hasta nos apresuramos en borrar su rastro tapándola con escombros.

El equipo estaba construyendo el techo de la choza con listones y cartón cuando las madres nos prohibieron terminantemente jugar al pie de la maldita chimenea.

EL REFUGIO

Nosotros cuatro fuimos los únicos en alegrarnos ya que facilitaba la protección de nuestro asombroso descubrimiento.

Aquel mediodía, fuimos los primeros en salir de la mesa y, a pesar de la llovizna que caía, en volver a la obra : queríamos ser los únicos en vivir el gran acontecimiento que era la apertura de la misteriosa losa. En nuestra mente desbordante de aventuras fantásticas, tan sólo podía ser la entrada de un pasaje que nos conduciría a un fabuloso tesoro.

Armados con una barra de hierro, desplazamos la losa sin gran dificultad gracias a la anilla que para eso servía. Primera decepción : no había escaleras y el suelo apareció a una profundidad menor de la que habíamos imaginado. Al seguir soñando, nos imaginamos que la fosa sólo era una antecámara. Seguro que detrás de una de las paredes había un pasadizo que daba a una escalera de caracol que bajaba para desembocar en ¡ algo extraordinario !

En cada pandilla hay el que, al no ser el más valiente, quiere, en un momento dado, dejar pasmados a sus amigos. Fue ése el que se dejó deslizar el primero en la oscura fosa. Nos hizo señas de seguirle. El cuartucho cuadrado de dos metros de anchura era tan bajo de techo que tuvimos que ponernos de cuclillas para inspeccionar las paredes. En la del fondo sí que había una pequeña apertura negra de hollín. En la pared de enfrente, a ras de techo, el día filtraba a través de unos agujeritos de la hilera de ladrillos huecos colocados en la base del muro bajo exterior del cual, al salir, sacamos los escombros que tapaban parte de ellos para tener más claridad. Nuestro descubrimiento se paró ahí. A pesar de todo, no estuvimos muy decepcionados. A falta de tesoro, acabábamos de descubrir un escondite ideal.

Tras haberlo pensado bien, decidimos no revelar ese secreto a nadie. Por turno, uno de los cuatro se quedaba fuera, no para poner la losa en su sitio, cosa que podíamos hacer desde dentro haciéndola resbalar con la palma de las manos, pero para borrar su existencia cubriéndola de escombros.

Sentados en la media oscuridad de la fosa, el último clan de los narradores podía proseguir con su relato percibiendo al mismo tiempo los ruidos que animaban el

EL REFUGIO

corral, lo que volvía el relato más fantástico.

Cuando oíamos a una de las madres llamar a uno de nosotros insistiendo, nos callábamos y escuchábamos sonriendo, ya que sabíamos pertinentemente que acabaría por preguntarles a los demás si sabían donde se encontraba su hijo, y que nuestro cómplice que se había quedado fuera le contaría alguna mentira. Ella volvería pues a sus ocupaciones, tranquilizada por el hecho de que su hijo estaba con dos de sus amigos.

Al cabo de un tiempo, nuestro vigilante esperaba el momento oportuno para hacernos salir. Después le tocaría esconderse para participar en las peripecias de un nuevo episodio de la aventura imaginaria del ‘clan de los cuatro irreductibles’.

Nos costaba contener nuestro júbilo cada vez que los demás nos preguntaban adonde nos habíamos metido. Era la ocasión ideal para contarles todo lo que nos pasaba por la cabeza. Por supuesto, no nos creían, pero lo importante era que nuestras desapariciones les intrigaban muchísimo. Para que los amigos que se habían ligado para espiar nuestros mínimos movimientos no nos localizaran, y también porque, cansados de nuestras historias, necesitábamos desentorpecernos jugando con toda la pandilla, dejamos de escondernos debajo de la alta chimenea. Sólo volvíamos allí cuando llovía mucho. Y cuanto más abundante era la lluvia, con más facilidad nos podíamos eclipsar sin llamar la atención del hall donde, en aquellos días, nos reuníamos con los mayores para jugar a juegos de sociedad.

Aquellas veces, bajábamos los cuatro en la fosa, ya que sabíamos que con la lluvia nadie vendría al corral. Sentados encima de unos ladrillos, charlábamos y, también fumábamos cigarros de paja liada en papel del montón. Estábamos tan seguros de nuestro escondite, que no nos conteníamos de toser ruidosamente para liberar nuestros bronquios y rascarnos la garganta irritados por el ‘tabaco’ infecto que, tontamente, nos esforzábamos en fumar.

Al cabo de cierto tiempo, nuestra estancia bajo tierra se volvía muy incómoda. Por quedarnos de cuclillas, con el culo encima de un ladrillo, el frescor y la humedad acababan por anquilosar nuestras piernas. De repente, al habernos dado cuenta de

EL REFUGIO

que el agrio y espeso humo de nuestros cigarros era aspirado por la apertura con hollín de la pared, pensamos que nuestra torre de marfil sería más cómoda si teníamos la calefacción. Dicho y hecho. Fuimos a hurtadillas a por lo necesario y, frotando una cerilla, prendimos fuego a un puñado de paja y a la madera que estaban en el hogar de la chimenea. El fuego empezó a chisporrotear con rapidez. Al mismo instante tuvimos la sensación de tener calor. ¡ Y qué bonito era, ahí dentro ! El resplandor de las llamas que alumbraba el escondite coloreaba extrañamente nuestro rostro, nuestras manos y nuestras piernas...

Era una tarde oscurecida por un cielo tormentoso. Cuando, al mismo tiempo que fumábamos, estábamos como hipnotizados por el fuego que zumbaba como un ventilador, de repente, oímos unos gritos de espanto seguidos por un ruido de suelas que golpeaba el suelo de la galería. No tardamos en comprender la razón del guirigay que invadió el corral : la chimenea debajo de la cual nos encontrábamos, humeaba y chisporroteaba. Instintivamente, las madres empezaron a llamar a sus hijos para alejarlos de esa diabólica chimenea que, seguramente dañada por un rayo (habíamos oído algunos truenos), iba a desplomarse de un momento a otro. Les entraron pánico al constatar que estábamos ausentes.

El pánico que crecía afuera empezó a preocuparnos seriamente. El más débil de los cuatro empezó a llorar. Nos costó mucho tranquilizarle. Sin consultarnos siquiera, cada uno desabotonó su bragueta, sacó su 'piruli' y, de común acuerdo, regamos de orina el fuego; y, para dar el último toque a su extinción, tapamos la boca del hogar con los ladrillos que nos servían de asiento. Pronto, el escondite se llenó de humo y su aire se volvió irrespirable. Fuera, gritaban que el espeso humo negro que humeaba la chimenea presagiaba su derrumbamiento, cuanto más inminente que el humo salía también por la hilera de ladrillos huecos colocados en la base del muro exterior.

Como el tufo nos impedía respirar, el instinto de conservación nos hizo resbalar la losa fuera de su marco. Cuando salimos de la fosa y nos pusimos a correr en el

EL REFUGIO

corral bajo la lluvia, vimos a mucha gente agrupada al final de la galería que gritaba su alegría y su estupefacción, y a nuestras madres que corrían hacia nosotros.

La alegría y la emoción del reencuentro pasadas, nos tocó una bronca y una zurra pública que jamás olvidaré.

Una vez el tumulto aplacado y nuestros llantos secados, fuimos estrechamente rodeados por los amigos que no se podían creer que habíamos guardado durante tanto tiempo semejante secreto. Cuanto más se sorprendían de eso, más orgullosos estábamos de nuestra proeza.

Todos se precipitaron para ir a ver nuestro estupendo escondite, pero sólo tuvieron que conformarse con echar un vistazo ya que, enseguida, las madres les ordenaron a los hermanos mayores taparlo y cubrirlo con escombros, lo que hicieron a regañadientes.



CAPÍTULO 30
GRILLOS Y LANA

La hierba que tapizaba el terreno plano contiguo al lavadero y sobre el que las lavanderas tendían sus sábanas para que se secaran al sol estaba poblado de grillos. Cada uno tenía su método para capturarlos. El que tenía paciencia introducía un largo tallo en la madriguera y, con cuidado, lo agitaba y lo arremolinaba para irritar al grillo hasta que saliera; el cabrón intentaba desalojarlo vertiendo orina o alguna mezcla infecta en la madriguera; el estúpido insuflía en la madriguera con ayuda de un tubo hecho con papel el humo agrio de su cigarro; el bárbaro con su navaja cavaba la tierra tan profundo como hacía falta para alcanzar al desgraciado insecto, etc.

En el refugio, numerosos eran los que tenían como animal de compañía a un grillo, metido en una jaulita que nosotros mismos fabricábamos. El dueño del grillo que hacía vibrar sus elitros estaba orgulloso y envidiado por los demás, puesto que había unos grillos ‘mudos’. Éstos, se los regalábamos a las chicas, las cuales se ensañaban con hacerles cosquillas a su abdomen con una paja para obligarlos a cantar. Cuando lo conseguían, las forzábamos a que nos los devolvieran, o a intercambiarlo por otro mudo.

Las chicas nos pidieron que les buscásemos gruesas varillas de paraguas y rayos de bicicleta para utilizarlos como agujas de hacer punto. Una vez conseguidas de distinto grosor en el barranco, nos rogaron que las afiláramos. Nada más sencillo : sentados en el suelo, afilábamos las varillas de acero sobre la piedra que nos servía

EL REFUGIO

de piedra de amolar, la cual sujetábamos entre las piernas, y, de vez en cuando, mojábamos con un escupitajo. Poníamos tanto ardor en frotarlas a la vez que las hacíamos girar que nos quemábamos los dedos doloridos del todo.

Al cabo de una semana, todas las chicas tuvieron su par de agujas, y hasta los chicos se pusieron a hacer punto.

Las chicas eran unas expertas y pacientes profesoras. Para empezar, nos enseñaron el punto liso y el punto de arroz, los más sencillos según ellas. Después, los alumnos más dotados se propusieron a aprender unos puntos muy complicados para nosotros, profanos en la materia.

¡ La labor de punto tuvo una fama extraordinaria ! Cada día, hizo que nos quedáramos tranquilos durante horas. Las profesoras no paraban de atender uno por uno a todos, ya que éramos muy torpes. Uno enredaba tanto la lana entre sus dedos que ya no podía trabajar con ellos; otro dejaba escapar uno o dos puntos a cada paso, y numerosos éramos los que, como yo, apretábamos tan fuerte los puntos que las agujas no podían ya deslizarse.

Animados por nuestras hermanas, decidimos hacernos una bufanda ancha de veinte centímetros que no tardaba en estrecharse de forma extraña.

Sin saberlo, éramos unos superdotados en la materia, ya que las chicas no podían volver siempre a encontrar los puntos perdidos y, en el caso contrario, no sabían cómo nos las habíamos arreglado para añadir puntos. Incluso lográbamos, a fuerza de errores y de improvisaciones independientes a nuestra voluntad, crear unos puntos que nuestras profesoras eran incapaces de reproducir. Sin embargo, tres o cuatro de entre nosotros, logramos pasar con éxito la prueba de la labor de punto con dos lanas de diferente color. No cesábamos de comparar la largura de las tiras tejidas, lo que enorgullecía a algunos y desanimaba a los demás. Menos mal que nuestras hermanas estaban ahí para ayudar a los tardones en salir adelante, y para terminar el trabajo que nos habían empezado. Nuestro ardor en hacer punto era tal, que debíamos marcar unas pausas para aliviar nuestros dedos, puños, brazos, cuello y espalda doloridos.

EL REFUGIO

La lana que las mujeres nos dieron para nuestra diversión empezó a faltar. Los calcetines buenos para tirar, de las veces que los habían remendado, y el jersey tan agujereado que hasta la polilla no lo hubiera querido, evitaron que holgáramos. El trabajo que nos costaba devanar y el anudar todos los largos de las lanas recuperadas no nos gustaba mucho, pero como cada uno quería tener 'su' bufanda....

Realmente había que ser ataviado de manera grotesca para lograr dar la nota entre la pandilla de pordioseros que poblaban el refugio. Y sin embargo, un niño lograba esa proeza : una sandalia calzaba uno de sus pies y una botina el otro; en su ropa podía deslizarse otro chiquillo como él; alrededor de su cintura flotaban unos flecos de su largo y amplio jersey de lana roja, cuyas mangas habían sido acortadas con las mismas viejas tijeras que acortaron las piernas del pantalón que llevaba. La tentación fue más fuerte que nosotros : mientras divertíamos al crío ataviado como un payaso, uno de nosotros le mangaba un poco de lana tirando sobre una de las puntas que colgaban de su jersey.

La tarde en la que el chiquillo vio que su jersey encogía a ojos vistas, corrió a enseñarlo a su mamá gritando su asombro. Al verla venir hacia nosotros, nos esperábamos lo peor ya que, pensábamos que iría a denunciarnos a nuestras madres, que se encargarían de castigarnos severamente, lo que hacían muy a menudo.

Nos equivocamos al alarmarnos de antemano, ya que ésta se echó a reír al enseñarnos el jersey de su chaval acortado de manera repentina (¡ le llegaba a la mitad del pecho !) . Sabíamos que esa joven mamá tenía la fama de ser la mujer más extravagante de nuestra colonia, pero bueno....

Cuando la labor de punto empezaba a repelernos, un abuelo volvió a reactivarlo enseñándonos cómo podíamos fabricarnos un pequeño bastidor de telar con una tablilla y algunas puntas. Su 'truco' (que aprendió mientras estaba en la cárcel), tuvo un éxito enorme durante muchos días.

CAPÍTULO 31
LA LOCURA DE LOS SELLOS

Además de las varillas de los paraguas, de nuestras expediciones a la descarga municipal (el barranco), nos llevamos tantos objetos y quincallas que sería fastidioso enumerarlas. En aquel lugar dimos también con unas cosas que nos provocaron una felicidad que enriqueció nuestra vida de refugiados.

El descubrimiento de un gran sobre que contenía una cantidad importante de cartas escritas y selladas, reavivó en nosotros la pasión por la filatelia que nos transmitió Eva y que, desde que nos fuimos del hotel, habíamos dejado más o menos de lado.

En el refugio, coleccionar sellos ya no era una ñoñez sino una verdadera locura. Es verdad que nuestra pasión por los sellos fue más que un entretenimiento. Para algunos de nosotros, al igual que para mi hermano Valero y yo, se prolongó durante unos cuantos años. Sin contar las escasas cartas que recibían las madres, la descarga fue nuestra mina de aprovisionamiento de sellos, y esto incluso mucho después de haber dejado el refugio. Por eso conté anteriormente las grescas que se armaban entre el basurero irascible y nosotros.

Después de este fabuloso descubrimiento de sellos, el menor sobre y pedazo de carta tenía a nuestro parecer el esplendor del oro. En efecto, cuando durante nuestras excavaciones estábamos recompensados por el hallazgo de un bonito sello, nuestra felicidad era comparable a la del buscador de oro que encuentra la pepita

EL REFUGIO

tan deseada. Escenas como las de los zapatos y ciertos objetos se reproducían cuando dos manos, cada uno de su dueño, cogían a la vez la misma carta sellada.

Desde el principio, prospectábamos y coleccionábamos individualmente o, como yo, con un hermano.

La galería del patio era nuestro mercado de los sellos. El intercambio, el trueque e incluso el robo, nada faltaba. En muy poco tiempo, dos o tres coleccionistas, realmente afortunados, consiguieron tener una tan grande cantidad y variedad de sellos, que acabaron por dominar el 'mercado del trueque'. (Los altercados que tuvimos con estos últimos nos recordaban los enfrentamientos con Piero a propósito de las cápsulas). A fin de entrar en competencia con ellos, muchos filatelistas se asociaron, con la condición impuesta por los que poseían sellos raros de no darlos. Con razón o no, querían ser los únicos propietarios de especímenes de un valor incalculable para nosotros.

Los coleccionistas asociados tenían muchas ventajas sobre los independientes. Por ejemplo, cuando encontrábamos un filón de papeleo burocrático en la descarga, los primeros empleaban sin escrúpulos la fuerza para apartar a empujones a los demás.

Cada asociación de dos, tres o más (hermanos o amigos), tenía su encargado. A éste es al que le incumbía la responsabilidad de guardar la colección, generalmente en una o varias cajas de pastillas contra la tos.

Poner estos sellos en la misma caja con los de los demás no estaba siempre aceptado de buena gana. Había asociados pérfidos que se hacían paralelamente su propia colección. Esto era aún más tentador cuando habíamos conseguido encontrar algún sello raro sin que los demás buscadores lo supieran. Una vez descubiertos, estos chanchullos solían poner fin a la asociación.

La filatelia nos convirtió en pillastres sin el menor escrúpulo. En el refugio aislado del mundo que lo rodeaba, sólo existían dos maneras para enriquecer su colección : tener suerte en el barranco o robar impunemente a los demás.

A veces teníamos la suerte de encontrar en la descarga un bonito sello, o de

EL REFUGIO

recibirlo porque le pedíamos a la familia, e incluso a nuestro propio padre, enviarnos todos los que podía encontrar en su entorno. Sin embargo, la mayoría de nosotros no tenía la paciencia de esperar. Así que, dejando de lado los remordimientos, nos robábamos vergonzosamente.

Para robar al coleccionista pudiente, no teníamos necesidad de hacer trabajar nuestra imaginación. Aislábamos hipócritamente a la víctima mostrándole el bonito sello que queríamos cambiar por otro. En cuanto el crédulo abría su caja, le dábamos un cachete en la mano y, sin hacer caso a sus gritos, a sus lloros, ni a sus patadas y puñetazos, empezaba la arrebatina para conseguir los sellos esparcidos en el suelo. Devolviéndole los de poco valor, lo abandonábamos a su desolación sin el menor arrepentimiento.

Increíble pero cierto : hacíamos eso sabiendo perfectamente que iría a denunciarnos a su familia; que ésta vendría a vernos y nos pediría la restitución inmediata de lo robado; que nuestra madre nos reñiría y además nos daría una zurra; que todo ello nos haría llorar (una vez castigado, el chico culpable tiene un buen pretexto para llorar y gritar de forma exagerada, porque - piensa él -, en estos casos los llantos y los alaridos son su mejor defensa).

Falsamente confuso, la cabeza gacha, devolvíamos los sellos robados, pero siempre faltaba alguno, y, como si lo hubiésemos hecho adrede, los que faltaban siempre eran los más valiosos. Nos registraban; nos amenazaban; nos sacudían y nos daban bofetadas; llorábamos lo mejor que podíamos jurando que lo habíamos devuelto todo. Como al que le habían robado gritaba que no, nos obligaban a indemnizarlo inmediatamente dándole sellos de nuestra colección, lo que hacíamos ya que salíamos ganando.

Éramos unos descarados mentirosos. Los unos y los otros conocíamos de memoria los sellos que teníamos. No nos faltaba tiempo para enseñarlos al que lo deseaba, sabiendo que los sellos robados los guardábamos bien escondidos.

Los sellos eran para nosotros lo que el dinero es para el avaro : no nos cansábamos de admirarlos a la vez que los contábamos y los comparábamos. Sin

EL REFUGIO

embargo, no dudábamos en romper o tragar el que nos obligaban a devolver bajo amenaza.

Las madres no entendían porque nos peleábamos así para pequeños trocitos de papel. Algunas tuvieron una preocupación más al convertirse en las guardianas del tesoro de sus hijos y al vigilar nuestras transacciones.

En el refugio sólo había un filatelista que no temía a los ladrones de sellos, ya que se veía protegido por ser muy jovencito. Pero el problema era que ¡ninguna colección podía rivalizar cualitativamente con la suya! Unos parientes exiliados en las Américas enviaron a su madre una cantidad importante de sellos para satisfacer los deseos de su hijito convertido en filatelista, no por pasión, pero únicamente para hacer como los demás. Es con toda inocencia que nos mostraba sus preciosos sellos....

Era casi de noche cuando lo llevamos al pajar. Con la luz de una linterna de mano, abrió su cajita, y, ¡zas! ... su colección se diseminó en las tinieblas. Gritó como si lo estranguláramos. Las madres y los hermanos mayores acudieron, alarmados. Después del inevitable castigo, nos ordenaron devolverle todo de inmediato. Fue imposible puesto que casi todos los sellos se perdieron en la paja salvajemente pisoteada.

A la luz de la mañana siguiente y bajo la vigilancia de la madre de la víctima y de algunos hermanos mayores, tuvimos que buscar de nuevo. A pesar del empeño de los culpables, activado por patadas en el culo, la madre escandalizada y su hijo inconsolable tuvieron que decir adiós a tres o cuatro sellos muy valiosos que jugaron a la aguja escondida en un pajar. Juramos no tenerlos sabiendo perfectamente que alguien mentía, pero nunca se supo quien.

Cuando, por razones que son fáciles de imaginar, se ponía fin a una asociación, eran muchos los que asistían al reparto de la colección común, ya que la escena era muy divertida. Es con una serenidad ejemplar que repartíamos lo que habíamos juntado con empeño y, algunos, de forma deshonesto.

Después de haberse repartido uno por uno los sellos más corrientes, poníamos los demás en una boina que agitábamos. Era un crío el encargado de introducir la

EL REFUGIO

mano y sacarlos uno por uno hasta el último. Si éste último salía de cuentas, lo echábamos a suerte. Asistíamos a la felicidad del ex asociado para el que el crío había tenido buena mano y al desengaño del desafortunado, pero nadie se quejaba, ya que todos habían aceptado la regla.

Con el tiempo, las colecciones volvieron a ser lo que eran al principio, es decir individuales o familiares. Algunas madres las enriquecieron por estar, más adelante, en contacto con las escasas familias españolas (naturalizadas) establecidas en el país después de la guerra del 14/18.

A pesar de las malas condiciones de vida y la falta absoluta de medios, más adelante, fuera del refugio, algunas de nuestras colecciones (entre las cuales la de mi hermano Valero y la mía), fueron admiradas y deseadas por más de un francés.



CAPÍTULO 32
DEL TEATRO A LA ESCUELA

El reparto de los sellos de las asociaciones entre nosotros calmó definitivamente las rivalidades y las riñas causadas por nuestra pasión desaforada. Sin haberlo decidido previamente, los sellos se convirtieron en nuestro dinero. Considerándolos como monedas, formaron parte de nuestros juegos más serios del refugio : el teatro, el cine, la artesanía y el comercio.

Aunque le faltaba anchura, para nuestros hermanos mayores la fosa que separaba el edificio del patio tenía características ideales para instalar una sala de teatro : su longitud encerrada por cuatro paredes con una sola puerta de acceso y, en caso de lluvia, un techo que cubría la mitad de su profundidad.

Necesitaron un sólo día para construir con maderos, planchas y chapas el escenario. Pusieron también una cortina hecha con la tela de los sacos descosidos, que se cerraba y abría mediante un juego de cuerdas. Detrás del fondo del escenario hecho de cartón, a los actores no les faltaba sitio para prepararse.

Los que montaron el teatro no tardaron en componer su tropa, ya que, en nuestra colonia había muchos que sabían cantar, recitar, bailar y hacer payasadas.

El precio de la entrada era un simple sello (claro está) y las butacas eran unos ladrillos colocados en fila en el suelo.

Puesto que los sellos eran nuestra moneda de cambio, los no coleccionistas (la mayoría) podían conseguir cuantitativamente unos al cambiarlos con sellos menos

EL REFUGIO

corrientes que recibían, mediante trueque, o, para los más jóvenes, ni más ni menos mendigando.

A la hora de abrir la sala, siempre había algún espectador que pagaba para el que se presentaba las manos vacías y con lágrimas en los ojos delante de la taquilla; así como para el que iba acompañado de su madre intentando ablandar el corazón del taquillero. Para los más pequeños, la entrada era gratis, pero como querían pagar al igual que todos, es con mucho orgullo que daban en la entrada el sello que les habíamos dado previa y discretamente.

A cada representación, todos los ladrillos eran ocupados por un público nervioso de impaciencia.

Al igual que lo hacían los artistas ambulantes sobre la terraza del hotel, se daban tres golpes antes de abrir la cortina.

Las primeras representaciones de nuestros artistas sólo eran imitaciones – según su talento –, y payasadas que hacían reír a los pequeños. Al recordar el prestidigitador que se produjo en la terraza del hotel, uno logró, con más o menos destreza, hacer cambiar de color al pañuelo puesto en una bolsa de papel y a transformar objetos. Al principio, estos juegos de manos nos sorprendían enormemente, pero, al repetirse, no tardamos en descubrir el truco : la mesa del prestidigitador - un cartón cubierto de una tela - escondía un agujero en el escenario bajo el cual estaba un cómplice.

El Nano, el peleón número uno del refugio, tenía la destreza de un mono. Era el funámbulo, el acróbata y el malabarista de la tropa teatral. Nos daba horror verlo plantarse alfileres en la piel del brazo, tragar fuego y jugar con su cuchillo. Su hermana Chiquita volvió a hacer los números que le dieron fama en el baile del hotel. Para paliar la falta de fonógrafo, acompañábamos sus pasos de baile cantando en coro las canciones a las que dábamos ritmo tocando palmas. Para la famosa Sombreros y Mantillas, de la cual ignorábamos la letra, tarareábamos unos ‘la ri la ra la la....’.

Las sesiones no se parecían las unas a las otras. Unos ‘autores’ compusieron una

EL REFUGIO

comedia cuyo tema no recuerdo. Con la ayuda de las chicas, los chicos confeccionaron un vestuario, disfraces, e incluso marionetas (inspiradas de las del guiñol vistas en la terraza del hotel). Hicieron también unas que no paraban de entremezclarse en los hilos que las sostenían y animaban.

Las pocas mujeres que cantaban divinamente fueron invitadas a subirse al escenario. Cada una interpretó una bonita canción de su región. (¡ Hay tantas y tan bonitas en España !) . Libertad, nos cantó - y nos hizo cantar - las canciones de amor que todo el refugio adoraba, entre las cuales Devuélveme mis besos y Hace un año que yo tuve una ilusión.

Durante los entreactos, se organizaba una tómbola (¡ otra cosa inspirada de los espectáculos de la terraza del hotel !) . El que tenía la suerte de sacar de la boina el pequeño papel con el buen número, ganaba una baratija que solía ser una de las muchas encontradas en el barranco.

Cada mañana, los actores se encerraban en la fosa para ensayar en secreto los números - o la obra - del espectáculo siguiente.

El teatro ocupó sanamente nuestras tardes. A veces los encargados, nos hicieron participar como figurantes. Nos pidieron incluso ayudarles a dibujar y colorear los carteles y los programas de cada función teatral.

Mientras duró el teatro, las madres se quedaron tranquilas y nosotros nos divertimos mucho. Desgraciadamente, después del verano, la fosa se puso tan húmeda y fría que tuvimos que abandonarla.

Los sellos, los carteles y los programas eran bien atractivos, pero muchos no sabían leer ni escribir, ya que la gran mayoría, por no decir todos, no habíamos - o tan escasamente - puesto los pies en una escuela.

El ambiente intelectual presente en el refugio incitó a los más grandes a jugar al maestro de escuela, retomando la idea del simpático Ricardo.

Con el apoyo de las madres (que se empeñaban en inculcarnos, aunque difícilmente las letras y las cifras), la escuela, que sólo pretendía ser un divertimento, tuvo un éxito inimaginable. Sin embargo, los que sabían ya leer y

EL REFUGIO

escribir se cansaron muy rápidamente de esta escuela cualquiera : sólo les interesaba el recreo que los ‘maestros’ animaban con juegos y sesiones de gimnasia. Sin embargo, a los analfabetos que tenían entre ocho y doce años les gustaba estudiar. Poder componer un sin fin de palabras con menos de treinta letras se convirtió para ellos en un juego apasionante.

No teníamos ni libros, ni papel, ni lápices. Para escribir, sólo usábamos papel de embalaje, pedazos de yeso y trozos de carbón. En las basuras de las oficinas y de las escuelas tiradas en el barranco, sobre las que nos precipitábamos también, a veces encontrábamos papel blanco, pedazos de tiza y de lapiceros negros y de color. Este material nos permitió fabricar cuadernos toscos en los cuales trazábamos las líneas. Un gran cartón era nuestra pizarra y otros, cortados en pequeños rectángulos, eran nuestras pizarras individuales.

Aseguro que fue jugando que el analfabetismo de todos los de mi edad fue erradicado en un tiempo récord.

Además de habernos enseñado a despabilarnos y a luchar contra el rigor del tiempo y el de los hombres, el refugio nos proporcionó a muchos el tesoro incalculable que es el de saber leer y escribir.

Los ‘maestros’ nos hacían pasar exámenes. Los clasificados estaban recompensados por diplomas personalizados, ilustrados por los mejores dibujantes del refugio. A pesar del miserable material del que disponíamos, se organizaban exposiciones de nuestras obras, lo cual provocaba la admiración de las madres que no se cansaban de enaltecer nuestro acierto artístico.

(Qué suerte han de tener los niños que viven esta maravillosa aventura al llegar a los diez años, e incluso con edad más avanzada. Con estos años, estudiar es, para los que les gusta, el más apasionante de los pasatiempos. Los que aprenden a leer y escribir desde niños, conforme pasan los años, sin realmente darse cuenta, no pueden imaginarse cual es la exaltación que este estudio provoca a los que descubren esto tardíamente.)

EL REFUGIO



CAPÍTULO 33

EL CINE

En plena temporada teatral y estudiantil, una noche, el cine hizo su aparición. (El arte es algo excepcional : basta con que una de sus ramas brote para que las demás empiecen a florecer).

Al igual que el inicio de todas las artes, el de nuestro cine era muy rudimentario : se limitaba a proyectar sombras.

Encima de las puertas de las habitaciones del pasillo había un tragaluz a través del cual, una vez las puertas cerradas, la única bombilla nos difundía, según la distancia, una pálida claridad.

Fueron nuestros hermanos mayores los que tuvieron la idea de proyectarnos sombras chinescas a través del tragaluz de nuestra habitación, ya que la única bombilla del pasillo estaba situada justo delante de él. Subido en un taburete situado en el pasillo, el operador movía sus manos entre la bombilla y el tragaluz. Levantando los ojos, los espectadores intentaban adivinar lo que las sombras representaban sobre el rectángulo luminoso de la sábana tendida en el fondo de la habitación. A pesar de todo el mal que se daban los proyectistas - eran muchos los que se subían al taburete -, las sombras chinescas eran demasiado borrosas.

Todas las noches, nuestros hermanos mayores experimentaban una técnica nueva : acercaron la sábana al centro de la habitación; utilizando espejos, intentaron concentrar lo mejor posible el pálido resplandor de la bombilla. La mejor idea que

EL REFUGIO

tuvieron fue abrir la puerta y tender en su marco la sábana blanca. Dándose media vuelta, los espectadores podían ver sombras de tamaño real, y eso gracias a dos espejos que desviaban la luz de la bombilla. Nuestros hermanos mayores nos proyectaron combates, y, con la complicidad de las chicas, dúos románticos. Esta innovación tuvo cierto éxito. Todos los que pretendían saber hacer pantomimas insistían en pasar detrás de la pantalla.

Alguien tuvo la buena idea de recortar en un cartón siluetas de personajes y animales que, a semejanza de las marionetas, se movían tirando o aflojando los hilos que las mantenían en alto.

Éste espectáculo, que divertía cada vez más a los grandes y pequeños, no duró mucho. Las madres acabaron por no soportar más tanta gente espatarrada sobre los jergones de nuestra habitación, ni la continúa ocupación del pasillo. Una vez echados de allí, los hermanos mayores no intentaron reconstruir esta distracción en otro lugar. Por falta de poder capturar la fuente luminosa de las dos otras bombillas, (la del hall y la de la sala), las proyecciones de sombras chinescas cesaron.

Éramos nosotros, los pequeños, los que encontramos la solución que nos permitió reemplazar el ‘cine’ nocturno de habitación por el ‘cine’ diurno de bolsillo. Como muchos hallazgos, éste nos ocupó mucho tiempo.

Nuestro aparato de proyección era de una simplicidad arcaica. Para fabricarlo, sólo se necesitaba una caja de cartón en una cara de la cual hacíamos dos estrechas ranuras distantes de varios centímetros. (Las cajas para zapatos y los carretes de hilo de coser eran muy buscados ya que nos eran imprescindibles para confeccionar varios juguetes).

La fabricación de las ‘películas’ necesitaban mucho tiempo. Cortábamos tiras de papel blanco, lo más largas posible, que pegábamos las unas a las otras con el único pegamento que conocíamos desde niños : harina de trigo diluida en agua. Después trazábamos en dichas tiras líneas rectas para formar una continuación de cuadrados, en los cuales dibujábamos, como en un tebeo, el argumento de nuestra ‘película’. Una vez la cinta enrollada en el carrete superior, y su extremidad enganchada en el

EL REFUGIO

carrete inferior, el operador - o su asistente -, giraba la pequeña manivela de alambre, parándose en cada dibujo centrado entre las dos ranuras el tiempo necesario para comentar a los espectadores, escena tras escena, la historia de su 'película'. Cada 'película' se componía de varios carretes cuidadosamente numerados. Está claro que nos asociábamos para confeccionar y sacar provecho de nuestro 'cine'.

Como para los demás espectáculos, se debía pagar un sello para asistir a las sesiones de 'cine' y, durante el entreacto, para comprar un número de la tradicional tómbola.

El mayor inconveniente de nuestro mini-cine era que sólo podía complacer a un público restringido, ya que debíamos situarnos bastante cerca de la caja para seguir bien el desfile de dibujos que no medían más de cuatro centímetros de lado.

Para la realización de las 'películas' se necesitaba mucha paciencia, cosa que no nos faltaba. A pesar de las dificultades que teníamos en conseguir todo el material que nos hacía falta, hicimos algunas en color, una de las cuales fue la de Tarzán. Los protagonistas de nuestras 'películas' cómicas eran ni más ni menos que Charlot y el Gordo y el Flaco.

Éramos sólo tres 'cines de caja de zapato', en hacernos competencia. Al igual que para los cuentos, era al que inventaba y dibujaba mejor el más apasionante guión. En muy poco tiempo, sólo los más pequeños venían a vernos. Es verdad que estos dibujos hechos con más o menos destreza interesaban más a sus realizadores que al público.

Mis dos adversarios se cansaron y abandonaron, al igual que mis compañeros. Solo, me empeñé en seguir la aventura.

Mi cine se perfeccionó día tras día. Entre las dos ranuras donde pasaba la tira de papel, corté un cuadrado que permitía iluminar los dibujos con una lámpara de bolsillo colocada dentro de la caja. Visto en la penumbra, mi cine ganó en magia.

El progreso no tiene paro. Tuve la idea de colocar delante de la caja una botella cuadrada llena de agua. Con esta lupa improvisada e iluminada con la lámpara de

EL REFUGIO

bolsillo, cada dibujo era un placer para los ojos. Incluso hice la experiencia de untar el papel con aceite para darle más transparencia.

Un día, fui el más suertudo de los buscadores del barranco : encontré un objetivo, grande como una moneda de veinticinco céntimos, engastado en una astilla de baquelita, y en las basuras del cine de la ciudad, unos pedazos de películas. Por haberlo visto después, nunca me olvidaré que el pedazo más largo, (cuatro o cinco imágenes) provenía de la película titulada *La octava mujer de Barba Azul*, con Claudette Colbert y Gary Cooper.

Para mí, durante este periodo, los pedazos de cintas cinematográficas y el objetivo tenían más valor que los sellos más raros.

Con una caja de zapato, un tubo de cartón, un cristal de gafas, mi objetivo y una lámpara de bolsillo, fabriqué una linterna mágica que proyectaba en la penumbra verdaderas imágenes de cine. ¡ Nos parecía eso fantástico !

El punto débil seguía siendo siempre la fuente luminosa. El sol me ayudó a solucionar el problema. Los espectadores se encerraban en el pajar cuya entrada daba a la vetusta galería. Una vez introducido el tubo 'mágico' en el agujero hecho expresamente en la puerta, con la ayuda de un espejo y desde el corral, dirigía en él un rayo de sol. Nos embobaba el ver el resplandor de las imágenes cinematográficas proyectadas en grande en el muro enyesado de la 'habitación oscura'. En las de la película *La octava mujer de Barba Azul*, se veía un pasillo en el que un hombre de espalda iba a cruzarse con Gary Cooper viniendo de frente (¿o tal vez lo contrario?). Guardé años este trozo de película y el objetivo como si fueran reliquias.

Este fabuloso éxito nos dio ánimo para rebuscar en las basuras del cine de la ciudad, reconocibles a sus peladuras de cacahuetes, a sus envoltorios de caramelos vendidos en el entreacto y a sus trozos de entradas.

(Al vivir fuera del refugio, seguíamos siendo tan pobres que el cine era para nosotros un lujo inalcanzable. Cada domingo por la tarde, éramos una pandilla a suplicar a los que hacían cola delante de la taquilla que nos ayudaran a entrar, lo que alguno hacía escondiéndonos con su abrigo. A veces, un espectador caritativo nos

EL REFUGIO

pagaba la entrada.

El cine me atraía tanto que yo recuperaba en la descarga los pedazos de entradas que pegaba con cuidado para intentar engañar al controlador de la sala.... Pero esto es otra historia.)

(Cinematográficamente hablando, no creo que los chavales de hoy puedan - y podrán - imaginar la excitación que nos procuraba el cine en general, mudo, hablado, e incluso la proyección de imágenes).



CAPÍTULO 34
FUNDICIÓN Y MODELADO

Pensar, buscar, inventar y actuar. Éste era nuestro pasatiempo en el refugio. Pensándolo bien, éramos unos privilegiados frente a la cantidad de horas de aburrimiento que debían aguantar los ‘gua-gua’ sentados en los bancos de la escuela. ¡ Qué hermoso pedazo de vida desperdiciado para siempre ! pensábamos.

Al encontrar plomo entre los hierros, alguien tuvo la idea de hacerlo fundir para colarlo en la cápsula que nos servía de tejo. Era menos complicado que el engaste de una arandela, y, en cuanto al peso, una ventaja indiscutible. Este progreso no hizo retomar el juego de las cápsulas como lo pensamos porque mi hermano Valero fundió el plomo para hacer formas extrañas colándolo en los agujeros que hacía en el suelo. ¡ Y estuvimos locos por ello ! Así es como el refugio conoció su ‘periodo de plomo’.

Muy rápidamente, numerosos hornillos, constituidos por algunos ladrillos dispuestos con inteligencia, se pusieron a echar humo en el corral; y éramos varios a rodearlos, vigilando la fusión del metal que estaba en el crisol colocado encima de las llamas (una caja cualquiera de hojalata). Cuando el metal estaba líquido, lo vertíamos con cuidado en los moldes de arcilla que habíamos modelado previamente.

Animados por la coquetería de las chicas, al principio fabricábamos una gama muy variada de baratijas y bisutería : broches con su alfiler fijado durante la operación, pendientes, anillos, collares, pulseras, hebillas para los cinturones y las

EL REFUGIO

sandalias, etc. Al cabo de dos días, todas las chicas llevaban orgullosamente joyas de plomo fundido y trabajado con la punta de una navaja. Después nos lanzamos en la fabricación de puñales y de pistolas hechos de manera tosca.

La elaboración de los moldes no paró de mejorar. En cubos de pasta hecha con arcilla tamizada y amasada, colocábamos los soldados de plomo y pequeños objetos encontrados en el barranco para sacar un molde. Una vez secado al sol o en cenizas calientes, vertíamos el plomo.

Encendíamos los hornillos por la mañana y los apagábamos a finales de tarde. Cada grupo de fundidores recogía sus moldes, y sobre todo sus provisiones de metal, porque éste estaba muy codiciado.

Para satisfacer nuestro espíritu creativo, fundíamos varias veces los objetos a los que veíamos algún defecto y los que menos nos gustaban.

Esta nueva pasión provocó la ‘fiebre del plomo’. Un grupo que estaba en busca del precioso metal casi ocasiona una catástrofe al desterrar un gran tubo en la planta baja. Menos mal que una persona sensata que pasaba por allí les ordenó parar, puesto que tenían entre manos el conducto de agua que alimentaba el grifo de la entrada.

Queriendo hacer mejor que los demás, algunos se empeñaron, en vano, en querer fundir cobre, bronce, latón y otros metales.

Ignorábamos todo de los alquimistas, así como de la piedra filosofal, sin embargo fuimos muchos en intentar conseguir oro mezclando el plomo en fusión con polvos de tierra, metal, líquidos coloreados y otros ingredientes. Pero no sirvió de nada : el plomo quedó plomo, aunque....

Después de habernos hecho creer que gracias a una fórmula secreta, conseguían transformar el plomo en plata, unos charlatanes se pusieron a fundir y acuñar monedas, con la esperanza de revolucionar nuestro sistema monetario. Pero sus monedas resultaron demasiado pesadas y sucias. Los sellos siguieron siendo nuestras monedas de intercambio.

A pesar de que no les gustaba vernos jugar con fuego, ya que lo temían como la

EL REFUGIO

peste, las madres eran bastante tolerantes con nosotros. A decir verdad, preferían vernos a todos reunidos en el corral, vigilados por los hermanos mayores, que sabernos vagando fuera del refugio.

De una industria siempre nace otra, y de la fusión del plomo pasamos, casi con toda naturalidad, a hacer cerámica. Transformamos los hornillos en horno e hicimos cocer jarros, jarrones, vajilla, estatuas, etc, modelados con la misma arcilla con la que hacíamos los moldes en los que vertíamos el plomo fundido. Modelaje, cocción y decoración de nuestras creaciones nos entretuvo numerosos días. Subyugados por estas apasionantes actividades, nos parecía que anochecía demasiado pronto.

Nuestras alpargatas y nuestra ropa estaban llenas de agujeritos provocados por las gotitas de metal líquido que nos salpicaban al llenar los moldes, y por las brasas del fuego. Pocos eran los que no tenían quemaduras.

Un día, un chaval tropezó y cayó sobre uno de los fuegos. Se quemó seriamente un brazo, y a continuación las madres asustadas ordenaron que se apagaran y se destruyeran los hornos, cosa que nos obligó a inventar otros entretenimientos.



CAPÍTULO 35
ESCAPADAS

Al igual que las madres, el comisario sabía pertinentemente que nos escapábamos. Estábamos convencidos de que si nos castigaban de vez en cuando, era únicamente para el ejemplo; en el fondo, las madres y el comisario cerraban generalmente los ojos para autorizarnos derramar afuera la demasiada vitalidad que teníamos.

(Sinceramente, sólo los niños enfermos, maltratados, abandonados por sus padres, por la sociedad, o explotados como bestias son verdaderamente desafortunados. Resumiendo, si no es martirizado, el niño es feliz donde sea que se encuentre y por muy miserable que sea su entorno familiar, ya que, como los cachorros de los animales, los hijos de los hombres tan sólo aspiran a jugar. Es una de las leyes de la naturaleza. Tiempo después, cuando a veces iba a visitar a unos amigos que vivían en chabolas, o en barrios insalubres, veía allí a unos niños jugando apasionadamente con unos juguetes hallados en las escombreras. Pues sí, a pesar de su entorno miserable, desbordaban de alegría.... La pena es que sigan aún existiendo 'refugios' y chabolas.)

Mal alojados, mal alimentados y, por así decirlo, abandonados, los refugiados españoles tenían unas condiciones de vida deplorables. Veíamos, y por la noche, oíamos a las madres llorar, pero, sinceramente, nosotros, los chavales, hacíamos poco caso de sus llantos y tristeza. Aunque seguían todavía en contacto con los

EL REFUGIO

padres, no nos dábamos cuenta de su desamparo. Eran muchos los que tenían como recuerdo de su padre los días en los que tenía permiso y venía del frente. A pesar de sus privaciones y del dolor de los nuestros, para nosotros, el refugio era como un palacio extraordinario en un territorio hostil.

¡ Ah ! Ese vertedero municipal, ‘el barranco’, ¡ qué bonito espacio ocupa en los recuerdos de mi infancia !

(¡ No ! Yo no estoy ni sorprendido ni me da asco cuando veo en el cine o en la televisión, a unas pandillas de piojosos que se pelean las basuras vertidas por las metrópolis de los pueblos subdesarrollados, ya que es ahí donde los que no tienen nada siempre encuentran algo.) Nosotros, encontrábamos allí gomas rígidas para rehacer las suelas de nuestras sandalias, correas sacadas de las cámaras de aire que se usaban como ligas, cinturones y tirantes, o unos viejos, pero aún aprovechables, utensilios de cocina, cartón, papel, lápices, tela, etc....

Con las llantas de las ruedas de bici, de las que aplastábamos la garganta a pedrazos para hacerlas más manejables, nos hicimos unos aros sólidos. Los hacíamos rodar empujándolos con la media hebilla situada en la extremidad de una varilla de metal. Trotando detrás de ellos, nos perseguíamos, nos cruzábamos y nos entrechocábamos en el tumulto y en el polvo. Los que aún no habían tenido la suerte de proporcionarse una llanta, se hicieron unos aros envolviendo una longitud de varilla gruesa de metal. A pesar del esmero que ponían para hacerlas bien redondas, esas circunferencias rodaban de manera tan extraña que nos hacían reír. Para que fueran todavía más graciosas, siempre había alguien que, como si nada, les daba un puñetazo. Los pobres pasaban más tiempo en enderezarlas que en hacerlas rodar.

Como el corral resultó ser demasiado pequeño para nuestras evoluciones, decidimos hacer una excursión fuera, pensando que, sin salir del vecindario del refugio, no habría ningún problema. No habíamos todavía dado la primera vuelta alrededor de la báscula municipal que el estrépito de nuestras llantas rodando sobre la calzada despertó la cólera de los vecinos. Cuando vimos llegar al comisario con la

EL REFUGIO

varilla en la mano, corrimos al refugio teniendo que dejar algún aro. Y a pesar de querer recuperarlos no nos atrevimos a enfrentarnos a unos vecinos furiosos.

Fueron las madres, las que, como las demás veces, fueron castigadas : el comisario las regañó severamente ordenándoles que nos vigilaran mejor.

(El hombre tiene la costumbre de buscar en la materia que descubre como puede ser utilizada para dañar). En nuestras manos, las varillas de los paraguas, los rayos de las ruedas de las bicicletas y la goma de las cámaras de aire, nos permitieron también hacernos unos arcos, unas flechas y unos tirachinas cuyas horquillas provenían de los arbustos de los setos cuando otras estaban hechas con alambre grueso.

La primera vez que tuvimos la inconsciencia de organizar un concurso de tiro al arco y de tirachinas, alineando unas latas de conserva puestas sobre unos ladrillos levantados contra la pared del fondo del corral, las madres nos confiscaron todas las armas que pudieron.

Tuvimos la idea de perfeccionar la pistola (que todos teníamos) tallada en una tablita de madera. Al hacerle un agujero para acoplarle un gatillo móvil de alambre, y fijando un ancho elástico cortado en la goma de una cámara de aire en la punta del cañón, podíamos tirar unos ganchos hechos, ellos también, con alambre. No tiraba recto, pero para nosotros era un juguete estupendo.

Al igual que las otras armas consideradas peligrosas, esas pistolas no duraron mucho. Sí pero, apenas nos prohibían un juego y apenas nos confiscaban un juguete, nos apresurábamos en fabricar e inventar otros.

Saltando la pared, nos íbamos a cazar los pájaros que se posaban en las ramas y los lagartos que tomaban plácidamente el sol en unas piedras. A veces, alistándonos en fila india en los caminos estrechos que separaban los jardines, nos contorsionábamos, ululando como unos indios en el sendero de la guerra. Generalmente, no llegábamos muy lejos ya que los jardineros nos hacían salir corriendo lanzándonos invectivas o terrones, y hasta amenazándonos con su podera

EL REFUGIO

o con su azadilla. No les gustaba vernos merodear al lado de los huertos.

Era verdad que el golfo de la pandilla no volvía nunca con las manos vacías de nuestras excursiones. Nuestra colonia tenía también a sus ladrones, pero en general, a pesar de nuestra indigencia, las madres nos castigaban muy severamente si las ponían al tanto de nuestros hurtos.

(En España, la educación familiar de nuestro medio era muy estricta. A mi parecer, el amor que les teníamos a nuestros padres estaba impregnado de un gran respeto. Entre otras cosas, el precepto : ‘No cometerás robos’ debía ser escrupulosamente acatado.

Me acuerdo muy bien del día - eso ocurrió en mi pueblo - en el que un propietario vino a decirle a mi padre que, entre una pandilla de chavales, había visto a su hijo Sebastián robar una manzana en su huerta. A pesar de los llantos y de las súplicas de mi madre, mi padre llevó a Sebastián al alguacil para que pasara la noche en la cárcel municipal.)



CAPÍTULO 36
EL ATENTADO

Si nos era prohibido salir sin una autorización, nada le impedía a Eva venir a vernos, lo que hacía con regularidad. Aunque le guardábamos rencor por las humillaciones que hizo soportar a algunos de nosotros, estábamos contentos de volver a verla las veces que venía, siempre acompañada por una o varias amigas. Con la tonta y pueril timidez que caracteriza a los chicos delante de las chicas, imitando a los mayores, nos pavoneábamos y hacíamos los valientes para que las chavalas extranjeras nos notaran. Haciendo la traductora y jugando la alcahueta, Eva se divertía mucho al ver nuestros rostros encenderse y a sus amigas agruparse y burlarse mirándonos con malicia.

Las madres no tardaron en poner fin a esos encuentros. Primero, porque consideraban que esas pícaras nos desvergonzaban, y luego porque no les apetecía que unas extranjeras, salvo Eva, vinieran a mirar las condiciones avergonzantes en las que vivíamos.

A pesar de todo, para nosotros, la hija de los hosteleros era la especialista que nos informaba sobre el valor que tenían nuestros sellos raros y, para las madres, el agente que, en momentos difíciles, les hacía pequeños favores y les informaba sobre el mundo exterior.

Cada vez que nos contaba las maledicencias que algunos vecinos del barrio decían sobre nosotros, como si ella fuera su portavoz, las madres le soltaban

EL REFUGIO

furiosas :

- ¡ Los franceses no son más que unos burros para decir que el refugio es un campamento de gitanos ! Si pasamos solamente rasando las paredes, ¿quién tiene la culpa? ¿Acaso los españoles hacen alarde de su miseria y de sus altercados en la vía pública? ¡ No ! ¿Es posible que estos gruñones ignoren que, a diferencia de los gitanos, sólo pedimos un hogar, trabajo y mandar a nuestros hijos a la escuela. ¿Y quién nos prohíbe todo esto? ¿Eh?

Como hablaba cada vez mejor el español, a Eva le gustaba inmiscuirse en los parloteos de las mujeres que, a pesar de su presencia (o justamente porque estaba presente), no se cortaban y criticaban vivamente la comida que nos daba su padre. En vez de ofenderse, no sólo les daba la razón sino también estaba de acuerdo con ellas cada vez que reprobaban con odio a las autoridades francesas.

Como confiaban en ella, las madres la dejaban ir y venir en las habitaciones donde ella curioseaba con su mirada inteligente.

Eva conocía los estratagemas que empleaban las madres para burlar la vigilancia del comisario. Hasta sabía que una vez tres madres fueron a la oficina de los arbitrios para pedir autorizaciones de salida y que, aprovechando que el comisario les daba la espalda, una de ellas, ocultada por sus dos compañeras, logró sustraer varios vales de salida ya sellados y firmados. Tan sólo tuvieron que poner la fecha y el nombre de la interesada.

No recuerdo cuales fueron las circunstancias que parecían darles la razón a las mujeres que acusaron a Eva de ser una espía al servicio de los gendarmes. Teníamos que habérselo figurado ya que sabíamos pertinentemente que su padre estaba forzosamente en connivencia con estos últimos.

Convencidas de su culpabilidad, tras un corto pero vivo altercado, las madres le intimaron a Eva de marcharse y de no volver a poner los pies en el refugio. Ella protestó gritando que se equivocaban sobre ella, pero nadie quiso escucharla. Hasta el Nano, empujándola, la amenazó con matarla con su navaja si se atrevía a volver.

Eva, la hermosa, buena e inteligente Eva que hablaba tres idiomas, entre los

EL REFUGIO

cuales el nuestro, se volvió del día a la mañana la persona más odiada por los habitantes del refugio.

En muchas historias, y sobretodo desde la guerra, sabíamos que los espías eran unos canallas perniciosos que no merecían ninguna lástima. Una vez desenmascarados, tenían que ser suprimidos como lo eran los animales perjudiciales.

La intimación que las madres dirigieron hacia Eva, hija de italianos (gente aliada con Franco), reanimó en nosotros la vergüenza - olvidada - que esa mujerzuela nos hizo sufrir cuando nos quitó los pantalones y el deseo - olvidado él también - de vengarnos, lo que, como lo sabemos ya, habíamos lamentablemente fallado. Puesto que era acusada por las madres de maldita espía, cuando nos juntábamos tan sólo hablábamos de castigarla. Juzgada someramente por nosotros, los críos, fue por unanimidad que decidimos de su sentencia : ¡ la muerte !

Al ver que los días pasaban y que nada cambiaba, fuimos nosotros, los tres amigos inseparables, los que decidimos preparar con mucho misterio el cumplimiento del veredicto hiriéndola de muerte.

En nuestros juegos guerreros, teníamos que morir pero los muertos no tardaban en levantar el pulgar y pedir permiso para resucitar y, a su vez, poder matar. Sí, pero inconscientemente, esta vez, la muerte que queríamos infligirle a Eva era 'real'.

(Dicen que los niños, hasta los que tienen diez años, no perciben la realidad de la muerte. Bien lo creo, ya que después de tantos años, estando acordándome de ello, me asombro de la serenidad con la que los tres juntos preparamos nuestro 'crimen'. Como jugábamos desde por la mañana hasta por la noche, ese acto sólo era, seguramente, un juego pero.... sólo un psicólogo nos lo podría confirmar.)

Siempre sin que lo supieran los demás, aumentamos la potencia de nuestros tres arcos doblando el número de varillas, y afilamos cuidadosamente tres radios de ruedas de bicicleta. Hasta tuvimos la idea demoniaca de envenenar la punta afilada de nuestras flechas poniéndolas a remojo en una mixtura de nuestra composición. Estábamos convencidos de que el 'veneno' obtenido con la savia de una planta que

EL REFUGIO

decían ser venenosa, unas arañas aplastadas, orina y polvos de herrumbre no tenía remedio.

Estudiamos con minuciosidad nuestro plan. Como nos servían el almuerzo a las doce en punto, sabíamos que a la hora a la que habíamos terminado de comer todos los vecinos del barrio estaban aún comiendo....

Un mediodía soleado, uno del trío que formábamos volvió corriendo para decirnos que Eva estaba sola en la terraza del hotel. Sin la menor vacilación, decidimos poner en marcha nuestro plan. Pasando por la puerta de la fosa, abandonamos discretamente el refugio uno tras otro, disimulando nuestra arma debajo de la camisa. Al cruzar la calle principal desierta, fuimos a escondernos detrás de la cortina de plantas verdes que ornaban la escalinata de la casa que dominaba la terraza del hotel. Eva ya no estaba sola, estaba charlando con una amiga, ambas sentadas, con los codos en la mesa. Al ver a Eva levantarse, la apuntamos con nuestros tres arcos simultáneamente y ... ¡zas!, tres flechas partieron, provocando unos gritos de dolor y un estrépito de sillas metálicas volcadas. Bajamos ágilmente la escalinata y, con la espalda encorvada, volvimos a hacer el trayecto contrario. Mientras estábamos a punto de abrir la puerta, oímos unas voces en la fosa. Sin ni siquiera consultarnos, a la vez que nos escondíamos detrás de los troncos de los árboles, atravesamos el ferial y, pegados al seto vivo que bordeaba los jardines, corrimos en dirección al barranco. Antes de llegar ahí, entramos en uno de los estrechos senderos que separaban los huertos. Sin aliento, nos dejamos caer en un talud herboso. Aunque habíamos escogido una hora favorable, tuvimos, a pesar de todo, suerte de no haber encontrado a nadie.

Tumbados cuan largos éramos, con los ojos fijados en la profundidad infinita del cielo azul, nos quedamos un buen rato callados, con la respiración jadeante. Con el dorso de la mano, nos secamos el sudor que aparecía en forma de gotas sobre nuestro rostro. Nos temblaban las piernas con febrilidad. Unos pájaros se abatían en los matorrales cercanos. Era una bella y calurosa jornada de otoño.

- ¿Crees que la hemos matado? dijo el amigo que estaba a mi derecha.

EL REFUGIO

A continuación sentimos la necesidad de hablarnos para ocultar el miedo que empezaba a atormentarnos; pero, cosa curiosa, lo que nos preocupaba más no era realmente saber si habíamos logrado nuestro objetivo, pero lo que debíamos hacer por el momento.

Tranquilizados por el hecho de que no habíamos encontrado a nadie en los alrededores de la encrucijada del hotel, decidimos que lo mejor que podíamos hacer era volver al refugio. Escondimos nuestros arcos debajo de una de las piedras llanas que bordeaba el sendero herboso y, como el espíritu del juego no nos había abandonado, con un trozo de sílex marcamos el lugar de una señal con el fin de reconocerlo el día en el que volveríamos a recuperarlos. Eso hecho, volvimos a tomar el camino de vuelta.

No me acuerdo si conforme nos acercábamos al refugio el miedo crecía en mí, pero puedo asegurar que nos quedamos mudos a lo largo del trayecto, durante el cual no cruzamos ni un alma.

Una vez que llegamos delante de la pared del corral, oímos una batahola que mezclaba gritos, llantos y voces. Al encontrar la puerta de la fosa cerrada, de ningún modo asustados, rozando las paredes, entramos en el refugio por el hall, cuyo cierre mecánico estaba alzado a altura de hombre. Al haber subido la escalera sin hacer ruido, nos deslizamos discretamente en la última fila de nuestros compatriotas reunidos en el corral. Al vernos, una madre hizo unas señas a las demás para avisarlas de que estábamos ahí.

- ¿De dónde venís?, nos preguntaron.

- ¡ Del barranco ! fue nuestra respuesta.

Las madres, que solían regañarnos cuando volvíamos de nuestras escapadas, esta vez no nos dijeron nada y dieron un suspiro de alivio.

- Dispersaros en las filas, nos susurró una de ellas. Y sobre todo no digáis de donde venís.

Estábamos todos ahí, formando un semicírculo delante del comisario que maltrataba al Nano, el cual respingaba. A unas madres les costaba retener a su madre

EL REFUGIO

que vociferaba contra nuestro comisario. Eva, con los ojos enrojecidos de haber llorado, estaba ahí, poniendo bien de manifiesto el rasguño sangriento de su brazo izquierdo.

Yo, sé que no estuve ni decepcionado ni aliviado al ver a nuestra 'víctima' con sus amigas, y no me extrañó nada ver por primera vez en el refugio a su hermano Piero y a su padre, que sujetaba en una mano nuestras tres flechas. Con indiferencia yo miraba y escuchaba la escena animada que se desarrollaba en el corral. Salvo Eva, los que la acompañaban gesticulaban dirigiéndose a nosotros en su galimatías. El comisario se cebaba con el Nano para que confesara. Este último gritaba su inocencia debatiéndose entre los brazos que lo inmovilizaban firmemente. Nuestros amigos eran cuestionados y sacudidos por las madres, pero como todos gritaban su coartada, el comisario volvía de nuevo al Nano.

Para Eva y sus acusadores, no había error posible : sólo la persona más temeraria del refugio, cuya audacia insolente lo diferenciaba de los demás chicos, era capaz de cometer, con unos cómplices, semejante acto. ¿No había amenazado a Eva con su navaja gritándole que la mataría?

Al haberse liberado de los brazos que la inmovilizaban agarrándola por la cintura, la madre del acusado se lanzó sobre el comisario, seguida por su hija, Chiquita. La madre del Nano se desvaneció. Algunos de nosotros cogimos unas piedras y rodeamos, amenazadores, al grupo de Eva.

El ambiente, cargado de tensión, tan sólo se apaciguó cuando Eva nos tradujo lo que nos dijo el comisario con voz muy grave. Para resumir, nos aconsejaba que más valiera que arreglásemos este asunto entre nosotros, ya que al señor Rini, no le apetecía avisar a los gendarmes, lo que él haría si nosotros le plantáramos cara amenazándole.

Las madres estaban convencidas de que el Nano era el alma de ese terrible acontecimiento; pero como negaba de manera arisca, no cesaban de interrogar a sus hijos para conocer a los que se habían dejado arrastrar por ese energúmeno. Cosa increíble, nosotros tres fuimos los únicos en no estar interrogados. De todas formas,

EL REFUGIO

hubiésemos sido los últimos en ser sospechados ya que, en la pandilla de lobillos que poblaban el refugio, formábamos parte de los que, en comparación con los más temerarios, éramos angelitos (¡ qué va !) .

No, el golpe de efecto no se produjo. Mientras que el Nano persistía - y con razón - en proclamar su inocencia y en no entregar a sus cómplices, nosotros, los culpables, no dijimos esta boca es nuestra.

Podría aquí intentar describir cómo era mi estado de ánimo y, por qué no, el de mis dos compinches..., pero no. La realidad fue que nos miramos intercambiando una sonrisa de satisfacción. Después de todo, ¡ peor para el Nano y mejor para nosotros !

Había que estar loco o tonto para declararse culpable.

Nuestra preocupación era tener cuidado con el fin de que no nos sospecharan algún día. (Los niños que piensan así no son por lo tanto unos monstruos.)

Fue sólo después de que se fuera el comisario - el cual nos prometió que volvería - , seguido del hostelero, de Piero, de Eva, de su amiga testigo y de unos curiosos que habían venido con ellos, cuando las lenguas se desataron libremente. La investigación prosiguió entre nosotros.

A pesar de las interrogaciones con las que todos nosotros fuimos acosados los días que siguieron, el misterio quedó completo.

Debo añadir que jamás ninguno de los tres revelamos nuestro secreto.

Como era natural, el Nano era el más empernecido de todos en querer conocer a los culpables. Se enfureció contra los que decían que, en el momento del 'atentado', no estaba en el refugio, mientras que otros juraban que estaban con él en la fosa de la planta baja. (Pues eran ellos a los que oímos cuando, una vez hecha nuestra mala jugada, llegamos delante de dicha fosa.)

El comisario volvió, no para retomar la investigación de la agresión con unas flechas, de la que fue víctima Eva, sino para clavar un nuevo y muy severo aviso en el poste del corral.

EL REFUGIO



CAPÍTULO 37
LAS CASAS PARA JUGAR DE LAS CHICAS

Fue en el patio del refugio al aire libre, que las chicas trazaron y ‘edificaron’ sobre el suelo terroso sus casas para jugar. Con unos ladrillos, una piedras y unos cartones, concretizaron su sueño : tener una casa bonita, amueblada con gusto, con su cocina, sus dormitorios y su salón.

Se reunían, en casa de una o en casa de otra, para unas comiditas y para charlotear haciendo a la vez punto, cosiendo o bordando. Tenían unos bebés nacidos de sus manos mañosas (unas muñecas y unos nenes hechos de trapo, repletos de serrín o de papel) con una cabeza calva y desproporcionada en comparación con el cuerpo y los miembros. Sus ojos, nariz y boca eran bordados con ingenuidad con trocitos de lana de color. Esperando tener algo mejor, las más jóvenes y las menos hábiles se conformaban con una silueta recortada en cartón, o con un tronqucito envuelto en pañales con un trapito.

Los pocos chicos tranquilos que participaban a ese juego de chicas se repartían los papeles de marido, de hijo y de médico. Los esposos y los niños de esas familias eran muy delicados de salud, ya que caían enfermos cuando la esposa - y madre - sentía alegría en ir a buscar al médico. Este último, siempre al acecho, se apresuraba a venir a su cabecera. Auscultaba, palpaba, hacía sacar la lengua y tomaba la temperatura del enfermo (uno de los hijos o el padre), tumbado en un cartón a

EL REFUGIO

manera de cama. Al mismo tiempo, curaba la mano de la hija menor, el cólico del recién nacido y la jaqueca de la mamá. Las inyecciones, las ventosas, la tisana y la purga eran las únicas medicinas conocidas por el médico. En los casos muy graves, tenía el recurso de recetar su panacea : una piedra mágica cuyo frotamiento tenía el poder de curarlo todo, ¡ hasta los dolores que no eran imaginarios ! Por supuesto, el termómetro (un bastoncillo) era la varita mágica del médico.

Realmente, esas pequeñas mamás tenían mérito. Al regresar de las compras, tenían que preparar la comida, hacer la limpieza, lavar y planchar la ropa, y todo eso vigilando a los niños y curando al enfermo. Este último no tardaba en ponerse bueno para demostrar la infalibilidad de las medicinas recetadas, pero tenía una recaída al poco tiempo que preocupaba de nuevo a la ama de casa y volver a darle trabajo al médico.

A veces, un marido testarudo persistía en encontrarse en buena salud a pesar de las comprobaciones alarmantes de su esposa. ‘ ¡ Ve a por verdura al huerto ! - le gritaba ella - y trae también unas hierbas para que te haga una tila.’.

Vimos a maridos sublevarse contra su agobiante esposa amenazando a las chicas de abandonar el juego. Pero a éstas, no les costaba tranquilizar y guardar al amigo descontento.

Al igual que en los matrimonios consagrados, las riñas entre esposos y con los hijos no faltaban. Pero, por supuesto, en esos hogares imaginarios tan sólo era para reír.

Manejando su escobita de paja de trigo, la ama de casa pasaba y volvía a pasar por todo su piso, acompañada por un mini huracán de polvo terroso. Hasta era tan minuciosa que quitaba las telarañas del techo, el cual tenía la inmensidad del cielo. Para lograrlo, se subía en la silla puesta encima de la mesa, lo que correspondía a cuatro ladrillos apilados (tres para la mesa y uno para la silla).

A la hora del chocolate con churros, las vecinas se reunían en casa de una de ellas, con su bebé en brazos. A esas reuniones, no les faltaba encanto. Una mamá confesaba el temor que le provocaba la salud delicada de su bebé. Las vecinas

EL REFUGIO

rodeaban al bebé enfermo y le hacían cosquillitas. Si sonreía era buena señal, pero si se echaba a llorar, le aconsejaban a su mamá ir a por el médico. Ésta escribía enseguida una nota que le hacía llegar al médico por mediación de su hijo mayor. Como estaba siempre al acecho, el sabio hombre no tardaba en entrar en el salón acompañado del mandadero.

Otra mamá glorificaba la belleza y la gentileza de su recién nacida, un muñeca ridícula que ella esgrimía a pulso.

¡ Por supuesto ! , entre ellas había la coqueta que lucía su vestido nuevo. Era el de todos los días pero sus amigas lo encontraban muy bonito. Tocándolo, unas decían que su tela era de flanela, y otras, de pura lana. Entonces, para que se pusieran de acuerdo, la coqueta aseguraba que era de seda.

A fin de saborear tranquilamente el chocolate y los churros, las simpáticas mujercitas acostaban a sus bebés en la habitación del fondo y les ordenaban a los mayores ir a jugar fuera. Para dejar asombradas a sus invitadas, la huésped sacaba su servicio de porcelana (que sólo era un juego de trozos de vajilla en loza, los de la taza con un asa eran muy refinados).

En pleno parloteo, una de las invitadas se acordaba de repente de que había olvidado en su casa algo que quería mostrarles. Se levantaba y, colmo de la distracción, para ir a buscarlo, saltaba la alineación de ladrillos que separaba las casas. Sus amigas le recordaban a esa cabeza de chorlito que le era imposible atravesar las paredes.

(Extraordinario es ese candor infantil que metamorfosea los descampados en palacios, los pedazos de loza en servicio de porcelana de China, que insufla vida a trozos de madera pero que no cree en los pasamurallas).

- ‘Y las puertas, ¿para qué sirven?’

Ésta se disculpaba dejando el objeto que acababa de coger en su casa y, meneando la cabeza para disipar su estúpida distracción y mordiéndose los labios para sancionar su inconsciencia, volvía a su punto de partida. De ahí, iba hasta la puerta invisible de la salida, giraba y empujaba el puño imaginario para abrirla y

EL REFUGIO

para volver a cerrarla detrás de ella, y se dirigía hasta su domicilio dando un rodeo de puntillas con el fin de respetar cierta distancia. Al llegar delante de su puerta que se confundía con el aire, sacaba de su bolsillo la llave (un bastoncillo ahorquillado) para abrirla y, después cerrándolas volvía a hacer el trayecto contrario sin olvidar, cuando llegaba a casa de su amiga, llamar a la puerta imaginaria diciendo : ‘ ¡ Toc, toc ! ’ y esperar que le contestasen : ‘¿Quién es?’....

Sus charlas eran a menudo interrumpidas por los llantos de la chiquillería : una tenía que cambiar los pañales de su bebé, otra darle de mamar a su pequeñito y una tercera reñir al suyo que daba vagidos sin razones aparentes.

Cuando se acababa el día, se separaban con el fin de volver a repetir la misma escena la tarde siguiente.

En esas casas para jugar, el tiempo pasaba a una velocidad asombrosa : cada media hora empezaba un nuevo día.

Los incidentes entre vecinas eran frecuentes. Por ejemplo, ocurría que al hacer la limpieza, una de ellas, al tropezar con un mueble (un apilamiento de ladrillos), recobraba el equilibrio en casa de su vecina. Juntas, arreglaban la pared medianera y colocaban de nuevo los objetos en su sitio.

Al llegar la noche (en pleno día), cada familia se encerraba con llave en casa y, al tumbarse en sus camas de cartón, se dormían enseguida. Por desgracia, el descanso era efímero en la comarca donde estaban ‘construidas’ esas casas : de día como de noche, unas hordas salvajes las rozaban peligrosamente al perseguirse y al combatirse. A veces, ocurría que, empujado aposta, uno de los bárbaros cayese en una de esas viviendas tranquilas sembrando el desorden. Entonces, uniendo su ira y su valentía, las mujercitas expulsaban y perseguían al intruso dándole golpes de escoba.

Llorando, arreglaban las paredes y los muebles de su vivienda saqueada y recogían sus baratijas : cajas, tiestos de loza, tapas de cajas y otras cosas que representaban la vajilla, los utensilios y demás objetos domésticos.

Estaban inconsolables la vez que el pie de un vándalo destripó una muñeca de

EL REFUGIO

trapo y de serrín. El culpable se disculpó achacándole el crimen a los que lo habían empujado. Sinceramente enternecidos por los llantos, las ayudamos a ordenar de nuevo sus casas y, para que nos perdonaran, organizamos los funerales de su 'chiquilla' asesinada, lo que aportó algo más a su juego.

Toda la colonia infantil participó al entierro que se desarrolló según el rito consagrado. En la iglesia, el ataúd (una caja para zapatos) fue bendecido por el cura rodeado de dos monaguillos, los tres ataviados de manera ridícula a fin de imitar a verdaderos celebrantes. Después, el gran cortejo fúnebre se puso en movimiento lentamente, mientras que las campanas (unas latas que golpeaban con un canto) tocaban a muerto. Delante iba el monaguillo que llevaba bien alto una gran cruz, seguido por su compañero que llevaba en una mano un cubo de agua bendita con el hisopo y, con la otra mano movía el incensario, una lata de conserva en la cual quemaba polvo de corcho; detrás de ellos iba el cura, la cabeza gacha y recitando lo que le pasaba por la cabeza, haciendo como que leía un breviario; seguían los sepultureros, llevando el ataúd sobre una pequeña camilla y, detrás de ellos, la madre cubierta con un velo negro, sujeta por sus amigas de luto, por el padre y por sus hijos. El grupo de los más pequeños llevaban unos ramos hechos con hierbas locas o con paja y, para terminar, seguían todos los que querían acompañar a la muñeca muerta hasta su última casa.

El gran cortejo dio tres veces la vuelta al corral antes de llegar al cementerio situado en el rincón del fondo, donde el sepulturero cavó un hoyo. Agrupadas en la galería, las mujeres se desternillaban de risa cada vez que pasábamos por ahí. Éramos tan felices al verlas soltar la carcajada que nosotros exagerábamos. Al pasar delante de ellas, el cura mascullaba unas oraciones en un latín de su invención, los llantos de las enlutadas se transformaban en alaridos de dolor, y del cortejo se elevaba un canto que pretendía ser fúnebre mientras que nos hacía reventar de risa, de lo discordantes que eran las voces del coro.

Al ver la alegría que provocó la ceremonia, a continuación, bodas y bautizos fueron celebrados por todo lo alto y con la misma alegría.

CAPÍTULO 38

EL PATIO COMERCIAL Y EL GRAN CUBO TRANSFORMABLE

(Bien se sabe que en cuanto se crea en una comunidad un núcleo bien organizado, donde sea que estemos, incluso en un campo de concentración, el vendedor, el explotador, el traficante y otros individuos de la misma calaña se las arreglan para vivir y enriquecerse a costa de los demás. Paradójicamente, estos parásitos contribuyen a la evolución de la comunidad de la que sacan provecho.)

Gracias a los sellos, que se convirtieron en nuestra moneda de intercambio, progresivamente, el espíritu mercantil condicionó muchas actividades recreativas. Aparecieron unas especies de tiendas en el patio. En los puestos hechos de cartón colocados encima de ladrillos apilados, o detrás de unos biombos hechos con papel de embalaje y tela de sacos, los vendedores exponían su mercancía : trapos, cajas de hojalata, frascos y pedazos de objetos de todo tipo, encontrados en la descarga municipal. Imitando a sus hermanos mayores, los pequeños (chicas y chicos) jugaban también a los vendedores. Se conformaban con vender y comprar, con dinero ficticio, legumbres (matas de hierba arrancadas al pie de los muros del corral), harina (tierra tamizada), pequeñitos ovillos de lana y muchas baratijas. Arrastrados por esta nueva y apasionante distracción, el doctor montó su farmacia para vender tisanas, cataplasmas, píldoras, polvos y otros medicamentos de su fabricación.

Al igual que en otras ocasiones, nuestros hermanos mayores se asociaron para montar un almacén de ropa y una peluquería. Para ello, decidieron subir del

EL REFUGIO

vertedero de hierros de la planta baja hasta el patio, un cubo metálico que medía más de dos metros de lado con cuatro de sus seis caras tapadas con chapas oxidadas. Todos los forzudos de la colonia ayudaron a arrastrarlo, levantarlo, apoyarlo sobre la baranda y empujarlo hasta arriba de la escalera, peldaño tras peldaño. A cada metro por poco había un accidente, pero al final, agotados y completamente colorados por el orín y sudando la gota gorda, consiguieron la proeza. Cuando apareció en el patio se oyó un ‘ ¡ viva ! ’ gritado en coro, seguido de un gran suspiro de alivio por parte de las madres. Sólo les quedaba voltear este dado gigante para colocarlo en el lugar escogido dejando como entrada una cara sin chapa.

El almacén de ropa con su peluquería de nuestros hermanos mayores, decorado y cerrado con tela de yute, tiras de papel y cartones, tenía muy buen aspecto. Por falta de telas, el papel y el cartón estaban de moda.

Desde entonces, las que se daban ya aires de mujercitas se paseaban entre los puestos mercantiles del patio. Se paraban delante los que vendían objetos heteróclitos, interesadas por uno, deseando otro, y contando, al igual que lo hacían sus madres, el ‘dinero’ que tenían en el monedero de cartón o de tela. El dinero no faltaba : los sellos corrientes abundaban.

Cuando las chicas entraban en la bonita tienda de ropa, éramos muchos en esperar que salieran. Aplaudíamos al verlas con unos vestidos y peinados estrafalarios. Temían tanto estropear su frágil conjunto que andaban despacito y procuraban no sentarse.

A los peluqueros no les faltaba clientela. Las chicas se hacían hacer rizos y los chicos, imberbes y con el cráneo rapado, se hacían afeitar la barba y la cabeza. Pero un día, un peluquero se pasó y se salió del juego utilizando verdaderas tijeras. Ocasiónó destrozos en los cabellos que se habían salvado del esquileo. La locura creativa del valiente fígaro provocó entre las madres ruidosos enfrentamientos.

Vendíamos también cosas personales, ya que todos sabíamos hacer algo. Fabricábamos yoyós en serie, joyas, bonitos plegados de papel, dibujos, moldes de arcilla, pitos, etc.

EL REFUGIO

La profusión de vendedores perturbó nuestro comercio tradicional : se practicó más el trueque y se usaba cada vez menos nuestro 'dinero'. Al final, no se sabía muy bien quien vendía y quien compraba.

El gran cubo, al que bastaba tender una cortina en el lado que quedaba abierto para transformarlo en vivienda, era muy práctico. Después de haber sido una tienda, se usó para retomar los espectáculos de marionetas, y sirvió de fortín, de cárcel y de palacio según a lo que jugábamos. Era también un refugio en el cual nos gustaba apretujarnos cuando llovía para, una vez cerrada la cortina, escuchar embobados la lluvia repiquetear sobre la chapa que era nuestro tejado.

Cuando había una gran tormenta, deseábamos que cayera una granizada para estar embriagados por el ruido infernal que nos sumergía. Cada vez que esto se producía, nos dábamos prisa empujándonos para ser los primeros dentro, ya que, puesto que éramos muchos, a los últimos en llegar se les impedía entrar. Numerosos eran entonces los que debían volver a la galería, calados hasta los huesos.

Cuando el sol pegaba fuerte, el más atrevido de nosotros, el Nano, nos desafiaba en poner la mano abierta sobre la chapa ardiente y aguantar lo más posible. Naturalmente, salía ganando.

Un día nublado, el Nano tuvo la idea de quemar paja en el interior mientras los voluntarios se subían descalzos sobre el tejado. Era al que saltaba el último del 'asador'. Muy rápidamente, levantábamos uno tras otro los pies hasta pisotear frenéticamente para poder soportar la quemazón de la chapa que resonaba tan fuerte, que no oíamos los gritos estridentes de las madres. A la vez que repiqueteábamos la chapa, nos desafiábamos con la mirada. Los más valientes persistían para eliminarse, cada uno habiéndose jurado que sería el último en saltar, sabiendo que, al igual que los demás, su madre le daría como recompensa una buena zurra.

Para participar a esta competición (y razón de más para ser consagrado campeón), hacía falta tener - y en general las teníamos - las plantas de los pies duras.

Nos desafiábamos también a andar descalzos sobre ascuas y sobre una capa de

EL REFUGIO

guijarral mezclado con cascos de botella machacados. Mal calzados desde niños, no nos molestaba mucho el andar descalzos (de allí, también, que nos tomaban por gitanos).

Después de haberlo desplazado, de darle la vuelta en cada cara, y haberlo colocado en cada rincón del corral según nuestro antojo, el gran cubo fue definitivamente adosado al muro que nos separaba de la esplanada ferial. Allí, lo usaríamos como mirador para contemplar la parte más conocida del mundo que nos rodeaba, de peldaño gigante para pasar por encima del muro de nuestra ‘cárcel’, y, por fin, de torreón y de fortaleza durante nuestra guerra contra los ‘gua-gua’.



CAPÍTULO 39
BICHITOS, NOSOTROS Y LOS DEMÁS

Se ponía de moda un pasatiempo pero muy rápidamente otro lo suplantaba, sin para ello eliminar el anterior del todo. Por eso, en el patio del refugio se jugaba a varios juegos, simultáneamente o alternativamente según el día.

Justo después de la comida, las madres nos exigían que nos quedáramos tranquilos ‘el tiempo de la digestión’. Los únicos que se veían obligados a acostarse eran los enfermos y los más pequeños.

Ya que nos imponían el silencio a principios de tarde, íbamos a sentarnos contra un muro y jugábamos a capturar moscas. Si ninguno tenía una herida reciente sobre una de sus piernas - o una antigua a la que quitábamos la costra - la mojábamos con un escupitajo a fin de atraerlas. La trampa tan sólo era un hilo que nuestras manos mantenían tendidas cerca del cebo, y lo hacían avanzar para agarrar las patas de la mosca que allí se posaba para chupar la saliva. Una vez capturada, nos divertíamos, o a decapitarlas para hacer dos hermosas figuras rojas simétricas, chafando para ello su cabeza en el pliegue de una hoja de papel blanco, o les arrancábamos las alas para hacerlas correr sobre un ‘moscodromo’ de nuestra invención, o en quemarlas persiguiéndolas con el rayo solar de una lupa.

Con estas lupas rudimentarias - cristales de gafas encontradas en el barranco -,

EL REFUGIO

ocasionábamos también el pánico y la muerte entre las hormigas, las lagartijas y los demás bichitos que tenían la mala suerte de ser capturados; y nos gustaba prender trapos y papeles negros, y hacer sobresaltar al distraído quemándole solapadamente con el rayo concentrado el brazo, la pierna o una nalga.

Los ratones tampoco se libraban de nuestra crueldad. Una vez, colocamos a uno de ellos (capturado vivo) en una profunda y estrecha lata de conserva, en la que lo torturamos con nuestros rayos de sol mortales. Antes de sucumbir, el pobre animalito daba unos chillidos debatiéndose desesperadamente durante largos minutos, mientras que de la lata se escapaba un humo acre. Para hacernos perdonar nuestra crueldad, le hicimos un entierro pomposo.

Menos mal que estos diabólicos pasatiempos acababan por repelernos, no porque el remordimiento atormentaba nuestras conciencias, sino porque de vez en cuando sentíamos la necesidad de correr. Aunque enclenques y teniendo siempre hambre, éramos incansables.

Las hormigas-reinas no tuvieron suerte al establecer, mucho antes de nuestra llegada al refugio, su reino en el terreno abandonado que llamamos corral. Estoy seguro que las que no fueron carbonizadas o ahogadas fueron chafadas por nuestros numerosos pisoteos.

Al igual que cuando formamos grupos para contarnos aventuras, los más dominantes de la banda intentaban atraer en 'su' juego el número más importante de participantes. Lo cual, en el corral se jugaba simultáneamente al pilla-pilla alrededor de ladrillos esparcidos por el suelo, a perseguirnos, a desafiarnos a la lucha, a las corridas de toros, etc. Nos gustaba también dividirnos en dos equipos para enfrentarnos al fútbol (con una pelota hecha de trapos atados con unas cuerdas), a combates de caballería (los unos subidos a horcajadas en las espaldas de los demás), y a otros juegos que nos hacían morder el polvo. Uno de ellos, llamado 'Sota, Caballo y Rey' era particularmente violento. Así se jugaba :

El equipo echado a suerte formaba una fila de espaldas, cada uno poniendo su cabeza entre las piernas del que tenía delante, - la frente del primero colocada en las

EL REFUGIO

manos entrelazadas del voluntario que se quedaba de pie, la espalda pegada al muro. Uno tras otro, los adversarios tomaban impulso y saltaban sobre dicha fila, lo más lejos posible para dejar sitio al siguiente, sabiendo que debían conservar la postura obtenida al final del salto. Una vez estos últimos montados a horcajadas sobre las espaldas más o menos sacudidas por los golpetazos que recibían de los saltadores, los 'jueces' contaban hasta veinte. Bastaba con que uno se moviera para que su equipo cogiera el lugar de los adversarios. Por su parte, los que formaban la fila de espaldas debían mantenerse firmes. Muchas veces, un saltador arrastraba en su caída inevitable a otros de su equipo por haber calculado mal su impulso; o también, bajo la violencia de los impactos, las espaldas se doblaban hasta derrumbarse lamentablemente.

El juego 'del abejorro', sobre todo practicado por los hermanos mayores, era tan brutal y absurdo que prefiero no comentarlo.

Otras veces hacíamos carreras a gatas, carreras de sacos, con zancos, con latas de conserva y resortes de somier atados a las suelas de nuestros zapatos, etc. ¿Cuántas veces habremos recorrido de un lado a otro el corral jugando al potro y a la pídola?

A parte del garigay indescriptible del corral, había los que, sentados en grupo alrededor de un ladrillo que les servía de mesa, jugaban a las cartas y otros a las damas, al parchís, al juego de la oca, etc. Cartas, tableros y figurillas eran dibujadas y recortadas en cartón, y los dados y peones en pedazos de madera o de corcho. Con la misma calma que estos últimos, unas chicas jugaban con sus muñecas o a la taba con los huesesillos adecuados (que encontrábamos en la descarga municipal), mientras otras jugaban al corro, a la rayuela, a saltar a la comba, y a otros juegos en los que participaban los más pequeños.

No, ¡ nunca volvimos a ver en ningún patio de recreo jugar a tantos juegos a la vez, ni a oír semejante cacofonía !

A veces, unos colegiales nos miraban discreta y curiosamente a través de las rendijas de la puerta del corral. Los espantábamos tirándoles socarronamente agua o

EL REFUGIO

puñados de tierra. A veces se rendían tirándonos a su vez unos terrones por encima del muro.

Ir al retrete era tomar riesgos : al que no le bloqueaban la puerta le tiraban por lo alto de esta agua con un bote. Los más pequeños se ponían de cuclillas contra el muro bajo la vigilancia de una hermana que, después, los volvía a vestir y recogía la caca con un pedazo de cartón para ir a tirarla al agujero del retrete.

Un niño tenía una particularidad que intrigaba a todos nosotros : cada vez que hacía de vientre, se paseaba sin bragas, ya que un trozo de mondongo rojizo y arrugado le colgaba del ano. Esta visión nos daba tanto asco que ni nos acercábamos a él. Poco a poco, esta extraña curiosidad menguaba hasta desaparecer completamente. Su mamá explicó a las demás madres que su hijo tenía esta anomalía desde bebé. Podían operarle sin riesgo, pero desgraciadamente, para ello necesitaba esperar días mejores.

Teniéndolo todo en cuenta, éramos todos unos fenómenos, porque todos teníamos rodillas, codos y dedos cubiertos de magulladuras sanguinolentas, arañazos con la sangre coagulada y costras negruzcas. Los cráneos rapados tenían chichones, rasguños y hematomas colorados por su ciclo evolutivo o regresivo. Las hemorragias nasales, los labios partidos, los dientes rotos y los ojos a la funerala eran numerosos. Una llaga no terminaba de cicatrizar que un nuevo golpe le arrancaba la costra, por el mayor gozo de las moscas. Menos mal que gracias a las numerosas vacunas que nos administraron al pasar la frontera, y al llegar a esta ciudad, estábamos totalmente inmunizados contra cualquier infección. ¡ Creo que los microbios huían de nosotros tal un ratón al ver un gato !

De tan absortos que estábamos por el juego, dejábamos que los mocos nos colgaran de la nariz hasta quitárnoslos de un manotazo. A pesar de todos los cuidados que nos prodigaban las madres, en comparación con los niños franceses bien arreglados y peinados, es cierto que algunos de nosotros parecían a los gitanillos con los que la población nos comparaba.

A veces, entre dos juegos agotadores, cada uno mostraba lo que era capaz de

EL REFUGIO

hacer con sus manos o sus músculos. Había los que sabían hacer muecas increíbles, como mover las orejas, tocarse la punta de la nariz con la lengua, contorsionarse de forma extraña brazos y piernas, etc. Éramos muy pocos a ser ‘anormales’, y es que además de no saber hacer nada, éramos incapaces de imitar las proezas inverosímiles de estos amigos.

El Nano era el más sorprendente de todos. Su cuerpo y sus miembros eran tan elásticos que parecían estar hechos de goma. Además, su audacia era asombrosa. Cualquier excusa era buena para lanzarnos desafíos. Las pruebas que nos proponía a veces daban miedo. Fue él, siendo el campeón, el que nos inició a plantar, cada vez más rápidamente, y con los ojos vendados, la punta de un cuchillo entre los dedos de nuestra mano abierta apoyada en una madera. El desafío más loco que lanzó - y que hizo -, fue el de atravesarse la palma de la mano izquierda con una larga aguja. Fue sin pestañear que nos mostró donde y como teníamos que clavarla sin miedo, levantando triunfalmente su mano, la cual ni siquiera sangraba. No pasaba un día sin que cometiera una barbaridad de este tipo. Se paseaba con imperdibles hincados en la piel de sus brazos; era el único en atravesar el patio andando sobre las manos, en apagar la extremidad de un palo encendido metiéndoselo en la boca y en realizar otras proezas que nos horrorizaban.

Si me hubiesen dicho, años más tarde, que el Nano trabajaba en un circo, me lo hubiese creído.

CAPÍTULO 40
EL JUEGO DE LAS NACIONES

Cuando caía un chaparrón, el patio se transformaba en un terreno fangoso. Claro está, preferíamos el sol a la lluvia, pero como sabíamos sacar provecho de todas las circunstancias, nos conformábamos con cierta alegría. A veces, la lluvia nos incitaba a encerrarnos en la ‘piscina cubierta’ que era para nosotros el cuarto que servía de pajar. Allí, sin correr el riesgo de hacernos daño, nos tirábamos y nos divertíamos a enterrarnos los unos a los otros bajo grandes brazadas de paja. Ocurría a menudo que nos veíamos obligados en parar el combate para sacar al que gritaba bajo el montón de paja que lo ahogaba. Otras veces, nos entreteníamos juntitos en un rincón protegido de la lluvia para escuchar un cuento, o jugábamos con los adultos a adivinanzas o a divertidos juegos de sociedad.

En cuanto se paraba la lluvia, salíamos como una banda de patos a fin de chapotear con los pies descalzos en los charcos de agua fangosa del corral. Una vez pasada la euforia, escogíamos una superficie adecuada para jugar ‘a las naciones’.

Así es como llamábamos al juego que consistía en abrir canales para unir los charcos (los pequeños siendo para nosotros mares y los grandes océanos). Amontonábamos o cavábamos tierra para formar islas y delimitar las naciones.

- Éste es un juego tranquilo, apasionante e instructivo, nos decían los hermanos mayores que dirigían las obras.

EL REFUGIO

También era un juego muy sucio. A veces resbalábamos en una península y, perdiendo el equilibrio, nos caíamos en un océano cuya agua fangosa les salpicaba a los obreros de las naciones cercanas. Cuando nos inclinábamos sobre un mar para modificar las delimitaciones de un golfo, un idiota solía no resistirse al placer de tirar un ladrillo en el agua y... ¡ pluf ! , nos chorreaba barro de la cabeza a los pies. Al final del día, estábamos tan sucios que les costaba a las madres reconocer a sus hijos. Este juego tuvo también, los días soleados, tanto éxito que eclipsó a las demás distracciones durante algunos días.

Después de allanar buena superficie del corral, construíamos nuestro mapamundi en relieve empezando por cavar los mares, los lagos y los ríos. Construíamos puentes, embalses y canales para que el agua hiciera girar las ruedas de los molinos. Sobre las islas y los continentes se modelaban montañas, valles y planicies. No se nos olvidaba ningún detalle en nuestra maqueta geográfica. Había cabañas, ciudades y castillos contruidos con trozos de madera, cartón y papel. El barro era nuestro mortero. Al igual que España, situábamos las capitales en medio de cada nación. Nos parecía que así debía de ser. Madrid, - y de ello estábamos orgullosos -, era la única capital entre las de los países del planisferio del calendario que encontramos en el barranco que merecía el título de capital ya que marcaba el centro geográfico de su nación.

Bordeábamos las carreteras y los ríos con árboles representados por unas matas trasplantadas; los puertos tenían su muelle, su faro y su flotilla de barcos de papel. Eran muchas las islas, y varios mares comunicaban entre ellos mediante estrechos de Gibraltar.

La obra terminada, llenábamos un gran bidón con agua que íbamos a buscar con recipientes al grifo del refectorio. Cuando este depósito estaba colmado, el elegido para retirar el tapón que obstruía el agujero que habíamos hecho en su base gritaba :

- ¿Listos?

Todos, pequeños y grandes, e incluso unas madres, acudían para asistir al espectáculo. Después de haber echado un último vistazo a las superestructuras de la

EL REFUGIO

gran maqueta geográfica gritábamos al unísono :

- ¡ Agua !

Siguiendo una acequia, el agua salía del bidón, llenaba el lago superior, que a su vez alimentaba los ríos, que a su vez alimentaban los lagos, mares y océanos. Una vez llenos estos últimos se producían las catástrofes : ciertas islas se sumergían; un embalse se reventaba y la riada de ciertos ríos se llevaba puentes, molinos e inundaba ciudades.

- ¡ Pon el tapón ! gritaban todos al responsable del agua.

Nos dábamos prisa para consolidar los embalses, sublevar los muelles que protegían las ciudades, cavar más hondo, ensanchar o desviar ríos, suprimir todo lo que se había construido demasiado bajo respecto a la desnivelación del suelo.

- ¡ Agua !

Nuestra admiración duraba el tiempo que ponía el agua para llenar sus lechos. Después, a pesar de añadir montones de tierra en las costas que bordeaban los mares y en las orillas de los lagos y de los ríos, de nuevo el agua derrumbaba puentes, embalses, istmos e islas; el agua socovaba las laderas de los montes y de los valles provocando embalses, que a su vez, inundaban ciudades. En un principio, reparábamos los estragos conforme se iban produciendo : cavábamos allí, construíamos allá deprisa y corriendo una presa para controlar un torrente; aquí sublevábamos un dique, etc. Al final, cansado de jugar, sin pedir la opinión a los demás, alguien gritaba :

- ¡ Qué corra el agua !

Se retiraba el tapón y... era el cataclismo. Después de haber destruido la tercera parte de nuestra obra, el agua se escapaba para alimentar la red de riachuelos que se extendía sobre una gran superficie del corral.

Así es como, para nuestra gran alegría, destruíamos en pocos minutos lo que nos había costado horas de trabajo y placer.

Y al día siguiente volvíamos con lo mismo, mejorando la defensa de nuestras

EL REFUGIO

naciones contra las riadas devastadoras de los ríos.



CAPÍTULO 41
EL POLVO DE CORCHO

Un día, no encontramos mejor idea que la de jugar con el polvo de corcho. Como ya se sabe, el refugio estaba lleno de sacos llenos de polvo de esta corteza. Además del impresionante apilamiento de sacos contra el muro izquierdo del hall que nos servía de comedor, otro, de metro y medio de altura cubría el suelo de la sala lindante con la que servía de pajar.

Este polvo tenía la finura y el aspecto que tiene el que llaman polvo de arroz, con el que las mujeres se empolvan la cara. Penetraba cualquier espacio para cubrirlo todo. Cuando no llovía, contaminaba el aire que respirábamos. Cualquier rayo de luz que entraba en las habitaciones revelaba una concentración tan excesiva de partículas resplandecientes de esta materia que casi se podía palpar.

Este polvo, cuyo recuerdo ha permanecido en mi memoria, se incrustaba en los poros de la piel. Era muy difícil quitárnoslo de encima porque cuando se mojaba se pegaba a la piel y a la ropa. Nos irritaba los oídos, la nariz, la garganta y los ojos, que se ponían rojos como los de un conejo blanco.

Llenábamos cucuruchos de papel con el polvo del saco que perforábamos y nos perseguíamos para empolvorearnos los unos a los otros.

Una vez, a uno de nosotros se le cortó la respiración por culpa de un puñado de polvo que recibió en la boca mientras se reía a carcajadas. Su cara congestionada y

EL REFUGIO

sus ojos desorbitados daban miedo : se asfixiaba de verdad. Parecía un pez sacado del agua. Menos mal que alguien tuvo de pronto la idea de conducirlo abajo en el hall y ponerle la boquilla del grifo en la boca. Con gorgoteos que nos daban náusea, se puso a devolver el agua que le forzábamos a tragar y todo lo que tenía en el estómago. El pobre se quedó toda la tarde acurrucado en un rincón del corral, mirándonos jugar con cara de moribundo y tosiqueando. Tardó mucho en recobrar una respiración normal.

No fue la única víctima de este juego estúpido. Nos quedábamos también ciegos durante muchos minutos cuando nos tirábamos polvo en plena cara. En este caso, se llevaba también a la víctima hasta el grifo de la planta baja para que se aclarara abundantemente los ojos.

Si lo tirábamos al fuego, este satánico polvo prendía igual que la pólvora. Esta particularidad nos dio la idea de fabricar petardos, pero fue en vano. Para ello, lo mejor seguía siendo el añorado carburo.

Una tarde, sin que lo supieran las madres, nuestros hermanos mayores vaciaron varios sacos de este polvo en medio del corral a fin de recuperar la tela y, para divertirse le prendieron fuego. Rápidamente, el montón de polvo se cubrió de una costra negruzca y ligeramente humeante en las resquebraduras de la cual aparecía el reflejo rojo del fuego que lo consumía. Bastaba acariciarlo con un bastón, tirar una piedra, o incluso soplar hacia él para verlo echar chispas, igual que lo hacen los volcanes que entran en erupción.

Tomando impulso, saltábamos uno por uno encima de la hoguera durmiente. Cuando menos lo esperábamos, un imbécil tiraba un ladrillo debajo del saltador en el aire. Al aterrizar, éste último pataleaba como un loco para deshacerse de las partículas incandescentes que lo cubrían.

Al igual que para la noche de San Juan, formábamos un círculo alrededor del montón de polvo humeante, esperando, nerviosísimos, que alguien tirara un ladrillo. La explosión seguida de la crepitación de las partículas ardientes era tal que nos dispersábamos gritando y gesticulando como si nos atacara un enjambre de abejas. Y

EL REFUGIO

hacíamos de nuevo el coro esperando, a la vez con alegría y con miedo, un nuevo estallido seguido de una lluvia de chispas.

Teníamos todos el pelo, las pestañas y las cejas chamuscados.

Naturalmente, las madres, que tenían la fobia del fuego, nos apartaron de la hoguera chillando y riñendo a sus hijos mayores. Para apagarla, empezaron por tirarle un cubo de agua, cuyo impacto provocó tal erupción de chispas que huyeron asustadas por el extraño fuego que el agua reanimaba.

Es verdad que no era fácil apagarlo. En realidad, sólo una buena lluvia, o la aspersion importante de una regadera conseguía apagar el fuego que consumía solapadamente el polvo cubierto de un caparazón de cenizas negruzcas.

Las numerosas fábricas de corchos de la ciudad se deshacían de este polvo dejándolo consumirse día y noche en los descampados.

(Una vez fuera del refugio, cuando nos enterábamos que habían prendido un montón de este polvo en un lugar apartado de las viviendas, íbamos, al igual que nuestros amigos franceses, a jugar con él y a saltarlo tal como lo acabo de contar.)



CAPÍTULO 42
EL TESORO DEL DESVÁN

Mientras duró nuestra estancia en el refugio, estuvimos obsesionados por la búsqueda de un escondite en la colmena que era el refugio.

Un día lluvioso, algunos de nosotros decidimos hacernos un escondite en el cuarto lleno de sacos de polvo de corcho. Respirando una atmósfera saturada de ese polvo volátil, abrimos un túnel modificando el apilamiento de los sacos. Después de muchos esfuerzos y de accesos de tos, a pesar de tener la boca amordazada, llegamos a la ventana que tenía los cristales velados por unas telarañas polvorientas. Sin vacilar rompimos uno para poder respirar. Fue en el fondo de ese pasadizo, del cual cerramos la entrada desplazando un saco, donde nos juntábamos para charlar, pero también para mostrarnos y contar los primeros pelos que nos salían, y compararnos el atributo de nuestra masculinidad.

Los que fueron mantenidos apartados por haberse negado a participar al trabajo, se pusieron celosos y acabaron por subirse al apilamiento de sacos para, - dijeron - , asustarnos. Y fue la catástrofe : el edificio se derrumbó, sepultando a los seis que nos escondimos ahí. Oyendo nuestros gritos de socorro, los hermanos mayores acudieron y se apresuraron para salvarnos in extremis del asfixio. Además tuvieron la prudencia de no decir nada a las madres con el fin de evitarnos un severo castigo.

Era sobre todo cuando hacía mal tiempo que a veces jugábamos al escondite.

EL REFUGIO

En efecto, ese juego es uno de los más sencillos que existen pero, siendo nosotros los protagonistas y practicándolo en el refugio, resultaba apasionante.

Después de descubrir el escondite subterráneo de la chimenea, la fábrica abandonada de tapones de corcho ya no tenía rincones secretos para los hurones que éramos. Los que lograban todavía encontrar, y hacerse un buen escondite entre las máquinas, bien se guardaban en revelarlo, pero como el juego se repetía, no tardaba en ser conocido de todos.

El desván era el único lugar inexplorado del refugio. Estábamos convencidos de que no había nada por descubrir a parte de lo que podíamos ver del umbral de su puerta : un embrollo de vigas y de viguetas bajo un caparazón de tejas separadas en varios sitios, y que se esfumaba en la penumbra. Por cierto, nos era prohibido ir al desván, pero no era una razón suficiente para explicar nuestra indiferencia por ese lugar ya que, por principio, los niños tienen tendencia en hacer lo que les es prohibido.

Fue la búsqueda de un buen escondite la que incitó al trío inseparable que formábamos, Chema, Antonio y yo, a aventurarnos en el entrelazamiento de vigas y de espigas polvorientas.

Gran fue nuestra sorpresa cuando nuestra lenta progresión a tientas fue parada por un tabique, en el bajo del cual había un pequeño portillo cerrado con un pestillo de madera. ¡ Un paso ! , no hacía falta más para avivar nuestra imaginación aventurera.

La entrada era tan pequeña que tuvimos que pasar por ella a gatas. Nos encontramos en un cuartucho abuhardillado con, en el techo, un modesto tragaluz cuyo estrecho haz luminoso iluminaba un cofre. Nuestro regocijo fue tal que.... en lo que se refiere a mí, soy incapaz de describirlo. De un mismo arrebató, nos arrodillamos a su alrededor.

En realidad, tan sólo era un viejo baúl mundo de madera con una tapa redondeada, cubierto con papel marrón descolorido, cuyo contorno estaba reforzado por unas nervaduras destacadas, galoneadas de clavos con cabeza gorda y

EL REFUGIO

abombada, y cuyos picos estaban guarnecidos de herrajes oxidados.

No encerraba ningún tesoro, al menos, tal como lo imaginábamos antes de abrirlo. Tan sólo contenía viejos registros de cuentas, periódicos amarillentos, papeleo y dos libros grandes encartonados. Total, papel para echar lumbre. Pero, al hojear los libros, descubrimos que eran abundantemente ilustrados con tiras en color.

Antes de volver a la luz para examinarlos con atención, ese hallazgo nos incitó a seguir nuestras investigaciones, esperando descubrir el escondite de otro baúl. Desgraciadamente, después de haber explorado meticulosamente toda la superficie asequible, sin encontrar nada más, bajamos radiantes de alegría.

Escondiéndonos detrás de la puerta entreabierta del rellano desierto, hojeamos, excitados del todo, los dos libros estupendamente encuadernados. Soy incapaz de describir nuestra exaltación y, en particular, hasta qué punto fui estupefacto al ver que las ilustraciones anatómicas del primer tomo, mostraban, en detalle, los órganos genitales, masculinos y femeninos, sus funciones y sus enfermedades. Unas tiras mostraban también la evolución del feto en el vientre de la mujer, y las fases del alumbramiento. (Es muy fácil adivinar de qué orden era la importancia de semejantes imágenes entre las manos de unos chavales de once años, sabiendo que entonces eso era un tema tabú).

Unas tiras comparaban unas vulvas y unos penes velludos sanos con otros enfermos, entre los cuales algunos corroídos por unos chancros horribles. Estábamos atraídos por las imágenes del cuerpo femenino y, en particular, por las que mostraban su sexo en todos los aspectos.

Como seguramente todos los chicos, a veces nos reuníamos a escondidas para charlar sobre los misterios de nuestro nacimiento. Cuando, al crecer, estábamos seguros (porque nuestra madre nos decía por qué a veces tenía el vientre anormalmente 'gordo') de que éramos 'hechos' - justamente - en su vientre, nos preguntábamos por cual orificio salíamos el día de nuestro nacimiento. (Conocer cómo habíamos entrado bajo la forma de una semilla, no nos preocupaba aún). Sólo

EL REFUGIO

había dos que nos daban pábulo a discusión : el ano y el ombligo. Y era este último el que nos parecía el más verosímil. La mayoría de entre nosotros estaba convencida de que esta cicatriz redonda y profunda se dilataba para dejar salir al bebé. A los que dudaban de eso afirmando que los hombres también tienen ombligo, les replicábamos que los hombres también tienen dos tetas, pero que sólo las de las mujeres engordan para dar leche. Algunos pretendían, por haber visto a sus madres encintas ir al hospital, que les abrían el vientre para liberar al bebé.

Las ilustraciones del maravilloso libro nos enseñaban que el ombligo era la cicatriz dejada por el cordón umbilical que unía el feto a la madre, y que el bebé salía por donde entraba la semilla.

Para nosotros, que estábamos convencidos de que el sexo era, simplemente, lo que diferenciaba el hombre de la mujer, nuestro descubrimiento fue un impacto inaudito. El libro que acabábamos de encontrar en el baúl del desván del refugio respondía claramente a la mar de preguntas que nos hacíamos sobre este tema, ¡ oh cuan interesante ! ¡ Cuánto aprendimos durante el tiempo que tardamos en hojear las ilustraciones y cuánto lamentábamos no saber leer francés !

Sabiendo pertinentemente que teníamos entre las manos imágenes que podían revolucionar el refugio, lo importante era que no nos pillaran con ellas. Poniéndonos de acuerdo, arrancamos meticulosamente las ilustraciones y, una vez que estuvimos seguros de que nadie podía vernos, subimos de nuevo al desván para disimularlas debajo de las tablillas de un rincón del suelo.

La posesión de semejante colección de estampas nos hizo olvidar todas nuestras otras riquezas. Poco nos importaba la más bonita de las colecciones de sellos. ¡ Olvidadas las estampas que contaban el descubrimiento de América por Cristóbal Colón ! Esta vez, éramos nosotros los que acabábamos de descubrir algo que, para nosotros, sobrepasaba lo del Nuevo Mundo. Como no podíamos leer el libro, muchas imágenes nos llamaban la atención, pero lo que nuestros ojos veían era tan

EL REFUGIO

prodigioso que los detalles nos importaban poco.

Nuestro gozo era tan grande que no pudimos resistir al placer de que dos o tres de nuestros mejores amigos beneficiaran de nuestro descubrimiento. Con ellos nos escondíamos para ver, volver a ver y comentar las inestimables tiras anatómicas.

Como a pesar de haber jurado no revelar nuestro secreto, otros amigos metían prisas para que les enseñáramos nuestra sensacional colección de imágenes, decidimos compartirlas entre nosotros tres echando pajas. Fue una solución estúpida ya que cada uno tenía la libertad de mostrar las suyas al que él quería; pero, francamente, cómo hubiéramos podido guardar un secreto cuya importancia nos sobrepasaba.

Convencidos de nuestros conocimientos, desafiábamos a las chicas sobre este tema fingiendo grandes aires de superioridad y haciendo al mismo tiempo los fanfarrones :

- Podemos demostraros que sabemos cien veces más cosas que vosotras sobre el sexo.

Primero sofocadas por nuestras palabras ambiguas, terminaron por mandarnos a la porra cada vez que las molestábamos así. Ofendidos por su indiferencia, nos atrevimos a mostrarles, solapadamente un pene en erección. Algunas se conformaron con alzar los hombros con desdén y otras se alejaron tratándonos de ser unos asquerosos; pero, las más desvergonzadas nos pedían mostrárselo más y más, lo que hacíamos para ver sus muecas extrañas.

Cogiéndonos desprevenidos, una de ellas llamó a su hermana mayor que pasaba por ahí y nos pidió enseñarle nuestra estampa. Como no queríamos - y con razón - hacerlo, ella y las demás nos amenazaron con ir a denunciarnos a las madres.

- ¿Y qué? se exclamó la moza echándole un vistazo al pene poniendo un hocico divertido. ¿Por qué tanto misterio para mostrarme el pulgar de una mano?

Y el más descarado de nosotros de contestarle : - 'Si es un pulgar, ¿por qué no tiene uña, eh?'

Desde ese instante, de chico en chica y de chica en moza, la noticia no tardó en

EL REFUGIO

llegar a los oídos de los hermanos mayores y, lo que era más grave aún, a los de las madres. Entonces, entre las madres y sus hijos empezó una carrera a todo gas para averiguar la realidad del rumor increíble que puso el refugio en estado de agitación extrema.

En cuanto los hermanos mayores barruntaron que habíamos encontrado una colección de imágenes ‘licenciosas’, se apresuraron a hacernos propuestas miríficas para apropiárselas. ¡ Increíble ! a cambio, uno de ellos nos ofrecía su magnífica navaja suiza de seis lamas y otro, diez sellos rarísimos.

Bien informadas por las chicas, las madres nos arrinconaron y, con una mano en la cadera y con la otra tendida, nos intimaron entregarles inmediatamente nuestras ‘fotos’ escandalosas, soltándonos solamente si nos sometíamos. Los que poseían imágenes, después de restituir las, conseguían salvarse del apuro con un par de bofetadas. Sin embargo, las madres eran mucho más severas con los que trataban de mentirosos cuando, en realidad, no tenían imágenes, y algunos ni siquiera no tuvieron el placer de verlas.

A pesar de las propuestas atractivas de nuestros hermanos mayores y de la extrema rudeza de las madres, la recuperación de las ‘estampas’ duró un día o dos ya que, si al principio, tan sólo éramos tres en poseerlas, muchas de entre ellas fueron trocadas contra no sé el qué y con no sé quién.

Así como las recuperaban las madres las quemaban a la vista de todos.

Cuando esa peripecia finalizó, éramos pocos en saber que algunas imágenes habían escapado a la confiscación, pero nunca supimos lo que fue de ellas. Desde luego, yo, no guardé ninguna.

Las madres no juzgaron necesario confiscarnos el segundo tomo encontrado en el desván, cuyas numerosas tiras en color mostraban los suplicios practicados a través el mundo.

Quizás no tuvieron razón en dejárnoslo, porque algunas imágenes mostraban suplicios particularmente crueles y refinados. Nos horrorizaban las que mostraban a hombres y mujeres sufriendo, bajo el suplicio del agua, del fuego, de las hojas

EL REFUGIO

cortantes, de los agujones, de los animales salvajes, de los insectos voraces, etc. También, algunas nos mostraban cuerpos quemados, descuartizados, ahorcados, despedazados, despellejados vivos, etc. Era imposible para nosotros decir si los suplicios de Asia eran más bárbaros que los de África o de Oceanía, o si los de América sobrepasaban en crueldad los de Europa.

Dos o tres tiras mostraban la variedad de instrumentos de los que se servían los torturadores, así como los verdugos para infligir la pregunta a los condenados. Creo que ninguna de las atrocidades de las que el hombre es capaz había sido olvidada en ese libro.

Realmente, estas imágenes de supliciados con el cuerpo desnudo rociando sangre y gesticulando de dolor extremo, les provocaron pesadillas a más de uno.



Tercera parte :
EL REFUGIO (II)
y epílogo

CAPÍTULO 43

DESENTERRAMIENTO DE LA HACHA DE GUERRA

A causa de los acontecimientos externos de los que las madres no tenían el menor conocimiento, las autoridades controlaban con más severidad las salidas del refugio. Para nosotros, los chavales, era diferente, ya que lográbamos encontrar el fallo que nos permitía salir. Sí, pero cuando se localizaba a algunos de nosotros fuera de los muros de nuestra ‘cárcel’, el comisario se presentaba en el refugio para apuntar los nombres de los ‘fugitivos’.

Las madres le juraban al guarda que nos vigilarían mejor en el futuro, y no dudaban, en fianza de sumisión, en corregirnos delante de él. Las madres españolas tenían la fama de defender a su prole de la misma manera que la tigresa defiende a sus cachorros, por eso, a veces, no entendíamos su severidad.

(Era probablemente para preservar la poca libertad que les permitía desenvolverse para ganar algunas perras que las madres no rechistaban cuando el comisario irritado, y sobretodo los gendarmes, las regañaban, a veces muy severamente. Es verdad que nosotros, refugiados españoles, éramos como unos náufragos caídos en un cercado gobernado y rodeado por un pueblo hostil, el cual, para empezar, no había encontrado cosa mejor que la de encerrarnos separados y alejados de nuestros padres. El tono con el cual nos llamaban los ‘rojos’ no era muy

EL REFUGIO

tranquilizador.)

No, no puedo decir que durante nuestra estancia en el hotel de los Rini nuestras relaciones con los colegiales franceses fueron muy amistosas. Aunque jugábamos a menudo juntos, aprovechábamos del menor desacuerdo para intercambiarnos virulentas y groseras injurias que hoy llamaríamos racistas. Pero mientras tuvimos la libertad de jugar en el barrio del hotel, nuestras agarradas, tanto verbales como físicas, sólo duraban el tiempo que tardábamos en reunirnos para hacer frente a los que nos insultaban. A menudo estas confrontaciones interrumpían los juegos que organizábamos juntos. Nuestra reclusión en el estrecho refugio aumentó nuestras relaciones conflictivas.

(Los perros encerrados en una jaula, o atados, ladran más fuerte y son más ariscos que cuando están sueltos. Hasta se vuelven rabiosos si uno viene a provocarlos a través de los barrotes. Al privarnos de la poca libertad que teníamos, pero que nos estimulaba a despabilarnos, hicieron de nosotros unos pillos rencorosos. Hay que decir que los ‘gua-gua’ venían a menudo a chincharnos desde el umbral del hall y a través de los barrotes de la puerta del corral. Imitando a los estúpidos adultos, no se privaban de gritarnos :

- Eh ! vous, sales rouges ! (¡ Eh ! ¡ vosotros ! ¡ malditos rojos !)

Como en su mayoría, los colegiales franceses llevaban una blusa, abrochada a la rusa, y una boina negras, les respondíamos imitando el grito del cuervo.

Desde el vertedero hasta las escuelas tan sólo había doscientos metros. Estábamos atraídos por el alboroto de las clases en el recreo. Unos montados en los hombros de otros, los últimos de nuestra torre humana podían echar un vistazo a un patio muy diferente de nuestro corral. La aparición de nuestras cabezas por encima de la albardilla de la alta pared era saludada por una batahola indescriptible. Nos hubiera gustado encontrarnos dentro, pero todas las peticiones hechas por las madres para escolarizarnos se veían rechazadas. (Es en el temperamento de los niños querer ir a la escuela si ésta les es cerrada, pero cuando están en ella sueñan con hacer novillos).

EL REFUGIO

Algunas tardes, asistíamos de lejos a la salida de los colegiales. Los mirábamos, nos miraban y, como debía ocurrir, porque así ocurre en el mundo de los niños, la riña estalló entre ambas comunidades.

En cada confrontación, nos quedábamos separados por un gran espacio que ni los unos ni los otros nos atrevíamos a cruzar. Los franceses nos apostrofaban con desdén y nos dirigían unos gestos obscenos. Agrupados y respetando la distancia, les contestábamos de la misma manera. Como no nos comprendíamos, no nos privábamos de tratarnos de todos los nombres indecentes. En cambio, los gestos, ellos, sólo necesitaban los ojos para ser entendidos por los unos como por los otros.

¿Cuál de los dos bandos violó un día la tierra de nadie que nos mantenía a distancia respetable? A lo mejor una piedra había sido lanzada; a lo mejor los gestos provocadores y obscenos terminaron por sacar de quicio a los más susceptibles. Total, después de habernos observado detenidamente la pelea estalló, la verdadera pelea, la que, en los recuerdos de todos los niños ocupa un lugar muy grande. Y es normal, puesto que somos los hijos de los hombres.

Cuando estábamos poseídos por el demonio batallador, el más tiñoso de nosotros - el Nano, por supuesto - tomaba automáticamente el mando. Una tarde, en la que los colegiales estaban más burlones que de costumbre, nuestro capitán fue valientemente hacia ellos apuntándolos con la hoja de su navaja. Sabiendo que en esa extensa escuela enseñaban más allá del certificado de estudios primarios, el número de alumnos era considerable. Al ver a nuestro jefe desafiarlos con su lamentable navaja, todos los colegiales, pequeños y grandes, lo rodearon y lograron, no sin dificultad, darle una paliza. Nos gritaba : - ‘ ¡ Venid a mi socorro ! ’, mientras, perseguidos por una multitud de ‘gua-gua’, nos largábamos en un sálvase quien pueda despampanante hacia el refugio, el bien nombrado.

El Nano nos alcanzó bastante tiempo después, y en un estado que daba lástima : su camisa flotaba fuera de su pantalón, sangraba por la nariz, tenía un ojo a la funerala, y lloraba, no de dolor sino de rabia.

Al día siguiente, a la hora de la salida del colegio, estábamos todos escondidos

EL REFUGIO

detrás de los plátanos con los bolsillos llenos de piedras. Tan pronto como uno de los dos batientes de la gran puerta se abrió, acogimos a pedradas a los colegiales que se precipitaban fuera, cosa que les obligó a retroceder para protegerse. Después de haber golpeado la puerta maciza, alzando el tiro, nuestros proyectiles pasaron del otro lado de la pared, devolviéndonos los gritos de los colegiales. La puerta se entreabrió y, sacando con precaución la cabeza por el resquicio, un maestro se dirigió a nosotros en español. Obedeciéndole, levantamos el sitio y tomamos la dirección de nuestra base, orgullosos de haber logrado nuestra misión punitiva.

La misma noche, mientras jugábamos en el corral esperando la noche, una lluvia de piedras y de terrones proveniente del ferial nos obligó a ponernos a cubierto. La hacha de guerra estaba totalmente desenterrada ! Nada ya de payasadas y de escaramuzas. Los enfrentamientos de envergadura eran para pronto.



EL REFUGIO

CAPÍTULO 44 EL SITIO DEL REFUGIO

Fue algunos días después del ‘atentado’ fallido (¡ menos mal !) contra Eva cuando estalló la ‘guerra’ entre las dos nacionalidades infantiles. Hasta entonces, habíamos tenido numerosas escaramuzas, con perseguimientos e intercambios de piedras, pero eso no era nada en comparación con las camorras despiadadas que íbamos a librar a continuación.

Ya no se pasaba ni un día sin alarma. Al salir del colegio, los ‘gua-gua’ se agrupaban en el ferial y, sin preámbulo, bombardeaban con varios proyectiles el corral, lo que hacía gritar al unísono a las madres. Queriendo probablemente vengar a su hermana y sus humillaciones pasadas, Piero estaba al frente de nuestros adversarios. Francamente, no le hacía falta esos pretextos para luchar contra nosotros. Aprovechaba la oportunidad que le daban sus amigos del colegio para hacer valer la presuntuosa opinión que tenía de su fuerza. Estábamos seguros de que se había declarado general ya que lo veíamos y lo oíamos dar órdenes. Debía de estar tan orgulloso como lo estaba el Nano, su enemigo jurado y nuestro capitán.

(Por más que nos la proscriban, la guerra es lo que fue y será siempre para los hombres y los niños : su juego favorito).

Una vez pasado el pánico desordenado de los primeros ataques, esperábamos a nuestros enemigos con firmeza. Tan pronto como los divisábamos, un clamor

EL REFUGIO

estridente se elevaba, seguido de una lluvia de piedras. Durante el bombardeo, agrupadas debajo del tejado de la galería, las madres daban unos chillidos que provocaban la risa de los sitiadores y avergonzaba doblemente a los sitiados. Nos gritaban que venían a tirarnos de las orejas, pero nosotros hacíamos los sordos ya que sabíamos pertinentemente que no se atreverían a arriesgarse bajo el pedrisco que se abatía en el corral.

Protegidos por unos escudos de cartón, de tela de los sacos y de chapa, intercambiábamos piedra por piedra con los sitiadores que, del otro lado de la pared, se protegían detrás de los troncos de los plátanos.

Una vez levantado el sitio, las madres afluían al corral con una palo en la mano. ¡ Qué suerte tenían nuestros enemigos de no tener a las suyas a su lado ! Una vez acostados, antes de caer en el sueño reparador, nuestra oración era :

- Queridos enemigos, no olvidéis de volver mañana. ¡ Amén !

¡ Y el refugio se transformó en Zaragoza sitiada por los soldados de Napoleón ! ¡ Y al igual que los aragoneses, estábamos decididos a luchar con valentía ! Nuestro pasatiempo de entonces tenía una correlación con el espíritu guerrero que nos animaba. El refugio parecía a un cuartel para niños de tropa. Nada más tomado el desayuno, teníamos sobre la cabeza un gorro militar de tela, o de papel, la punta frontal adornada con una borla pequeña que colgaba, sobre el hombro una escopeta con su bayoneta enmangada y, atados a la cintura, un sable y un puñal, todos hechos de madera. (Los listones eran muy codiciados). Unas lanzas y unos látigos rudimentarios completaban nuestro armamento. (Tengo que recordar que nos era rigurosamente prohibido tener arcos y hondas. Sin embargo, en un campo como en el otro, algunos se permitían utilizarlos).

No se pasaba un día sin una parada o un desfile militar. Teníamos los abanderados, los tambores (unos barreños y unos botes abollados), las trompetas (cucuruchos de cartón y viejos embudos), los cantos de circunstancia (los de los soldados republicanos españoles), cantados al unísono, y hasta al instructor que se desgañitaba para hacernos andar marcando el paso. Como de costumbre, los más

EL REFUGIO

pequeños nos seguían imitándonos lo mejor que podían.

Entre dos desfiles, los que se habían auto-declarados suboficiales nos entrenaban al combate. No sabíamos nada de los espartanos, y sin embargo su escuela era la nuestra : andábamos descalzos sobre una faja de guijarros, reptábamos sobre el suelo, levantábamos pesos gordos, saltábamos lo más lejos posible de lo alto del gran cubo y aprendíamos detenidamente a manejar la espada, la lanza, el látigo y los puños. El entrenamiento más importante consistía en saltar fuera del corral y, en caso de una retirada precipitada, a reintegrarlo lo más rápido posible aupándonos. Lo que más nos gustaba era dividirnos en dos campos y, dada la señal, echarnos los unos sobre los otros. Durante estos entrenamientos, las hemorragias nasales y de encías metían muchos de nosotros fuera de combate.

Mientras que el culo puesto sobre los bancos de la escuela, nuestros enemigos tenían que hacer un dictado o unos cálculos aritméticos, nosotros, en nuestro bastión inexpugnable, fabricábamos armas, hacíamos maniobras, acondicionábamos instalaciones defensivas y elaborábamos planes de contraataque. Aquí y allá, en nuestro campo atrincherado se alzaban unas casamatas construidas con unos sacos tendidos y atados sobre unas cantoneras de hierros cruzados. Detrás de esos refugios de fortuna se amontonaban las piedras recogidas en el corral y en el ferial después de cada confrontación. A esas municiones se añadían unas ‘granadas asfixiantes’ (unas bolsas de papel de periódico llenas de polvo de corcho), y unas ‘granadas apestosas’ (unas latas de conserva llenas de barro líquido y de orina). Unas cuantas catapultas (unas tablas a horcajadas sobre dos o tres ladrillos apilados) estaban judiciosamente colocadas frente a la pared que nos separaba del ferial.

Entusiasmadas por el comportamiento belicoso de sus hermanos, las chicas quisieron ser enfermeras. Disfrazadas con una toca y un brazal bordados de una cruz roja, instalaron un hospital militar en el rincón protegido de la galería. Merecíamos muchos elogios por haber logrado organizar semejante ejército y semejante organización, y eso a pesar de las madres que, dañadas por la guerra, nos regañaban y nos combatían sin parar. Cuando estaban al colmo de su ira, hasta nos amenazaban

EL REFUGIO

con denunciarnos a los gendarmes, a pesar de odiarlos tanto como odiaban a los guardias civiles españoles.

A la hora de la salida de la escuela, un centinela subía sobre el cubo-fortín-mirador pegado contra la pared. Cuando gritaba : ‘ ¡ Ahí vienen ! ’, abandonando nuestras ocupaciones nos precipitábamos hacia nuestros puestos de combate. Tres ‘soldados’ subían sobre el cubo coronado de un parapeto de cartón, una lanza en la mano, y los bolsillos llenos a tope de municiones. Sin requerimiento, llovían piedras sobre el patio mientras que les mandábamos la misma lluvia sobre el ferial. Protegidos debajo de un escudo, por olas, les tirábamos lo más lejos posible las ‘granadas’ polvorientas y líquidas.

Las enfermeras se lo pasaban en grande ya que no les faltaban pupas que curar. Si les era imposible a los franceses pasar la pared, en cambio, nosotros, cuando no eran muy numerosos, nos atrevíamos a saltarla para desalojarlos de detrás de los troncos de los árboles y perseguirlos gritando como los indios de las películas del oeste.

El que lográbamos capturar, estaba seguro de regresar a su casa con unos chichones, equimosis, sangrando por alguna parte y con la camisa rota.

Para saltar la pared nos bastaba tener valor, pero para pasarla de nuevo, llegado el momento de la retirada, teníamos, además, que ser rápidos y hábiles. Nuestros instructores nos enseñaron bien como hacerlo pero, cuando estábamos acorralados, auparnos y agarrar las manos y las piernas que se tendían de lo alto de la pared nos exponía a los golpes de nuestros adversarios. En esas precipitaciones perdíamos muchas armas y muchos gorros.

Casi siempre, éramos salvados por la gente que pasaba por ahí, entre ella, unos hortelanos que, dejando al borde del camino su cesta, su carretilla o su brazada de hierba, acudían gritando para separar a los beligerantes. Mientras los ‘gua-gua’ huían, nosotros, para librarnos de esos perturbadores, nos veíamos obligados de pasar deprisa dentro del corral. A las vociferaciones de los transeúntes pacifistas se

EL REFUGIO

agregaban los gritos de las madres.

(Estos enfrentamientos se producían cuando la mayoría de las madres estaba fuera del refugio, y el señor comisario ausente de su oficina de la báscula municipal, cosa que los colegiales averiguaban.)

Era después de la batalla que empezaban para nosotros los problemas. Antes de lavar nuestras llagas y de ponernos unas compresas sobre nuestros hematomas, a manera de condecoraciones, las madres nos distribuían unos tortazos. Eso no nos impedía divertirnos comparándonos los chichones y las equimosis de nuestro cuerpo.

Por la noche, mientras que cuchicheábamos nuestras hazañas, madres y hermanas cosían y remendaban nuestros pantalones y nuestras camisas. (Como muchos otros niños pobres, durante muchos años, vestí pantalones, camisas y chaquetas remendadas con unos cuadrados de tela de color aproximativo).

No éramos los únicos en salir perjudicados en la pelea. Cuando nos reunía en el patio para notificarnos las quejas de las madres francesas, indirectamente, el comisario nos informaba sobre el estado físico de nuestros enemigos : cuanto más elevaba la voz contra nosotros, más estábamos convencidos de haberles dado una buena paliza. Mientras nos sonreíamos solapadamente, las madres gritaban levantando los brazos al cielo :

- ¡ La gente de este país está loca ! ¡ Se imagina que sus hijos son unos ángeles ! -

Eso no les impedía sacudirnos y tirarnos de las orejas añadiendo :

- ¡ Demonios ! ¡ Todo lo que nos ocurre es culpa vuestra ! -

CAPÍTULO 45

EMBOSCADA VERGONZOSA. LA ÚLTIMA BATALLA.

Un domingo por la mañana, mientras algunos estábamos errando por el ferial en compañía del Nano, de repente, éste nos mandó escondernos detrás del tronco de un árbol : por el camino que bordeaba los jardines venía, solo, un chico vestido como para ir a misa. En cuanto estuvo a nuestra altura, surgiendo de nuestros escondites le cortamos el paso. El chico, un pelirrojo que conocíamos de vista, fue tan aterrorizado que nos apartamos para dejarle el camino libre. Se alejó de nosotros zumbando, pero el Nano corrió detrás de él, lo alcanzó y, empujándolo contra el tronco de un plátano, con su navaja le descosió de arriba abajo la pierna izquierda de su bonito pantalón. También quiso quitarle los botones de su camisa blanca, pero nosotros se lo impedimos de lo conmovidos que estábamos de ver al pelirrojo llorar a lágrima viva y temblar de miedo. Abandonándolo a su desamparo, volvimos a pasar dentro del refugio, nosotros muy avergonzados y el Nano burlándose de su desgraciada víctima y de nuestro sentimentalismo.

No hacía ni un cuarto de hora que habíamos regresado en el corral, cuando vimos aparecer a un gendarme imponente que llevaba de la mano a nuestro pelirrojo. Éste tenía las mejillas empapadas de lágrimas y nos miraba muy intimidado.

- ¿Quién te ha hecho eso?debió de preguntarle su potente protector.

El chico apuntó con el índice al Nano.

- ¡ Ay ! ¡ Ay ! ¡ Ay ! , nos dijimos en silencio y temiendo lo peor.

EL REFUGIO

Nuestro capitán tuvo que salir de la fila. Esta vez, parecía preocupado.

‘ ¡ Tu mamá ! ¿ Qui es tu mamá ? ’ le gritó el gendarme.

Su madre ya estaba ahí, ella también muy preocupada y asustada. Sin saber aún lo que quería el gendarme, se puso a hablarle con una voz melosa sin darse cuenta de que no la entendía para nada.

- ¡ Basta ! le gritó el hombre del quepis separando, para enseñárselo bien, el pantalón descosido.

Sin la presencia del policía, nos hubiéramos prorrumpido en carcajadas al ver una de las nalgas rosadas del pequeño pelirrojo endomingado. Comprendiendo que debía coserle el pantalón, la madre de el Nano hizo señal al chaval de seguirla hasta la sala. El gendarme fue tras ellos.... Algunos instantes después, los cuchicheos del corral se callaron al ver aparecer al francesito, aún muy intimidado pero aliviado, al gendarme orgulloso por el respeto que imponía, y a la madre del Nano con una alpargata en la mano. ¡ Uf ! Respiramos. Comprendimos que, temiendo que su mamá lo regañara, el pelirrojo se había atrevido a ir a poner una denuncia al cuartel de gendarmería.

Como estábamos seguros de que los colegiales no tardarían en vengar a su camarada, nos preparamos a su ataque.

El jueves que siguió nuestra vergonzosa emboscada, el sol resplandecía. Jamás el ferial había reunido a tantos asaltantes. Todos los colegiales de nuestra edad se habían dado cita frente a la pared del corral. Para nosotros, ni hablar de saltarla para afrontarlos. Por primera vez, habíamos decidido sorprender a nuestros adversarios saliendo por donde no se lo podían imaginar.

La mayoría de nuestra tropa, armada de espadas, lanzas, látigos y de muchas piedras en los bolsillos, se apresuró delante de la puerta de la fosa llamada ‘ pasadizo secreto ’. En el corral sólo quedaron los más jóvenes y los menos valientes, quienes, protegiéndose, se conformarían con contestar a los gritos insultantes de los sitiadores e intercambiar con ellos tiros de piedras.

Cuando consideró que el momento era favorable, nuestro capitán se volvió

EL REFUGIO

hacia nosotros y contó: ‘ ¡ Una ! ¡ Dos ! Y... ¡ Tres ! ’ dio vuelta al pestillo y, abriendo la puerta de par en par, desembocamos en el ferial tal una marea de demonios que surge de los infiernos. Los franceses fueron tan sorprendidos por nuestra repentina y ruidosa irrupción que se dispersaron, empujándose, cayendo y muchos levantándose tras haber recibido unos golpetazos. Los perseguimos, unos pegando y pinchando con su espada o su lanza a todos los que cogían, mientras que otros lanzaban piedras sobre los fugitivos.

Una vez pasado el efecto de la sorpresa, nuestros enemigos, por lo menos tres veces más numerosos que nosotros, se agruparon a lo lejos y, a su vez, tal un escuadrón de caballería ligera, cargaron gritando contra nuestro ejército dispersado. Entonces, cada uno de nosotros emprendió su propia retirada. Cuando el último español entró zumbando en la fosa, cerramos precipitadamente la puerta apresurándonos en bloquearla con un madero. Era hora ya que nuestros enemigos se empeñaron en echarla abajo.

Estábamos muy orgullosos del éxito de nuestra estrategia. Una vez que regresamos al corral, y viendo a nuestros enemigos esparcidos por la gente que había acudido gritándoles amenazas, nuestro capitán hizo un discurso para felicitar nuestra valentía. Con él gritamos en coro unos vivas mientras que una docena de puños golpeteaban las chapas del gran cubo, cuyo redoble debía de oírse a más de quinientos metros.

Como debía de ser, fueron las madres las que pusieron fin a nuestra explosión de alegría. Amenazadoras, al igual que después de los demás combates, nos obligaron a liberar el corral de todas nuestras fortificaciones, a despejarlo de las basuras y de las piedras y a barrerlo someramente.

A continuación, nuestros adversarios intentaron varias veces romper la famosa puerta cuyo pasadizo nos permitió ganar - brillantemente - una memorable semibatalla. Por encima de nuestra pared, los vimos charlar vivamente con el comisario, el cual, avisado por los vecinos, venía a disputarlos. Éstos lo rodeaban con

EL REFUGIO

vehemencia, al mismo tiempo que le señalaban la puerta que nos permitió sorprenderlos. Esos pícaros debían echarnos todas las culpas. Como no comprendíamos lo que decían, no podíamos contradecirles. El desdichado guardacomisario parecía estar desbordado por la situación, ya que los hijos de sus compatriotas le atraían también problemas.

Las autoridades cerraron la puerta de nuestro 'pasadizo secreto' con un candado.

Ya que les fue prohibido echarla abajo, para vengarse de la paliza que habían recibido, a la salida del colegio, los gua-gua venían en banda para mear contra ella. Al olor fuerte a moho de la fosa se mezcló el olor agrio y picante de la orina....

Alertados por los padres de sus alumnos y, probablemente también por las numerosas pupas curadas con mercurocrome y los ojos a la funerala que arboraban estos últimos en clase, los maestros pusieron definitivamente fin a nuestro apasionante conflicto 'armado'.



CAPÍTULO 46 REFUGIADOS E INMIGRADOS

EL REFUGIO

Las autoridades cerraron con un cerrojo la puerta del refugio, del cual guardaron la llave; y la puerta metálica del hall se levantaba justo para dejar pasar - tres veces al día - las personas que nos traían la comida desde el hotel.

Unos hermanos mayores no dejaron de hurgar el cerrojo con un ganchillo de acero hasta conseguir abrirlo, pero la puerta no sirvió muchos días para salir y entrar, y esto porque, vistos y denunciados por los vecinos gruñones, las autoridades volvieron a cerrarla con un imponente candado. Pensábamos que la gendarmería pagada dichos vecinos para que nos espieran desde sus ventanas.

A veces, nuestro encerramiento total duraba tantos días que a las madres se les acababa la margarina, la leche condensada, los fideos y otros productos alimentarios con los que doblaban la cantidad y quintuplicaban la calidad de la manduca que nos guisaba el hotel Rini. Entonces, el refugio vivía momentos muy amargos, ya que las madres tenían dificultades para obtener una autorización de salida. Cuando el comisario se las otorgaba, debían, antes de volver al refugio, presentarse ante él para mostrarle lo que traían y cronometrar el tiempo que pasaban fuera. Nuestro guarda no debía de ignorar que las mujeres tienen el don de saber esconder cosas debajo de su ropa, pero, sea por pudor, o sea por bondad, sólo les registraba sus capazos.

Cuando las madres regresaban de la ciudad con un paquete voluminoso, ya que las francesas les daban ropa para coser o remendar, antes de ir a la caseta-oficina del consumero, se desembarazaban de su carga atándola a la cuerda que alguien hacia colgar desde una ventana, y tiraba prestamente hacia arriba.

Como, fuera del grifo del hall, el refugio no tenía ninguna instalación sanitaria, el comisario no ponía trabas a las madres que, mostrándole sus cubos llenos de ropa, le pedían el permiso de ir al lavadero. Las pícaras aprovechaban para hacerse acompañar por sus hijas mayores. Éstas se quedaban en el lavadero y ellas iban a la ciudad para ocuparse del suministro y buscar trabajo por mediación de personas que no tardaron en ser amigas suyas.

EL REFUGIO

Para abastecerse a la ciudad, las madres sólo tenían dos soluciones para salir del refugio-cárcel : la autorización del comisario, o, como lo hacíamos nosotros, los chicos, saltar el muro del corral.

Venciendo su miedo y su torpeza, algunas de ellas intentaron hacerlo. Las ayudamos a subirse sobre el famoso cubo y, desde él, a que se dejaran deslizar en la explanada arboleada, donde las recibíamos tendiéndoles las espaldas y los brazos.

Fuera de la miserable ayuda de la municipalidad y la de la Cruz Roja, muy raros fueron los ciudadanos que tuvieron piedad de nosotros. Siempre nos faltó pan para comer y ropa para vestirnos. Afortunadamente, mi madre no tardó en tener relaciones con las que llamamos ‘viejos españoles’. (Eran esos que - lo mismo que los italianos - inmigraron a Francia en los años veinte. Todos ellos, ancianos naturalizados y jóvenes nacidos aquí, eran franceses de pleno derecho. Raros eran ya los que hablaban español.) Fueron tres las mujeres de estas familias inmigradas las que apoyaron moralmente y materialmente a mi madre y a nosotros, sus siete hijos, y eso durante los cinco años que duró nuestra estancia en Mézin. Los favores que nos hicieron la señora Juaquina, la señora Teresa (las dos viudas), y la señora Engracia (casada y madre de dos hijos) merecían nuestra admiración ya que siendo gente obrera tenían justo los medios para vivir decentemente. Las tres se consideraban francesas, pero sin olvidar su origen y la de sus antepasados. Eran personas de gran mérito ya que la mayoría (por no decir todos) los hijos de los ‘viejos españoles’, jóvenes y mayores, con apellidos, e incluso algunos con nombres españoles, no admitían que se les recordara su origen porque, según ellos, no tenían nada que ver con España, un país de gitanos.

Refiriéndome a estas admirables señoras, a cambio de sus favores, mi madre les cosía y remendaba ropa, y nosotros, sus hijos más jóvenes, les ayudábamos, queriéndolas como tías.

De cuando en cuando, mientras cosía, mi madre hacía hervir en la cocina de una de sus tres amigas un buen puchero. A finales de una mañana, en el camino de regreso al refugio, topó con el comisario. La paró para pedirle su autorización de

EL REFUGIO

salida. Al no tenerla, le pidió severamente de mostrarle lo que llevaba en el capazo. Mi madre destapó el puchero envuelto con trapos para conservarlo caliente. El comisario que, como se sabe, comprendía y chapurreaba (un poquito) el español, alzó la voz para hacerle comprender que su deber era castigarla por haber salido sin su permiso. Mi madre alzó también la voz para contestarle que el deber de ella era dar de comer a sus hijos, porque si cayesen enfermos por no haberles alimentado, sería una madre indigna, y, pues, condenable por la justicia. El comisario no se estremeció pero, seguramente sorprendido por la entereza de carácter de mi madre, dijo con benevolencia :

- Va a le refugio. Vus etes perdoné, mé no recomencé un altre cop de sortir san mon permisión.

Naturalmente, mi madre reincidió más de una vez.

Repito que en el fondo, el comisario no era una mala persona. Es a pesar suyo que debió aceptar la orden de ocuparse de nosotros. Sabiendo que a menudo las madres se atrevían en criticarle agriamente, era evidente que no contaba a sus superiores todo lo que ocurría en el refugio. Sin embargo, cuando estaba acompañado de los gendarmes, el refugio parecía ser un cementerio de silencio y de miedo. Esto no quiere decir que nuestro guarda no imponía respeto. Le temíamos de veras cuando nos reñía y nos amenazaba. Las veces que se enfadaba con nosotros, los chavales, no vacilaba en pegarnos con su varilla. Reconozco que eran muchas las veces que merecíamos su castigado.

CAPÍTULO 47

LA VENDIMIA

EL REFUGIO

Cuando cada uno había encontrado su sitio y cada cosa el lugar que le correspondía, y que la rutina de la vida miserable de los refugiados instauraba ya sus costumbres, un acontecimiento inesperado vino a perturbarlo todo : sobre la viga de la galería que servía de tablón de anuncios, el comisario clavó un aviso que recurría a voluntarios para ir a vendimiar, precisando que una vez la vendimia terminada, los participantes volverían al refugio.

Cada madre nombró a las hijas y a los hijos a los que autorizaba a marcharse.

¡ Los elegidos exultaron ! Las que (ya que eran chicas) no tuvieron el consentimiento materno, por ser demasiado jóvenes, no lo suficiente vigorosas y por demás razones, patalearon, lloraron o hicieron melindres para que las inscribieran. Las escasas que, gracias a su obstinación, lograron ser alistadas, tuvieron que jurar en público que obedecerían al hermano, o a la hermana o a tal persona del grupo, que no olvidarían los consejos maternos y que cumplirían todas sus promesas.

Para que todo estuviera bien claro, el recuerdo del padre ausente sacralizó el acuerdo entre las madres y los hijos que, por primera vez, iban a marcharse del regazo familiar. Lo que decidió a las madres a inscribir a sus hijos mayores para la vendimia fue, por supuesto, la alegría que éstos manifestaban, pero aún más la que ellas experimentaban; a esa edad, darse un hartón de buena comida y respirar aire puro del campo era un fortificante necesario.

Las hijas cuya madre rechazaba la inscripción a pesar de sus vivas protestas, suplicaban a las personas comprensibles del refugio interceder en su favor. Las que, a pesar de todas las súplicas de sus compañeras, se oponían con determinación a la partida de su hija por la única razón de que 'era una chica', eran increpadas por las demás :

- ¡ Vamos ! Un poco de sensatez. Eso puede serle benéfico. ¿Qué hace aquí durante todo el día?¿Entonces....?

EL REFUGIO

El comisario volvió de nuevo para apuntar los nombres de los voluntarios e indicarles la fecha a la cual los campesinos vendrían a buscarlos.

En la espera de la salida para la gran aventura, una efervescencia extraordinaria reinaba desde por la mañana hasta por la noche en el refugio. Al verlos y al oírlos, nuestras hermanas y nuestros hermanos no se marchaban para trabajar pero para pasárselo en grande. Su júbilo hacía prorrumpir en sollozos las que las madres inflexibles detenían en el refugio.

Como las guardarropas estaban despojados, vestir a los que se marchaban planteó un problema serio. Al ser la mayoría de las madres campesinas, sabían que en otoño las brumas matinales, la lluvia y el frío anunciaban la llegada del invierno, y que las inclemencias climáticas no interrumpen algunos trabajos de la tierra, como la vendimia. Uniéndose, las mujeres se propusieron hacer el inventario de las prendas de abrigo, y en particular de los pantalones de los muchachos. Sí, pero proteger las piernas de las chicas equivalía a dejar a muchos de sus hermanos en calzoncillos. Cuando las madres fueron a pedirle ayuda al comisario, éste vino a entregarles bonos que les permitía ir a la tienda del ropavejero.

En un ambiente de los más burlescos, las chicas empezaron a probarse ropa masculina, mucho más confortable que la femenina para trabajar en el campo. Ataviadas con pantalones, chaquetas y boinas, desfilaron de habitación en habitación riéndose y haciendo el indio para que las admirasen y las criticasen a la vez. Más de una se exclamaba :

- ¡ Oh no ! ¡ Nunca me atreveré a llevar esto ! ¡ Mirad el culazo que me hace este pantalón !

- ¡ Tontas ! les respondía una mujer mayor. Recordad lo que dijo un poeta :
'Ándeme yo caliente / y ríase la gente'.

Madres e hijas tenían dedos de hada para la costura y las labores de punto. Nunca las tijeras, las agujas de coser y las de hacer punto tuvieron tanto trabajo. Desde por la mañana hasta a deshora por la noche, trabajaban febrilmente para

EL REFUGIO

ajustar y transformar ropa, confeccionar jerseys, guantes, bufandas y gorros chuscos. Después vino el inventario de las maletas. Con el consentimiento de sus dueñas, las más sólidas fueron ‘requisadas’ para llenarlas de ropa. Una vez allí, los chicos y las chicas se la repartirían.

Las dos noches que precedieron la salida, nadie pudo dormir. Las mujeres que trabajaban en el pasillo hablando como cotorras, una vez acostadas, seguían cuchicheando sin parar a propósito de la vendimia. A cada chitón que les dirigían, se tapaban la cabeza con la manta para amortiguar sus risas impertinentes.

¡ Y llegó el día de la partida memorable !

Los vendimiadores, con sus bultos y maletas, fueron reunidos en el hall donde, es evidente, bajamos todos para la despedida. El comisario pasó lista de los inscritos. A cada nombre gritado, una sonrisa iluminaba el rostro de la que, o del que, levantaba triunfalmente la mano.

Poco tiempo después de haber marcado con una cruz todos los nombres de la lista y de haber agrupado a los voluntarios por familias, vimos presentarse delante de la gran entrada a los campesinos que habían venido en coche o en furgoneta.

Dirigiéndose cada uno por turno al comisario, anunciaron el número de vendimiadores que necesitaban, eligiéndolos al mismo tiempo con la mirada y designándolos con el dedo. Antaño, era así que hacían en los mercados de esclavos, pero al ser abolida la esclavitud, las madres no aceptaban que los hermanos y las hermanas fueran separados. Muchos de los que se iban empezaron a estremecerse pensando que su madre iba a estropear su suerte. Los viñaderos fueron algo desconcertados pero, a fuerza de discusiones, ambas partes terminaron por ponerse de acuerdo sobre el reparto de las chicas y de los chicos. Las madres más lloronas suplicaban a los campesinos :

- ¡ Miren qué jóvenes y qué delgados ! Señores, sean para ellos como padres.

Conmovidos, éstos últimos intentaban consolarlas dándoles a entender que sus hijos no tenían nada que temer; que no les faltaría nada; que, como ellas se lo

EL REFUGIO

pedían, llamarían al médico si cayesen enfermos. Hasta las hicieron sonreír al inflarse las mejillas y el vientre para darles a entender que ellas no los reconocerían a su regreso, de lo gordos que estarían y de la cara colorada que tendrían. Era verdad que nuestros voluntarios eran más bien flacuchos y pálidos.

Antes de cruzar el umbral del refugio, a nuestros hermanos mayores les costó liberarse de los brazos de sus madres que no dejaban de abrazarlos machacándoles las mismas recomendaciones. Al haber, ¡ por fin ! , terminado de despedirse de todos, empuñando el equipaje, nuestros voluntarios siguieron a los viñaderos hasta los vehículos.

Las madres besaron por última vez las cabezas y las manos que se tendían hacia ellas por las ventanillas y por encima de los adrales de los vehículos. Estábamos todos ahí, en la acera, haciendo grandes señas con las manos para responder a las de los que se marchaban. Unos nombres gritados por unas voces agudas cubrieron por un corto instante el ronquido de los motores acelerados. Mientras se alejaban, una canción alegre, una de esas bonitas canciones de nuestro país resonó en el cruce, haciendo que se parase, admirativa, la gente que pasaba por ahí. Los hermanos mayores se iban cantando su alegría dejando a las madres llorando.

Cuando nuestros ojos no distinguieron nada más que los pañuelos que se movían a lo lejos de la larga línea recta de la carretera, las madres volvieron a subir al piso haciéndonos señas de seguirlos.

La gran mesa del refectorio nos pareció demasiado grande y triste a la hora de la cena. Cuando llegó la noche, las madres derramaron una última lágrima al mirar los espacios vacíos de los jergones. Nosotros, en cambio, saltamos de alegría cuando nos dejaron la libertad de acostarnos donde y con quien quisiéramos.

Los tres hombres, entre los cuales el más válido de los ancianos, y prácticamente todas las chicas y todos los chicos de catorce años y más se fueron a vendimiar, así como algunas mujeres y también mi hermana Juana, que tenía apenas

EL REFUGIO

once años y medio, pero cuya corpulencia la hacía parecer mayor.

La partida de los hermanos mayores a la vendimia fue un verdadero milagro para las madres del refugio. El comisario les firmaba las autorizaciones de salida sin ni siquiera levantar los ojos, y los gendarmes ya no las paraban para controlarlas. Se puede decir que, por primera vez, las madres podían salir casi libremente para ir a ganar algún dinerillo.

Como todas sabían lavar, planchar, coser, hacer punto y bordar de maravilla, no les costaba mucho encontrar trabajo. Incluso, una casa que proveía manoplas de lana al ejército francés, les propuso hacer algunas a domicilio. Los pocos francos que ganaban - les pagaban una miseria - les permitían comprar lana para confeccionar ropa caliente en previsión del invierno, y eso apresurándose más que nunca ya que sabían que no tendríamos fuego para calentarnos.

Estos francos, tan duramente ganados, les permitieron también comprar las cosillas imprescindibles en una casa : más agujas, más hilo, más jabón, más pastillas para el dolor de cabeza, pomada para luchar contra los dolores de reumatismo, así como velas y unas lámparas eléctricas para paliar la ausencia de un buen alumbrado. Compraron también productos que revolucionaron nuestro cotidiano : tabletas de chocolate (que desembalábamos con precipitación para descubrir las estampas que escondían), galletas, margarina, cacao en polvo, etc.... (¡ Ah ! Ese cubito de margarina Astra y ese bote de hojalata de Phoscao marcaron tanto mi infancia y mi adolescencia que debería de escribirles un largo párrafo aparte).

Una vez que la chiquillería estaba acostada, sentadas sobre unos asientos de fortuna, las madres volvían a su labor nocturno en el pasillo charlando y a veces riendo. Nosotros, calentitos debajo de las mantas (desde que se fueron los hermanos mayores podíamos tener dos y hasta tres mantas), nos contábamos historias, a menudo interrumpidas por los chitones de las trabajadoras.

Todas las mañanas, el comisario venía al corral para distribuir el correo. Nos parábamos de jugar para rodearlo estrechamente y observar, al igual que las madres,

EL REFUGIO

el paquete de cartas que tenía entre manos. Era en un silencio religioso que todos escuchábamos gritar los nombres de sus destinatarias. Cada madre abría enseguida su sobre y, quedándose de pie in situ, leía la carta que contenía estremeciéndose de alegría. Después se agrupaban para volver a leer en voz alta las noticias más destacadas de los vendimiadores; muchas de ellas las divertían y otras las hacían destornillarse de risa. Las cartas de sus hijos hacían contraste con las de los padres, desgraciadamente más escasas y menos alegres.

Fue en aquella época cuando mi madre recibió dos paquetes de nuestro padre. En la carta que llegó antes, explicaba que la ropa, los zapatos y el trozo de jabón que contenían le fueron regalados por unos compañeros de barraca que, desesperados, habían decidido juntarse de nuevo con su familia en España. Aceptaron marcharse tras haber recibido la confirmación de que el cura y los dos más importantes notables del pueblo respondían de su conducta pasada y venidera, su huida con los 'rojos' siendo tan sólo un extravío pasajero.

Como lo cuento en el capítulo que sigue, la ausencia de nuestros hermanos mayores no cambió nuestro comportamiento : con ellos o sin ellos, una vez que habíamos tomado el desayuno, salíamos al corral para seguir jugando.

CAPÍTULO 48

EN TRINEO, EN PLANEADOR Y EN COCHE

EL REFUGIO

Un día de los que registrábamos el refugio descubrimos una sartén poco común : el diámetro de su culo era de unos cuarenta centímetros y su mango medía más de un metro. Este utensilio se convirtió en la montura de nuestros rodeos.

Uno tras otro nos sentábamos las piernas cruzadas en la sartén, las manos bien agarradas al mango, en cuya extremidad atamos perpendicularmente un bastón. Dos de nosotros empuñaban este bastón y, de forma más bien mal intencionada, galopaban dando vueltas por el corral hasta que el ‘trineo’ se volcara con su pasajero. Para darle todavía más interés al juego, colocábamos obstáculos, que hacían dar botes a la sartén, y pusimos un pompón colgado de una pértiga, obligando al ‘viajero’ a tender una mano (¡ gesto fatal !) para cogerlo al pasar. Las caídas siendo inevitables y muy espectaculares nos daban mucha risa.

¡ Claro está ! nos veíamos obligados a darles vueltas a los más pequeños. Se ponían tan contentos que nos costaba quitárnoslos de encima.

Una vez agotadas todas las posibilidades lúdicas de esta sartén-trineo, tuvimos la idea descabellada de usarla como sartén-volante. Para ello, reemplazamos el bastón por una larga cuerda atada al agujero del mango.

El voluntario para ‘el vuelo’ estaba cuidadosamente envuelto de la cabeza a los pies, y sobre todo las manos, con tiras de tela de yute y trapos bien atados. Era una momia, de la cual sólo se le veían los ojos, que ayudábamos a sentarse de piernas cruzadas en la sartén. Este disfraz, que nos hacía mucho reír, no era una mascarada, puesto que el nuevo juego consistía en.... Así funcionaba :

Ya no éramos dos, sino cuatro o seis amigos los que tirábamos la sartén de la cuerda. Su ocupante carapazonado se acurrucaba en la sartén, inclinándose hacia delante, sus dos manos agarradas al mango. (Se parecía a una gran pelota de trapos.) Primero, es al trote que los que tiraban daban una vuelta al corral. Al principio de la segunda vuelta, ¡ se acababa el paseito ! Acelerando progresivamente, pasaban del trote al galope. La sartén se desplazaba a toda velocidad rozando a penas el suelo. El

EL REFUGIO

pasajero se veía obligado a liberar una de sus manos y tender el brazo para contrarrestar los sobresaltos y guardar como podía el equilibrio. Gradualmente, los que tiraban estrechaban el círculo de su carrera, y, cuanto más se acercaban al centro del corral, más la sartén se despegaba del suelo. No contábamos nunca más allá de diez porque, rechazada por la fuerza centrífuga, el pasajero se veía arrojado de la sartén volante para aterrizar brutalmente dando varias vueltas de campana sobre el suelo pedregoso del corral. A pesar de su protección, los pasajeros acababan con algunas contusiones, las cuales no intimidaban a los que esperaban impacientes su turno para dar una vuelta en los aires.

Este apasionante pasatiempo se acabó el día en que uno de los voluntarios se dió contra la puerta del corral. Lamentándolo mucho, las madres nos confiscaron la famosa sartén. (Los que volvieron de las vendimias hicieron de este utensilio un asador para las castañas agujereando su culo con la punta de un pico).

El corral no se quedó por ello desierto. Con dos pares de ruedas de hierro unidas por su eje, desmontadas difícilmente a un vagoncito encontrado en medio de las máquinas de la planta baja, maderas, clavos y alambre, fabricamos un bonito carro. Al principio, con la imaginación desbordante que teníamos, era el autobús que transportaba viajeros y mercancías en cada rincón del corral; o la diligencia que los que la tiraban hacían correr a toda velocidad para escapar a la persecución de unos indios montados a caballo (bastones puestos entre las piernas). Como el corral era una minúscula llanura, las pieles rojas no tardaban en asaltarla. A pesar de que se tratara de un juego, nuestros cuerpo a cuerpo eran algo violentos.

De vez en cuando, invitábamos a los pequeños a jugar con nosotros. Dar la vuelta al corral montados en el autobús o en la diligencia, los llenaba de alegría. ¡ Y cuanto más deprisa iban más disfrutaban ! Una tarde, los que tiraban corrían con tanta velocidad que al coger una curva el carro volcó, mandando brutalmente a sus jóvenes pasajeros a rodar en el suelo. Los gritos horribles de los accidentados atraeron a las madres muy asustadas. Como por milagro, salvo algunas moraduras y

EL REFUGIO

bastantes rasguños, los pequeños salieron indemnes. Ello no impidió a las madres darnos una zurra magistral. Además, bajo sus miradas inquisidoras, el carro fue destruido en el acto, hasta que de él sólo quedara los dos pares de ruedas unidas por su eje.

Pero eso no nos impidió no seguir jugando. Formamos dos grupos de tres. Al lado uno del otro, los tres de cada equipo empuñábamos uno de los ejes y, la cabeza baja y el culo alto, nos desafiábamos haciendo rodar los pares de ruedas sobre recorridos con pasos en zigzag; y también, colmo de la inconsciencia, yendo un equipo hacia el otro para chocarnos.

Para evitar que nos chafáramos los dedos de las manos y de los pies y nos sangraran de nuevo las rodillas y los codos, las madres nos ordenaron también tirar nuestras peligrosas ruedas en la gran fosa que estaba entre el patio y las ventanas de dos habitaciones.

Poco a poco, este rincón de la fosa donde montamos nuestro teatro acabo por convertirse en el vertedero del refugio.

Tomando en cuenta el número y la violencia de los golpes y de los accidentes de los cuales fuimos víctimas durante nuestra estancia en el refugio, unos cuantos de nosotros hubiésemos debido de tener miembros fracturados, unas cicatrices horribles, secuelas de por vida y hasta.... (no me atrevo a escribir la terrible palabra). ¡ Pero no ! dentro de lo que cabe, muchos de nuestros accidentes nos asustaron más que nos dañaron.

(No soy ni creyente ni supersticioso; sin embargo, en mi infancia, fui tantas veces testigo, y, a veces, víctima de accidentes causados por nuestros juegos brutales y desafíos insensatos entre chicos, que estoy dispuesto a creer que existe, si no el dios que, dicen, protege a los niños y a los borrachos, el Angel de la Guarda.)

EL REFUGIO



CAPÍTULO 49
REGRESO DE LOS VENDIMIADORES

Al acabarse la temporada de la vendimia, los vendimiadores empezaron a regresar a su hogar, el refugio.

La llegada de cada grupo era una gran acontecimiento para todos. No parábamos de acosarlos con preguntas, y ellos eran felices al complacernos con sus respuestas. En el gran y triste caserón retumbaban a más no poder nuestras carcajadas. No nos cansábamos en escucharles contarnos las anécdotas más destacadas de su estancia en casa de los viñaderos franceses.

No tenían todos el rostro colorado como las madres lo esperaban. Algunos de ellos soportaron muy mal el cansancio, el mal tiempo y el cambio brutal de alimentación que, al decir de todos, era excelente y abundante. Por unanimidad, reconocieron que la vendimia no era una distracción. El paso sin transición de una vida de farniente a otra intensamente activa les hizo sufrir duramente los primeros días. Raros fueron los que cayeron realmente enfermos. Sin embargo, como no escucharon a los viñaderos, todos tuvieron diarrea al atiborrarse de uva manchada de sulfato. Otro perjuicio de su aventura fue que muchos regresaron con un buen resfriado debido a las inclemencias del tiempo.

Al igual que sus problemas digestivos y climáticos, bien se guardaron de contar en sus cartas que su llegada a los viñedos franceses ocasionó graves incidentes.

EL REFUGIO

Mientras trabajaban, fueron atacados varias veces por franceses que les lanzaban terrones al haber sido éstos puestos al paro por ‘los malditos rojos españoles’, pagados tres veces por debajo de la tarifa normal. Incluso, el dueño de una propiedad tuvo que recurrir a los gendarmes para alejar a los manifestantes armados con estacas.

Es verdad que aquel año la mayoría de la juventud del país fue llamada para servir a la bandera. Desgraciadamente para ella y afortunadamente para los campesinos, los refugiados españoles estaban ahí. Y no se privaron durante años explotarnos impunemente.

(Al escribir esto, me acuerdo con detalle de un hecho destacado que ilustra, por si hace falta, uno de los ejemplos de la explotación de la que fuimos a menudo víctimas).

Vivíamos fuera del refugio. Vichy era la capital de Francia y el mariscal Pétain era el jefe del gobierno. Ya eran tiempos de penuria.

En la comunidad de los refugiados españoles se propagó la noticia de que un campesino vendía patatas a buen precio a todos los que vendrían a recogerlas. Cinco fueron las madres acompañadas por sus hijos que, a la mañana indicada por un tal comisionista, se dieron cita a la salida de la ciudad para, juntas, recorrer a pie los tres kilómetros que las separaban del campo de patatas. (En el campo esta distancia parece muy larga). Sé que aquel día el cielo estaba gris y el aire era fresquito. Con mi madre íbamos tres : Alicia (de tres años), Lauro (de cinco) y yo mismo (de once años).

Veo una gran llanura y en ella un campo muy grande. (Los niños ven las cosas más grandes de lo que son en realidad, pero insisto : era un campo muy grande).

Con un arado tirado por un caballo, un campesino removía los largos surcos para desenterrar las patatas que recogíamos con cestas y cubos. Otro campesino nos ayudaba a vaciar nuestros recipientes en unos sacos esparcidos por toda la superficie del campo.

Veo a una campesina andar en medio de nosotros con una jarra de agua y un

EL REFUGIO

vaso para darnos de beber.

Al principio de la tarde, las mujeres pidieron una pausa para comer. Mi madre había traído bocadillos de tortilla y una manzana para cada uno. Tras haber comido con apetito y bebido agua de la jarra descansamos un rato y volvimos al trabajo mientras caía una ligera llovizna.

El trabajo fue duro puesto que, como ya lo he dicho, el campo era grande y la cosecha abundante. Trabajamos toda la tarde.

Una vez que las patatas fueron metidas en sacos, los dos campesinos mandaron a las mujeres y a los chicos ayudarles a llevarlos hasta el sendero y a cargarlos en la carreta que tardó en llegar. Esto hecho, según lo acordado, ambos campesinos y la campesina pesaron con una romana cinco kilos por persona. Alicia, Lauro y los demás pequeños, demasiado jóvenes para trabajar pero que se entretuvieron sin embargo haciéndolo a ratitos, sólo tuvieron el peso que decidió el dueño, y no el que exigían con insistencia las madres. Recuerdo que a nosotros, la familia Sanz, nos tocó doce kilos justitos, ni una patata más de regalo. Fue apenas si las mujeres, extenuadas, no tuvieron que darles las gracias al campesino que les hacía pagar al por mayor la cantidad de patatas a las que tenían derecho; y porque les proponía llevarse todos los kilos que ellas deseaban además, pero éstos, pagados al precio del mercado, es decir tres veces más caro. Ninguna compró más patatas por falta de dinero. Si habían aceptado ese trato era porque tenían poco dinero y la familia mucha hambre.

Tras repartirse cada grupo familiar la carga en unas bolsas, retomamos el camino de vuelta, sumergidos en una niebla espesa. Me veo andando buena parte del camino llevando a mi hermanita a cuestas. Era casi de noche cuando llegamos a casa, extenuados y empapados del todo por la llovizna que empezó a caer mucho antes de llegar a la ciudad.

Mirándolo bien, nuestros hermanos mayores estaban bastante satisfechos del tiempo pasado a vendimiar. Durante algunos días, el relato de sus aventuras, hasta las desagradables, animaron las conversaciones del refugio. (Eso parece ridículo,

EL REFUGIO

pero es verdad que la narración de los malos momentos pasados provoca siempre tanto o más alegría que la de las situaciones chuscas).

Dinero, no trajeron mucho, pero todos trajeron comida y unos regalitos, sin olvidar a nadie.

La euforia del reencuentro atenuada y no teniendo más preguntas que hacerles porque ya nos lo habían contado todo con detalle, la gran familia de refugiados volvió a llevar la vida de antes de la histórica separación.

Ya que todo el rebaño estaba de nuevo reunido, el señor ordenó al pastor cerrar las puertas del cercado. Como antes, las comidas tomadas a horas fijas fraccionaban nuestras jornadas que desfilaban dejándonos en la ignorancia más absoluta sobre nuestro porvenir....



CAPÍTULO 50

LA FOBIA AL HOSPICIO. FURUNCULOSIS. “MAMOASEL”

Un día, algunos señores acompañados por el comisario irrumpieron en el refugio. Iban de habitación en habitación sin dejar de hablar entre ellos. Como no entendíamos lo que decían, y como no hacían preguntas, las madres los miraban con desconfianza. Al encontrar en la sala a uno de los ancianos acostado bajo unas mantas, uno de ellos, que chapurreaba nuestro idioma, preguntó cuál era su mal. La mujer y la hija de este último le contestaron que sólo tenía un catarrazo. El señor, que debía de ser médico, palpó al enfermo y, dirigiéndose a las mujeres, articuló lo mejor que pudo las palabras para informarlas de que tenía que estar curado como era debido. Al contestarles las interesadas a tontas y a locas unos ‘ ¡ goui ! ¡ goui ! ’, los extraños visitantes siguieron con la inspección del lugar.

Una vez que se marcharon, las madres se reunieron para intercambiarse las diversas opiniones sobre esta extraña visita. Las pesimistas decían que iban a agruparnos con otros en un campo donde, sin duda alguna, estaríamos peor que en el refugio, y las optimistas que estos señores eran unos inspectores de la Cruz Roja, enviados por el Gobierno Republicano español en exilio para observar lo que había que hacer para mejorar nuestra situación.

Cuando, al día siguiente, alguien gritó que una ambulancia se estaba aparcando delante de la entrada del refugio, en la sala, varias mujeres se precipitaron hacia el

EL REFUGIO

viejo enfermo que estaba acostado, rogándole :

- ¡ Dese prisa ! , levántese que le vistamos.

Vestido y peinado en un tiempo récord y sosteniéndolo de pie, sus allegados le recomendaban :

- No simule : ¡ ande usted ! , ande y sonría usted. Hace falta que ellos vean que no está enfermo sino le llevarán de nuevo al hospicio.

El abuelo fingía lo mejor que podía hacerlo, pero los camilleros no cayeron en la trampa. Apartando a la familia que se oponía, agarraron al abuelo por los brazos para llevárselo con ellos. El espectáculo que siguió fue muy penoso. Empujando cada cual por su lado, el desgraciado abuelo gesticulaba como un muñeco desarticulado. Vencidos por la furia de los familiares, los camilleros se retiraron refunfuñando, pero no tardaron en volver acompañados esta vez por una pareja de gendarmes que no tuvieron ninguna dificultad en hacerse obedecer.

La ambulancia se llevó al enfermo al hospicio, acompañado por su mujer y su hija. La palabra 'hospicio' horrorizaba a las madres. Para ellas, un hospicio para ancianos, como lo era el de la ciudad, era una monstruosidad. Los hijos tenían el deber de hacerse cargo de sus padres hasta el final de su existencia. Sólo podían morir en su casa, rodeados de los suyos. Vergüenza entonces a los que se los quitaban de encima metiéndolos en un hospicio.

- Espero, decía la mayoría de ellas dirigiéndose a nosotros, sus hijos, que después de los sacrificios y sufrimientos que he soportado hasta hoy para criaros, y el amor que os doy, no me abandonaréis en un lugar tan siniestro.

Las llagas, los chichones y los dolores provocados por la brutalidad de nuestros juegos no preocupaban más de la cuenta a las madres. Nos decían que los merecíamos como castigo por ser tan brutos jugando. Estaban mucho más preocupadas cuando, acurrucados aparte, mirábamos con tristeza jugar a los demás, cuando tosíamos, cuando teníamos calentura o cuando éramos víctimas de alguna infección.

Al igual que el parásito de la sarna que, en el hotel, vino a carcomernos la

EL REFUGIO

epidermis, en el refugio, un microbio, que nos dijeron que se llamaba ‘estafilocoquis’, vino a pudrirnos la sangre. En unos días, esa porquería infectó a toda la colonia, siendo nuestros hermanos mayores los más afectados.

Nos entreteníamos en mostrarnos y en compararnos los granos, los furúnculos y los ántraxes que abultaban, rojos, en diversas partes de nuestro cuerpo. Era al que más tenía, al que tenía el más gordo, el más doloroso y el que estaba peor situado. Los contaminados que tenían el cuello paralizado por uno de ellos, andaban de soslayo con la cabeza extrañamente inclinada.

Los más aquejados se mantenían apartados de los demás, tristes, febriles y tomando unas pausas ridículas para atenuar su sufrimiento. Después de burlarnos cruelmente de ellos, les dábamos con mala intención un golpe sobre el furúnculo que nos mostraban para que gritasen de dolor. A veces, su padecimiento era tal que sufrían mareos. Era lo que nos pasaba también, cuando, como si fuera hecho adrede, cada vez que nos dábamos un golpe era siempre en el furúnculo más sensible de todos.

Nos entreteníamos también - si se le puede llamar a eso un entretenimiento - a reventarnos en grupo los furúnculos que valorábamos como ‘maduros’. Apretando los dientes para no gritar de dolor, los exprimíamos con los dedos hasta vaciarlos por completo de su pus, materia que algunos de los gordos ántraxes arrojaban por varios orificios. Después de esa dolorosa operación, ¡ qué alivio nos producía !

Otro mal, menos penoso porque no provocaba fiebre, pero también muy agotador, nos agobió durante todo el invierno (y durante todos los que siguieron) : los sabañones. Los teníamos en las manos y en los pies, rojos, violáceos y algunos con unas grietas. Fueron nuestras hermanas las que más sufrieron de este mal debido al frío. Al igual que con la sarna, de día como de noche, nos rascábamos hasta la sangre para aliviar el picazón insoportable que nos producían.

(La naturaleza del ser humano es extraordinaria. El hombre es capaz de hacer resurgir y transmitir a sus allegados las risas de sus alegrías pasadas, pero le es

EL REFUGIO

imposible expresar con palabras los sufrimientos soportados por su carne. Los míos, tan abominables como fueron, sólo son un simple recuerdo que hasta hacen reír cuando los cuento).

Les teníamos todos fobia a las blusas y a las tocas blancas del hospicio municipal. Pero, como la excepción confirma la regla, una de las enfermeras era la propia personificación de la bondad, de lo dulce, buena y atenta que era con nosotros, refugiados españoles. Como el personal del hospicio la llamaba ‘Mamoasel’, la llamamos igual. Por más que insistía la notable enfermera en decirnos que no era médica, las madres sólo querían ser atendidas por ella.

A unos adolescentes, entre los cuales mi hermano Sebastián, les salieron unos ántraxes impresionantes. Les hacían sufrir tanto y tanto subir la fiebre que fueron hospitalizados. Las madres de los enfermos estaban tranquilizadas ya que Mamoasel cuidaba de ellos en particular.

Fue sin temor que unas madres, entre las cuales la mía, fueron, por otros dolores, obligadas a pasar una a tres noches en el hospicio.

Las veces que Mamoasel venía a visitar a un convaleciente al refugio, traía una bolsa de caramelos que nos distribuía riéndose de lo contenta que estaba al verse rodeada por una pandilla tan alegre de chavales.

Esa enfermera, siempre sonriente, hizo más para hacernos apreciar lo bueno de los franceses que los discursos sobre ‘Francia, tierra de acogida’ que no cesaban de repetirnos las autoridades.

Para darle más consistencia y más vitaminas al guisote de nabos y de berza hervidos que nos servía el hotel, mi madre añadía fideos. Cuanto más leía yo la palabra ‘vermicelle’ (fonéticamente en español ‘bermiseye’) sobre el envase de cartón que estaba sobre la mesa, más encontraba injusto que nuestra buena enfermera se llamara así. (Aún me sorprende hoy, por qué, yo, que sabía leer correctamente, confundía las palabras ‘Mamoasel’ y ‘bermiseye’. Es seguramente porque no entendía la pronunciación francesa de la palabra ‘mademoiselle’.)

EL REFUGIO

Yo no aceptaba que una mujer tan amable y tan guapa tuviera un nombre tan ridículo, ya que la traducción en español de las pastas ‘vermicelle’ es ‘fideo’. Francamente esta extravagancia no dejaba de atormentarme.

Cuando, a continuación (no sé dónde ni cómo), me enteré de que nuestra ‘Mamoasel’ se escribía ‘Mademoiselle’ y se pronunciaba ‘Mad’moasel’, y que la traducción en español era ‘señorita’ y no ‘fideo’, me sentí muy satisfecho.

¡ Y decir que tuvimos que repetir muchos ejercicios de pronunciación, haciendo unas muecas extrañas con la boca, para llegar a decir ‘Mamoasel’ con un acento aproximativo, pero que, para nosotros, era perfecto !

Ésta es otra de las palabras que nos confirmaba que la lengua francesa era sumamente difícil de hablarla y escribirla.



CAPÍTULO 51

LA NOCHE DE LAS SETAS

EL REFUGIO

Incluso después del regreso de los vendimiadores, el comisario siguió firmando sin hacerlo a regañadientes las autorizaciones de salida que le pedían las madres, no sin recordarles entrar antes de la hora del toque de queda que nos era impuesto. Ya no les hacía falta mentir diciendo que iban al lavadero cuando, en realidad, iban a ganar algún dinerillo haciendo trabajillos en casa de algunos ciudadanos.

Los abuelos iban a menudo a pasar la tarde con sus viejos compañeros alojados en el hospicio. También les gustaba dar largos paseos en el campo cercano para ver las labranzas, los prados y los bosques.

El hecho de poder salir disipaba un poco la tristeza y el embrutecimiento de las mujeres y de los hombres. A veces, unos y otros nos autorizaban a acompañarlos, lo que nos colmaba de alegría.

Después de la cena, nos gustaba deslizarnos y apretujarnos debajo de las mantas para contarnos historias. Sin embargo, cuando las noches eran relativamente agradables, éramos algunos en pedirles a las mujeres permiso de velar un rato con ellas en el pasillo.

Mientras hacían manoplas para los soldados franceses, nos encantaba escucharlas contarse recuerdos, en general alegres, como los de sus amoríos, siendo el ruido de fondo la respiración de los que dormían y el susurro de la paja cuando éstos cambiaban de postura, a veces gruñendo. Los que soñaban en voz alta hacían reír, pero mucho menos que el sonido de un pedo, al cual, muy a menudo, respondía otro pedo. ¡ Los pedos siempre son chuscos ! Amortiguábamos también nuestras risas al oír el gorgoteo metálico que hacía el que, o la que, meaba en el recipiente de hojalata que servía de orinal.

Una de esas noches, cuando dos chicos y yo estábamos con las trabajadoras noctámbulas, dos mujeres de la sala, que llevaban en la mano dos cubos abollados, aparecieron en el pasillo. Tras hablar y charlar brevemente con sus compañeras a

EL REFUGIO

propósito del punto que estaban haciendo, les pidieron que les prestasen una linterna ya que tenían que bajar al hall a por agua.

- Agua, ¿a estas horas?, se extrañaron las que hacían punto.

- ¡ Sí ! ... Os dejamos, porque, en la sala, hay muchos enfermos, contestaron ellas cogiendo la linterna y marchándose.

Parecían tan apacibles al decir una cosa tan grave que, convencidas de que bromeaban, bajando la cabeza, las del pasillo prosiguieron su labor....

- ¡ Chitón.... ! dijo de repente una de éstas. ¿No oís nada?

Todas levantaron la cabeza aguzando el oído hacia el recodo del pasillo.

Hicimos igual que ellas. En el silencio impuesto, tan sólo se oía la respiración de los que estaban durmiendo. Tranquilizadas, siguieron trabajando y hablando en el mismo tono. Pero un nuevo chitón les mandó callarse. Escuchamos todos religiosamente.

- ¡ Basta Carmela ! , deja de asustarnos.

Carmela, cuyo oído pretendía percibir ruidos insólitos, soltó su labor y se levantó diciendo :

- Está pasando algo en la sala. Voy a ver. Dolores, ¿me acompañas?

Dolores no tardó en volver corriendo en el pasillo, el rostro impregnado de espanto.

- ¡ Venid rápido ! , dijo a sus compañeras. Es verdad que hay en la sala gente que se está muriendo. Vosotros, niños, id a acostaros y procurad no despertar a nadie. Asustados de quedarnos los tres solos, bien despiertos, mientras la muerte estaba en el refugio, seguimos a las tres mujeres tan pronto como ellas desaparecieron de nuestra vista.

Para llegar a la sala, se debía seguir el pasillo que giraba hacia la izquierda, desembocaba en el rellano y, sin dejar el entarimado, recorría la longitud de la galería que bordeaba el patio, llamado corral.

Fue solamente cuando estuvimos frente al corral, sumergido en las tinieblas, cuando oímos llantos y gemidos. Tras haber vacilado unos segundos, entramos

EL REFUGIO

sigilosamente en la sala. El espectáculo, que se presentó a mí, era tan lúgubre que me quedé paralizado un momento. Cuando volví la cabeza para interrogar a mis amigos, tuve la sorpresa de constatar que me habían dejado plantado. Avancé para encontrarlos.

La sala parecía un templo en el cual se celebraba un rito satánico, tantas eran las velas que se consumían clavadas en el gollete de unas botellas puestas encima de la mesa y de los bancos, mientras resonaba una letanía de lamentos. Unos cuantos se movían alrededor de los que estaban postrados. Un entrelazamiento de haces fugaces de linternas y llamas de velas temblequeantes se cruzaban en todas direcciones, proyectando luces y sombras fantasmagóricas en el techo, en las paredes y en los rostros empapados de sudor que hacían muecas. Una atmósfera de vapores anaranjados difuminaba el fondo de la sala. En el centro de ésta, alguien alimentaba en leña y atizaba el hogar chispeante del imponente brasero tocado con un barreño humeante. Vi a una de las dos mujeres que vinieron en el pasillo verter el agua de su cubo en él mientras otra sacaba agua con un cazo para llenar las escudillas, los vasos y los cubiletes que les tendían unas compañeras. Era a toda velocidad que éstas se marchaban en todas direcciones con su pequeño recipiente que rebosaba agua humeante.

Mujeres y hombres sentados al borde de los jergones estaban estrechamente rodeados por compatriotas que les hacían tragar agua caliente a la fuerza. Acá y allá, unos enfermos vomitaban el agua engullida mezclada con unas flemas verdosas en el recipiente que les ponían debajo de la barbilla. Sus hipos y sus estertores me asqueaban. Los dejaban descansar un momento y, abrazándolos fuertemente de nuevo, les despegaban los labios crispados para forzarles a beber nuevamente, con un embudo para algunos de ellos.

Cuando el alarido de una madre que veía a unos de los suyos perder el conocimiento, o el de un enfermo que se retorció de dolor, dominaba el conjunto de los lamentos, unos socorristas, acompañados por llamas vacilantes, se aglutinaban por un buen rato, y se dispersaban para ir hacia otra llamada dolorida.

EL REFUGIO

Buscando a mis dos amigos, horrorizado por el pánico que reinaba en la sala, en un rincón del fondo vi los cuerpos de el Nano, de su hermana Chiquita y de su madre tumbados uno al lado de otro, como unos muertos olvidados, los pies remojándose en un charco de sangre. Al mismo instante en el que iba a darme un patatús, vinieron a acostarlos en un sitio seco y a cubrirlos calurosamente. Me di cuenta entonces de que lo que tomé por sangre tan sólo era la luz rojiza que se reflejaba en el agua esparcida por el suelo, y que los tres enfermos habían sucumbido a un sueño embrutecedor. De aquella noche espantosa, es la imagen de esta escena la que me ha quedado más profundamente grabada en la memoria.

La paja de los jergones cubría el suelo donde relucían unos charcos de agua y de vómitos que unas mujeres venían a enjugar con trapos. Envueltos con una sábana o con una manta, unos enfermos plegados en dos erraban frotándose el vientre. Los más válidos salían para ir a vomitar al corral. Algunos iban a sentarse contra la pared de la galería donde otros enfermos exhalaban unos gemidos al ritmo de su respiración. De cuando en cuando, una mujer venía a preguntarles si se encontraban mejor al mismo tiempo que les desgreñaba afectuosamente el pelo, y los abandonaba de nuevo para ir a curar a los que gritaban de dolor.

Durante aquella noche espantosa, había por lo menos unos veinte ocupantes en la sala que estaban envenenados por las setas, entre los cuales, unos ocho muy graves. Unos fragmentos de conversaciones reconstituyeron para los de las habitaciones las causas de la tragedia.

Aquella tarde, los abuelos regresaron al refugio cuando era de noche, y eso, dijeron, para que no los tomasen por unos ladrones ya que, de su paseo en los bosques, traían una gran bolsa llena de setas. Para asegurarse de que eran comestibles, les hicieron pasar 'la prueba infalible del ajo'. (Eso consiste en poner a hervir durante cinco minutos un surtido de setas cogidas con tres o cuatro cabezas de ajo peladas. Si el ajo se vuelve negro, eso significa que las setas son venenosas). Como el ajo se había quedado blanco, cocinaron las setas de los abuelos en un

EL REFUGIO

barreño de hierro galvanizado.

Numerosas fueron las mujeres que contribuyeron al refinamiento del plato añadiendo ajos, pimienta, tomate concentrado y aceite de cacahuete. Toda la sala fue invitada al festín. Menos mal que las raciones fueron numerosas porque, si tan sólo hubiesen sido algunos privilegiados en atiborrarse de setas, seguramente la muerte se los hubiera llevado.

Las personas a las que no les gustaban las setas, (cuya mayoría eran niños), y los que, al estar enfermos se acostaron sin cenar, tuvieron que levantarse para curar a los que fueron de cuchipanda en un ambiente de fiesta. Eso es lo que se decía en la sala donde el aire era pestilente.

Como nadie prestaba atención a los que venían de las habitaciones, yo y mis amigos, con los que me acababa de volverme a juntar, íbamos de grupo en grupo. A veces, empujándonos por estar en su camino, una de las mujeres que llevaba un tazón de agua caliente en una mano y una vela que temblequeaba en la otra, se detenía un momento para regañarnos :

- Pero, ¿que hacéis aquí? ¿No véis que estáis estorbando? ¿Sabéis qué hora es? ¡ Id a acostaros !

Repentinamente, asqueado por el espectáculo repugnante, me entró ganas de vomitar. Al segundo hipo, un tazón de agua caliente llegó ante mi nariz mientras unos brazos fuertes me inmovilizaban. No me dio tiempo de rechistar porque, cuando abrí la boca para hacerlo, mi voz fue ahogada en un gorgoteo de agua. Menos mal que mis amigos me sacaron de este apuro.

A pesar de la devoción de los valientes socorristas, varios enfermos estaban en un estado crítico. Las mujeres se preguntaron : ¿Había que llamar a un médico? Sí teníamos que hacerlo, ¿qué había que inventar para no poner en apuro a los abuelos que habían salido, tan lejos, sin autorización? Tras un intenso debate, decidieron mandar a un mensajero al hospicio.

El día empezaba a rayar cuando llegó la ambulancia con unas enfermeras. Al

EL REFUGIO

ver el panorama, regañaron severamente a las mujeres por haberlas avisado tan tarde.

Cogiendo jeringuillas, pincharon a los enfermos que estaban tumbados, sentados o que se ponían en fila de pie. La ambulancia tuvo que hacer dos viajes, atravesando a toda marcha la ciudad adormilada para llevar al hospicio los más graves. La jefa de las enfermeras les pidió a algunos voluntarios que las acompañaran para secundarlas y velar a sus enfermos.

Transidos de frío, nos acostamos pegándonos a los que dormían que, casi al final de su noche de sueño, se espabilaban bostezando. Las setas no mataron a nadie.

(Más de treinta años después de aquella noche horrible, mi madre aborrece todas las setas. Fue, no sin recelo, que terminó por cocinarnos champiñones, y únicamente éstos. Ahora, como todos los comestibles, pero cada vez que los veo en mi plato, no puedo dejar de acordarme de aquella trágica noche de mi infancia.)

A finales de mañana, el comisario vino al refugio para, al igual que las enfermeras, echarles la bronca a las mujeres. Jamás lo habíamos visto así de enfurecido. Ya que no queríamos denunciar a los que, sin su autorización, habían salido para coger setas - ¡ y qué setas ! - aseguró que a partir de entonces iba a volverse otra vez muy estricto para la entrega de permisos de salida, y extremadamente severo para los contraventores.

Por culpa de la sala, todo el refugio pagaba el pato. La polémica que levantó el drama de las setas deterioró un poco más las relaciones entre los dos grupos separados por la galería.

Desde los primeros días, la menor altercación entre ellas reavivaba el desacuerdo latente que las dividía. Las mujeres de las habitaciones del pasillo acusaban a las de la sala de ser a menudo responsables de unos hechos que al final sancionaban a todos. Y las mujeres de la sala replicaban a las del pasillo que eran unas egoístas; que teniendo el privilegio de estar instaladas cómodamente no querían comprender los problemas que tenían las familias apiñadas en la sala

EL REFUGIO

grande.



CAPÍTULO 52
CONFLICTOS Y CONCORDIA

Hoy, con la distancia del tiempo, cuando se me ocurre contar las escenas conmovedoras, cómicas y dramáticas que sucedieron en el refugio, no veo a éste como lo he descrito y dibujado, sino como un mapa. Creo que los que me lean comprenderán claramente por qué hubo zizañas entre los de la sala y los de los cuatro dormitorios. Para entretenerme, he escrito lo que sigue :

‘Imaginemos pues que el piso del refugio es un mapa. En el norte veo una gran nación (la sala), muy pobre y sobrepoblada, separada por un largo istmo (la galería) de un continente sur compuesto por cuatro pequeñas naciones (los cuatro dormitorios), separadas en dos territorios de dos por una estrecha y larga zona de tierra de nadie (el pasillo). Estas cuatro naciones son también muy pobres y sobrepobladas, pero, siendo independientes, su continente tiene la ventaja de dividir por cuatro los problemas planteados por la promiscuidad, el ruido, el abastecimiento en combustible para la climatización, etc, sin olvidar las desavenencias entre habitantes.

Las cinco naciones (la sala y los cuatro dormitorios) son tan subdesarrolladas que no tienen luz suficiente para alumbrarse por las noches. Teniendo su central eléctrica (la bombilla) en el centro, los habitantes de la gran nación (la sala), no pueden, como las del continente (los cuatro dormitorios), usarla separadamente. En

EL REFUGIO

efecto éstas cuatro disponen de una miserable central eléctrica (una bombilla) en medio de la tierra de nadie (el pasillo), que les permite usarla sin molestar a las vecinas...

Forzosamente, había una desigualdad entre los dos grupos de refugiados viviendo bajo el mismo techo. Por ejemplo, mientras las mujeres de la parte sur se encerraban, solas, en su dormitorio para lavarse, las de la sala debían aislarse detrás de una manta para que los demás no las viesan.

Las riñas no faltaban entre los ocupantes de los dormitorios pero, al ser más numerosas, es en la sala que las disputas eran más violentas. Sin embargo, la animosidad que afectaba, a veces seriamente, la vida de unos y otros, en los momentos gravísimos, la solidaridad entre ambos era admirable.

Todas las mañanas, cuando todos los del dormitorio, salvo algún enfermo, estaban de pie, las mujeres se ponían de acuerdo para remover la paja de los jergones y, si el cielo estaba despejado, para sacudir en el corral las sábanas y las mantas. Esto hecho, componían de nuevo los jergones y escobaban el suelo. Rectifico : al principio, eran los hermanos mayores los que debían sacudir en el corral las sábanas y las mantas. Aprovechaban para hacer saltar en los aires a los más pequeños, tendiendo y aflojando una manta de la cual agarraban el borde formando un círculo. Esta distracción que nos alegraba mucho y embraguiaba a los chiquillos saltarines que reían como locos, no duró mucho porque las madres querían conservar las únicas mantas que teníamos en buen estado, y temían que los saltarines se dañaran al caer mal ya que los lanzaban cada vez más alto. Las madres tenían razón ya que, grandes y pequeños éramos en general muy brutos.

Los quehaceres del dormitorio terminados, y nuestras heridas y chichones curados, muchas de las madres y de las hermanas mayores iban al lavadero o a ganarse dinero en la ciudad. Algunas contaron que, haciendo la limpieza en casa de las francesas, más de una vez encontraron un billete de banco debajo de un mueble. Nomás verlo sabían pertinentemente que ese billete (que les hacía tanta falta) lo

EL REFUGIO

pusieron adrede para comprobar su honradez. Lo cogían, porque dejarlo podría ser, también, la prueba que no habían barrido como se debe, y lo dejaban, bien a la vista, al lado de un bibelot cualquiera. Se sentían orgullosas de poder demostrar a las francesas pérfidas que no habían conseguido que cayesen en la trampa, y que los refugiados españoles no eran ni gitanos ni ladrones, como ellas lo pretendían.

Era solamente cuando la chiquillería estaba acostada que las mujeres disfrutaban de la tranquilidad. Su descanso y distracción eran el reunirse bajo la luz pálida de la bombilla del pasillo para charlotear mientras hacían manoplas para los soldados franceses.

De cuando en cuando, es de improviso que la pareja de gendarmes se presentaba a la hora del almuerzo, o durante la noche, en los dormitorios para verificar que no faltaba ninguno de nosotros.

Una noche, los gendarmes sorprendieron en su ronda nocturna a las mujeres haciendo punto en el pasillo. Una de ellas escondió rápidamente bajo su blusa una bolsa llena de ovillos de lana, pero, al ver su gesto y descubriendo la bolsa, los gendarmes les pidieron de donde habían sacado tanta lana. ¿Fingían ellos para ver lo que ellas les contestarían? o ¿es que ignoraban verdaderamente que trabajaban clandestinamente para el ejército francés? No queriendo que las tomasen por ladronas, les confesaron el nombre del señor que les conseguía la lana, y para quién hacían punto. Entonces, los gendarmes se limitaron en decirles que, siendo libres todo el día, no debían hacer punto por la noche a fin de economizar la electricidad que les regalaba el gobierno francés. (¿Qué cantidad de vatios podían consumir las tres miserables bombillas del refugio?). Las trabajadoras les contestaron, humildemente unos 'goui' de sumisión pero, apenas se fueron los gendarmes, volvieron a su faena.

Como las rondas nocturnas se efectuaban generalmente a la misma hora, una mujer se quedaba en el rellano para, cuando los gendarmes abrían la puerta de la calle, ir rápido a avisar a sus compañeras. En el acto, abandonando su faena, todas se

EL REFUGIO

metían bajo las mantas sin desvestirse. Aguzando el oído, se oían a los gendarmes subir las escaleras y acercarse sigilosamente a los dormitorios. Entreabriendo un ojo, veíamos los aces de sus linternas proyectar sombras efímeras sobre las paredes, jugar a la pídola sobre nuestras cabezas, deslizarse sobre los jergones, rebuscar en los rincones y bailar una zarabanda cuando los gendarmes cerraban la puerta y se iban del pasillo. Cuando la mujer que miraba por la ventana hacía señal que se alejaban en la calle, las trabajadoras nocturnas salían de pronto de debajo de las mantas para volver a su trabajo y su parloteo, porque se necesitaba hacer muchos pares de manoplas para ganar unos pocos francos.

Aunque se quejaban frecuentemente de dolores de cabeza y de reuma, las madres estaban siempre atareadas. A pesar de su voluntad y de su energía, a veces no podían contener la pesadumbre que las oprimía. Por las noches, al estar yo despierto, a veces oía los llantos de mi madre, amortiguados por el borde de la sábana que mordían sus dientes.

Muchas tardes, oyendo lamentos de dolor que provenían de uno de los dormitorios - en general de la sala - abandonábamos el corral para ir a ver lo que ocurría. Cuando, no pudiendo más aguantar los lloros, las madres se agrupaban para estrecharse y consolarse mutuamente, nosotros, sus hijos, temíamos que la nuestra sucumbiera a una crisis de histeria colectiva. Las veces que eso ocurrió, nos horrorizaba ver a las más desesperadas revolcarse por el suelo y gritar como bestias, mientras otras intentaban calmarlas inmovilizándoles brazos y piernas, mojándoles el rostro con agua y hablándoles con dulzura. También nos asustaba ver a alguno de nuestros amigos agarrarse al cuerpo de su madre fuera de sí, gritándole :

- ¡Pare madre! ¡No quiero que se muera!

Las más valientes nos hacían volver al corral para que no asistiéramos a esas escenas demasiado horribles para los chiquillos, olvidando que, como ellas, fuimos testigos de las que se produjeron el 9 de febrero en el pueblo Le Boulou.

CAPÍTULO 53
EL HIELO Y EL FUEGO

El frío, gran enemigo de los niños, abuelos, soldados en el frente y campos de concentración, fue muy riguroso aquel año. Cuando llegaron las primeras escarchas, sustituimos los cristales rotos de las ventanas por cartones, y todos las grietas que dejaban pasar el aire fueron tapadas con burletes de trapo. Encapuchados y enrollados en una manta, nuestros hermanos y hermanas menores se parecían a unos bebés invernando en su caparazón de lana.

Las heladas desordenaron de forma radical nuestra vida miserable. Secar la ropa cuando helaba o llovía era problemático. El hall se transformó en nevera. Su ancho y alto cierre metálico se abría lo justo para poder salir y entrar, y solamente el tiempo que tardaban los mozos para traernos el rancho desde el hotel cercano.

Uno siempre consigue suprimir las corrientes de aire, pero, en el refugio, era imposible protegernos del frío ya que nos estaba prohibido hacer fuego. Terminamos comiendo arropados, golpeando el suelo cimentado con nuestras suelas y frotándonos las manos encima del plato de sopa humeante.

- ¡ Lavaros las manos antes de tocar el pan ! ordenaban algunas madres a sus hijos.

A las que esta orden les parecía excesiva las demás replicaban :

- ¡ Vete a saber lo que se tocan durante la noche !

EL REFUGIO

Es cuando más necesitábamos comer - sobre todo grasiento - a fin de proteger nuestro cuerpo del frío, que la comida empeoró. Mi madre ya no recuperaba la margarina del desayuno para nuestra merienda, sino para ‘engrasar’ las cenas. Los más pequeños y los más débiles comían en su cuarto.

Un día particularmente frío, las madres de nuestro cuarto decidieron transgredir la orden de no hacer fuego y encendieron uno. ¡ Qué felices nos sentíamos viendo las llamas bailar en la chimenea ! Las demás familias no tardaron en hacer lo mismo en sus dormitorios. En la gran sala, en la cual casi una centena de personas tiritaban de frío, confeccionaron un brasero con uno de los grandes bidones que no faltaban. Lo encendían en el corral y, una vez que ya no soltaba más humo, lo transportaban adentro donde tronaba en un pedestal de ladrillos colocado en el centro de la sala.

En un principio, el combustible no ocasionó ningún problema, ya que en la planta baja del refugio y en la fosa abundaban cartones, maderas viejas y viguetas. La mano de obra no faltaba ya que para nosotros era un juego cortar, serrar, partir y apilar este combustible.

Cada cuarto tenía, de pared a pared su red de cuerdas tendidas, de las cuales colgaban un surtido de trapos y de ropa interior masculina y femenina. Para acercarnos al fuego, debíamos abrirnos paso apartando con la mano camisas, blusas, sostenes, bragas, calzoncillos etc., que goteaban en el suelo.

Cuando el comisario vio, desde la calle, una chimenea echar humo, no tardó en presentarse en nuestro cuarto. Mirando fijamente las llamas que bailaban, movió la cabeza de izquierda a derecha sin decir palabra. Las madres lo rodearon poniendo unas caras como la de la Virgen de los Siete Dolores y le señalaron con el dedo a los críos arrebuados con tanto amor y compasión que acabo por mover la cabeza de arriba abajo. Entonces lo aturdieron con tantos ‘ ¡ gracias señor ! ’ que se forzaba en disimular el placer que le producía tantas solicitudes.

Antes de marcharse, moviendo su dedo índice levantado, dijo unas palabras e hizo gestos que nos permitieron entenderle :

EL REFUGIO

- Ya hablaré de ello al capitán porque hace demasiado frío para los niños...
¡ Cuidado ! Sean prudentes.... No hagan grandes fuegos.... Y una vez acostados deben apagarlo.

Las madres lo acompañaron hasta la calle y le juraron que serían la prudencia misma, y que tenían demasiado miedo al fuego para dejarlo encendido por las noches.

Estábamos convencidos de que este hombre, casado con una mujer catalana de Perpignan, era demasiado bueno para ejercer de policía. Sentíamos que debía esforzarse para ser autoritario. La vez en la que le pedimos lo que fue de nuestra compatriota que se habían llevado por haberse quejado de lo mal que comíamos, se conformó con mover la cabeza chapurreando :

- 'Yo no sé nada....' Nus vivimos una triste epoque. Quel gran malur por nu tots'.
Estas simples palabras reconfortaron el corazón de las madres....



EL REFUGIO

CAPÍTULO 54

EL INCENDIO

El invierno riguroso que cohabitaba con nosotros en el refugio solidificaba todo lo que era líquido, hasta el aceite de la botella. Envueltos en unas mantas, los más pequeños se parecían a unos muñecos de trapo animados. Ir al retrete situado en el corral para exhibir las piernas y el culo desnudos a la agudeza del frío era una obligación más que desagradable. El refectorio estaba desierto a la hora de las comidas. Los hermanos mayores subían las ollas que iban a buscar al hotel para repartir su contenido en los dormitorios. Prácticamente no nos lavábamos.

El fuego ardía desde la aurora hasta muy entrada la noche.

Éramos tan numerosos y se debía secar tanta ropa, y la chimenea era tan modesta, que durante el día sólo podíamos calentarnos por turno. Por la noche, todo era diferente ya que nos acostábamos para apretujarnos y, entonces, el chisporroteo de la madera quemándose y el resplandor de las llamas que hacían bailar destellos y sombras fantásticas, maravillaban a todo el dormitorio.

Como se intensificaba el frío, instalamos delante de las entradas unos braseritos, sin preocuparnos por ser intoxicados por el óxido de carbono, porque, a pesar de haber guarnecido de burletes juntas y rendijas de la ventana, notábamos siempre corriente.

Como le tenían un miedo cerval al fuego, las madres vivían con temor durante el día y no pegaban ojo por la noche. Pero como la pulmonía les espantaba aún

EL REFUGIO

más... lo que tanto temían acabo por ocurrir. Una noche, el grito que, eso dicen, es capaz de hacer andar a los paralíticos, despertó al refugio :

- ‘ ¡ Fuego ! ¡ Fuego ! .’

Todo el mundo se precipitó hacia el corral, las niñas más grandes llevándose a los más pequeños que lloraban por haber sido despertados. La noche era fría y oscura. Un olor acre a humo picaba las narices. Al igual que la noche de las setas, los haces de las linternas se pusieron a bailar una loca zarabanda sobre las paredes de la galería, donde unas chispas seguidas por unas pavesas humeantes, brotaban por debajo del tejado situado en lo alto de la entrada de la sala. El espanto hizo gritar a las mujeres y desconcertó a nuestros hermanos mayores en un primer momento; pero, recobrando la calma, no tardaron en organizar la lucha contra el incendio provocado por las chispas del brasero que, como todas las otras noches, ardía rojo del todo, justo en la entrada de la sala. Algunos de los hermanos mayores subieron al desván y, detrás de ellos, hicimos una larga cadena que bajaba hasta el grifo del hall. Todos los recipientes que pueden contener líquido iban de mano en mano subiendo llenos y bajando vacíos. Nosotros, los chicos, teníamos como misión darles luz con velas y linternas. Nuestras hermanitas cuidaban de los más pequeñitos agrupados en el dormitorio más cercano al rellano para, en caso de emergencia, huir por la escalera hasta la calle. Eran muy pocos los que no dejaban de llorar ya que la mayoría se había vuelto a dormir.

Luchamos toda la noche, la frente chorreando de sudor y con la ropa empapada del agua que desbordaba de los recipientes al pasar de mano en mano.

El cielo estaba coloreándose con los primeros destellos del día cuando, agotados, gritamos victoria. Estábamos muy orgullosos por haber conseguido apagar el principio de incendio sin la ayuda de los bomberos. Si los hubiéramos avisado.... No nos atrevimos a imaginar lo que hubiese ocurrido si las autoridades se hubiesen enterado que habíamos encendido un fuego sin tomar precauciones. ¿Tal vez la deportación de algunos de nosotros como ejemplo?

EL REFUGIO

Extenuados, empapados y tiritando de frío, volvimos a nuestros jergones felicitándonos los unos a los otros.

Nos sorprendió que ningún vecino se diera cuenta de este principio de incendio, y que nadie lo supiera jamás, salvo nosotros. Y eso lo largo de nuestra estancia en el refugio. Es verdad que desde ese mismo día, y con frecuencia durante los que siguieron, las madres no dejaron de repetirnos que no habláramos de esto con nadie ya que temían que les prohibieran hacer fuego.

Al día siguiente, tan pronto como nos despertamos, los mayores se apresuraron en volver al desván para valorar los estragos del incendio. Afortunadamente, eran menos importantes de lo que pensábamos : el fuego tan sólo había dañado unas cuantas tablas del parquet, dos viguetas y algunas espigas. Se las arreglaron para consolidar la buhardilla calcinada redoblándola con unas tablas colocadas con algunas puntas y algunas ligaduras de alambre.

El mismo día, antes de volver a encender el fuego, las madres les ordenó a los mozos deshollar las chimeneas de las dormitorios, cosa que hicieron con trapos atados en la punta de una pértiga hecha con varillas de hierro. Eso nos permitió reírnos a costa de los deshollinadores voluntarios cuyo rostro se puso tan negro y los dientes tan blancos que se parecía a el de los senegaleses que vimos en la frontera.

Los días pasaban y se parecían : todos eran fríos. Menos mal que no faltaba madera. Siempre encontrábamos cajas, tablas, maderos y, para encender la chimenea, los cartones y la paja abundaban. Nos pasábamos horas con los hermanos mayores rompiendo con una hachita, con un pico, con unas barras de hierro y con unas piedras gordas los materiales combustibles.

Mientras sobraba madera, la compartíamos equitativamente pero, en cuanto hubo que sacarla de los rincones y arrancarla de las máquinas, de las paredes y de los techos, cada uno trabajó para su propio dormitorio.

Un día, sorprendimos a dos chavales que bajaban a hurtadillas del desván, llevando cada uno en brazos unas tablas. Esta vez, 'la guerra' entre la sala y los dormitorios estuvo a punto de estallar al descubrir que había sido un abuelito el que,

EL REFUGIO

a escondidas, fue a arrancar madera en el desván, madera que hizo bajar por sus nietos. Por unanimidad, se prohibió la entrada del desván.

Menos mal que había en el refugio gente sensata que, sin tomarse por unos jefes, llegaban a imponer un mínimo de reglas y de principios elementarios para respetar lo que había que respetar, y poder aguantarnos unos a otros.

Los jóvenes intentaron fabricar con un par de bidones encajados un brasero que quemaría polvos de corcho, ya que el refugio tenía una reserva inagotable de este combustible; pero a pesar de su ingeniosidad y de su paciencia, no lograron dominar el fuego de esta 'pólvora' que, en cuanto la removíamos un poquito, se esfumaba desprendiendo unos haces de chispas abrasadoras.



CAPÍTULO 55
VELADAS BAJO LAS MANTAS

El frío abominable no era nuestro único agresor atmosférico. Cuando rugía el viento, sabiendo que el refugio era un edificio descuidado desde hacía mucho tiempo, temíamos que sus ráfagas derrumbasen la chimenea del corral y las del tejado, arrancando tejas; y cuando persistía varios días, la lluvia era una molestia que se añadía a las demás.

El tejado del refugio tenía tantas goteras que, cuando llovía a cántaros, debíamos movilizarnos para luchar contra el agua que chorreaba dentro de nuestros dormitorios. Durante el día conseguíamos aguantarla. En cambio, las borrascas nocturnas nos obligaban a levantarnos. Debíamos empujar la mesa bajo la superficie del techo sin goteras con el fin de apilar sobre ella el máximo de ropa y de trastos, mientras protegíamos los jergones, desplazando brazados de paja, y todo el parquet poniendo bajo las numerosas goteras toda clase de recipientes : barreños, cacerolas, pucheros, latas, etc. Como cada recipiente sonaba distinto cuando recibía las gotas, el conjunto de sonidos componía una sinfonía que nos encantaba hasta el punto de que, para cambiar su monotonía, desplazábamos los recipientes de sitio.

A las madres no les gustaba en absoluto estos conciertos nocturnos. Según ellas, no podía ser uno melómana cuando urgía proteger los jergones, enjugar el chorreo de una pared y desplazar los trastos y la ropa apilada o colgada para preservarla de

EL REFUGIO

las dichosas goteras. Acostados de nuevo y apretados sobre las literas de paja salvadas, terminábamos por dormirnos, encantados por el ‘concierto’ metaloacuático. Después de las tormentas debíamos reemplazar la paja mojada, hacer secar la ropa húmeda, enjugar el parquet y las paredes. Durante muchos días un tufo de sótano húmedo y de madera podrida flotaba en el refugio, el mismo olor que, desde la explanada arboleada, olíamos por el agujero de la puerta de este edificio antes de que lo ocupáramos.

Durante casi todo el invierno, nomás cenar nos acostábamos quitándonos sólo los zapatos o sandalias, las ligas y las cinturas. Acurrucados, la cabeza bajo las mantas, sobre las cuales tendíamos ropa, sacos y pedazos de lona para tener más peso sobre nuestro cuerpo. Una vez calentados por nuestro aliento, de cuando en cuando descubríamos nuestra boca para inhalar una bocanada de aire fresco.

Jamás olvidaré estas veladas bajo las mantas durante las cuales reinaba la felicidad en el dormitorio, enrojecido por las brasas de los últimos pedazos de madera echados al fuego.

Los motivos para reírnos - como para enfadarnos - no faltaban en la promiscuidad del refugio.

Es imposible explicar el porqué los pedos, los ronquidos, el galimatía de los que dormían y el gorgoteo producido por los que meaban en un orinal, provocaban la hilaridad general. Una vez el ambiente creado, bastaba un simple estornudo para que todo el dormitorio se riese a carcajadas. Una echaba pestes contra la pulga que le picaba y otra contra el ratón que se movía en un rincón. La que juraba contra la paja que le hacía cosquillas en ciertas partes del cuerpo, con palabras incomprensibles para nosotros, los chavales, hacía reventarse de risa a todas las mujeres. Esas noches, cuando una mujer molesta por las risas desencadenadas, gritaba como una loca para imponer el silencio, lo que hacía era redoblar la intensidad del regocijo. También, a veces, durante nuestras veladas bajo las mantas, algunas mujeres nos contaban chistes y, a veces.... historias lúgubres. Las escuchábamos silenciosos y con un miedo que nos ponía la piel de gallina. Yo, me

EL REFUGIO

tapaba con los dedos los oídos para no oír los momentos más aterradores. Al final de cada historia, después de un suspiro de alivio, éramos muchos en pedirles que nos contasen otra. Aún recuerdo algunas de estas historias espantosas. A continuación escribo la versión abreviada de dos de ellas :

“Un mendigo que no había comido desde una semana, tenía tanta hambre que, una noche de plena luna, entró en el cementerio para quitarle al recién enterrado su hígado. De vuelta en su cuchitril, lo asó sobre las brasas y se lo zampó, vaciando un litro de vino. Saciado, se acostó sobre la paja que le servía de cama y se durmió roncando de satisfacción. Cuando en la torre de la iglesia sonó las doce, el muerto salió de su tumba y, cubierto de su sudario caminó hasta la reja del cementerio, la cual se abrió chirriando de forma siniestra. Estando fuera del campo santo, arrastrando los pies esqueléticos, el muerto se dirigió hacia el cuchitril del mendigo para recuperar su hígado. Con su puño huesudo dió tres golpes secos en la puerta sin cerrojo : ‘ ¡ toc, toc, toc ! ’. Al no contestarle nadie, entró, cogió el cuchillo que estaba sobre la mesa, se acercó despacito al durmiente.... se inclinó hacia él... y.... con un rictus diabólico en su cara cadavérica”

“Es la historia de dos hombres, de los cuales, las dos casas y los dos jardines vecinos estaban separados por una pared. El que se llamaba Flores no paraba de exigirle a su vecino que se llamaba Pera que cortase el peral de su jardín que daba sombra a sus rosales. El señor Pera mandaba a su vecino Flores a paseo.

Una tarde que el señor Pera hacía la siesta a la sombra de su peral florecido, su vecino gruñón cogió una hacha, y, pasando la pared con una escalera, ¡ crac ! , le partió en dos la cabeza. Sirviéndose de un pico y de una pala que encontró en el jardín, enterró el cadáver al pie del peral.

Meses después, cuando el peral se cargó de frutas preciosas, todas las noches, a las doce en punto, una voz del otro mundo despertaba al señor Flores : ‘ ¡ Soy el Pera, enterrado bajo el peral ! ’. Estando al borde del ataque de nervios, una noche con luna, el señor Flores fue a desterrar a su víctima para despezarla y darla de comer a los cerdos. Cuál fue su pavor al ver que la fosa estaba vacía. El asesino tenía la

EL REFUGIO

garganta tan apretada y seca por la angustia que, automáticamente, cogió una de las peras de la rama inclinada por el peso. En el momento en que el reloj de la iglesia tocaba las doce y que el señor Flores acercó la pera a su boca abierta en grande para darle un mordisco....”

(Lo siento, pero no conozco el final de estas historias macabres porque me tapé los oídos).

Cuando se restablecía el silencio y que el sueño empezaba a adormecernos, una voz cavernosa decía súbitamente :

- ¡ Chito ! ... ¿No oís el paso del fantasma que sube por la escalera?... Ya está en el pasillo.... delante de la puerta....

Los que comprendían el jugueteo, temblaban y castañeaban adrede los dientes mientras algunos, para darse coraje, decían que los fantasmas no existían. Pero cuando, de repente, uno gritaba : ‘ ¡ ya está en la habitación ! , crédulos e incrédulos sobresaltaban. La broma reanimaba las risas. Las madres debían desgañitarse para hacernos callar. Cuando el silencio impuesto terminaba por ser inaguantable, las risas a la sordina estallaban ruidosamente, provocando nuevas protestas, las cuales avivaban el regocijo.

(Yo siempre he pensado que la mayor de las risas, y la que más contagia, es la que es desencadenada por otra risa. Reír viendo a la gente reírse, ignorando porque se ríe, es una felicidad suprema.)

Desgraciadamente, a veces estas veladas alegres se terminaban en violentas disputas verbales, porque ciertas madres recordaban a las que se reían sin moderación que teníamos a seres queridos en campos de concentración franceses o encarcelados en España.

En el refugio había una madre que no tenía noticias de sus dos niños que embarcaron, con muchos otros, hacia Rusia, mientras otros muchos fueron acogidos por Inglaterra.

Muchas de esas noches, los lamentos y los lloros contagiaban a todo el dormitorio, y, exactamente lo mismo que con las risas, a las madres les costaba

EL REFUGIO

mucho obtener el silencio y el sueño de todos.



CAPÍTULO 56
LA JUNQUERA

A nosotros (los niños) nos gustaban mucho estas largas veladas, acostados sobre un lecho de paja y debajo de las mantas.

Siendo demasiado temprano para dormir, las mujeres nos mecían con su charloteo. Nos encantaba oírles contarse recuerdos de su infancia, de sus amoríos, de su lucha por las ideas republicanas y de la huida a pie tras el carro para salvarse del avance de las tropas franquistas....

Como miles de familias, procedentes de todas las provincias de España, las de nuestro dormitorio llegaron a fines de enero de 1939 en el valle de la Junquera, situado al norte de los Pirineos catalanes; y el destino quiso que, una vez pasada la frontera francesa, muchas de ellas subirían al mismo tren y, algunas, al mismo autobús hasta Mézin, ciudad francesa del 'Lot-et-Garonne' (Gascuña). Así pues, fue a partir de la Junquera cuando estas últimas familias vivieron la misma historia, la cual seguía su curso bajo el mismo techo de la fábrica de tapones de corcho abandonada que era nuestro refugio.

En una de estas veladas particularmente fría, acostados más temprano que de costumbre para preservarnos del frío exterior, mientras esperábamos el sueño, las mujeres se pusieron a narrar la tragedia vivida en la Junquera y lo que fue nuestra entrada en Francia.

EL REFUGIO

(Si hubiera sido mayor, hubiera pedido la palabra de cuando en cuando para, yo también, expresar mi relato y mis impresiones sobre el drama que desquició a millares de familias españolas, entre las cuales la mía.)

Aquí está resumida la síntesis de los relatos de las mujeres, incluidas mi madre y mi hermana mayor, María, relatos en los cuales introduzco mis recuerdos de niño. (Tenía nueve años y medio).

A fin de que dicha evocación sea coherente, me he permitido dar a mi hermana mayor el papel de única narradora.

La cabra que nos daba leche, aquella que seguía nuestro grupo desde Villafranca del Penedès, atada detrás del carro, fue degollada cuando llegamos cerca de los Pirineos, ensartada y asada sobre una hoguera. Los niños tuvieron mucha pena. No quisieron asistir al sacrificio del animal, pero, a la hora de comer, todos comieron con avidez una buena tajada de su carne.

Volvimos a emprender la marcha, contando los kilómetros que nos separaban de nuestro objetivo : la frontera francesa.

Apresuramos el paso para cruzar lo antes posible la montaña a fin de estar a salvo. Era imposible equivocarse de dirección : todos los que, como nosotros, huían de Franco, se dirigían hacia la Junquera. Nos sorprendían, más que nos preocupaban, los compatriotas que al cruzarse con nosotros, y antes que les preguntáramos por qué daban media vuelta, nos gritaban :

- ¡ Volver hacia atrás ! ¡ El paso de la frontera francesa está definitivamente cerrado ! ¡ Nos han traicionado !

Los escuchábamos con cierto recelo ya que muchos de los que huían avisaron de que había franquistas entre nosotros.

- Estos hijos de puta se mezclan con los fugitivos republicanos para impedir que se desangre el país por la multitud humana que quiere abandonarlo, decían algunos. Nosotros seguíamos hacia adelante sin vacilar. De todos modos, no teníamos otra alternativa : las últimas noticias que se propagaban de boca en boca eran que el general Yagüe había entrado triunfalmente en Barcelona, y que el ejército franquista

EL REFUGIO

progresaba hacia Port Bou sin encontrar resistencia. Teníamos que darnos prisa mientras los Pirineos catalanes eran una puerta abierta para entrar en Francia.

Cuando, por fin llegamos a la pradera de dicho valle, había ya una mar de gente a la espera, y otra que llegaba sin cesar tras nosotros. A finales del día, éramos muchísimos los que acampábamos al pie del puerto, a pocos kilómetros de la estación de aduanas francesa, la cual permanecía cerrada cuando, importantes responsables de nuestro gobierno republicano aseguraron que Francia nos acogería. Al día siguiente, las informaciones que llegaban hasta nuestros oídos eran que, por razones inexplicables, los franceses no estaban aún dispuestos para recibirnos; que debíamos ser pacientes porque no tardaríamos en pasar. Tranquilizados por estas noticias, cada pareja, cada familia, cada grupo se organizó para seguir viviendo a la espera del gran día. Por las noches, las mujeres y los niños dormían bajo los carros cercados con toldos, y los hombres en cabañas hechas de palos cubiertos con las lonas rudas que sirven para cosechar olivas, y en cobertizos de telas y ramas cortadas en los bosques de los alrededores.

Estábamos a principios de febrero y al pie de la alta montaña, es decir que las noches eran frías, pero, más que el frío, lo que nos preocupaba era la comida. Se habían terminado los campos y las huertas abandonados que costeábamos durante nuestra extenuante huida, y en los cuales encontrábamos muchas veces algo para calmar el hambre. Sí, se terminaron las remolachas, los nabos que comíamos con avidez, las coles y otras hortalizas de invierno; y se terminó igualmente la caza de conejos, pájaros y.... Me puedo jactar de haber comido por primera vez erizos, los cuales asábamos dentro de un terrón de arcilla enterrado en las brasas, y culebras, asadas o hervidas.

Esta situación nos obligó a racionar nuestras escasas provisiones. En lo que concierne nuestra familia, no más teníamos un saquete de garbanzos, otro de arroz, unos kilos de judías secas más un pedazo de tocino rancio.

No estábamos completamente abandonados : viniendo de no sabíamos donde, camiones de la Cruz Roja cargados de pan, de sémola y de conserva en lata se abrían

EL REFUGIO

un camino en el hormiguo de la muchedumbre que se precipitaba, atropellándose, hacia ellos. A los pocos minutos, la distribución de víveres se convertía en una lucha encarnizada. Extremadamente tensos, algunos milicianos apuntaban su fusil, pero no pasaban de ahí, conscientes de que si disparaban, corrían el riesgo de ser linchados. Los vehículos eran asaltados. Los milicianos que los protegían rechazaban a culatazos a los hambrientos una y otra vez hasta que.... vencidos por el gentío, abandonaban los camiones. La arrebatiña no duraba mucho tiempo.

La concentración de los fugitivos republicanos seguían poblando la llanura del valle de la Junquera. Había que estar constantemente alerta ya que no se sabía cuando y donde se efectuaría la siguiente distribución de víveres. A la menor agitación de la muchedumbre, íbamos corriendo para ver lo que ocurría. Cuando se confirmaba que se distribuía comida, cada familia, o cada grupo, enviaba a su representante más robusto.

Sobre las hogueras humeaban ollas, pucheros y sartenes. Perros esqueléticos rondaban entre grupos en cuclillas o sentados alrededor de los utensilios que habían sacado del fuego. Mujeres descabelladas erraban gritando un nombre. Una de ellas se paró un breve instante para escrutar la agitación que nos rodeaba pidiendo, con voz patética :

- ¿No habéis visto a mi Pablito, un niño de seis años?

Al contestarle negativamente, nos imploró :

- Si vosotras, y los demás, lo véis, decírnoslo. Yo y los míos estamos allí, cerca de aquel carro, añadió, señalando con su índice un 'allí' confundido en el hormiguo humano.

Una niña pasó cerca de nuestro grupo llorando y reclamando su mamá.

- ¿Cómo te llamas, niña?

- Maruja.

- ¿Y qué más?

- Ferrán Velez.

- ¿De dónde eres?

EL REFUGIO

- De Oviedo.

Por turno y después al unísono pregonamos a los cuatro vientos :

- ¡ Aquí está la niña asturiana, Maruja Ferrán Velez ! ...

Otros niños perdidos erraban por el campamento, tendiendo la mano a las mujeres que les preguntaban quienes eran. Ciertas personas afirmaban que al no poder alimentarlos, sus padres los dejaban vagabundear, pensando que alguien, apiadándose, les daría comida. En la multitud, las lenguas viperinas no podían faltar; no obstante, nosotras no podíamos creer que una madre fuese capaz de abandonar a un hijo; aunque todo era posible en el valle de la Junquera....

Nada más nacer, el menor rumor se amplificaba, enloqueciendo a la multitud. Como ejemplo, entre los más alarmantes, corrió el rumor de que si tardaba tanto la apertura del paso de la frontera, era porque los franquistas y los franceses estaban negociando sobre nuestro destino.

A pesar de todo, la esperanza no nos abandonó. Seguros que muy pronto cruzaríamos la montaña, seguimos desenvolviéndonos para vivir el presente. Con calderos y otros recipientes íbamos a por agua, muy abundante en el valle. Parientes e íntimos tapaban con telas, o mantas, a aquellas y aquellos a quienes, al tener diarrea, no les daba tiempo de ir hasta el bosque más cercano para hacer sus necesidades.

Una tarde, un avión sobrevoló el campamento. Al menor zumbido proveniente del cielo, nos dispersábamos y nos tendíamos en el suelo, apretando entre los dientes el palillo que, como un amuleto, llevábamos atado alrededor del cuello. (Si el estallido de una bomba nos hiciera sobresaltar, éste era indispensable, nos dijo gente mayor, para que los dientes no se quebraran ni nos cortásemos la lengua con ellos.). Cuando el pájaro maldito se alejaba de nuestra vista, maldecíamos al aviador gritándole : ‘ ¡ Hijo de puta ! ’. Su madre no se quedaba con esta sola acusación. La condenábamos a que reventase como una perra sarnosa por haber parido un aviador franquista.

Odiábamos el astro de la noche, ya que la luna era cómplice de los aviones

EL REFUGIO

criminales.

Para preservarnos de ellos, instintivamente y a pesar del frío glacial, aunque nadie daba la orden, al anochecer todas las hogueras se apagaban.

Un amanecer, la lluvia, que temíamos más que el frío, se puso a caer tan recia que confundía tierra y cielo. Nos pusimos a cubierto aglutinándonos debajo de los carros y de las lonas que manteníamos estiradas sobre nuestras cabezas. Luchamos todo el día y gran parte de la noche, ya que el diluvio no cesó hasta las tres de la mañana. Al clarear el día descubrimos, angustiados, que tendríamos que chapotear en los charcos y en el barro.

Una noche en la que el campamento estaba sumergido en las tinieblas, súbitamente, el sonido de una trompeta nos hizo sobresaltar. La melodía flamenca vibraba tan clara, tan hechicera, que suspendíamos el aliento para escucharla con más emoción.

¿Podría ser la noche profunda, el silencio que reinaba entonces, la inmensidad del auditorium que era el valle, o la nostalgia que daba al cobre un sonido tan claro que parecía sobrenatural?

Éramos tres las que decidimos ir en busca del trompetista divino, pero unos hombres nos lo impidieron, diciendo :

- ¡ Quietas aquí ! ... Nos embrollan para atraernos en una emboscada. No olvidéis que hay fascistas entre nosotros. La noche pasada, por segunda vez, y sólo en donde estamos, tres personas han desaparecido dejando sus hatos. No debemos dispersarnos.

Era cierto que unos rumores (siempre ellos) decían que cada noche había personas que se esfumaban misteriosamente. En efecto, el caso era extraño. Más valía obedecer. Era una lástima porque la sonoridad de dicha trompeta era tan hechicera que nos atraía.

La noche siguiente, (una noche oscura y glacial), el campamento se iluminó con las llamas de un abeto que ardía en la linde de un bosque. Un clamor de indignación resonó en el valle. Sin duda, la hoguera era obra de fascistas que querían señalar a la

EL REFUGIO

aviación nuestra concentración. Enseguida, una oleada humana se precipitó hacia la llamarada. Como no faltaba agua y sobraban voluntarios, el fuego fue rápidamente apagado.

Al amanecer, se contaba que un padre confesó que había encendido discretamente leña en un pequeño brasero bajo la tienda de lona que les protegía, y esto para calentar a sus hijos que temblaban de frío. Después, tuvo la imprudencia de arrojar la ceniza aún caliente al pie del abeto que entonces prendió.

Una tarde, la montaña retumbó con un lejano ruido semejante a un redoble de tambor, ocasionando un grito horroroso :

- Es el disparo de un cañón ! !

Falsos optimistas pretendían que era un trueno. ¡ Imbéciles ! Sólo un sordo o un fascista podía decir semejante sandez porque, desgraciadamente, nosotros sabíamos distinguir, entre muchos ruidos, el de la guerra que avanzaba y nos perseguía. Para darnos la razón, y por supuesto para asustarnos más, soldados con fusil al hombro y manta enrollada, afluían, dispersos, al valle de la Junquera.

Alejándose, mi padre pasó un día entero buscando si se podía cruzar la frontera por otro camino. Volvió a reunirse con nosotros, abrumado : el puerto de el Perthus era el único paso hacia Francia para aquella multitud acampada en el valle.

Pensamos : - ‘Y si, como se dice y nos aterra, ¿la Junquera fuese una ratonera para los republicanos que huían?’.

Con la vista dirigida hacia la cumbre del puerto un grupo de hombres nos intimía que asaltáramos el puesto de milicianos que nos cerraba el paso de la carretera que subía hacia la frontera. Desde el alto de los carros, oradores, hombres y mujeres, empezaron a arengar el gentío. Por primera vez, un ambiente de revuelta se apoderó de la impresionante agrupación de aquel callejón sin salida en que se había convertido el valle de la Junquera.

Un coche de milicianos con altavoz recorrió el campamento para confirmarnos lo que, hasta entonces era, ni más ni menos, que un rumor entre

EL REFUGIO

muchos : sólo se podía llevar a Francia lo estrictamente necesario; es decir lo mínimo de ropa y de mantas. A pesar de no creérselo del todo, aceptamos abandonar el carro, pero no todo lo que se podía llevar en maletas y sacos. Los más robustos - hombres y mujeres - estaban dispuestos a llevarse lo que sus fuerzas podrían aguantar. Habiendo recobrado confianza, pero también conscientes de nuestra situación dramática, nos deshicimos de los trastos y demás cosas que pensábamos prescindibles, y, muy a nuestro pesar, de la máquina de coser Singer, lo que nos causó mucha pena. Como no queríamos dejar nada a los fascistas, se encendieron numerosas hogueras donde ardían papeluchos, montones de libros, de sábanas, de ropa de toda clase, y hasta muebles.

Ajenos a lo que nos ocurría, los niños jugaban como jamás pudieron hacerlo. Además de los objetos de toda clase, en el campamento abundaban los libros, patines, bicicletas, balones y otros muchos juguetes. Para ellos, aquel indescriptible rastro era un paraíso. Revolvían, cogían, se disfrazaban. En las fogatas arrojaban botellas llenas de colonia, de bebidas alcoholizadas y también otras vacías pero bien tapadas. Alejados del fuego, gritaban con regocijo y aplaudían cada vez que una explosión diseminaba peligrosamente las ascuas de la hoguera; y no se nos ocurría gritarles....

Una tarde muy soleada, vimos a una señorita con cabello cortado al rape y el pecho desnudo pasearse tranquilamente. Evidentemente, la joven atraía las miradas de los hombres, y también las de la mayoría de las mujeres, escandalizadas por su indecencia. Al tomarla por una desequilibrada, fuimos a su encuentro para decirle que disimulara sus hermosos pechos. Cuando la vimos de cerca, y al darse ella la vuelta, nos quedamos estupefactas al descubrir que tanto su pecho como su espalda estaban cubiertos por horribles llagas en vías de cicatrización. La señorita nos contó que, después de un bombardeo de Barcelona, la salvaron por milagro de los escombros de un edificio en llamas; y que al cabo de muchos días pasados en un hospital, el médico que se ocupó de ella le aconsejó a su salida exponer sus

EL REFUGIO

quemaduras a los rayos del sol, lo que sería tanto, e incluso más eficaz que la pomada.

En el campamento donde reinaba la anarquía más desordenada, nada en absoluto podía sorprendernos. Sin el menor miramiento, viejos y jóvenes sinvergüenzas se bajaban el pantalón donde y cuando tenían ganas de hacer sus necesidades. Uno se cruzaba con parejas de novios estrambóticas, enfermos físicos y enfermos mentales, inválidos, mutilados, etc. En resumen, nuestra concentración era un microcosmo donde no faltaba la variedad de desdichados sin los cuales la sociedad sería incompleta.

A la Junquera llegaban, dos por dos o en pequeños grupos, cada vez más numerosos, soldados hirsutos, muertos de cansancio, con la ropa hecha harapos que dejaban al descubierto heridas y vendas manchadas de sangre. Los desgraciados andaban como alma en pena entre la multitud, pidiendo comida como vulgares mendigos. Su deserción para juntarse con los civiles fugitivos confirmaba, trágicamente, la derrota de la república española.

Por fin vimos una patrulla de hombres en uniforme que iba de un grupo a otro advirtiéndolo que nos preparáramos todos para pasar la frontera. A pesar de la impaciencia con la cual esperábamos este momento, acogimos la noticia con lamentos y lloros porque como ya nos lo habían advertido, sólo se podía llevar lo estrictamente necesario.

Los burros, mulas, machos, perros y gatos aún sujetos, fueron puestos en libertad. Hombres con la cara profundamente marcada, lloraban con su esposa y los hijos mayores, acariciando los animales de tiro. Les costaba creer que debían abandonar para siempre a sus compañeros de trabajo en los campos, que tan sufridos habían venido tirando del carro sobrecargado durante centenares de kilómetros, por carreteras accidentadas.

Lamentándose, las familias se atareaban alrededor del carro ya vacío de su contenido. Cada uno preparaba su hatillo, rebuscando en los baúles, las maletas y los

EL REFUGIO

sacos tirados en desorden sobre la hierba pisoteada hasta las raíces.

Al abandonar la casa, se llevaron lo que creían imprescindible, y, sin embargo, era increíble la cantidad de cosas que tenían que abandonar. En la vasta pradera se formaron nuevos montones de ropa y de objetos de toda clase, desde el servicio de cubiertos más barato hasta el tesoro que era la máquina de coser. No creo que volveré a ver en la vida semejante desembalaje de cosas al aire libre. Aquello parecía el saqueo de una ciudad por una horda de bárbaros. Se encendieron nuevas hogueras.

Cualquiera podía rebuscar libremente en lo que habían tirado los demás. En semejante circunstancia, sólo la curiosidad podía empujar a comportarse así, ya que nadie tenía nada que ocultarle a nadie, y nada se podía coger. Todos exponían todo a las miradas de todos, y el viento, como para burlarse de nosotros, esparcía telas ligeras y papeles.

Bastaron unas horas para desparramar sobre la hierba aplastada lo que se había acumulado generación tras generación. Las generaciones presentes en la Junquera oraban, lloraban, gritaban y a la vez maldecían al cielo por haber nacido con tan mala estrella.

A medio día, obedeciendo a las órdenes, cada uno con su paquete a cuestas, nos dirigimos hacia el pie del puerto para formar una fila zigzagueante sobre la llanura del valle. En línea recta, ¿cuántos hectómetros podía medir? Es lo que nos preguntábamos intentando divisar sus extremidades que se desvanecían en la neblina. Tuvimos que protestar para obligar a los retrasados a respetar la cola. En aquel desorden, en vez de estirarse, la cola se ensanchaba formando curvas, las cuales, poco a poco, se juntaban en paralelo hasta convertirse en grupos compactos. Aquí y allá, ciertos grupos se reñían, arguyendo cada cual que había llegado antes que el otro en la cola. Después de haber, a duras penas, alineado convenientemente la parte de la fila que ocupábamos, esperamos, estoicos, arropados lo más caliente posible, unos sentados sobre los bultos, otros marcando el paso para calentarse los

EL REFUGIO

pies, o andando sin alejarse de los suyos.

Las horas pasaban y la fila no avanzaba; ni siquiera se movía. Los que se adelantaron para ver lo que pasaba fueron rechazados por guardias que les gritaban que nadie debía salir de la fila.

La Cruz Roja se puso a distribuir leche y caldo calientes, rebanadas de pan y tablas de chocolate. Pero, más tarde, la segunda distribución no llegó hasta el puesto que ocupábamos; y ocurrió lo que tanto temíamos : la noche nos sorprendió en el mismo sitio. Al sentir aumentar el frío, nos incitábamos mutuamente a volver a los carros para protegernos mejor bajo ellos, pero temiendo perder su sitio en la fila, nadie se atrevió a moverse. Sin embargo, algunos hombres fueron a buscarnos ropas y, sobre todo, lonas bastas de recoger olivas. Para protegernos y conversar lo más posible el calor corporal, nos apelotonamos bajo aquel cobertizo improvisado. Los niños no tardaron en dormirse, apretados contra nuestros pechos y en un embrollo de bultos, de brazos y de piernas.

Al amanecer, cuando sacamos la cabeza de debajo de la tela que nos cubría, nos sorprendió ver la impresionante escarcha que nos rodeaba. No nos extrañó el haber tiritado de frío toda la noche. La fila de espera se dislocó en toda su longitud, porque todos pateaban dándose fuertes manotazos sobre los costados para hacer entrar en calor el cuerpo entumecido por el frío y la inmovilidad.

Con la claridad del día surgieron nuevos líos. Aprovechando la oscuridad, algunas familias se habían adelantado en la cola, y, justo detrás de nosotros, la fila hacía una curva que se movía tanto que pronto se confundiría con la curva que teníamos delante. El follón se intensificó cuando se propagó por la fila la noticia de que iba a comenzar la ronda de autobuses que nos llevaría a Francia.

Tres amigas y yo fuimos a ver como se efectuaba el transporte. Vimos, escandalizadas, que los hombres subían el puerto andando, y que nuestros compatriotas tomaban los vehículos por asalto, rechazando con brutalidad los que no eran de su familia. Al principio, el chófer alejaba los asaltantes pero, convencido

EL REFUGIO

de que no podría calmarlos, cuando todos los asientos del autobús estaban ocupados, arrancaba sin avisar. Esto ocasionaba un tumulto indescriptible porque había personas que querían bajar para evitar la separación con los familiares que se quedaban, y otras que, por el mismo motivo, se agarraban a las partes salientes del autobús.

El pánico enloqueció a la cola de espera cuando, después de haber oído de nuevo retumbar el cañón, corrió el rumor de que los ‘nacionales’ estaban a pocos kilómetros de Figueras, la ciudad más cercana de la Junquera. Fueron muchos los que, abandonando la cola, se precipitaron hacia adelante, arrastrando bultos y metiendo prisa a los niños. El desorden y la confusión eran tales que los vehículos se vieron obligados a interrumpir su ronda durante largos momentos. Cuando los chóferes volvieron a arrancar, fue para dirigirse hacia los grupos que aguantaban quietos en la cola dislocada. Al paso que iba la cosa, temíamos tener que volver a pasar otra noche en el mismo sitio, sabiendo - porque nos lo anunciaron - que la siguiente distribución de comida se efectuaría en Francia.

Ya que en el reino de la Confusión los astutos son los reyes, tres mujeres de nuestro grupo decidimos ir en busca de un autobús. Tuvimos la suerte de ver uno que rodaba hacia nosotras. Al llegar a nuestro lado, el chófer frenó y sacó la cabeza fuera de la cabina para enviarnos un guiño muy pillo acompañado de un silbido admirativo. Le contestamos con sonrisas seductoras, y le hicimos comprender cual era nuestro desamparo. Paró su vehículo. El mozo era guapetón y, ¡ vaya alegría ! : hablaba español.

Le contamos que desde el principio esperábamos en el mismo sitio; que con nosotras había muchos niños e incluso dos bebés; que se debía recompensar a los que respetaban, confiados, las consignas para ser evacuados. Nuestro Ángel de la Guarda nos invitó a subir en su vehículo, rechazando a los que intentaban seguirnos. Con la puerta del autobús cerrada a duras penas, el chófer arrancó bruscamente para distanciar a los que querían agarrarse a la escalera de la imperial. ¡ Ya os podéis

EL REFUGIO

imaginar la alegría que tuvieron los que nos esperaban angustiosamente, viéndonos volver triunfalmente con un autobús vacío !

Tuvimos que apartar a patadas y puñetazos a los que nos empujaban para subir también al autobús. No subieron todos los que cabían hasta que nuestro grupo terminó de instalarse en los asientos, y que las madres se despidiesen de los hombres e hijos mayores, que, como ya he dicho, debían subir el puerto caminando. Las madres no dejaron que el chófer arrancara antes de que contasen a sus hijos, muy excitados por el hecho de viajar en coche. Con cierta inquietud, todas se pusieron a gritar, mezclando las voces :

- Hijos míos, contestarme : ¡ presente ! ¡ José ! , ¡ Pedro ! , ¡ Andrés ! , ¡ Isabel ! ,

¡ Anastasio ! , ¡ Mercedes ! , ¡ Charo ! , ¡ Juana ! ...

Por fin, el autobús se puso en marcha. A través del cristal de las ventanillas asistimos, aliviados, al guirigay y desorden indescritibles que reinaban en el valle de la Junquera. La circulación intensa de coches y de peatones que subían penosamente en dos filas la carretera estrecha y con muchas curvas del puerto nos pareció, a nosotras, ser una triste procesión de desdichados que subían hacia donde reinaba la paz y la libertad.

Al llegar a una parte llana y bastante ancha de la carretera, el chófer paró su vehículo para que un puesto de la Cruz Roja nos distribuyera bocadillos y bolsitas de caramelos para los niños. Fue para nosotras un encanto verlos mirar las golosinas, embelesados, sin atreverse a quitarles el papel colorado que las envolvía.

A pesar de nuestro trágico éxodo, el hecho de ir a Francia era algo muy emocionante ya que ninguna de nosotras había viajado fuera de España, e incluso, caso de la mayoría, fuera de su comarca, excepto, claro está, antes de su huida para salvarse de los franquistas.

Durante toda la lenta y larga subida del puerto, nuestro autobús (como todos los demás vehículos) adelantó una procesión de hombres que daban lástima. Iban con barbas, cubiertos con un capote o con una manta, con ropas sucias y

EL REFUGIO

deshilachadas. Muchos de ellos caminaban con los pies envueltos en trapos atados con betas; otros muchos, heridos, iban con la cabeza envuelta con una venda manchada de sangre, con un brazo en cabestrillo o apoyándose sobre una o dos muletas; algunos avanzaban a duras penas, sostenidos por dos camaradas extenuados.

En el autobús llorábamos todas, dirigiéndoles con la mano saludos fraternos y besos pegando los labios sobre los cristales. Muchos de nuestros desgraciados soldados nos los devolvían besando la punta de sus dedos, o levantando hacia nosotros el puño izquierdo mientras otros nos sonreían tristemente.

- ¡ Pobres hombres y pobres madres ! , gemíamos enjugando nuestras lágrimas.

En el borde de los últimos recodos de la carretera se amontonaban los fusiles y otras armas que debían abandonar nuestros soldados antes de pasar la frontera.

Ya cerca de la cumbre, militares franceses armados escoltaban a los nuestros, considerándolos, no como valientes soldados, republicanos como ellos, sino como vulgares prisioneros.

¡ Vaya sorpresa ! : el autobús adelantó también a una familia de compatriotas que empujaba un carro abarrotado del que tiraba un caballo. Escandalizadas, gritamos nuestra rabia a través de los cristales preguntándonos :

- ¿Quiénes son ellos para poder pasar con todo?

Nuestra indignación era tal que deseábamos que el carro cayese en el profundo precipicio lindando con la carretera....

CAPÍTULO 57

LE BOULOU

No sé porque nos imaginábamos que el paso de la frontera que separa dos países es un pórtico que atraviesa la muralla de una fortificación, un puente que salva un río o una ancha y profunda zanja. ¡ Nada de esto ! Nada separaba el pueblo que se llama le Perthus, pueblo semejante a tantos otros pueblos si no fuese por el hormigueo de hombres en uniforme y armados que lo poblaba; pueblo del que, ironía de nuestro destino, nos enteramos de que era mitad francés y mitad español.

También era la misma montaña, salvo que, después de haber subido su vertiente española, bajábamos la francesa, adelantando la larga procesión de nuestros compatriotas, militares y civiles, escoltados como si fuesen peligrosos por soldados franceses con casco y fusil.

Al final de la bajada todo curvas, después de haber cruzado el pueblo que tiene por nombre le Boulou, el chófer paró el autobús en una explanada con suave pendiente donde vimos, con estupor, que reinaba un desorden inexplicable. Quitando la cantidad de soldados que patrullaban, la animación de nuestro nuevo paradero se parecía al valle de la Junquera. Eran tantos los militares armados que muchas de nosotras creíamos que los franceses se preparaban para hacer frente al ejército de Franco que nos perseguía.

Unos soldados nos hicieron salir una tras una del autobús para poder

EL REFUGIO

registrar meticulosamente los bultos y cachear de arriba a abajo a mujeres y niños.

- Miran si no escondéis una arma, nos susurró el chófer en español.

- ¿Nos toman por bandidos?, gritó una madre iracunda.

Grande era nuestra indignación de ser tan malamente acogidos después de habernos hecho esperar tanto. Una vez reagrupados con nuestros bultos amontonados sobre el suelo, las madres señalaron a las hijas que debían ir a la entrada del pueblo para recibir y guiar hasta donde estaban a los hombres que llegarían andando.

Cuando, unas horas después, celebrábamos la dicha de estar nuevamente reunidos y a salvo de los franquistas, jamás habíamos creído que íbamos a vivir uno de los momentos más dolorosos de nuestra vida. Soldados negros, vestidos de uniformes raros y armados de fusiles con su bayoneta calada, (supimos más tarde que pertenecían al regimiento de tropas senegalesas), empezaron a separar brutalmente los hombres de las mujeres y de los niños. Las esposas eran arrastradas por el suelo, agarradas con desesperación a las piernas de los esposos o de los hijos mayores que se llevaban a la fuerza. Madres arrodilladas juraban a los horribles africanos que el hijo que le arrancaban de los brazos tenía menos de dieciséis años. Recuerdo que algunas mujeres se apretujaron para esconder bajo sus enaguas a mi hermano Sebastián que, sufriendo entonces trastornos de crecimiento, aparentaba más de quince años. Lo escondieron porque los colosos negros no querían ver nuestra documentación. Para ellos, solo contaba la estatura de los mozos.

Fuimos agrupados cerca de una estación de ferrocarril. Las mujeres más valientes trataban de calmar a las que lloraban y gritaban injurias contra Francia y los franceses, y a las que, histéricas, daban alaridos revolcándose por el suelo.

Soldados senegaleses patrullaban en todas las direcciones. Algunos de ellos se llevaban a la fuerza a hombres que forcejaban jurando, y otros dislocaban a los grupos de mujeres amenazándolas con la punta de las bayonetas y gritándoles : ‘ ¡ Alé ! , ¡ Alé ! ’

Una patrulla de negros se puso a gritar : - ‘ ¡ Halte ! ’, lanzándose en

EL REFUGIO

persecución de un camarada nuestro que huía zigzagueando entre los vagones de la estación de ferrocarril cercana. No comprendíamos por qué nuestro camarada corría el riesgo de recibir un balazo sabiendo que no tenía la menor escapatoria. Le gritamos :

- ¡ Ríndete camarada ! , después de tanto lo que has sufrido, no te hagas matar tontamente por estos salvajes.

Los niños nos decían que tenían hambre....

Unas compatriotas que erraban llorando nos informaron que más arriba distribuían comida. Las tres amigas nos dirigíamos hacia el sitio señalado cuando una de las patrullas nos cercó, amenazadora. Los colosos con piel negra como el carbón, en la cara de los cuales resaltaba el blancor de sus ojos horrorosos y el de sus grandes dientes nos aterrorizaban, porque se decía que los moros de Franco (y para nosotras, esos negros eran de la misma raza), eran bárbaros que degollaban las mujeres que capturaban después haberlas violado.

Nos preguntaron en francés a donde íbamos. Al no comprendernos, con la mano ante la boca les señalamos que buscábamos donde se podía comer. Entendiendo, nos hicieron ir hasta los nuestros y, agrupándonos, nos escoltaron metiéndonos prisa con la punta de las bayonetas, gritando sus ¡ alé ! , ¡ alé !

Estos ‘alé’, fonética española del francés ‘Allez’, (que corresponde a nuestro orden : ‘ ¡ Venga ! ’) que nos gritaban tantas veces con tosquedad los soldados franceses en el Boulou, se convirtió en el leimotiv de las coplas de una canción que cuenta nuestra llegada a Francia.

Dicha canción empieza así :

Hemos, pasado la frontera,
a pie por carretera,
¡ Alé ! ¡ Alé !

.....

Los senegaleses nos metieron en la cola de una larga fila. Al ver que, adelante había gente con bata blanca que vacunaba en cadena, pensamos que estábamos

EL REFUGIO

equivocados. Cuando nos apartamos de ella, vino una de las batas blancas hacia nosotras para decirnos, acompañando sus palabras con gestos :

- 'Pas piqué, pas miam-miam.' (No pinchado, no ñam ñam).

Una vez vacunados, los niños llorando más de pavor que de dolor, nos hicieron entrar dentro de una gran nave en la cual se alineaban mesas de tablas guarnecidas de cestas llenas, unas de patatas cocidas, otras de rebanadas de pan blanco, de platillos con sal, y de jarras, unas con agua y otras con leche. De risa fue el chasco que se llevaron varios niños llevándose con precipitación a la boca un puñado de sal creyendo que era azúcar.

En lo que me concierne, creo que jamás volveré a comer patatas tan sabrosas como las que comí en el Boulou.

Ya vacunados y alimentados, nos hicieron esperar hasta el anochecer para subir a los vagones de un tren. Para la gran mayoría de nosotras, era el primer viaje en ferrocarril. Los niños reían y aplaudían, la mar de contentos, para expresar su regocijo. Nosotras llorábamos, pero ya nuestros ojos enrojecidos se quedaban secos por haber derramado todas sus lágrimas.

Estando todos en el tren, antes de que arrancase, la Cruz Roja nos distribuyó por las ventanillas vasos de leche templada, rebanadas de pan y porciones de chocolate. Durante nuestro viaje nocturno, nos distribuyeron lo mismo en la parada de otra estación....

Nuestro viaje fue un horroroso calvario. ¿Como no sentirse con malestar después del día agotador que pasamos, la cruel separación, la vacuna que nos dió fiebre y el atracón de comida ya que estábamos hambrientos? Todas y todos, grandes y pequeños, teníamos cólicos y vómitos. ¡ Y sólo había un retrete por vagón !

Aún tengo vergüenza pensando en los que, a fin de nuestro viaje, limpiaron el tren.

No, jamás olvidaremos el día 9 de febrero de 1939....

Cuando las madres y las hermanas mayores empezaban a narrar las peripecias de su desventura, no había forma de poder dormir porque, una tras otra, cada una

EL REFUGIO

contaba su desgracia. Lo que vivieron las últimas en llegar fue también muy doloroso, ya que, desbordados por los acontecimientos, los franceses agruparon bestialmente la oleada de refugiados españoles en campos de concentración inhospitalarios.

La dramática evocación de estos sucesos recientes disgustaba a las madres que tenían la moral muy baja. Con voz interrumpida de lloros, alguna de ellas suplicaba a la narradora que se callara.

Afortunadamente, nuestras veladas sobre la paja y bajo las mantas eran, algunas veces, la ocasión de reírnos a carcajadas escuchando a las chistosas y a las humoristas del dormitorio.



CAPÍTULO 58

DEBEMOS ABANDONAR EL REFUGIO

Como lo conté en un capítulo anterior, un mes después de las vendimias, y cuando más que nunca nos preguntábamos por qué nos dejaban en la ignorancia total, llegaron rumores inquietantes que enloquecieron de miedo al refugio. Las madres se reunieron para compartir sus temores y presentimientos. Una mañana, éstos se confirmaron de forma brutal : el comisario clavó en el poste de la galería un aviso que nos aconsejaba regresar a España, y que los que deseaban quedarse en Francia, debían encontrar un trabajo lo antes posible. Éste les permitiría obtener una ‘carta de trabajo’ (¡ Ah ! esta ‘carta de trabajo’ nos iba a amargar la vida durante más de veinte años).

Nada, absolutamente nada fue organizado para facilitar nuestra salida del refugio. Cada uno tenía que arreglárselas para encontrar trabajo y donde alojarse.

Acosado por un sin fin de preguntas de las madres angustiadas, el comisario les repetía que sus superiores le ordenaron clavar el aviso sin darle explicación alguna. Antes de marcharse, acabó por decirles que, al igual que les pasó a ellas, miles de familias del nordeste de Francia habían abandonado sus hogares para venir a refugiarse, aquí, en el suroeste.

¡ Puestos a sufrir, más vale sufrir en su casa ! suspiraban las madres más desanimadas, convencidas que no podrían vivir en este país que las odiaba, sin

EL REFUGIO

contar que el idioma de éste era un obstáculo insalvable.

Cuando mi padre supo esta terrible noticia, escribió a mi madre y le dijo que hiciera lo posible para no volver a España donde, según las cartas codificadas que recibía de nuestra familia y de los compañeros que volvieron a sus pueblos, reinaba el terror y la miseria.

Mi madre empezó por interesarse en una asociación que se encargaba de enviarnos a México. Pero como jamás se iría dejando a nuestro padre, no quiso hacer los trámites que le pedían.

Recuerdo que a partir del mes de noviembre, unas personas que estaban solas y algunas familias se fueron discretamente del refugio. Se dijo que algunas de ellas regresaron a España y que a otras se les autorizó juntarse con familiares establecidos ya en Francia desde hacía mucho años, los cuales se hacían fiadores de ellos en cuanto al alojamiento y la alimentación, y se encargaban de darles trabajo.

Muchos hermanos y hermanas mayores encontraron fácilmente trabajo. Por ejemplo, mi hermano Sebastián fue contratado como obrero agrícola por el amo que lo había empleado como vendimiador. Mi hermana María también fue contratada por una masía.

Después de la efervescencia que provocó el aviso y la salida de muchos, la vida del refugio se estabilizó y aparentemente parecía que nada grave había ocurrido.

Al buscar desesperadamente, mi madre acabó por encontrar dos o tres alquileres en la ciudad. Pero a pesar de las recomendaciones de la señora Engracia, mujer muy conocida y apreciada por muchos ciudadanos, los propietarios le hicieron comprender que no alquilaban a los españoles. Cuando mi padre se enteró ésto, él, que admiraba tanto esta nación, le escribió a mi madre que conforme pasaban los días más desilusionado e indignado se sentía por la actitud de la república francesa hacia los republicanos españoles.

Se terminaron las autorizaciones de salida, el toque de queda y las rondas inopinadas de los gendarmes. Éramos libres, pero con la obligación de marcharnos del refugio. Muy pronto, el hotel Rini cesaría de alimentarnos, y el colmo era que nos

EL REFUGIO

desalojaban ya que necesitaban un lugar donde albergar a los alsacianos y loreneses que, como dijo el comisario, huyendo de la guerra se acercaban a la ciudad.

Sea como regalo de fin de año, sea como ayuda financiera, por primera vez, las autoridades dieron a cada madre 8 francos, más 4 por cada hijo.

Un mes después de que se fuera Sebastián a trabajar al campo, vino a vernos en bicicleta. La esperanza que tenía mi madre de recibir la primera paga de su hijo mayor - la cual nos permitiría salir del refugio - se convirtió en una gran y escandalosa decepción. Aún la oigo gritar su indignación al enterarse de que sólo había cobrado 100 francos en vez de los 200 prometidos. Su ira fue estruendosa, cuando su hijo le dio para remendar una de las dos únicas camisas que se había llevado.

- ¡ Será posible ! ¿Tus amos ni siquiera te compraron una camisa nueva?

Pocos días después, mi madre recibió una carta de mi padre en la cual se escandalizaba y se lamentaba que su hijo mayor, responsable de la familia en su ausencia, era explotado vergonzosamente como también lo era él. Su miserable sueldo de 27 francos por mes (28 haciendo horas suplementarias) no le permitían ayudarnos financieramente.



CAPÍTULO 59
MOLESTIAS ACERCA DE LA LEÑA

La madera de toda clase recuperada en el refugio ardía con tanta rapidez que no tardamos en quemarla toda.

Las madres se vieron obligadas a rogar al comisario que hiciese lo necesario para abastecernos en leña. Éste les contestó que no podía hacer nada, ya que, como lo sabían, les era prohibido encender fuego, y que además debían arreglárselas para desalojar el lugar. Sin embargo, como seguía haciendo mucho frío, les autorizó a ir a buscar leña del suelo en el gran bosque de la comarca.

Mi madre fue la primera de todas en ir al bosque, situado a dos kilómetros de la ciudad, con Valero, Juana y yo. Al principio, esta faena fue para mí un paseo (todo lo que es nuevo gusta), pero no tardé en darme cuenta que era un trabajo duro y fastidioso.

Para ir a por leña, rodeábamos - bajando - la ciudad de norte a oeste hasta el río y, cruzando su puente, seguíamos la carretera que subía en línea recta hasta el campo de rugby, el cual lindaba con el bosque de robles y de alcornos.

Con las ramadas más secas que sacábamos de la maleza no tardábamos en hacer cuatro haces de leña.

Al sujetar con mis manos la carga que doblaba mi espalda, tenía los dedos entumecidos por el frío, y eso a pesar de los guantes de lana gorda que llevaba.

El regreso era muy fastidioso. La señora Juaquina nos prestó una carretilla, pero se la devolvimos porque su carga de leña se nos hacía aún más pesada puesto que a partir del río la carretera iba cuesta arriba hasta el refugio. Nos parábamos

EL REFUGIO

numerosas veces para descansar y para calentarnos las manos frotándonoslas y soplándoles nuestro aliento humeante, y los pies dándole al suelo con las suelas de nuestro miserable calzado.

(Una madre y sus tres hijos vestidos y calzados pobremente, llevando, cada uno, sobre sus espaldas encorvadas un haz de leña era, sin duda, una escena patética para los transeúntes que nos miraban).

A continuación, las otras familias residentes del refugio se juntaron con nosotros para ir a por leña.

En nuestra habitación, cada familia almacenaba 'su' leña debajo de la larga mesa común, separándola de las demás con un cartón.

Mi madre tenía la fama de saber acomodar los restos de comida, lograba guisarnos platos suculentos, y eso mezclando a la manduca fideos, huevos, cebolla, ajos fritos, etc, y condimentos comprados en la ciudad.

Siendo demasiado pequeña para todos, la chimenea de nuestra habitación era objeto de conflictos entre las madres. Con la cacerola, el puchero o la sartén en la mano, una gritaba que era su turno de guisar; otra que tenía la prioridad porque tenía más bocas que alimentar; y otra, que ya estaba harta de tanto esperar.

En cuanto a la leña, las riñas eran terribles. Recuerdo que una mujer cogió leña nuestra. Con voz alta, mi madre le ordenó de volverla a poner en su sitio (lo que hizo), gritándole a continuación :

- ¡ Y que sepas, descarada, que mis hijos sufren yendo a buscarla, mientras tú y tu hijo os quedáis aquí, bien calentitos !

Hasta ese día, es verdad que la mujer incriminada, madre de un hijo más joven que yo, tomaba la costumbre de coger ramitos de leña almacenada por los demás debajo de la mesa. Pero tuvo la mala suerte de enfrentarse a mi madre, la cual, para defender lo suyo se volvía como una fiera.

Había también una mujer que no paraba de tender ropa ante la chimenea para que se secara. Todas se quejaban, repitiéndole que no era la única que lavaba ropa. La señora, que era una cara dura, acabó por decir :

EL REFUGIO

- Si yo lavo tanto, ¡ es porque yo soy limpia !

Aún oigo a mi madre contestarle, alzando la voz :

- ¡ La más limpia no es la que lava mucho, sino la que ensucia menos !

El frío se intensificaba día tras día, y el rancho era cada día peor. Las madres regresaban al refugio echando pestes cuando veían restos de comida y de pan correr con el agua de las regueras de las calles. Y eso porque tenían mucho respeto a la comida en general y al pan en particular. Para ellas, tirarlo era cometer un crimen.



CAPÍTULO 60
EL MATADERO

Puesto que los chicos íbamos en grupo, las madres cesaron de acompañarnos a buscar leña.

En la linde del bosque y al borde del camino que nos conducía a él, recogíamos por el suelo castañas. Tostadas en la famosa sartén o hervidas, eran un regalo apreciado por todo el refugio. También encontrábamos setas que chafábamos de un zapatazo colérico después de haber escupido con odio sobre ellas.

Una mañana, un hermano mayor consiguió capturar un conejo de campo. La familia del cazador tuvo un festín memorable, pues hacía muchísimo tiempo que nadie comía arroz con conejo. La madre puso su piel a secar para confeccionar un par de zapatillas para su hija menor. Después de este primer conejo, los hermanos mayores intentaron cazar otros poniendo lazos en la linde del bosque. Que yo sepa, no cazaron ninguno.

Una tarde, fuimos cuatro o cinco a por leña. Al regresar, cuando descansábamos al borde de la cuneta, oímos mugidos tan horribles que, dejando nuestros fajos, fuimos por primera vez hasta el matadero que estaba cerca de las orillas del río. Desde fuera vimos un ternero colgado por una de sus patas traseras a una cadena que colgaba del alto techo. El animal estaba tieso, con la lengua colgante. De su degolladero caía un chorrito de sangre que alimentaba la estrecha reguera del

EL REFUGIO

suelo cementado.

Debíamos dar mucha lástima ya que, en vez de decirnos que nos largáramos (a lo que estábamos acostumbrados con los franceses), el degollador nos hizo señal de seguirlo hasta una imponente mesa de carnicero. Sin decirnos palabra, cortó grandes trozos de pulmón bovino, los envolvió con un papel espeso y los repartió entre nosotros.

A pesar de llevar, cada uno, un fajo de leña a cuestas, aquella tarde fue casi corriendo que subimos la pendiente de la carretera, de lo impacientes que estábamos en hacer a nuestras madres semejante regalo.

Al día siguiente estábamos el doble de chicos delante del umbral del matadero municipal. El mismo señor nos hizo comprender que no podía darnos más pulmón bovino, pero, sin embargo, sí toda la sangre y las tripas que quisiéramos.

A partir de entonces, todos los días de matanza, las madres nos mandaban al matadero con una cacerola en la mano. Nos adentrábamos unos metros en el edificio y esperábamos, inmóviles, a la vez tímidos e impresionados. El degollador, un hombre fuerte y coloradote, llevaba un gran delantal de cuadritos blancos y azules, manchado de sangre. Tiraba hasta el centro del matadero la cuerda atada al cuello de un ternero que resistía mugiendo. Después de haberle atado con una cadena un jarrete, el hombre tiraba una de las cadenas del aparejo colgado al techo. Desequilibrado, el animal caía al suelo, y es forcejeando desesperadamente que subía con las patas abiertas y tias hasta tener la cabeza, con los ojos saltones, colgando pesadamente. El hombre palpaba con sus dedos gruesos el degolladero velludo del animal y, con gesto maquinal, le incaba el cuchillo en la yugular, de la cual salía con fuerza un chorro de sangre. Es entonces cuando el hombre nos hacía la señal de acercarnos. Uno tras otro, llenábamos nuestro recipiente con la sangre que chorreaba del corte por el que salía la vida y entraba la muerte. Cuando, al final de su agonía el animal sobresaltaba, debíamos apartarnos rápidamente para no ser rociados de sangre, cosa que, a veces, no podíamos evitar.

Mi madre freía la sangre con cebolla en una sartén. Siendo un manjar muy

EL REFUGIO

seco, teníamos dificultad a tragarlo, sobre todo que lo comíamos glotonamente. Para evitar que nos atragantáramos, bebíamos a menudo sorbitos de agua.

Teniendo en cuenta las veces que fuimos al matadero, comimos kilos y kilos de sangre frita, y bebimos varios litros de ella aún tibia como desafío, pero también porque nuestras madres nos instigaban a beberla diciéndonos que era el mejor de los fortificantes.

Además del pulmón bovino que mi madre cocía con patatas y colinabos del rancho, el matadero abasteció con tripas el refugio, tripas que las mujeres vaciaban y lavaban en el río vecino y relavaban bajo el grifo del refugio.

Cuando, como previsto, el hotel cesó de alimentarnos, las madres no se quejaron ni se asustaron, y eso porque la manduca terminó por ser incomible y porque, estando libres de salir del refugio para trabajar en casa de los franceses, podían mejorar nuestra vida. Además, el matadero les proporcionaba comida y el bosque leña para guisar y calentarnos.



CAPÍTULO 61

NOS VAMOS DEL REFUGIO

EL REFUGIO

Llegó el año 1940. Sebastián, vino a vernos en bicicleta para celebrar el año nuevo con nosotros y para anunciarnos que su patrón se había decidido en contratar Valero como obrero agrícola, y eso a partir del mes siguiente.

Mi hermana María se fue de la masía que la contrató para trabajar en la pastelería donde Ramón, uno de los hijos de la señora Engracia, era el jefe pastelero. Nos quedamos estupefactos cuando nos dijo, muy seriamente, que estaba harta de comer pasteles, ella que, como todos en el refugio, se racionaba el pan duro.

Es cuando pasaban estos acontecimientos que mi madre recibió una triste noticia de mi padre : la Undécima Compañía de Trabajadores españoles se veía desplazada de la Condamine (Basses-Alpes) a Gorze (Moselle). Le entró el pánico cuando se enteró que la Moselle era fronteriza con Alemania. Desde aquel día, en cada carta le quería hacer confesar que la armada francesa le hacía cavar trincheras, a lo que respondía que, al igual que en los Alpes, su trabajo consistía en ensanchar una carretera....

Los campesinos sabían donde ir para buscar mano de obra : al refugio. Poco después de que Valero se marchara con Sebastián, un día vino un agricultor que llevaba prisa en encontrar una joven para ayudar a su mujer que se había roto un brazo. Se marchó con mi hermana Juana, que aún no tenía doce años, pero que aparetaba muchos más.

Como otras familias, la mía se dislocó en poco menos de tres meses.

En el refugio (donde seguían todavía viviendo bastantes mujeres y niños), mi madre se quedaba con sólo tres de sus siete hijos : Alicia, Lauro Daniel y yo.

Al no encontrar donde alojarse en la ciudad, y al no tener dinero, mi madre gritó tan alto su indignación al comisario que éste le dijo de ir a quejarse en la gendarmería.

Allí fue, bien decidida. Los gendarmes le dijeron que si no estaba contenta en Francia, que se fuera a su país. Cuando mi padre se enteró de esto, escribió en una carta que dichos gendarmes eran seres muy bastos para comportarse así con una

EL REFUGIO

mujer, cuyo esposo había escogido trabajar para este país, - del cual se sentía deudor por haberlo acogido con toda su familia -, y los hijos, después de haber vendimiado trabajaban la tierra francesa. Mi padre, gran admirador de Francia, y hasta entonces con un optimismo inquebrantable, escribió, en una de sus últimas cartas : - 'Creo que el gobierno francés nos engañó y que los franceses hacen lo mismo.' Como había que marcharse, mejor hacerlo de prisa - pensó mi madre. Una tarde fue a llamar a la puerta de las familias de los 'viejos' españoles que le habían hecho ya tantos favores. Nos decía a menudo que uno tenía que tener amigos en todos los lugares, incluso en el infierno. (Es verdad que cuando uno está desesperado, tan sólo hace falta que uno le tienda la mano para retomar ánimo).

Por mediación de la señora Engracia consiguió encontrar una habitación en la planta baja de una casa situada en una calle estrecha y oscura, cerca de la plaza de la Iglesia. El agua y el retrete estaban en un patio interior. Le pareció a mi madre que el precio del alquiler - 25 francos pagados con un mes de antelación - era excesivo. Tal vez no lo era, pero como sólo tenía unos 10 francos, esta cantidad le parecía considerable. Fue la buena señora Engracia que le adelantó el dinero, y la señora Juaquina la que le prestó una carretilla para la mudanza.

Ayudé a mi madre a meter lo más paja posible en una sábana de la cual atamos juntas las puntas y, yo empujando la carretilla y ella, llorando, manteniendo el equilibrio del voluminoso bulto, hicimos un primer viaje hasta nuestro nuevo domicilio, donde, sobre el suelo embaldosado, preparamos nuestro miserable jergón. A la vuelta, pusimos en unas cajas de cartón la poca ropa que teníamos, dos mantas, un par de sábanas y los utensilios y trastos que eran nuestros.

Mis amigos me pidieron riñendo entre ellos que les diera los 'juguetes' y los numerosas baratijas que mi madre me prohibía llevar. No ignoraban que, como cada uno de ellos, tenía mi 'tesoro' celosamente escondido. Sólo llevaba conmigo la colección de sellos, que me había confiado mi hermano Valero al irse a trabajar al campo, el objetivo del que me serví para hacer 'cine' y los trozos de película

EL REFUGIO

cinematográfica.

Cuando hubiesen tenido que alegrarse, los compatriotas que quedaban aún en el refugio nos miraban callados, con lágrimas en los ojos y aguantando el llanto. Era como si nos separáramos para siempre. Sí, nuestra despedida del refugio fue muy emocionante.

Salí el primero del refugio empujando la carretilla cargada de los cartones que contenían lo poco que poseíamos. Pocos pasos detrás de mí seguía mi madre, que tenía cogidos de la mano Alicia y Lauro Daniel.

Los compatriotas que nos siguieron hasta la acera y los que se asomaron fuera de la ventana, se despidieron por última vez, haciéndonos señas con la mano. Unos tras otros, todos ellos no tardarían también en marcharse del refugio.

Nadie nos acompañaba, salvo la miseria que no nos dejaba desde que abandonamos el pueblo, y que iba a acosarnos despiadadamente durante muchos años.

La calle principal estaba casi desierta. Un camión estaba aparcado contra la fachada de la gendarmería, y unos hombres lo cargaban con los muebles que pasaban por una de las ventanas del primer piso. Me acuerdo de esto como si fuera ayer. ¿Por qué me marcó tanto esta mudanza? Tal vez fuera porque nos mudábamos también nosotros, o porque pensaba, alegrándome, que los malvados gendarmes se iban al frente.

Vestido con ropa remendada, pero limpia, avanzaba arrastrando mis sandalias usadas, y eso porque tenía vergüenza de ser acompañado por mi madre que no paraba de lloriquear como una niña a la que han pegado. Sí, grande era mi vergüenza al ir nuevamente hasta el centro de la ciudad, llevando, a la vista de todos, después de la paja, nuestros cartones miserables de ropas y trastos en la carretilla cuya rueda chirriaba lamentablemente.

Así es como, después de nuestras hermanas y hermanos, mi madre y los tres últimos de la familia nos fuimos de la fábrica de corcho al abandono, el inolvidable refugio que fue un infierno para las madres y, realmente, un paraíso para nosotros,

EL REFUGIO

los chicos.



EL REFUGIO



© *La familia Sanz en Mézin.*

CAPÍTULO 62

EL REFUGIO

CONTINUACIÓN A MANERA DE EPÍLOGO

¡ Es increíble lo que el ser humano es capaz de hacer cuando le dejan la libertad de tomar iniciativas ! En poco tiempo, todas las madres encontraron trabajo (hacer limpiezas y lavar ropa) en la ciudad y donde alojarse. En cuanto a todo lo demás, cada una se las arreglaba con más o menos eficacia y suerte.

Sin esperar, pocos días después de irnos del refugio, mi madre hizo una cosa verdaderamente extraordinaria, pero realmente espantosa a mi parecer : habiéndonos comprado, a Lauro Daniel y a mí, un cuaderno (que cubrió con unas hojas de periódico), una pizarra, tiza, una pluma, una regla, un lapicero y una goma, una mañana nos lavo bien, nos vistió lo mejor posible, nos peinó con la raya de un lado, bien recta, nos perfumó con colonia y, cogiéndonos de la mano, nos llevó a.... la escuela.

Aquella mañana, mi madre me hizo pasar la peor vergüenza y miedo de mi vida. Estaba.... ¿Cómo podría describir mi estado? Imaginadme aterrorizado, la mirada baja, apretado a la falda de mi madre y, al igual que mi hermanito, llevando en bandolera el bolso de tela que nuestra madre había confeccionado para que allí lleváramos nuestro material escolar. Ahora, imaginadnos rodeados de un grupo de escolares llevando blusas negras y carteras de cuero, burlándose de nosotros ruidosamente delante de la gran puerta con dos batientes cerrada de la escuela. Como los horribles ‘gua-gua’ se ponían cada vez más impertinentes, mi madre se puso a reñirles severamente en español – claro está. En vez de apaciguarlos, se burlaron aún más de nosotros, y divirtiéndose imitaban sus gestos y lo que les gritaba. ¿Os lo imagináis? Pues imaginaos en mi lugar.

Abrieron la puerta. Los colegiales nos acompañaron ridiculizándonos hasta el centro del patio de recreo (el cual me pareció inmenso). Palmas de manos y voces

EL REFUGIO

imperiosas dispersaron el grupo de burlones que nos rodeaban, y, también, las numerosas colegialas que nos miraban con curiosidad a través de la alambreira que separaba su patio del de los chicos. Los maestros de escuela con blusa gris hicieron entrar por diversas puertas a los colegiales en el edificio. Casi de inmediato, vimos acercarse a un señor en traje que se presentó como director de la escuela y, también, como profesor de español. (Este señor - Monsieur Méral - iba a portarse admirablemente bien con nosotros. Aún recuerdo que un día le oí decir : ‘Entre las numerosas palabras mágicas de la lengua española, hay dos que me parecen realmente hermosas : despedida, y amanecer’.)

Después de haberla felicitado por su iniciativa, el Director-Profesor dijo a mi madre que no podíamos entrar en la escuela así; que antes tenía que inscribirnos en la alcaldía. La invitó a seguirle hasta su despacho donde le escribió una carta para la secretaria del ayuntamiento. Los ojos cerrados, recé con todas mis fuerzas que se rechazara su solicitud porque, para mí, volver a entrar en este patio con mi hermano pequeño era como entrar en una jaula con fieras.

Mi madre se las arregló tan bien que al cabo de varios días, Lauro Daniel y yo fuimos los primeros refugiados españoles en ir a la escuela.

Alegre fue el día en que nuestra hermana Juana se juntó con nosotros, puesto que la mujer del campesino que la contrató podía de nuevo utilizar el brazo que se rompió. (Cuando, al despedirse de ella, la campesina se enteró de la edad de su sirvienta, se disculpó de haberla hecho trabajar como si tuviera más de catorce años.

- ‘Ahora entiendo por qué a veces me parecía cansada’ - le confesó a mi madre.)

Poco días después de su regreso Juana fue también a la escuela, en la que se quedó muy poco tiempo. Le penó el marcharse, al igual que a su maestra y al Director que consideraban que tenía inclinaciones para los estudios. Desgraciadamente, mi madre la sacó de la escuela para reemplazar en la pastelería a mi hermana María, la cual siguió a su marido Juan, el cual, liberado del campo militar donde estaba encerrado, decidió trabajar por su propia cuenta una finca en

EL REFUGIO

aparcería situada a una legua de la ciudad.

Y empezó nuestra lenta y ardua integración....

En clase, me pasé las primeras semanas con los dientes apretados para aguantar las bolitas de papel y los pedazos de goma lanzados con un elástico, los pinchazos de los lapiceros y las picaduras dolorosas de la aguja fijada en la extremidad de una regla, y otras crueldades a las que me sometían los colegiales sentados detrás de mí. Me sentía mortificado por sus carcajadas cuando el maestro me hacía leer, y releer, las palabras sumamente difíciles de pronunciar para un español, como 'chaise' (silla), 'rêve' (sueño), 'cieux' (cielos), 'bûche' (tronco), 'juge' (juez), 'fusain' (carboncillo), etc. Pasaba los recreos, tan temidos, en un rincón, protegiendo con mi cuerpo a mi hermanito de los golpes, los escupitajos y los insultos que los 'gua-gua' no paraban de administrarnos. (Es verdad que los niños son entre ellos unos monstruos).

Juzgando (con acierto) que no podía seguir los cursos que correspondían a mi edad, me juntaron con mi hermanito en el curso preparatorio. Aunque en el 'recreo' seguían burlándose y maltratándome todavía más, en mi nueva clase, nadie se reía de mí cuando la maestra me hacía repetir palabras que no conseguía pronunciar bien. Sin embargo, me sentía ridiculizado cuando esta maestra me hacía leer y escribir, al igual que los pequeños : 'P y A.... PA, PAPA, T y O.... TO, TOTO etc.; y me sentía extremadamente vergonzoso y disminuido cuando, yendo de paseo, la maestra nos hacía atravesar la ciudad de dos en dos cogidos de la mano. La gente con la que nos cruzábamos se sonreía y cuchicheaba al ver a un chico de mi edad con los más jovencitos. ¡ Claro está ! debían pensar que yo era el niño más burro de toda la escuela.

No tardé en subir rápidamente de una clase a otra.

Menos mal que uno tras otro mis amigos del refugio integraron también la escuela. Al igual que yo, sufrían las crueldades y las molestias vengativas de los 'gua-gua', pero, siendo ya un pequeño grupo, podíamos defendernos algo.

Poco después de nuestra 'liberación', asistimos a la llegada masiva de los

EL REFUGIO

refugiados de Alsacia y Lorena. Para transportarlos, todos los habitantes que tenían coche iban y venían de la estación a la ciudad. Viendo su tristeza, sus bultos y maletas, volvimos a recordar lo que habíamos vivido en condiciones mucho más difíciles y dramáticas, aunque un exodo es siempre algo terrible. Salvo dos o tres familias que fueron alojadas provisionalmente en el refugio, los demás fueron instaladas en casas particulares.

Vivíamos en el centro de la ciudad e íbamos a la escuela, pero cada vez que nos encontrábamos en el barrio del hotel Rini, nos gustaba ir a mirar y observar a través de las rendijas de la puerta del corral. Tres meses después de haberlo dejado nos extrañaba verlo tan cambiado : en medio, había ropa tendida en una cuerda sujeta entre dos palos hincados; la hierba, muy tupida en sitios, verdecía toda su superficie; numerosas mariposas volaban tranquilamente; como petrificados, unas lagartijas tomaban el sol sobre unas piedras y se oían unos grillos cantar. Nos costaba creer que la naturaleza había, en tan poco tiempo, conquistado de nuevo nuestro inolvidable terreno de juego. Unos seis chavales se divertían en hacer rodar tranquilamente unos cochecitos sobre una miserable pista de arena. Cerca de ellos, sentadas en unas amacas, las madres hacían punto charlando en un idioma de su región.

Aunque siendo francesas y sabiendo hablar la lengua nacional, charlaban alsaciano. Como, al igual que nosotros, los vecinos no las comprendían, las consideraban algo extranjeras.

Al igual que cuando estábamos en el hotel Rini, nos gustaba mirar a través el agujero de la cerradura de la puerta de nuestro pasaje secreto, cuyos rincones rebozaban de telas de araña polvorosas y sobre la cual trepaban plantas enredaderas y procesiones de hormigas. Al igual que antes, percibíamos el olor a hongos putrefactos, y nos pareció que su penumbra y su silencio angustiosos eran semejantes a las de las casas abandonadas a los fantasmas imaginarios.

Nuestro recogimiento no duraba mucho porque, contestando a la llamada de nuestros camaradas franceses, olvidando nuestras discordias pasadas, dando las

EL REFUGIO

espaldas al refugio, íbamos con ellos para jugar en el espacio ilimitado de la ciudad y de sus alrededores.

Cuando llegó la primavera, si hacía buen tiempo, nos pasábamos los jueves y los domingos por la tarde a jugar a Tarzán o a Robín Wood en el bosque, y a bañarnos en el río. A pesar de que seguíamos siendo muy pobres, éramos por fin chicos felices de poder correr y divertirnos con la misma libertad que los chicos franceses.

Un día, histórico, los maestros de escuela nos alinearon contra la oficina de arbitrios municipales para saludar al Mariscal Pétain, al almirante Darlan y a su escolta que pararon en esta ciudad. Después de haber cantado 'Maréchal nous voilà !' (¡ Mariscal, aquí estamos !) mientras hacían subir la bandera francesa, el Jefe de Estado francés se acercó a nosotros y, al igual que a unos cuantos alumnos, me dio la mano. Estuve muy orgulloso de ello, y aún más cuando vi que los que no tuvieron esta suerte se sintieron frustrados. (¡ Pues sí ! , el viejo Mariscal estaba considerado como el gran salvador de Francia. Es lo que nos aprendían en la escuela laica, donde, también, nos hacían cantar su himno cuando se alzaba la bandera....)

A finales de octubre de 1941, una carta de la Cruz Roja anunció a nuestra madre que nuestro padre (del cual no teníamos noticias desde hacía mucho tiempo), había muerto en el campo de 'concentración' de Mauthausen. El dolor de mi madre fue tan doloroso y duró tantos meses que no puedo escribirlo.

Después de una larga temporada de autocensura, en la que no recibimos ni mandamos correo a nuestros parientes del pueblo por temor a que hubiese represalias, por fin se normalizó nuestra correspondencia.

Mi madre se puso muy contenta al enterarse de que la cuñada que ocupaba la casa inacabada de mis padres, trabajaba, con sus hijos, las tierras abandonadas por nuestra huida. Desde entonces, carta tras carta, mi madre se interesaba tanto a los gastos ocasionados por los trabajos agrícolas como a los beneficios producidos por la venta de las cosechas. Cuando estos eran satisfactorios, le parecía lógico que su cuñada le enviara algún dinero. Siendo las relaciones entre Francia y España

EL REFUGIO

interrumpidas, es un usurero que vivía en el Principado de Andorra La Vieja, (conocido por numerosos españoles), que, de vez en cuando, se encargaba del envío de la transferencia. Este hombre sin escrúpulos cambiaba las pesetas en francos cobrándonos una comisión del 10 %.

Aunque el dinero que recibía mi madre era escaso, esta ayuda le daba mucho ánimo.

Cinco años después de nuestra llegada al hotel Rini, toda la familia se agrupó a unos treinta kilómetros al sur de Mézin, en un pueblo rural en la comarca del cual trabajaban como obreros agrícolas mis hermanos Sebastián y Valero.

... Y fue, durante otros cinco años, nuestro periodo rural en Francia.

¡ Cuántos recuerdos más tengo escritos en otros cuadernos !



EL REFUGIO

Canción del refugio

- 1
Justo llegando a Mézin
lo primero que se ve :
la casa de los refugiados
que está a punto de caer.
- 2
Lo primero que te dicen
es que no se puede salir,
que ha llegado una orden
y se tiene que cumplir.
- 3
Por la puerta principal
se ve el gran comedor
donde esperamos el rancho
con cuchara y tenedor
- 4
El primer plato que dan :
agua caliente con pan,
y el segundo de patatas
sin aceite y sin pelar.
- 5
El dinero que tenemos
lo tenemos que guardar
para comprarnos aceite
para volverlas a guisar.
- 6
Después de haber mal cenado,
a fin de menos sufrir,
sobre un palmito de paja
vamos todos a dormir.
- 7
Después de una noche mala
tenemos que madrugar
para buscar el tazón de agua
que nos dan para desayunar.
- 11
Al llegar el mediodía,
ya vienen las cocineras,
con los cacharros muy sucios
donde nos traen el rancho
- 12
No más que ven las patatas
los niños se ponen a llorar,
cada uno gritando : ¡ Mamá !
¡ No me las puedo pasar !.
- 13
Le pedimos al Comisario
que nos deje trabajar,
que tenemos muchas ganas
de podernos alimentar.
- 14
Si estamos aquí en invierno,
nos vamos todos a helar
porque no tenemos leña
ni dinero para comprar.
- 15
Dicen que al gobierno francés
tendremos que agradecer
porque nos ha recogido
y nos ha dado de comer.
- 16
Le pedimos al gobierno
que dé la autorización
de sacar a nuestros padres
del campo de concentración.
- 17
El día que yo me vaya
pondré el plato boca abajo,
con un letrero que diga :
¡ Ya no quiero sopa con ajo !

EL REFUGIO

8

No más bebido el 'café',
esperamos el correo
para ver si llega la orden
de salir de este infierno.

9

Antes de ser mediodía
los niños nos piden pan,
lo que nos causa mucha pena
porque no se les puede dar.

10

En el gran comedor están
todos los niños esperando,
esperando la comida
y ver si el plato ha cambiado

18

Ya no quiero sopa con ajo,
ni tampoco más lentejas,
que me voy a mi casita
¡ a comer buenas chuletas !.

19

Ya ven ustedes, señores,
lo que les toca sufrir
a los pobres españoles
que tienen que resistir.

Escrita por los chicos y las chicas del Refugio de Mézin (Lot-et-Garonne).



EL REFUGIO

ÍNDICE

Introducción	02
Prólogo	05
PRIMERA PARTE	
<u>EL HOTEL</u>	07
1- El final del viaje agotador	08
2- Dueños del hotel y el barrio	11
3- Exámenes de reconocimiento médico. La sarna	15
4- Sumisión y primer combate	22
5- Personas y personalidades	28
6- De sorpresa en sorpresa	31
7- Trabajo clandestino	35
8- Las dos sirvientas	38
9- La pasión por toda clase de imágenes	41
10- Canicas y cápsulas	45
11- Los locos de los naipes y de la morra	48
12- Comediantes ambulantes	51
13- El baile	53
14- Triunfo del folclore español	59
15- Tertulias y partidas de bolos en lo alto del cerro	62
16- La guerra de los pantalones	67
17- Tras mi humillación decidimos vengarnos	71
18- Carburo y arcilla	75
19- La riña	78
20- Declaración de la guerra. Cambio de domicilio	82

EL REFUGIO

SEGUNDA PARTE

<u>EL REFUGIO (I)</u>	87
21- El refugio	88
22- Acondicionamiento e inspección del refugio	92
23- Protestas acerca de la manduca	97
24- El barranco y el basurero	103
25- Los parásitos	110
26- El fantasma de la sala	114
27- Los coqueteos	117
28- Libertad, Ricardo y los cuentos	121
29- El escondite debajo de la chimenea	127
30- Grillos y lana	132
31- La locura de los sellos	135
32- Del teatro a la escuela	140
33- El cine	145
34- Fundición y modelado	150
35- Escapadas	153
36- El atentado	157
37- Las casas para jugar de las chicas	165
38- El patio comercial y el gran cubo transformable	171
39- Bichitos, nosotros y los demás	175
40- El juego de las naciones	180
41- El polvo de corcho	184
42- El tesoro del desván	187

TERCERA PARTE

EL REFUGIO

<u>EL REFUGIO (II) y EPÍLOGO</u>	194
43- Desenterramiento de la hacha de guerra	195
44- El sitio del refugio	199
45- Emboscada vergonzosa. La última batalla	204
46- Refugiados e inmigrados	208
47- La vendimia	211
48- En trineo, en planador y en coche	218
49- El regreso de los vendimiadores	222
50- La fobia del hospicio. Furunculosis. ‘Mamoasel’.	226
51- La noche de las setas	231
52- Conflictos y concordia	238
53- El hielo y el fuego	242
54- El incendio	245
55- Veladas debajo de las mantas	249
56- La Junquera	254
57- Le Boulou	268
58- Debemos irnos del refugio	273
59- Molestias acerca de la leña	276
60- El matadero	279
61- Nos vamos del refugio	282
62- Continuación a manera de epílogo	287
Ilustración	286
Canción del refugio	293
Índice	295

EL REFUGIO

Todos derechos reservados

© Tasio Sanz / Ediciones Cartas del Exilio

cartasdelexilio@free.fr

Sitio Web

<http://cartasdelexilio.free.fr/>